
3 1761 03644 9569

GUERRAS IRREGULARES.

GUERRAS

IRREGULARES

POR EL T. C. COMANDANTE

DON J. I. CHACÓN,

CAPITÁN DE ESTADO MAYOR,
INDIVIDUO DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA Y CORRESPONDIENTE DE
LA SOCIEDADE DE GEOGRAPHÍA COMERCIALE DO PORTO.

TOMO I.

MADRID.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

1883.

Esta obra es propiedad de su autor.—Queda hecho el depósito que marca la ley.



1149274

PRÓLOGO.

Del Asia partieron los primeros resplandores de la civilización del mundo que, al quedarse estacionarios en su cuna, inundaron la Europa y adquirieron en su suelo nueva fuerza y mayor brillo. Desde entonces, las inteligencias de la raza blanca europea fueron las primeras iluminadas por las crecientes gradaciones de la verdad, de lo bueno y de lo justo, y Europa marchó á la cabeza de la civilización humana..

Un hombre superior, cuya inteligencia no cabía en el estrecho círculo de las costas europeas, calculó la existencia de un nuevo mundo y plantó las raices de nuestras ideas en las playas de América. Allí fructificaron de tal modo que quizás no esté lejano el día en que la raza americana, empuñando el cetro de la civilización, esparza nuevos y desconocidos fulgores de la inteligencia, que á su vez arraigarán en los continentes aun no explotados.

Grandes luchas y no pocos mártires ha costado la difusión de las ideas civilizadoras, y aun hoy exis-

ten grandes trabajos que vencer para clavar el estandarte de la civilización en los países refractarios á ella. Los pueblos salvajes, acostumbrados á sus leyes bárbaras, á sus sacrificios horribles y al imperio absoluto de la fuerza, rechazan á los apóstoles de las ideas modernas y raro es el caso en que una nación civilizada haya empezado á ejercer su influencia en ellos, de otro modo que por la fuerza de las armas.

No vamos á enaltecer las excelencias de la conquista, no vamos á defender el derecho que cree tener una nación fuerte para esclavizar á otra bajo el pretexto de ilustrarla, no vamos, en fin, á ensalzar los derramamientos de sangre; siempre que la política, el comercio ó la religión basten para establecer la influencia que se desee en un país extraño, deben emplearse los medios que proporcionen y no llevar nunca al terreno de las armas, lo que pueda conseguirse con procedimientos pacíficos y humanos; sólo cuando la raza que habite la comarca elegida para dar elementos á nuestro desarrollo, sea refractaria á todas las ideas de paz y de amistad, sólo cuando apele á la fuerza para rechazarnos y al engaño y á la doblez para hacernos caer en ocultas celadas, sólo entonces debemos rechazar la fuerza con la fuerza y la astucia con la estucia, pero nunca entregándonos á actos de crueldad, tanto más dignos de censura, cuanto mayor sea el grado de ilustración de la nación que los lleve á cabo.

La Europa, como hemos dicho, era pequeña; pero en cambio el desarrollo sucesivo de la civilización y las ambiciones de los Estados fueron muy grandes,

y todas las naciones que en diversas épocas de la historia han sido preponderantes y ejercido gran influencia en los destinos de aquélla, después de chocar, desenvolverse y adquirir proporciones gigantescas á costa de las comarcas vecinas menos poderosas, llevaron su dominio é ilustración á paises apartados, donde un enemigo fácil de vencer y un suelo vírgen no difícil de explotar, les presentaba ocasión de engrandecer su poderío dando ancho campo al trabajo é iniciativa de sus naturales.

Así comenzaron á nacer las colonias y á la sombra de las banderas de los Estados europeos, se plantaron las primeras semillas de nuestra civilización en los salvajes paises de América, Asia, África y Oceanía.

Dominado el país y conseguida la sumisión y amistad de los indígenas, no concluye la acción protectora de la metrópoli; no basta clavar su bandera en las rocas de la colonia y hacerla respetar de sus habitantes, es deber suyo educar, dirigir y proteger á quel germen de nación que se desarrolla á impulsos de la vitalidad de la patria, para que al llegar un día en que la colonia esté suficientemente ilustrada y tenga vida propia, pueda empezar como nación nueva á formar parte de la gran familia de las naciones, quedando unida, sin embargo, á su metrópoli por lazos de cariño, de agradecimiento y de protección y siendo para siempre vivo el recuerdo de su común origen el ver tremolar en una y otra la misma bandera.

Existen, sin embargo, graves dificultades, no exentas de peligro, en la manera de ser de las colo-

nias. Muchas veces sentimientos prematuros de independencia desgarran su suelo y trasforman en enemigos irreconciliables á los que debían ser hermanos, quizás otras naciones envidiosas de su prosperidad fomenten la insurrección y hasta pretendan sojuzgarla por la fuerza ó por la astucia; pero en uno y otro caso nunca habrá peligro para la metrópoli si ha sabido educar convenientemente á la colonia. En el primero, el movimiento separatista quedaría ahogado al nacer, porque aun no estaría en la conciencia de todos; y en el segundo, la colonia se haría fuerte contra las asechanzas extrañas y buscaría apoyo y protección en su metrópoli que no vacilaría en dárselos.

La buena educación de sus colonias es pues, lo que más debe preocupar á las naciones que las posean, no sólo por lo que acabamos de decir, sino por los destinos ulteriores que están llamadas á representar. El suelo de ellas, no explotado aún, está propicio para recibir la semilla que se le arroje; sembrando virtudes, éstas se desarrollarán y formarán un pueblo justo; arrojando en él gérmenes de venalidad y de ambiciones, criará una raza degenerada. El amor al oro nos llevó á América, la Religión y las ideas políticas llevaron allí á los ingleses. ¡Qué diferencia tan notable existe entre los Estados-Unidos y todas las demás repúblicas de la America!

Ahora bien, tanto en la adquisición de una colonia como en la conservación de ella hasta el momento de su mayor edad, es preciso apelar á la triste necesidad de la guerra siempre que la política

declare ineficaces sus medios, como casi siempre ha sucedido. Estas guerras, que comunmente tienen lugar entre un ejército aguerrido, regular y disciplinado, contra otro, quizás más numeroso, pero extraño por completo á toda regularidad, fundado principalmente en la iniciativa del indivíduo y constituido por tropas que van al combate movidas por igual sentimiento de independencia y patriotismo; estas guerras que hacen de cada habitante del país un enemigo y en las que nuestros soldados tienen que luchar contra las enfermedades y el clima, son las guerras que llamamos irregulares.

En ellas debemos fijar detenidamente nuestra atención, pues teniendo lugar casi siempre en paises apartados, las circunstancias varían mucho y tropas perfectamente organizadas, instruidas en los principios militares que se relacionan con los grandes ejércitos europeos, y experimentadas en los combates de Europa, darían un resultado funesto, sinó aprendieran antes de marchar al teatro de la guerra, la manera de proceder más adecuada donde todo es extraño, allí donde habrán de luchar con enfermedades desconocidas y encontrarán una raza de hombres distinta de la que siempre conocieron. Estas guerras, por potente y fuerte que sea la nación que las emprenda, abrirán larga brecha en las filas de sus ejércitos y en el arca de sus tesoros; regularmente tendrán lugar en paises lejanos donde serán difíciles los reemplazos de las bajas causadas por el enemigo y por las enfermedades y en donde el sostenimiento de cada solda-

do será mucho más costoso que en la metrópoli.

Es cierto que los principios militares son fijos, pero no absolutos: la mayor parte de los escritores militares parten siempre del supuesto de que los ejércitos beligerantes son ejércitos regulares, dotados de todas las fuerzas y elementos necesarios para el desarrollo del pensamiento del general en jefe, que los ejércitos tienen próximamente las mismas necesidades uno que otro, que el país, teatro de la guerra, es un país culto y civilizado, donde el problema de la alimentación de las tropas se resuelve fácilmente; describen comarcas cruzadas por telégrafos, caminos, ferro-carriles y vías de navegación, imaginan que se cumplen perfectamente los convenios internacionales, que se socorre á los heridos y se respeta á los prisioneros. De suerte que todas las máximas militares establecidas para dichas guerras no pueden seguirse ciegamente en aquellas campañas irregulares, donde imperan las privaciones, la doblez, el incendio y la crueldad.

Los sistemas de guerra propios para los ejércitos de Europa , suelen ser de funestas consecuencias al aplicarlos en los salvajes paises de Africa, Asia y Oceanía. Las guerras en algunos de ellos, extensos, pobres, sin abrigo, sin civilización y cuya población es móvil y guerrera, son muy difíciles; el ejército que el enemigo nos oponga nunca tendrá la cohesión y fuerza que un ejército europeo, pero el sentimiento de la independencia es tal, que hará de cada combatiente un temible guerrillero, de cada sumiso un espía, y un enemigo de cada habitante del país. Además, como en los pueblos

salvajes la fuerza y la imposición son las más respetadas leyes, conocerán sus naturales, perfectamente, el modo de hacer la guerra que más les convenga, no desmayando nunca á pesar de sus reveses, y luchando, con ventajas tal vez, contra nuestros soldados, débiles ó convalecientes. Su ejército no necesitará racionarse ni vestirse, el campo donde vive le dará sustento, el ataque y destrucción de cualquier campamento ó poblado nunca tendrá importancia ni les hará perder un átomo de su fuerza moral y mientras tenga un palmo de terreno donde sentar su planta lo defenderá con heroismo; los prisioneros nunca nos dirán la verdad, antes bien, tratarán de desorientarnos y preferirán la muerte á dejar escapar de sus labios la menor palabra que pueda comprometer ó perjudicar á sus compatriotas.

Cuando la guerra no es de conquista, sino la que sostiene una nación con una colonia sublevada que quiere su independencia y que para alcanzarla se lanza al campo en abierta insurrección, las dificultades aumentan considerablemente: ya no es una raza sin ilustración y malamente equipada la que tenemos que vencer, son hombres que discurren y piensan como nosotros, que usan nuestros mismos armamentos, que profesan nuestras mismas máximas y que leen en nuestros mismos libros; el sentimiento de su independencia estará tan arraigado en sus corazones, que de cualquiera de ellos se hará un mártir antes que hacerle faltar á la palabra empeñada, y en esto estriba principalmente lo terribles y largas que son dichas guerras y el poco re-

sultado que la victoria produce, dado caso que la metrópoli la alcance; porque cuando una idea, por absurda que parezca, llega á contar mártires, tiene mucho adelantado para su triunfo. En estos casos la política es un auxiliar poderoso de las armas; la reducción á la obediencia y la sumisión, son mucho más duraderas cuando se consiguen por el convencimiento y por las concesiones justas, que cuando se alcanzan por la fuerza.

Tanto en una guerra separatista como en las que nos origine la adquisición de una colonia ó la intervención en algún país, se crearán odios tan terribles y se prescindirá con tanta frecuencia de las humanas leyes, que la intranquilidad subsistirá contínua, la suerte de nuestros prisioneros será la muerte y no podremos nunca abandonar nuestros heridos porque serían de igual modo sacrificados. Estas guerras, encarnación vivísima de la desesperación y la barbarie, en las que, como hemos dicho, no podremos aplicar de un modo absoluto los principios militares de las guerras europeas, son de importante estudio, sobre todo para nuestra nación, que un día, quizás no lejano, tendrá que defender sus intereses en los apartados paises de América y Oceanía y adquirir una influencia, á que tiene más derecho que otra ninguna, en las feraces campiñas del continente africano.

Las relaciones entre las colonias ó la adquisición de alguna de ellas, pueden dar motivo también á guerras formidables entre las metrópolis respectivas, y no todas se verificarán en los campos civilizados de ellas sino que podrán tener lugar en las

comarcas coloniales. Desde hace algún tiempo éstas son objeto de múltiples cuidados por parte de las naciones que las poseen porque su importancia crece de día en día, al mismo tiempo que aumentan los descubrimientos modernos: el vapor y la electricidad han sido dos nuevos lazos de unión entre las metrópolis y sus colonias; una inmensa red de alambre atraviesa mares y desiertos, poniendo en comunicación rápida paises muy remotos; la nacionalidad no está restringida por la forma local como en el principio de la Edad Moderna; hoy las naciones no se ven completamente deslindadas por fronteras únicas y contínuas; una nación es el conjunto de los trozos de tierra esparcidos por la superficie del Globo, y en que ondea gallardo el mismo pabellón: el inglés no es exclusivamente el natural de Inglaterra, como el español no es únicamente el que haya nacido en la Península española, que existen ciudadanos ingleses indios y africanos, como ciudadanos españoles americanos, africanos y naturales de la Oceanía: pues bien, en esa confusión de territorios pertenecientes á diversas naciones, algunos de ellos apenas sometidos, es muy fácil que ocurran acontecimientos productores de sangrientas guerras cuyo fin es difícil de prever, aunque se utilicen cuantos medios posee en la actualidad un ejército moderno.

En la ciencia militar, repetimos, no se ha dado la importancia que merece al estudio de las guerras irregulares; en casi ninguna de las expediciones europeas se ha procedido con el completo conocimiento del fin que han llevado los batallones al

cruzar los mares; multitud de imprevisiones han hecho, sinó fracasar, retardar, por lo menos, los resultados y sólo al cabo de algún tiempo de campaña es cuando se ha adquirido el necesario conocimiento de la que se emprendía.

En la expedición de China los franceses y los ingleses llevaban gérmenes fatales de desorganización; en la de Méjico, una extraña separación de mandos unida á muchas faltas de detalle y á la escasez de fuerzas y elementos de guerra, produjeron el revés sufrido por las tropas francesas delante de las trincheras de Puebla; la poca importancia que la Holanda dió al reino de Atchin al declararle la guerra, motivó la derrota del primer ejército que hizo desembarcar frente á la ciudadela Kratón; el primer ejército inglés que penetró en el Afghanistan quedó sepultado en los desfiladeros de aquel país por llevar las columnas inglesas, aparte de una constitución viciosa, una inmensa *impedimenta* que nunca dejó desarrollar la acción eficaz de las tropas; los dolorosos acontecimientos de Saida y la insurrección de la Argelia, prueban lo inconveniente que es descuidar las fronteras abiertas en los paises coloniales, y los funestos resultados que produce dormirse sobre los laureles de una conquista; finalmente, nuestra desgraciada campaña de Santo Domingo, debió despertar el deseo de estudiar las guerras de América y quizás al estallar la insurrección separatista de Cuba, se la hubiera podido ahogar en su origen empleando los medios que más tarde enseñó la experiencia.

Nunca como ahora es necesario el estudio de las

guerras irregulares pues todas las naciones pretenden ejercer su acción en los paises no civilizados. España, Francia, Inglaterra, Portugal, é Italia, influyen con más ó menos éxito en el cinturón de costas con que estrechan en Africa á la barbarie, y sus intereses chocan unos contra otros anunciando una guerra terrible, que es necesario no concluya por quedar el Mediterráneo convertido en un lago inglés; Rusia é Inglaterra avanzan silenciosamente hacia el fondo del Asia donde existen sociedades antiquísimas cuyos territorios aun no han sido explotados por la Europa, allí es donde tienen fijas sus miradas las dos gigantescas naciones, la India y la China para la una, la Siberia y los pueblos del Cáucaso para la otra, son los puntos extremos de las deseadas fronteras; Alemania á pesar de ser nación muy joven todavía, considerando aun estrecho el círculo de confines que ha sabido formar, pretende tener colonias y si hasta ahora no lo ha conseguido es por no tener elementos para dar desarrollo á una potente marina poseyendo como posee tan poca extensión de costas y teniéndolas situadas en condiciones geográficas muy desfavorables.

España, en otro tiempo dueña de medio mundo, posee todavía colonias riquísimas en Oceanía y en América, cuyas situaciones son tan favorables y cuya fecundidad es tan asombrosa, que no pasa inadvertida su existencia á naciones potentes dispuestas á aprovechar cualquier coyuntura oportuna para separarlas de nuestro poder. En Cuba acabamos de terminar una guerra separatista, primera guerra americana que se concluye por la reducción

á la obediencia; en Filipinas hemos hecho reconocer nuestra soberanía á los sultanes de Joló.

Inglaterra ha clavado su garra en Egipto. Francia ha puesto su planta en Túnez; las dos naciones desconociendo los derechos de Portugal se apoderan de las tierras descubiertas y conquistadas por los valientes y arrojados marinos portugueses. Italia se prepara para alzar su bandera en tierra de Trípoli. Alemania se agita, buscando colonias. España exige el cumplimiento del tratado de Wad-Ras y pone un pié en la costa africana que se distingue desde Canarias. Estas islas y el pequeño rincón de Céuta son la base de nuestro futuro engrandecimiento en el continente africano: tenemos á las puertas de nuestras fronteras un extenso imperio que contiene gravísimos gérmenes de descomposición; ese imperio estrechado cada vez más por la colonia de la Argelia y rechazado hacia nosotros. por las salvajes tríbus del centro del Africa. ve filtrarse insensiblemente en su interior, los comerciantes ingleses, los militares ingleses y las ideas inglesas: pronto llegará un día en que se desmoronará como se desmoronan los pueblos esclavos y debemos encontrarnos preparados para recoger nuestra parte de botin que habremos de disputar en los campos de Marruecos al que se oponga á nuestro legítimo desarrollo.

Pues bien, si tenemos que marchar algún día á la América, á la Oceanía ó al Africa, nuestras tropas encontrarán paises desconocidos, climas ardientes, atmósferas envenenadas y enemigos fanáticos que aunque no posean todos nuestros medios

de guerra no por eso dejarán de ser temibles contrarios; habremos de emprender campañas, sólo conocidas de los combatientes de Cuba, bien diversas realmente de las que se leen en nuestros libros de estudio y de las que se han llevado á cabo en Europa á nuestra vista; preciso es, pues, que nos hallemos perfectamente preparados é instruidos en la manera de proceder.

Ya los franceses con motivo de la insurrección de la Argelia dicen que es necesario inventar una nueva manera de combatir contra un enemigo que á los primeros disparos de las piezas de artillería escapa en todas direcciones, se vuelve á reunir y practica movimientos rápidos alrededor de las columnas sin que nunca se pueda llegar á medir las armas con él (1).

Nosotros mejor que ningún ejército de Europa debemos poseer el secreto de batirnos contra esos enemigos impalpables de que nos hablan los franceses, esos enemigos los teníamos en Cuba, en Filipinas y hasta en la guerra civil de la Península; nosotros somos pues los que estamos obligados, más que nadie, á ser maestros en ese arte de combatir y seguramente no tardaremos mucho en ensayarlo el día en que, forzosamente, el Norte de Africa tenga que ser europeo.

Feliz, pues, el autor de este libro si al trasladar

(1) Los franceses hablan así porque han olvidado completamente las máximas del Duque de Ysly y no han seguido estudiando atentamente la manera de guerrear contra tropas irregulares: el resultado de este olvido no se ha hecho esperar.

á él sus observaciones sobre las guerras irregulares que han tenido lugar en este siglo y lo que la experiencia le enseñó en los campos de Cuba, puede contribuir á fomentar un estudio que, en su día, habrá de ser la base de la gloria y el engrandecimiento de la Patria.

CAPITULO PRIMERO.

Derecho internacional.—Su aplicación á las guerras irregulares.—Derecho de conquista.—Represalias.—Procedimientos enérgicos.—Envenenamiento de aguas.—Astucia.—Balas explosivas.—Perros de caza.

Al comenzar el estudio de las guerras irregulares, lo primero que salta á nuestra vista y que obliga á fijar nuestra atención, es la aplicación del derecho de gentes moderno, en los paises donde rara vez existen nociones de este derecho; paises en los que el temor es el mejor freno para la desobediencia, y la fuerza la ley más respetada; ó bien en aquéllos que, como en una colonia sublevada, llega á excitarse la enemistad hasta el grado máximo y á enardecerse los ánimos de tal modo, por los terribles odios que se crean, que, olvidándose completamente las leyes del derecho internacional, hasta se trata con frecuencia, en el colmo de la ira y del aborrecimiento, de fundar planes de campaña, en principios reprobados no sólo por dichas leyes, sino por las de la humanidad.

Debemos, por lo tanto, pensar en la conducta que hemos de seguir cuando nos encontremos enfrente de indígenas sin ilustración, á los que no sea justo hacer cargos, por ignorar las leyes de nuestro derecho, ó de insurrectos que, con lamentable olvido de los lazos de consanguinidad, salten por encima de las máximas humanas, creyendo que la causa de su independencia les

autoriza á emplear cuantos medios de guerra estén á su alcance.

Este asunto merece, desde luégo, fijar la atención, porque en él ha de basarse el plan de campaña que adoptemos al encontrarnos en cualquiera de los casos anteriores, é indudablemente sería de la mayor importancia, que personas más autorizadas que nosotros analizaran detenidamente una cuestión que aquí sólo sucintamente podemos apuntar.

Sentado esto, preguntamos. ¿Existe un derecho público externo, universalmente reconocido? No; sólo en determinadas regiones del globo es donde se ha desarrollado, y esto por convenio mútuo y consentimiento especial de algunas naciones, que moralmente se han comprometido á observarlo; pero, en los países en que aquéllos no han sido admitidos, la aplicación de este derecho es enteramente libre y fundada sólo en una reciprocidad puramente convencional; y las relaciones que con ellos se establecen, las presiden únicamente las exigencias de la política y las leyes de nuestra moral.

Sin embargo, á pesar de que los paises de que tratamos no han puesto su firma en los convenios europeos, vamos á apuntar ligeramente, desde el punto de vista de nuestro derecho internacional, las relaciones que con ellos nos puedan ligar.

* * *

Al tratar de establecernos en un país no civilizado, ¿qué derecho debemos invocar? Para que la ocupación sea válida, se necesita que los bienes no tengan dueño y así considerada esta cuestión nada nos autoriza para sojuzgar á un pueblo libre.

Pensamos con Heffter que ninguna potencia de la tierra tiene el derecho de imponer sus leyes á otros pueblos, aunque éstos sean errantes ó salvajes; pero también creemos que puede entablar relaciones comer-

ciales con ellos; ocupar parte de su territorio, en caso de necesidad; exigirles los objetos y víveres indispensables y hasta negociar la cesión voluntaria de una parte de sus terrenos para establecer una colonia.

Sin embargo, existen muchas veces causas poderosas, fundadas casi siempre en el carácter belicoso y salvaje de dichos pueblos, que, por rozarse directamente con nuestro comercio ó con nuestros intereses, motivan la necesidad de hacer entrar en razón á los naturales, por medio de la fuerza, único derecho que conocen; y llegada que sea esta necesidad, siempre deberemos aplicar, en lo posible, las teorías de nuestro derecho internacional, por más que con dichos pueblos no estemos obligados á respetarlo; y así como, cuando se transfiere el dominio de una parte del territorio, el Estado que lo recibe no es libre de disponer á su arbitrio de las propiedades que existan en él, debemos, en lo posible, respetar el dominio particular de los antiguos poseedores.

En tal caso, la apropiación del país debe ir seguida de la toma de posesión efectiva y de las disposiciones propias para fundar el dominio permanente, y, de todos modos, debe quedar consignada en el tratado de paz, que es lo que definitivamente dá el derecho de posesión (1).

A pesar de esto y de creer que nunca una nación está autorizada por el derecho natural para sojuzgar é imponerse á otra, aunque sea con el pretexto de ilustrarla, la mayor parte de los tratadistas son partidarios de que es lícito inmiscuirse, en los asuntos de otros pueblos en razón á lo conveniente que es para el género humano, la difusión de las ideas de civilización moderna; así es que justifican la colonización, como una mejora de las razas que viven en la barbarie. De aquí deducimos que la nación que intente una empresa se-

(1) Puffendorf, Vattel, Klüber, de Martens, Wheaton y Halleck.

mejante, tiene obligaciones sagradas que cumplir y, por lo tanto, que al ocuparse un territorio, debe existir la intención de poblarlo, mejorarlo y cultivarlo, porque la conveniencia de la humanidad no permite que permanezca salvaje un país por respeto á derechos ideales de naciones que no se aprovechan de él en beneficio propio é impiden aprovecharse á las demás (1).

Efectuada la toma de posesión, según las leyes del derecho internacional el conquistador no está sujeto en manera alguna en sus actos al sistema de organización y gobierno procedente del país conquistado; sólo está obligado á respetar los derechos generales del hombre y los derechos privados de los naturales con arreglo á sus propias leyes, teniendo facultad para arreglar las condiciones de las relaciones públicas entre su país y sus nuevos súbditos, disponer libremente de los bienes pertenecientes al Estado sometido y cambiar radicalmente su legislación y administración (2).

Sentado esto, pasemos á considerar el caso de que, bien por causa de la defensa de los intereses de una nación que pretende establecerse en un país, bien por hostilidad de éste, la guerra estalla y nos encontramos nosotros, nación civilizada, que acepta y acata los preceptos del derecho internacional europeo y que posee todos los elementos de fuerza y poder que han adquirido los estados modernos, en frente de un pueblo ignorante, que nos obliga á apelar al recurso de las armas, para hacerle entrar en razón.

***

Es casi seguro que nuestro enemigo, salvaje y completamente ignorante de nuestras leyes del derecho internacional, nos hará la guerra, empleando medios que este derecho condena.

---

(1) Riquelme.
(2) Heffter.

¿Debemos usar de represalias, sólo por este hecho, y, calcando nuestro sistema de guerra sobre el suyo, emplear con él los mismos medios que con nosotros emplea?

Creemos que nó: los principios que, pasando á categoría de leyes, consigna nuestro derecho internacional, han sido aceptados como tales, de común acuerdo, por las naciones civilizadas; así es que, al encontrarse dos de estas naciones en estado de guerra, está obligada cualquiera de ellas á denunciar á la otra, siempre que en la guerra no respete los principios internacionales que se obligó á respetar, no debiendo en este caso ni aun emplear en represalias los mismos medios que condena.

Ahora bien; á un país completamente extraño, donde hasta las leyes más rudimentarias son contrarias á las nuestras, donde la moral es diferente de la que nosotros observamos y distintas del mismo modo su religión, su sociedad y su esencia; á un país que, considerado como parte integrante de la sociedad humana y como nacionalidad independiente, no ha puesto su firma al pié de las cláusulas que obligan á las naciones civilizadas á humanizar la guerra, no podemos en dederecho obligarle á cumplir tratados completamente extraños á él, ni por esta razón contravenir los convenios que hemos pactado no sólo con las naciones, sino con nuestra conciencia.

La idea de la moral no es única; lo que nosotros creemos justo, otros pueblos lo creerán injusto, del mismo modo que ellos creerán cumplir con deberes sagrados de su conciencia ejecutando actos reprobados por las nuestras.

Todos los pueblos americanos, hasta los más dulces y pacíficos, sacrificaban á sus dioses cientos de prisioneros, arrancándoles el corazón con cuchillos de piedra y ofreciéndoselos en holocausto en las ceremonias religiosas. Muchas veces las guerras se declaraban entre dos naciones, únicamente para proporcionarse pri-

sioneros que poder sacrificar, y eran de tal modo tenidos por justos y santos aquellos horribles sacrificios, que se estimulaba la captura de víctimas, hasta el punto de que, en algunos paises, el plebeyo que en acción de guerra hacía prisioneros á cinco enemigos, era elevado á la categoría de noble.

Al contacto de nuestra civilización han desaparecido tan horrendos crímenes, que para aquellos indígenas eran el cumplimiento sencillo de un deber para con sus dioses; pero ¿no existen aun pueblos en la Oceanía, en el Asia y en el interior del Africa, cuyas costumbres no distan mucho de las que acabamos de apuntar?

Por tales razones no debemos considerar obligados á los pueblos salvajes á cumplir con los preceptos que tenemos por justos; antes bien debemos convencerlos con nuestro ejemplo, de lo beneficioso y humano de nuestras leyes y de lo reprobado y cruel de las suyas.

Pues bien; ya que no podemos obligar á cumplir las leyes de nuestra derecho á pueblos que no las conocen ó las tienen por injustas, ¿qué conducta debemos seguir con nuestro enemigo, cuando éste use de medios reprobados en los convenios internacionales?

¿Podremos usar las represalias?

Ningun tratadista de derecho internacional formula claramente su opinión. La justicia y la humanidad son para nosotros absolutas y reprueban desde luégo, sin distinción de circunstancias, todo acto que atente á la vida de nuestros semejantes, á no ser cuando se trata de la defensa individual ó colectiva. Resulta de aquí, que moralmente la represalia es injusta y que condenándola las leyes de nuestra conciencia, nunca debemos emplear medios de guerra reprobados ni usar de represalias, aun cuando nuestro enemigo los emplee.

Sin embargo, esta cuestión tiene otro aspecto: los deberes morales obligan ante la conciencia; pero existen á veces deberes materiales tan imperiosos, que no podemos ménos de tenerlos en cuenta.

En la conferencia de Bruselas, el 21 de Agosto de

1874, se discutió el capítulo de represalias y los pareceres se dividieron, no recayendo otro acuerdo que el del representante de Bélgica, General barón de Lambermont, el cual dijo que se sacrificase este artículo en el altar de la humanidad, dejándolo por lo que tiene de odioso, en el dominio del derecho no escrito y quedando bajo la sanción de la conciencia pública. El barón de Jomini, presidente de la conferencia, hizo constar que el hecho mismo de haberse detenido ésta, ante la repugnancia que inspira el derecho de la represalia, tendrá gran influencia moral y el mejor límite que pudiera trazarse.

El Instituto de Derecho internacional de La Haya, aprobó en 1875 la proposición siguiente:

«Las represalias son una excepción dolorosa, pero en ciertos casos necesaria, del principio general de equidad, según el cual no debe sufrir el inocente por el culpable; y ya que no se las pueda prohibir absolutamente, puede limitarse su empleo á los principios siguientes:

1.° Su modo de ejecución y su extensión no podrán exceder del grado de infracción cometido por el enemigo.

2.° Serán formalmente prohibidas, en el caso de que la infracción fuese reparada.

3.° No podrán ejercitarse, si no es con la autorización del General en Jefe.

4.° En todo caso, habrán de respetarse las leyes de la humanidad y de la moral.

Como vemos, tanto en la conferencia de Bruselas como en la proposición anterior, se admite tácitamente que hay casos en que existe la terrible necesidad de la represalia y que por lo mismo no está proscrito, en rigor, su empleo.

Analicemos, en lo posible, este punto, observando que, aun cuando la conducta nuestra no debe ajustarse completamente á la del enemigo, existen momentos en la guerra en que, apartándonos de los principios

fundamentales del derecho internacional, será conveniente apelar á medidas de rigor, por el citado derecho condenadas.

Ilustres tratadistas (1) establecen el principio siguiente:

«La necesidad de evitar la efusión inútil de sangre, »debe legitimar, en parte, el empleo de los medios de »corrupción y las prácticas empleadas para promover sus traiciones.» En la esencia de este principio debemos fundar las razones que nos obliguen algunas veces al empleo de los sistemas enérgicos. Es lógico y justísimo que en la guerra no debemos hacer al enemigo más daño que el absolutamente necesario para vencer; pero siempre debemos tener en cuenta que nada es más sagrado pará nosotros que los intereses de la Patria y las vidas de nuestros soldados, y que todo debe sacrificarse, tanto en interés nuestro como el del enemigo, ante la pronta terminación de la guerra. Cuando un pueblo, bien por su carácter, su religión ó sus costumbres, pudiera reducirse á la obediencia adoptando un sistema de guerra enérgico, que acelerase la terminación de la lucha y ahorrara la sangre de algunos de nuestros soldados y de muchos de los suyos, creemos serán convenientes las medidas de rigor, no sólo para atemorizar al enemigo y obligarle á aceptar nuestras condiciones, sino para hacerle sentir lo horrible del sistema por él empleado.

Del mismo modo, nos atrevemos á proponer que, siempre que el fin de la guerra se acerque rápidamente usando tales recursos, y se ahorren vidas de nuestros soldados y aun de los del enemigo, debemos emplear medios radicales, no sólo en represalia de los usados por nuestros contrarios, sino aun cuando éste no los haya puesto en práctica; si bien ha de procederse con mucho tacto en la aplicación de este principio. teniendo

(1) Puffendorf. Vattel, Klüber, de Martens, Wheaton, Halleck y Heffter.

en cuenta el carácter de la guerra, el del enemigo y. sobre todo, nuestra conciencia, ante la cual, ya que no nos obliga el derecho internacional, que no es positivo por carecer de sanción y no existir poder que esté por encima de un Estado libre, nos obliga el cumplimiento de nuestros deberes morales.

Difícilmente podrán citarse razones de otro género en apoyo del uso de represalias y de sacrificios; pero la historia y el estudio de las guerras irregulares hacen ver cuán conveniente ha sido el empleo de ellas en algunas ocasiones.

Recientemente, en el Afghanistan, los ingleses han practicado actos tales de crueldad con las tríbus fronterizas, que, considerándolos en abstracto, aparecen como una horrible mancha en la conducta de su ejército. Los incendios de las aldeas afghanas y el fusilamiento de los naturales de aquellas montañas, eran motivados únicamente porque, en uso del derecho que la guerra les concedía, molestaban las comunicaciones, correos y convoyes ingleses en los largos desfiladeros de la frontera; sin embargo, aquellos ejemplares castigos hicieron someterse á la mayor parte de las tríbus fronterizas, y las comunicaciones del ejército inglés con la India, que era lo más importante de la campaña, quedaron aseguradas.

Nosotros tenemos en Filipinas ejemplos palpables de lo que anteriormente hemos expuesto. Cuantas veces los Gobernadores han ajustado paces con los naturales de las islas del Archipiélago, han faltado éstos á ellas, llegando algunas veces hasta cautivar ó asesinar á cuantas comisiones diplomáticas se les enviaban. Sólo á fuerza de organizar expediciones que incendiaban aldeas, talaban campos y sacrificaban á gran número de naturales, llegamos á hacerles respetar nuestra bandera, no sin que, de vez en cuando, pasado el recuerdo del castigo, volvieran de nuevo á cruzar nuestras costas, robando y haciendo prisioneros á sus habitantes. Cuando se tropieza con pueblos semejantes es inútil

emplear otro sistema que no sea el de la fuerza y el temor. Los holandeses quisieron en Sumatra atraerse al rey de Atchim por medios dulces y suaves, respetando no sólo los prisioneros que hacían á sus tropas, sinó curando sus heridos y llevando su humanitaria conducta hasta el extremo de llevar en la columna expedicionaria, un sacerdote mahometano, para enterrar, según sus ritos, á los cadáveres enemigos. Pues bien; á pesar de ello no sólo se negaron los naturales del país á aceptar un tratado de respeto á heridos y prisioneros, sinó que continuaron degollando y sacrificando á cuantos holandeses caian en sus manos.

La brillante campaña contra los ashantis, llevada á cabo por los ingleses, no hubiera dado el resultado positivo que se obtuvo, si el ejército británico no hubiese apelado á medidas de rigor, incendiando y destruyendo la ciudad de Cumasia; ni en la expedición de China se hubieran sometido los enemigos al ejército anglo-francés, si no hubieran visto el incendio del palacio de verano y la completa decisión de incendiar del mismo modo la capital.

El terrible escarmiento que hicieron los ingleses en Jamáica, donde fusilaron un número elevadísimo de negros, llevó la tranquilidad á la colonia y, finalmente, el ciudadano norte-americano H. M. Brackenridge, autoridad nada sospechosa en este asunto, dice, después de relatar que varias columnas de soldados americanos, al internarse en el territorio de los indios, incendiaron aldeas florecientes, destruyeron magníficos sembrados y sacrificaron infinidad de prisioneros, lo siguiente:

«Los indios fueron de tal modo castigados por estos numerosos ataques, que comenzaron á arrepentirse de haberse comprometido ciegamente en la guerra, y la miseria que experimentaron durante el invierno los hizo arrepentirse más. Privados de medios de subsistencia, se vieron obligados á ir á buscarlos á los establecimientos ingleses, llevando con ellos sus mujeres y sus hijos.

»Tal fué el efecto de la destrucción de sus sembrados y provisiones, que á la primera ojeada parece tan inútil como bárbaro; pero que, sin embargo, era el único medio de asegurar nuestros establecimientos de las fronteras contra la guerra horrorosa de los salvajes, en la cual, lo mismo el viejo que el niño sin defensa, eran víctimas de su devastación. Así, durante todo el invierno, nuestros conciudadanos de las fronteras pudieron vivir tranquilos en sus habitaciones y dormir en paz, sin miedo de verse atacados de improviso y asesinados por las tríbus feroces que nuestras armas habían rechazado tan lejos.»

A pesar de cuanto dejamos apuntado, nada más distante de nosotros que pensar en que siempre deben aplicarse medidas extremas de rigor: muchas veces es inconveniente en alto grado, tal sistema; sobre todo en las colonias y cuando el carácter del enemigo no es á propósito para su empleo.

Las guerras separatistas, como hemos dicho, toman. al poco tiempo de estallar, un carácter tan sanguinario y se excitan con ellas los ódios y el aborrecimiento de tal modo, que raro es el caso, no sólo en las colonias sino hasta en las guerras civiles de Europa, en que no se salte por encima de las leyes de la humanidad, ejecutándose actos horribles, cuya disculpa no puede fundarse de ningún modo en el ideal político ó religioso que se defienda.

En la guerra del Canadá los ingleses quisieron fusilar á 23 prisioneros americanos, lo que motivó la decisión de éstos de fusilar á 23 prisioneros ingleses, y de amenaza en amenaza llegóse al extremo de decidir solemnemente, tanto un ejército como otro, sacrificar á cuantos prisioneros existían en poder de ámbos y á cuantos lo fueren en lo sucesivo.

* *

Indudablemente influye en mucho, si no en todo, en estas guerras, el sistema que, para llevarlas á ca-

bo, se adopta. Generalmente, comenzar empleando el terror y los procedimientos enérgicos, es funestísimo; el enemigo adoptará las represalias, la guerra tomará un carácter inhumano y nosotros seremos los responsables, ante el mundo y ante Dios, de los torrentes de sangre que se derramen. A más de esto, los ánimos cada vez se enardecerán más, á la vista de los sacrificios, y pronto la mayoría de los indiferentes manifestará su simpatía por nuestros enemigos. Por otra parte, tal sistema de guerra nos hará perder mucho más que á nuestros contrarios, que, al lanzarse á los campos, ya lo dán todo por perdido.

Calientes están aún las cenizas de miles de hombres sacrificados en los campos de la Isla de Cuba; los que debían ser hermanos, se odiaban terriblemente; entre unos y otros existían mares de sangre y sólo la muerte les hacía abrazarse para ser enterrados en la misma fosa: pues bien, al sistema de guerra noble, franco y levantado, que se adoptó últimamente, se debe que, al cabo de algún tiempo, no se vea en el mar de las Antillas una isla desierta, sirviendo de sepulcro á todo el pueblo cubano y á la mitad del que puebla la Península.

En la guerra de la independencia del Perú comenzamos á poner del mismo modo en práctica un sistema de represión terrible, fusilando los prisioneros que caian en nuestro poder: no tardaron los insurrectos en imitarnos; los prisioneros españoles eran formados en fila, un solo sacerdote los bendecía en masa y después la caballería los acuchillaba, porque escaseaba la pólvora para fusilarlos. Estas horribles represalias, dieron bien pronto resultado funesto; fué imposible cubrir nuestras bajas en tanto que el enemigo las reponía con exceso, y tuvimos necesidad de abandonar aquel sistema de guerra. Pero ¡ya era tarde! El enemigo continuó empleándolo con vigor y la pérdida de la América española siguió á la destrucción de los escasos ejércitos que sosteníamos en el Nuevo Mundo.

Del estudio de la historia de nuestras colonias se deduce, pues, que su emancipación ha sido causada casi siempre por los sistemas represivos y por intentar ahogar en sangre las insurrecciones.

La Inglaterra misma, que más tarde aprendió la manera de tratar á sus colonias, atropelló con tanta frecuencia el derecho de gentes y las leyes de la humanidad en la guerra separatista de los Estados Unidos y en la que más tarde sostuvo contra los mismos en el Canadá, que aun existe vigoroso el ódio mal encubierto que se profesan las dos naciones.

Debemos también tener presente, al tratar de la aplicación de los medios enérgicos, la existencia de pueblos fanáticos, creyentes de supersticiones tradicionales como la de que al morir defendiendo su patria se abren para ellos las puertas del cielo; así sucede á los moro-malayos de Joló: hallar la muerte guerreando contra los enemigos de su fé en el mes de la Luna Blanca, (1) inspírales la certidumbre de ocupar en el paraiso un lugar preferente entre los mártires de su religión. La aplicación, en estos pueblos, de los procedimientos mencionados, daría un resultado contraproducente, pues no haríamos más que llenar, según ellos, su paraiso de fanáticos, muertos á nuestras manos, sin que los derramientos de sangre produjeran el más pequeño beneficio para nuestra causa.

De cuanto hemos expuesto podemos deducir, que los medios de guerra extraños al derecho internacional relativos á personas y propiedades, no debemos nunca aplicarlos, como no sea, y esto con extrema prudencia, contra pueblos que, por sus condiciones especiales, no vacilen, ante la energía de nuestros procedimientos, en someterse completamente, y sólo cuando otro medio no pueda conseguir igual resultado con rapidez.

En el caso bien triste, de tener que usar de las represalias y sacrificios, deben tanto unos como otros re-

(1) Mes de Julio.

caer siempre sobre los responsables, es decir, sobre los que mandan; nunca sobre los que obedecen. Es de un efecto doloroso ver fusilar á infelices soldados prisioneros y respetar, por consideraciones que nunca deben existir, á los jefes, cabecillas y personajes de importancia, que son los que fomentan las insurrecciones y los que pueden, por un decreto ó por una orden, quitar á la guerra todo carácter inhumano.

Desde este punto de vista, las represalias son justas y convenientes, pues el principio que las rechaza, de que nunca debe sufrir el inocente por el culpable, deja de existir en este caso, porque los principales culpables de una insurrección son los que la promueven, dirigen y alientan, y de esta suerte la vida de uno ó varios hombres salva la de muchos; que haciendo un terrible escarmiento con los cabecillas y jefes, un temor saludable se filtrará hasta el último soldado.

Hemos tratado más particularmente de las represalias personales, porque es lo que más se relaciona con las leyes de la humanidad: en cuanto á los medios de destrucción que podamos emplear como sistema de guerra, ó como represalias, muchas veces serán inconvenientes para nosotros, como veremos más adelante al tratar de la política de la guerra, si bien constituyen una manera de obligar á nuestros contrarios á abandonar sus proyectos ó á colocarlos en situaciones comprometidas.

Ahora bien; á pesar de cuanto acabamos de exponer y como una satisfacción á nuestra conciencia, debemos decir una vez más que todo derramamiento de sangre *inútil* no sólo ha de ser reprobado por nuestros sentimientos de humanidad y considerado como un acto horrible, que casi se confunde con un crímen, sino que en todas ocasiones ha de ser inconveniente para la causa que defendemos apelar á fusilamientos y sistemas enérgicos y represivos, *innecesarios para vencer pronto* al enemigo, en los que se trasluzca el ódio y la venganza más bien que el deseo de concluir rápidamente una

guerra. Así es que, al vernos en la triste necesidad de emplear dichos sistemas, constantemente debemos apelar á nuestras conciencias, que ellas han de ser las que marquen la línea divisoria que existirá siempre entre el sacrificio en interés del bien común y el asesinato.

*
* *

Tratemos ahora de ciertos medios proscritos por el derecho internacional, pero que algunas veces se suelen emplear en las guerras irregulares.

Desde el siglo XVI está prohibido el uso del veneno, no sólo en fuentes y alimentos, sino también en las armas; sin embargo, en muchos casos se han puesto en práctica tales medios. Existen pueblos cuyas flechas y armas están emponzoñadas y otros que basan su sistema de defensa en el envenenamiento de las lagunas ó lugares de aguada.

Debemos, pues, pensar cuál será nuestra conducta ante la posibilidad de poder reducir al enemigo empleando á nuestra vez estos medios de destrucción. Desde luégo la moral lo rechaza, nuestra conciencia lo condena y el derecho internacional lo prohibe. Además el envenenamiento de las armas á nada conduciría, pues nuestro objeto en la guerra ha de ser inutilizar combatientes y nó matar enemigos, y el empleo del veneno en los lugares de aguada causaría del mismo modo sacrificios inútiles, produciendo algunas veces un efecto contraproducente al que nosotros desearíamos. El enemigo estará en su país, que conoce perfectamente y, al apelar nosotros á dicho medio, aparte de lo difícil que será envenenar todas las aguadas, nos perjudicaría en grado extenso efectuarlo, pues nuestros contrarios abandonarían aquel teatro de la guerra y se retardaría el momento de cerrar con ellos.

Si, con arreglo á una táctica muy común en esta clase de guerras, el enemigo está en todas partes y no está en ninguna, por decirlo así; si su sistema de gue-

rrear no es el empleo de grandes masas, sino el fraccionamiento, y vive á nuestro lado y opera en nuestras zonas y acampa en los mismos sitios donde acostumbramos á acampar, entonces el envenenamiento de las aguadas sería tan perjudicial para unos como para otros, pues, aunque dejáramos algunas sin emponzoñar, pronto las conocería el enemigo y las emplearía, á no ser que, custodiadas fuertemente por nosotros, se viera precisado á privarse de ellas.

En este caso, y no habiendo ninguna corriente de agua en los alrededores, lo único que podíamos conseguir es que el enemigo abandonara una determinada zona, ó efectuar más desahogadamente una retirada; pero, tanto en un caso como en otro, para no producir muertes inútiles, debemos procurar hacerlo saber en el campo contrario antes de arrebatar traidoramente la vida de algunos hombres que, por muchos que sean, no influirán en la conclusión de la campaña.

*
* *

Así como el envenenamiento de las aguas, también prohibe el derecho internacional la astúcia, el fraude y el disfraz; pero es cosa evidente que no debemos aceptar esta prohibición en absoluto, pues las guerras de que tratamos, se prestan más que ninguna otra, al empleo, con grandes resultados, de dichos medios, que, por otra parte, siempre pondrá en práctica nuestro enemigo. Para concretar las ideas, ya que los referidos medios pueden variar, según las circunstancias ó la inteligencia del que los quiera poner en práctica, vamos á fijarnos en un caso particular. Supongamos que nuestro enemigo use armamentos iguales ó semejantes á los nuestros, lo que casi siempre sucede en una insurrección; como nuestros soldados, por más que se les recomiende y se les vigile, nunca tendrán el excesivo cuidado que se necesita para impedir que se les pierdan los cartuchos, que amenudo se suelen llevar en cananas, sucede que, al levantar un campamento ó al recorrer un

camino una columna, gran número de cartuchos queda en el suelo, y recogidos por el enemigo, van á aumentar considerablemente sus depósitos de municiones. De este modo ingresaba un respetable contigente de ellas en los de las fuerzas separatistas, durante nuestra guerra en la Isla de Cuba. Pues bien; conocida la costumbre del enemigo de buscar nuestros cartuchos perdidos en los caminos y campamentos que frecuentamos, podemos dejar en dichos sitios preparados de antemano varios cartuchos cargados con dinamita, que, al ser disparados en los fusiles, los harían saltar en mil pedazos, hiriendo ó matando á los tiradores.

Indudablemente se infrinje el derecho internacional al emplear este medio: pero sus resultados materiales y morales serían de tal importancia que no es dudosa la conveniencia de su empleo. Por lo pronto, los armamentos del enemigo donde se disparasen tales cartuchos, quedarían destruidos completamente; y aunque ésta no sea una razón poderosa existe otra digna de tenerse en cuenta cual es, el efecto moral causado y el temor que inspirarán los cartuchos procedentes de la rebusca en nuestros campamentos, puesto que á la vista no deben distinguirse unos de otros. De este modo quitamos un recurso grande á nuestros enemigos y por lo tanto aceleramos la conclusión de la campaña, sin que cueste hacer grandes derramamientos de sangre, pues regularmente al primero ó segundo cartucho de dinamita disparado, el enemigo se abstendrá del empleo de todos los de igual procedencia, á no ser que poseyera talleres donde puedan deshacerse y construirse de nuevo.

Respecto al uso de disfraces, nada diremos; pues, siendo las guerras irregulares guerras de escaramuzas, de sorpresas y de emboscadas, ha demostrado la experiencia que se pueden alcanzar grandes resultados disfrazando pequeñas partidas, que se confunden con las enemigas, las espían, sorprenden sus proyectos y hasta llevan á cabo hechos de armas inesperados por el ene-

migo, y origen seguro de gran efecto moral y material.

*
* *

El artículo 13.° de la declaración de Bruselas, prohibe emplear armas portátiles ó materias que causen daños superfluos, así como proyectiles que, pesando menos de 400 gramos, sean explosibles ó estén cargados con materias fulminantes ó inflamables; prohibición justísima en las guerras que tienen lugar en paises abiertos y despejados, pero que nos parece no lo es tanto refiriéndose á aquéllos en que, la abundancia de árboles y espesos bosques, (donde las malezas alcanzan la altura de 3 y 4 metros,) ocultan al enemigo, aunque esté á diez pasos de distancia. En este caso, una bala explosiva de percusión, hecha á propósito para este empleo, rara vez dará en el cuerpo de un hombre, porque en estos combates no se apunta más que en dirección de donde está el enemigo, pero chocará indudablemente en la red de troncos, ramas y bejucos, del monte; al estallar, herirá probablemente mayor número de enemigos que si empleáramos balas ordinarias, toda vez que, éstas no hieren sino encontrando precisamente en sus trayectorias los objetos á que se apunta; así es, que en ciertos paises cubiertos, donde el enemigo no se vé, quizás sea conveniente el empleo de una bala explosiva de percusión, fabricada en condiciones tales que, al estallar, se rompa en trozos, capaces, cada uno, de poner fuera de combate á un enemigo.

*
* *

El empleo de los perros de caza está del mismo modo prohibido por el derecho internacional; pero en las guerras de rastros, allí donde jamás sabemos á ciencia cierta el paradero de los contrarios, cuando el teatro de las operaciones está formado por bosques inextricables y cubiertos, en los que es preciso ir abriendo los caminos que recorren las columnas, los perros de caza, adiestrados para descubrir los sitios donde se ocultan los

enemigos, pueden prestarnos grandes servicios, sirviéndonos de guías que nos llevarán con seguridad á los campamentos y rancherías que aquéllos ocupen y proporcionándonos la seguridad de poder acometerlos.

Nada más distante de nuestro ánimo que intentar falsear las leyes del derecho internacional, al tratar de su aplicación á las guerras irregulares; no sólo nos falta autoridad para ello, sino que creemos que no debe intentarse y sí sólo establecer en él, perfectamente clara y definida, cuál debe ser la conducta legal de las naciones civilizadas al encontrarse en frente de pueblos sin ilustración, tanto en sus relaciones amistosas como en las que originen el estado de guerra entre unos y otros. Así es que, para atrevernos á consignar cuanto acabamos de exponer, nos hemos amparado en la autoridad de un ilustre tratadista de derecho internacional, que establece los principios siguientes:

«Solamente circunstancias excepcionales (guerras irregulares), fundadas en una necesidad extrema ó en la necesidad de establecer la igualdad del combate, permiten faltar á estas reglas y ejecutar lo que momentáneamente sea de razón.»

«Las guerras emprendidas contra hordas ó bandas de salvajes, que no respetan ninguna ley humana, están exceptuadas también de las reglas comunes» (1).

(1) Heffter.

CAPÍTULO II.

Política de la guerra.—Necesidad de una política.—Política de atracción.—Ingerencia pacífica.—La religión y el comercio, como auxiliares de la política.—Influencia política en la guerra.—Guerra del oro.

Al tratar de establecer una colonia, de dominar una insurrección en ella ó de llevar la guerra á algún país, lo primero que debemos hacer es pensar detenidamente en la política que nos propongamos desarrollar, á la cual hemos de ajustar todas nuestras operaciones, sean comerciales, militares ó del género que motiven las relaciones que con el pueblo extraño nos propongamos establecer. Esta política ha de ser objeto de un maduro examen, porque es un auxiliar poderosísimo, sin el cual hasta nuestros triunfos militares serían estériles; que el sólo hecho de conquistar terrenos y ciudades y de vencer enemigos, ni establece cosa alguna ni produce ventaja de ningún género que compense los sacrificios hechos para enviar las expediciones, ni responde al pensamiento concebido sobre el país de que se trate. Debemos, pues, examinar detenidamente las condiciones que en él concurran y teniendo en cuenta su historia, su carácter, su religión y, sobre todo, su grado de ilustración y su ideal político, adoptar una norma de conducta que, presidiendo á todas nuestras acciones, coadyuve al fin propuesto.

La política que adoptemos ha de ser clara y per-

fectamente definida, para que nos produzca los resultados que deseemos; debiendo hacerla sentir á nuestros enemigos en cuantos actos y ocasiones tengan relación con ellos, para que no se apoyen en falsos pretextos que justifiquen su actitud hostíl. Esta política ha de desarrollarla y darle impulso el General en Jefe de nuestro ejército; pero no es él únicamente quien debe ponerla en práctica y hacerla comprender á los naturales; todos sus subalternos y los de éstos á su vez, hasta el último soldado, deben estár plenamente iniciados en los caractéres generales de la política que se adopte, pues muchas veces un jefe de puesto, destacamento ó partida, que bien podrá ser un sargento, un cabo y hasta un soldado, puede encontrarse aisladamente llamado á resolver en el momento problemas previstos en la política adoptada, que, sin el conocimiento de ésta, resolvería según su criterio, no todas las veces en armonía con ella, ocasionándonos así graves perjuicios, y falseándose completamente el plan concebido por el General en Jefe al adoptar una política determinada.

Esta puede basarse en la benevolencia ó en el temor. En el primer caso, hemos de proponernos vencer al enemigo conquistándolo moralmente con el ejemplo de nuestras obras, más bien que materialmente con la fuerza de las armas. Todas nuestras acciones han de estár inspiradas, en absoluto, en la humanidad, y en los casos dudosos siempre hemos de inclinarnos hacia la benevolencia, procurando obrar según el impulso de nuestros mejores y más humanitarios sentimientos.

En el segundo caso, nuestras acciones han de estár basadas en la energía; deberemos procurar adquirir un gran ascendiente y fuerza moral sobre el enemigo, debiendo, en los casos de duda, apelar al medio más enérgico, á pesar de que la justicia absoluta lo rechace.

Huelga decir que, si las circunstancias no se oponen, debemos siempre dar la preferencia á la política de atracción, no sólo por ser más humanitaria y estár más en armonía con las leyes de nuestra moral, sino porque

las relaciones que se establecen entre los pueblos son mucho más duraderas cuando se fundan en principios de amistad y de paz, que estrechan cada día los lazos de unión entre las naciones, que cuando la imposición, la fuerza y el temor las establecen. Aparte de esto, creemos que, afortunadamente, los pueblos contra quienes haya de desplegarse un excesivo rigor en la guerra escasean, pues las expediciones europeas, los misioneros, los viajes y los actuales medios de comunicación han hecho se filtren ideas saludables de nuestra moral en los países más remotos, donde nunca se tuvo idea de ella.

*
* *

La política de atracción es, pues, la que habremos de adoptar al establecernos en un país, aunque su grado de ilustración sea escaso, y nunca apelar, desde luégo, á la fuerza de las armas, pues muchas veces se consigue más por medio de la difusión de principios y de doctrinas, presentados de un modo agradable á los naturales, que por la guerra, aunque en ella despleguemos las ideas más humanitarias. Toda dominación que comienza derramando sangre, rara vez llega á ser estable y siempre conserva en su seno la semilla de la venganza y el latente sentimiento del ódio.

Sin embargo, á pocas naciones les es dable esta ingerencia pacífica que acabamos de recomendar; no todas tendrán gobiernos tan previsores que, teniendo en cuenta las futuras necesidades y sucesivo desarrollo de los pueblos que dirigen, tengan fija la vista en las comarcas que han de convenirle en lo futuro, para aprovechar el momento oportuno, la ocasión favorable de presentarse en ellas con la autoridad de su poder, la independencia de compromisos, y la vitalidad grandísima que se necesita si ha de nacer á su sombra un nuevo pueblo.

Inglaterra es quizás la única nación europea que se encuentra en este caso: ella posée flotas inmensas, que

surcan todos los mares; su comercio se extiende por todo el mundo y su bandera está clavada en todos los continentes, y deja de ondear en muy pocas islas. A pesar de la fiebre anexionista que en ella se ha despertado, es su vitalidad tan grande, existe tal unidad en su pueblo, que siempre vá compacto á donde vá su bandera, y ha adquirido con la práctica de siglos tal experiencia en la manera de tratar y adquirir sus colonias, que á su historia debemos acudir para estudiar, observar y analizar los medios por ella usados para llegar al elevadísimo lugar que ocupa entre las naciones.

Desde luégo, la conducta seguida por todos los que dependen del gobierno inglés, se ajusta extrictamente al pensamiento de éste; diríase que el Gabinete británico se encuentra en Lóndres y al mismo tiempo trabaja personalmente en todos los rincones del Globo. Por esto se comprende que los marinos, jefes y diplomáticos ingleses, que recorren toda la tierra, nunca dudan, al presentarse una ocasión favorable para el engrandecimiento de su patria ó al estallar un conflicto, en adoptar una resolución ó procurar su ingerencia en asuntos que otros quizás contemplarían con la tranquilidad del que no le interesan las cosas que no se refieran directamente á los intereses de su nación.

Fundado principalmente en esto, está el creciente poderío de Inglaterra: sus agentes, con instrucciones secretas en consonancia con los proyectos de la nebulosa política inglesa, ó bien sin ella, recorren el globo, visitan á los soberanos, estudian la manera de ser de los pueblos y hacen conocer el nombre de su nación hasta en los lugares más recónditos; este es el período de estudio, de preparación, por decirlo así. Llega el momento de la acción y siempre se ofrece pretexto de un embajador despedido, una comisión no recibida, una cuestión de fronteras ó cualquier otro, para declarar la guerra y para imponer, al concluirla, las condiciones que de antemano se tenían preparadas. Sin embargo,

éste es para Inglaterra el último extremo; ella teme la guerra por medio de las armas; sus ejércitos no son homogéneos ni regulares más que en exiguo número, ni poséen las excelentes condiciones de los de otros países. Inglaterra prefiere la guerra del oro y de la política; en esta clase de guerra es maestra, por decirlo así; con ella principalmente, se ha conquistado su poderío, el lugar preferente que ocupa en el mundo y la corona de emperatriz que ha regalado á su reina. Esta guerra es la que debemos estudiar, para cuando llegue el caso de tener que emplearla.

*
* *

Son tantas y tan variadas las formas con que la nación de que tratamos ha procurado ingerirse en los asuntos de otras (1), que no puede darse una regla fija, un patrón exacto sobre el que podamos modelar nuestra conducta: el más pequeño detalle, la más insignificante causa le ha bastado, si no para anexionarse un país, para hacer sentir en él su influencia, por lo menos.

Como muestra de los detalles de su política, tomamos un ejemplo de la historia diplomática de sus colonias. En el año 1849, un pirata tuvo en jaque á todos los juncos (2) de guerra del Celeste Imperio. Este contaba con 100 de dichas embarciones, que estaban armadas de 1.200 cañones y tripuladas por 3.000 hombres. Al año siguiente, fué necesario que la marina inglesa salvase el honor del pabellón imperial, y la expedición del vapor *Medea* dió lugar á una correspondencia entre el gobernador inglés de Hong-Kong y el comisario imperial, cuyo extracto es el siguiente:

«Mr. Bonham al comisario imperial Seu.

»Hong-Kong, 8 de Marzo de 1850.

»Pongo en conocimiento de V. E., que el 3 del co-

(1) Hacemos abstracción por completo de su política europea.
(2) Embarcaciónes chinas.

rriente mes, Wan, comandante de Tapang, ha noticiado al primer magistrado de esta colonia la presencia de piratas en la costa Este, pidiendo el auxilio de un vapor inglés.

»El *monzón* (1) era demasiado fuerte para que los juncos pudieran perseguir al enemigo. Wan ofreció pagar el precio del carbón que se consumiera.

»Nosotros designamos entonces un vapor que, después de haber tomado á bordo cierto número de oficiales y soldados chinos, nombrados por el comandante Wan, marchó á Ka-to, donde encontraron 13 juncos piratas.

»Nuestro buque, después de haber cumplido su misión, sin experimentar pérdida alguna, volvió á Hong-Kong con varios prisioneros, que han sido entregados á la justicia china.

»En cuanto al gasto del carbón, no he podido aceptar la oferta del comandante Wan. Un procedimiento contrario no estaría en armonía con la manera de ser de mi nación; pero debo en esta ocasión haceros notar que el carbón es un artículo del que constantemente tenemos necesidad y el que nos vemos obligados á traer desde muy lejos y á costa de grandes gastos, mientras que muy cerca de donde estamos, en Kilong, isla de Formosa, nos podríamos fácilmente proveer.

»Si el gobierno de V. E. quisiera invitar á los habitantes de Formosa á que nos enviaran algunos cargamentos á Hong-Kong, nuestros comerciantes se apresurarían á comprarlos ó bien *nuestras embarcaciones irían á recogerlos*. Es evidente que este comercio sería muy ventajoso para los dos paises y además nos procuraría el estár siempre dispuestos á prestar auxilio al gobierno chino en cuanto los mandarines lo solicitasen, como acaba de suceder, para ayudarles á la extinción completa de los piratas. Nos consideramos muy dichosos, como he dicho varias veces á V. E., por

(1) Viento periódico del mar de la China.

prestaros toda nuestra ayuda, y tengo el gusto de repetíroslo en esta ocasión.»

Conocedores de la política inglesa habían de ser los que no cayeran imprudentemente en este lazo tan bien urdido, tan políticamente presentado y cuyo resultado hubiera sido una nueva ingerencia inglesa en los asuntos del Celeste Imperio.

El Comisario imperial contestó, en efecto, lo siguiente:

«Seu, alto comisario imperial, gobernador general de los dos Kwang, á S. E. Mr. Bonham:

»He recibido la carta en que me informó que (aquí sigue el relato de los hechos antedichos). Esta prueba de la buena armonía que el gobierno de V. E. desea tener con el mio, me ha causado la mayor satisfacción.

»En cuanto á lo relativo á Formosa, habiéndonos demostrado V. E. tanta amistad prestándonos el socorro que necesitábamos, ¿podría yo, á mi vez, no corresponder con mis buenos deseos?

»Pero la isla de Formosa depende de una provincia vecina, no está bajo mi jurisdicción y no puedo tratar de los asuntos que le conciernen.

»El carbón es un artículo de gran consumo, puede encontrarse con facilidad en los cinco puertos (1) y nada impide á vuestro gobierno el comprar cuantas cantidades le sean necesarias.

»Las ofertas de pago hechas por el comandante Wan no han sido convenientes, pues V. E. es sobrado generoso para aceptarlas; sin embargo, es justo que la tripulación del barco sea agasajada, por el extraordinario trabajo que ha desempeñado, y en su consecuencia he trasmitido á nuestro almirante la orden de preparar algunos pequeños presentes, con destino á vuestros marineros, y cuya lista vá adjunta. Espero que V. E. los distribuirá en mi nombre entre la tripulación y únicamente tienen por objeto demostrar cuán

(1) Los únicos abiertos entonces al comercio europeo.

agradecido estoy al servicio que me habeis prestado.»

Esta correspondencia nos revela el tono protector que sabe adoptar el gobierno inglés, hasta en las ocasiones en que, como en ésta, los servicios prestados por un barco de guerra británico, eran más convenientes para él que para el gobierno chino, puesto que los piratas molestaban excesivamente el comercio de los ingleses. Además es digna de tenerse en cuenta la modesta petición de carbón que tan á propósito se desliza en la carta de Mr. Bonham y que encubre el deseo de hacer ámplio conocimiento con la isla de Formosa, vedada para el comercio europeo; y, aunque el comisario imperial se desentendió de ella en aquella ocasión de la mejor manera, los ingleses no desmayaron y por este sistema perseverante han conseguido la influencia que ejercen no solamente en la China, sino en casi toda el Asia no rusa.

Por lo demás, el sistema político de que hablamos, que comienza estableciendo la influencia, para concluir obteniendo la anexión, es precisamente el iniciado por Washington con los indios de las fronteras y seguido tan pocas veces por los gobiernos norte-americanos. El fundador de la gran república de los Estados Unidos comenzó protegiendo á las tríbus aliadas, contra las amenazas de las demás; siguió empleando grandes sumas para enseñarles las artes, oficios y ventajas de la civilización, dándoles instrumentos de agricultura, y concluyó estableciendo agentes en las mismas tríbus y obteniendo resultados felices. El suelo que dominaban aquellos indios se hizo fértil y produjo cuanto contribuye al bienestar de la vida; las artes domésticas se establecieron entre aquellos hombres que comenzaron á formarse una idea clara del derecho y de la propiedad; tuvieron numerosos rebaños y cuidaron con esmero sus ganados; abandonaron sus vestidos de pieles y adoptaron los de telas de algodón, fabricadas por ellos mismos; y en todo cuanto es necesario y útil para la vida, su situación fué mucho más desahogada que la de la ma-

yor parte de los campesinos de Europa. Los lazos de amistad se estrecharon por numerosos matrimonios mixtos en virtud de una de sus leyes, según la cual ningún blanco, á excepción del agente de los Estados Unidos, podía residir entre ellos, como no tomase por mujer á una de las hijas del país. Con tal base poco faltaba para concluir de organizar aquella nueva sociedad naciente y formando de ella un nuevo estado, unirlo á la Confederación.

Para comenzar á adquirir esta influencia en un país salvaje, nada más positivo y más armonizador que tratar de celebrar tratados con el soberano, que insensiblemente irá conociéndonos y haciéndonos conocer en el país, prometiéndole, por ejemplo, ciertas cantidades ó ciertos objetos, como telas, armamentos, etc., entregados de una vez, ó como donativo anual, y permitiendo él por su parte dejar cultivar á nuestros naturales los terrenos que los indígenas no cultiven, expresión lata que deja mucha libertad de acción.

*
* *

Aparte de esto, la religión es también un medio poderosísimo para conseguir la ingerencia y la conquista de un país.

Las suaves y sublimes doctrinas del cristianismo, predicadas, nó con el estampido de los cañones, sino con la palabra dulce y evangélica de los misioneros, se filtran insensiblemente en los sencillos corazones de los habitantes de un país salvaje que, educados regularmente en la contemplación de la naturaleza, están dispuestos á la meditación y admiten con júbilo los dogmas de una religión que pocos sacrificios materiales les impone.

Nada más santo, más sublime y más conmovedor que la conducta de los hombres que, abandonando las comodidades de la vida civilizada, arriesgando el peligro de mil enfermedades, exponiendo su vida y hasta entregándola entre los horrores del martirio, recorren

los salvajes paises del globo, predicando la religión de Jesús, con el crucifijo en la mano, la fé en el corazón y la palabra evangélica en los lábios; pero estos hombres admirables, no deben nunca obrar por iniciativa propia *ni por otra extraña* al país de que dependan: siempre los gobiernos han de marcar á sus misioneros la dirección de su conducta y ellos por su parte desarrollarla siempre tambien, en armonía con el carácter general del pueblo á quien tengan que predicar, sin que nunca en el entusiasmo santo de sus ministerios, se forjen ilusiones que más tarde quizás podrán producir decepciones amargas y crueles desengaños.

Existen paises idólatras que veneran multitud de dioses, adoran al sol, á la luna, al cuervo, al caimán ó á otros animales; que carecen en esta materia de principios fijos y hasta podía decirse que carecen de religión. A estos pueblos es muy fácil inculcarles las máximas de la cristiana: las teorías de ella son tan sencillas, tan consoladoras y tan sublimes, que con gusto abandonarían á aquellos terribles dioses que les pedían sacrificios de sangre; pero los pueblos que tienen algunas nociones de la unidad de Dios, que profesan religiones concretas, como la de Buda y sobre todo la de Mahoma, que bien ó mal, practican las reglas que prescriben sus dogmas y que créen en la vida espiritual, son de muy difícil ó imposible conquista por medio de la religión; en tal empresa son vencidos los misioneros, y los gobiernos deben poner un especial cuidado en prohibir completamente, sobre todo en la época de la guerra, que ni un solo catequista ponga su planta en aquellos países, porque en este caso la lucha tomaría en seguida el aspecto de religiosa, cuyo carácter debemos á toda costa evitar.

Los pueblos idólatras, que adoran á multitud de dioses y que elevan á la categoría de ellos á los animales que más aprecian, están, como hemos dicho, propicios para escuchar las sublimes doctrinas del evangelio, y la razón es obvia. Regularmente, sus dioses represen-

tan el principio de la fuerza, que en ellos es el más respetado, si no es el único derecho conocido; su imaginación no comprende aquellas cosas que se encuentran superiores á sus dioses y sólo aprecian las relaciones que exclusivamente con ellos les ligan. La inmortalidad del alma no la conocen ni aun la presienten; créen que al morir, concluyen todos los dolores y todos los placeres; que sus dioses se irritan sin motivo justo y que para desenojarlos, tienen necesidad de hacer sacrificios, algunas veces humanos. Pues bien, aparece el misionero, se presenta á sus ojos caritativo, sencillo, humilde y bienhechor; aprenden de él infinidad de detalles, para ellos desconocidos, referentes á la manera de labrar las tierras, fabricar sus chozas, condimentar sus alimentos y tejer sus vestidos; le ven de color distinto del suyo, de traje y rostro diferentes, y desde luégo adquieren de él una idea superior á la que tienen de sí propios. Comienza la predicación: sus distintos dioses son reemplazados por uno solo, grande, invisible, sobrenatural, cuyo poder es inmenso y cuya esencia llena todos los ámbitos, este Dios no es colérico, antes bien es dulce, misericordioso y compasivo; no gusta de la ostentación ni de las riquezas y en cambio ama la ingenuidad, la rectitud de corazón y la tranquilidad de conciencia; prefiere el arrobamiento, el culto interno, la espiritual comunicación, á las ceremonias exteriores y al brillante culto en parajes ostentosos donde el espíritu sencillo no sabe á quién adorar, si al Dios todopoderoso ó al oro brillantísimo que rodea los atributos de la divinidad; para hablar con él no hay necesidad de acudir á templos suntuosos cuajados de mármoles, pinturas, y dorados y resplandecientes de luz, en cualquier paraje del bosque rodeado de las expléndidas manifestaciones de la naturaleza y alumbrado por el resplandor vivísimo de la fé, puede cualquiera dirigir sus plegarias al cielo, lugar por ellos ni siquiera señalado, donde al morir si han sido justos gozarán de la dicha y de la ventura. El misionero les predicará la caridad, virtud desconocida

cuyas ventajas apreciarán viéndola practicar al mismo que la enseña; les inculcará el sentimiento de la justicia y las leyes de nuestra moral armonizadas á sus antiguas costumbres; les presentará las máximas de nuestra doctrina, despojándolas de la intransigencia absoluta que sostienen los dogmas y acomodándolas á sus primitivas ideas; les demostrará que dentro de las sociedades civilizadas caben todas las espansiones del espíritu, limitadas únicamente por las leyes naturales y que los nuevos hombres que se le presentan son humanos, compasivos é inteligentes y nunca forzarán sus conciencias.

De este modo se llegará á formar el primer núcleo de convertidos, se fundará la primera aldea y se plantarán las raices de la colonia.

Los naturales dirigidos por los misioneros, modificarán sus costumbres, irán entrando poco á poco en el gremio de las gentes civilizadas, y las relaciones comerciales que con ellos establezcamos nos proporcionarán la influencia y seguidamente la anexión ó protectorado de aquellos pueblos.

Este cuadro que hemos presentado es verdaderamente seductor; sin embargo, ¡Cuán distante está de la realidad! ¡Cuánta diferencia hay entre la ingerencia de los misioneros, tal como la hemos presentado, y la que hasta ahora se ha practicado!

Unas veces, el ardor cristiano y el santo celo han puesto una venda en los ojos á los misioneros y les han hecho creer que sólo los sermones ó pláticas y el pasto espiritual eren suficientes para convertir y aun someter á las tríbus salvajes, cuando debieran haber conocido que el hombre, sea cualquiera la raza á que pertenezca, tiene necesidades materiales, que es preciso, antes que nada, estudiar y satisfacer. Un salvaje es eminentemente materialista y en medio de su gran ignorancia, encierra dentro de sí todos los instintos del hombre, pues bien, los misioneros, ciegos de ardor santo, en vez de tratar primeramente la materia con las ideas

materiales y procurar desarrollar las buenas cualidades de aquel sér humano, pretenden trasformarlo de improviso, esplicándole los dogmas de la religión cristiana; que apenas serán por él comprendidos, y procurando hacer á su imaginación entender cosas de las que dificilmente podran hacerle formar ni una idea. En apoyo de lo que acabamos de decir, escribe el intrépido viajero Mr. Enrique M. Stanley ápropósito de lo que el porvenir reserva á los pueblos del centro del Africa, lo siguiente:

«Pero ¡ah! ¡Cuán conveniente sería mandar á este país algún misionero afable y devoto! ¡Qué campo y qué rica mies para la hoz de la civilización! Mtesa (1) le daría cuanto pudiera apetecer; casas, terrenos, ganados, marfil, etc., en fin, en un día podría hacerse dueño de una provincia. Con todo, aquí se necesita algo más que sermones. Todo el episcopado de la Gran Bretaña, unido á la juventud clásica de Oxford y de Cambridge, nada conseguirían, con sola la palabra, de este inteligente pueblo de Uganda Lo que hace falta es un tutor cristiano, bueno y experto, que enseñe á esta gente la manera de convertirse al cristianismo; cómo han de curarse las enfermedades del cuerpo; cómo se fabrican las viviendas; cómo se benefician las tierras para que rindan mucho; en una palabra, que sepa de todo, como el verdadero marinero. Este es el hombre que se necesita. Si se encontrase uno así, sería el salvador del Africa. Dicho hombre debería estar libre de compromisos de iglesia ó de secta, tendría que profesar y practicar las leyes morales de Dios y de su divino Hijo y vivir como cristiano verdadero, basando su conducta en principios liberales; ser caritativo sin exclusivismo, y albergar en su pecho la fé más sincera. No importa que sea inglés, francés, italiano, alemán, etc., basta que pertenezca á la raza blanca. Mte-

(1) Soberano actual del gran reino de Uganda, situado en el centro del Africa.

sa, emperador de Uganda de Ungoro, de Usoga y de Karaqué, imperio que tiene 360 millas geográficas de longitud por 50 de latitud, solicita que ese hombre ó esos hombres pasen á sus dominios............»

Desgraciadamente, existen otras causas además del exagerado celo religioso, que han hecho infructuosos los rudísimos trabajos y buena fé de algunos santos misioneros. Estas causas son la intolerancia de las iglesias y la concupiscencia; y como creemos demasiado grave lanzar acusaciones sobre unos hombres, en su mayor parte, dignos y heróicos, sin probar con hechos las fatales consecuencias que produce la conducta de los menos, diremos que así como ha habido misionero capuchino en Abisinia que, haciendo abstracción de sus hábitos, fundó una casa de comercio en la población de Massanah, que tuvo consecuencias fatales para su crédito, no está muy lejano el tiempo en que la colonia de San Pablo de Loanda, en la costa occidental de Africa, era el centro del tráfico de los negros y en cuyo territorio poseía la orden de los jesuitas más de 12.000 esclavos, y todavía se conserva en la playa la silla monumental en la que el obispo de la colonia bendecía *ex-cátedra* y á un tanto por cabeza á los esclavos que desfilaban por delante de él, temblando bajo el látigo de los negreros. Y así como en el reino de Dahomey los misioneros ingleses fueron expulsados del país, por haberse dedicado al cambio, con gran beneficio, de los algodones ingleses por el aceite, marfil y oro que el país producía, lo que motivó que no tuviera éxito la pretensión de los franceses de establecer en dicho país una misión, así como sucedió esto, decimos, apuntamos á continuación lo ocurrido en Madagascar y que relata en su viaje á dicha isla, Mr. Desiré Charnay, en quien declinamos toda la responsabilidad que pudiera cabernos á no ser exacto lo que, copiado á la letra, dice así:

«Los metodistas ingleses les hacen (á los misioneros franceses) una guerra encarnizada, y los medios de que se valen hacen que en verdad sean temibles.» Amigos

mios,» decía uno de éstos, dirigiéndose al pueblo de Tanariva. «amigos mios, estos hombres (los franceses) »os dicen que es buena la religión que os traen; nó, no »los creais. Cuando Jesucristo, nuestro maestro, vino á »santificar la tierra con su divina presencia, á Inglate»rra vino á descender y á nosotros únicamente nos »confió su santa doctrina; pero nunca, jamás, oidlo »bien, jamás puso los piés en Francia. En vista de esta diferencia, juzgad de la verdad de ambas religiones.»

Por último, conocido es de todo el mundo que los atropellos cometidos con los europeos en China y el no permitir misiones en el territorio de dicho país, fué la causa ostensible de la guerra de 1860. Vencidos los chinos, al tratar de la cuestión religiosa, Mr. Tréve, secretario de la legación francesa, comisionado por el ministro de Francia en Pekin para arreglarla, de acuerdo con Guen-Siang, comisionado por el príncipe Kong, oyó al segundo decir lo siguiente:

«Nos habeis dicho que los misioneros no venían á »nuestro país más que á predicar el bien y á practicar »la virtud. ¿No son pues, hombres políticos esos con »que inundais la China para llegar á su absorción? ¿Por »qué no respetan más el carácter oficial de nuestros »funcionarios? ¿Por qué les dirigen cartas inconvenien»tes? ¿Por qué, en fin, influyen en el pueblo para apar»tarle de la sumisión que debe á las autoridades?»

«Concedo, por agradaros, que prediquen el bien y »practiquen la virtud; pero no podeis imaginaros el »embarazo que causan en las provincias y la paciencia »que necesitan nuestros mandarines para poder sufrir»los.»

»En tiempos pasados, nuestro gran emperador »Khang-hi concedió á vuestros misioneros una especial »protección, los colmó de honores y aun los alojó en su »propio palacio» (1).

(1) Cremos que hace referencia á la posición é influencia adquirida en China por los jesuitas en los últimos años del siglo XVII.

«Yo comprendo esto bien, porque entonces nos »prestaban grandes servicios. Nos enseñaban el curso »de los astros y el modo de hacer los cañones; nos »acompañaban á la guerra y nos ayudaban á redactar »los tratados. Eran hombres útiles y no ignorais que »sólo ellos mismos fueron la causa de su perdición.»

«Si hubiérais estudiado nuestra historia y la suya, »sabríais que tenían entre sí grandes querellas. Las »diferentes órdenes no estaban de acuerdo sobre las »prácticas de su religión: los unos querían conservar »las formas del culto que nosotros damos á nuestros »mayores; los otros las repelían, como plagiadas de lo »que ellos llamaban supersticiones.»

«¿Qué sé yo? *¿Qué idea podemos formar de una doc»trina sobre la cual no están de acuerdo ni los mismos »que la enseñan?* ¿Van á predicar la doctrina cada uno á »su gusto ? ¿Van á suscitar disensiones entre el pueblo »que los escucha?»

Sin embargo, á pesar de estas razones y de las protestas que los chinos hicieron, la consecuencia de su derrota en la guerra que acababa de tener lugar, fué el siguiente decreto:

«1.° Los misioneros serán recibidos con honor por »los mandarines, siempre que vayan á verlos.

»2.° Los cristianos chinos serán exceptuados de to»da contribución para sostener cualquier otro culto.

»3.° Las planchas destinadas para la reimpresión »de los códigos en que están inscritas las penas y medi»das restrictivas contra la religión católica, serán des»truidas completamente.

»4.° Los establecimientos religiosos, iglesias y otros »edificios pertenecientes á las misiones católicas antes »de su expulsión en el siglo XVIII por el emperador Kia»King, les serán devueltos ó á lo menos se les compen»sará con otras propiedades equivalentes.»

A propósito de este decreto, dice Mr. Bourbalón, embajador de Francia en Pekin, lo siguiente:

«Así, pues, no sólo el ejercicio de la religión cristia-

»na exenta de toda restricción es completamente libre, »sino que también en todas las capitales de las diez y »ocho provincias del Celeste Imperio, en un gran nú»mero de ciudades importantes y hasta en la Mogolia y »en la Manchuria, las misiones han sido puestas en pose»sión de bienes raices, *que representan un valor conside»rable.*»

Y el mismo embajador, que se felicita de haber obtenido, por la fuerza, del gobierno chino el tratado que hemos visto, dice más adelante:

«Hay que confesar que si la comunidad cristiana en »China, tan poderosa en el siglo de Luis XIV, ha sufri»do terribles persecuciones, lo ha debido á las luchas »de las diferentes órdenes religiosas y al espíritu de ex»tralimitación que animaba á las misiones católicas.»

Ahora bien; ¿han adelantado mucho en su manera de ser dichas misiones? ¿No es posible que en lo futuro atraigan sobre sí las mismas persecusiones que en el siglo XVIII, unas corporaciones que, á raíz del decreto citado, han sido puestas en posesión de bienes raices que representan un valor considerable, bienes enclavados en un país donde una inmensa multitud de habitantes muere de hambre ó emigra en busca de alimento?

A propósito hemos querido citar, al hablar de las misiones, el imperio Chino, porque dicho imperio es mucho más ilustrado que los salvajes países donde suelen ejercer su propaganda los misioneros y lo que en él sucede nos puede dar una idea de lo que sucederá en otros donde no existan quizás religiones concretas, ni la inteligencia suficiente para comprender el porvenir de absorción completa que se cierne sobre los pueblos al aparecer las misiones.

Por tales razones, creemos que dichas misiones deben en absoluto depender *exclusivamente* de sus gobiernos respectivos, que, por su parte, siempre deberán procurar que en un mismo país nunca se espliquen dos doctrinas diferentes y que, si es necesario ó conveniente enviar misiones á un lugar determinado, que ya hubiese

estado trabajado por misioneros de una cierta iglesia, los que envíe deben ser de la misma iglesia, para que la duda y la vacilación no se apoderen de los naturales en los primeros pasos que dén por la senda de la civilización.

*
* *

El comercio, es también un auxiliar digno de tenerse en cuenta; no sólo por los lazos de unión que establece entre los países, sinó por las ventajas materiales que por sí mismo reportará al nuestro, proporcionando segura salida á los géneros nacionales.

España, mejor que ninguna otra nación, está obligada á adquirir influencia en ciertos pueblos por medio de su comercio, porque así conseguirá levantar considerablemente su espíritu industrial. La mayor parte de nuestros productos no pueden competir en los mercados de Europa con los extranjeros, porque puede decirse que la industria está renaciendo en nuestro país; pero indudablemente serían aceptados en aquéllos donde la civilización europea no existe ó no ha llegado al grado de la nuestra, y mucho mejor si los precios de dichos productos fueran más bajos que los de géneros extranjeros. De este modo se abrirían á la fabricación nuevos horizontes y nuestra marina mercante haría conocer más el nombre de España en ciertos países, hacia los que deberíamos encauzar y dirigirlas emigraciones.

La nación española tiene un exceso de actividad que, por no encontrar cáuce por donde derramarse, la ahoga. Iníciense ideas grandes, nacionales y productivas para el país en general; húyase completamente de las guerras que, mal fundadas en la honra de la patria, sólo le proporcionarían la vergüenza, si nos vencieran, la satisfacción de un necio orgullo improductivo, si fuéramos vencedores, y en uno y otro caso la ruina de nuestra Hacienda y el sacrificio de muchos españoles; ábrase un ancho campo á la iniciativa particular; estúdiese detenidamente la marcha

política que haya de seguirse, y la nación despertará de esta especie de letargo en que parece estár sumergida; los partidos políticos se ocuparán en política exterior, con lo cual ganaremos mucho en los negocios interiores; las insurreciones, que casi siempre se alimentan de hombres sin trabajo, concluirán; y las emigraciones no irán á llevar el fomento y la prosperidad á países donde no tremole la bandera de España.

Al iniciar su pensamiento el gobierno y presentar ante la nación una empresa grande, conveniente y útil, sea difícil ó nó, los españoles se agruparán: Cataluña facilitará sumas cuantiosas; Murcia, Alicante y Galicia, los brazos que hasta ahora nos arrancan las repúblicas del Sur de América y la Argelia, y las demás provincias tomarán parte activa en aquel acontecimiento, orígen de inmarcesible gloria para los hombres que lo hubieran iniciado y para la nación, si lo llevase á cabo.

Antes de tratar de la política que debemos observar al adquirir una colonia por medio de la fuerza ó de establecer del mismo modo nuestra influencia en un país, debemos apuntar que además existen otros medios de lograr influencia sobre un pueblo y hasta su dominación por sistemas pacíficos, cuya lentitud es prenda de seguridad mejor que la producida por la guerra. La facilidad de comunicaciones que existe entre todos los pueblos del globo, ha hecho conocer á los menos ilustrados las ventajas inmensas de la civilización y régimen de que gozan los pueblos cultos, y de aquí que todos procuren poner en armonía con dicha civilización las leyes y costumbres antiquísimas que los rigen He aquí una ocasión que nunca se debe desperdiciar. Apenas inicie un pueblo inculto su deseo de aprender, debemos presentarnos en seguida á él como su maestro, su preceptor y su guía; hacerle formar una idea muy elevada de nosotros y desde luégo facilitarle gratuita ó retribuidamente los medios de llegar á nuestro grado de cultura, teniendo siempre especial cuidado de no

llevar nuestras atenciones al extremo de enseñarles cosas que más tarde puedan perjudicarnos.

El fomento y la protección de cuantas empresas nacionales acometan trabajos en dichos países, deben ser objeto de una marcada predilección por parte de los gobiernos, que, á pesar de esto, no han de dejar únicamente á la iniciativa particular el cuidado de ilustrarlos, sino que será muy conveniente facilitarles elementos oficiales, tales como jefes del ejército, diplomáticos y hacendistas que eduquen adecuadamente y organicen á los naturales, teniendo siempre en cuenta lo que sea beneficioso y conveniente para nuestro país.

De este modo, Inglaterra y Francia han ejercido una influencia tan directa en el Egipto, colocando en el seno de los gabinetes egipcios un ministro europeo, y consiguiendo al cabo, la primera de dichas naciones, apoderarse por completo de aquel país.

De idéntica manera proceden en la actualidad los ingleses en el imperio de Marruecos; instruyen los ejércitos, fortifican las plazas y hasta adquieren cierta influencia en la administración: de este modo, llegará día en que sus intereses necesiten protección y el imperio pasará á formar parte de la larga lista de pueblos protegidos por la Inglaterra, si antes no cumplimos nosotros lo que nos ordenan nuestras tradiciones, nuestra conveniencia y nuestra historia.

A pesar de esto, cuando llegue el caso de prestar nuestros elementos oficiales para que organicen un país, debemos tener mucho cuidado, como hemos dicho, con no enseñar y hacer conocer completamente ciertos elementos del progreso moderno, sobre todo tratándose de asuntos militares.

En las recientes guerras del Afghanistan y del Zululand, han pagado bien caro los ingleses la poca previsión de sus gobiernos, que no han vigilado nunca el comercio de armas respecto de pueblos fronterizos á sus colonias, con los que, por razón natural, habían de tener lugar los choques que se han verificado.

Bueno es que, para dar desarrollo á la industria nacional, se autorice la venta de armas á pueblos extranjeros; pero nunca debe permitirse este comercio, sin una especial intervención del gobierno en lo que atañe á aquéllos que por su proximidad á la metrópoli ó relaciones con ella ó con las colonias, puedan servirse de las armas adquiridas en contra nuestra, al estallar un conflicto; sin embargo, como pudiera aprovecharse otra nación del deseo de los pueblos de que tratamos, es conveniente, no bien supiéramos que dichos pueblos tratan de organizar sus fuerzas militares, facilitarles á bajo precio los antiguos fusiles de sistemas desechados, que existan en los parques. De este modo, al estallar una guerra, siempre les lleváremos ventaja en el armamento y ellos, por su parte, quedarán satisfechos con tener uno que les ha costado excesivamente barato y que, sin embargo, superará en mucho al antiguo que poseían.

*
* *

Hemos indicado someramente la manera de adquirir influencia en un país ó de dominarlo completamente, valiéndonos de medios pacíficos que harían no estuviera manchada de sangre la primera página de la historia de nuestra dominación: vamos á tratar ahora de la política que debemos desenvolver en caso de guerra y de no emplear sistemas represivos y enérgicos.

Aunque el momento de apelar á la fuerza debe estár previsto y hasta subordinado al pensamiento de nuestro gobierno, sucede con frecuencia que dicho instante llega de improviso, cuando menos se fijaba la atención en el pueblo que nos declara la guerra ó que nos pone en la necesidad de declarársela; pero si queremos tener seguridad en el éxito de ella, hemos de estár siempre prevenidos, no vacilar desde el primer momento y mandar de una vez cuantos elementos se crean indispensables para el triunfo, pues regularmente los refuerzos sucesivos, como ha sucedido en la campaña de Cuba y en la de Santo Domingo, no alcanzan el pronto resulta-

do que se obtiene enviándolos todos juntos y permitiendo de este modo al General en Jefe desplegar con desahogo su plan de campaña. La guerra del Zululand no era esperada por los ingleses, como lo prueban los primeros descalabros del pequeño ejército colonial; rehecho el espíritu de éste, reforzado convenientemente y dirigido por un general de prestigio, acostumbrado á aquella clase de guerra, no tardaron en sojuzgar el país, cautivar al rey Cettiwayo y dividir el territorio en tríbus, administradas por delegados ingleses; es decir, en ensanchar notablemente la colonia del cabo de Buena Esperanza.

Al estallar la guerra, ya sea iniciada por nosotros ó declarada por el enemigo, el General en Jefe nombrado para llevar á cabo la campaña habrá de dirigir una alocución á sus tropas y otra á los habitantes del país á donde se lleva la guerra. La primera hará conocer los móviles que han impulsado á declararla, esto es, los que puedan ser públicos y no entren en la categoría de secretos del gobierno; en ella se indicará el trato que debe darse á los prisioneros, la protección que debe dispensarse á los naturales sometidos y todas aquellas reglas generales de conducta que no sean reservadas únicamente para los jefes de las fuerzas: la segunda alocución hará conocer á los habitantes del país, nuestras intenciones y deseos de reanudar los lazos de amistad que con ellos nos unían, las ventajas que les reportará su sumisión, la protección que dispensaremos á los sometidos y la promesa formal, en nombre de nuestro gobierno, de respetar sus trajes, usos, costumbres y religión, siempre que esto no se oponga al pensamiento y fines que han hecho declararles la guerra. A pesar de ello es bueno estár siempre prevenidos, para lo que pueda ocurrir, y no fíar mucho en el resultado de estos bandos. Regularmente, la confianza y la buena fé en absoluto, nos han perjudicado mucho en nuestras campañas y quizás no nos equivocaremos al asegurar que rara vez alcanzan el éxito deseado los bandos y procla-

mas dirigidos al enemigo y que si los acepta desde luégo, sin haber ensayado antes la menor resistencia, es bien seguro que tratará de engañarnos. Por esto deseamos dejar apuntado, como de paso, que no es conveniente creer en los arrepentimientos que producen las proclamas, si no se manifiestan de manera que no dejen duda de la lealtad de los arrepentidos; antes bien será mejor ponerlos en tela de juicio y, á pesar de abrir los brazos á todos los que se acojan á las promesas de tales documentos, no dejarse seducir por adhesiones, tal vez fingidas en provecho de la causa que queremos combatir.

Con las proclamas se remitirán instrucciones á los jefes y subalternos, procurando que el espíritu de ellas llegue hasta el último soldado y recomendando, aparte de lo que el General estime conveniente, la protección y auxilio más eficaz á los que no hagan armas contra nosotros, el trato más esmerado y afectuoso con los prisioneros, la atención más delicada en nuestros hospitales para con los heridos, y hasta el auxilio pecuniario á aquéllos que, por afiliarse á nuestra causa, estén separados de sus viviendas y labores y no tengan recursos para poder vivir.

*
* *

El General en Jefe debe procurarse á todo trance inteligencias con el enemigo, bien directamente, tratando con espías y comisionados secretos, en cuyo caso nunca los descubrirá ni aun á sus subordinados inmediatos, ó bien por medio de personas de su confianza ó jefes subalternos, para evitar las sospechas que pudieran surgir al ver menudear las visitas de dichos comisionados. Por medio de éstos podrá tratar de sobornar á los jefes ó personas influyentes del campo enemigo, pues creemos que, cuando haya posibilidad, por medio del oro, de vencer á nuestros contrarios, de dominarlos y hacerles aceptar nuestras condiciones, no de-

bemos preferir alcanzar lo mismo por medios que impliquen grandes derramamientos de sangre.

Todos hemos visto á un rey guerrero, salir del fondo del Africa, á la cabeza de muchos miles de hombres, que formaban un ejército regularmente organizado: aquel Napoleón africano, como alguno lo llamó, derrotó cuantas columnas inglesas intentaron oponerse á su marcha victoriosa; libró batallas campales, en las que salió vencedor; interceptó convoyes, sitió fuertes y hasta hizo temer un momento á la Inglaterra por la suerte de su colonia del Cabo; pues bien, ese rey, se vió al poco tiempo abandonado de sus soldados, vendido por sus jefes y errante y fugitivo buscar su salvación, que no encontró, en la fuga.

Más recientemente, Europa se admiró al ver á un egipcio aceptar el reto de Inglaterra, alzándose potente para defender la independencia y la autonomía de su patria, todos recordamos las escenas de Alejandría, el levantamiento en armas del Egipto, las famosas líneas de Tell-el-Kebir, los combates parciales donde probaron los egipcios que eran dignos de batirse con un ejército europeo y cuando la suerte aparecía indecisa y las dilaciones de los ingleses comenzaban á encontrar severas censuras entre los militares de todas las naciones, vimos al ejército egipcio desorganizarse rápidamente, abandonar sus trincheras, desbandarse en desordenada fuga y al caudillo egipcio preso en el Cairo y entregado por sus mismos compatriotas al general inglés.

¿No cabe pensar que la prisión de Cettiwayo en los fuertes de Cape-Town y el destierro de Arabi-bey á la isla de Ceylan, fueron el resultado de la guerra del oro! El oro, ¡móvil poderoso por el cual se abandona á veces la patria, la familia, el honor y la religión!

El oro es el arma poderosa, con que las naciones ricas pueden llegar á vencer á las pobres: entre los pueblos civilizados, porque el dinero supone un estado militar perfecto, grandes fortificaciones, excelentes fusiles, potente artillería, numerosos batallo-

nes, abundancia de caballos, y cargos bien retribuidos; pero enfrente de un pueblo poco ilustrado, donde impere el materialismo, donde no exista una idea precisa del honor, donde la costumbre del servilismo haya extinguido, ó poco menos, la idea de la patria, á las anteriores ventajas podemos añadir la que proporcionará la concupiscencia ó la ambición de los jefes y personajes influyentes. Atraerse á los potentados de un país, dándoles honores y rentas ú otras ventajas materiales para conseguir el dominio sobre su patria, sobornar á las personas influyentes en una tríbu para alcanzar su sumisión, pagar á peso de oro la traición de algunos subalternos para que faciliten la terminación de la guerra, comprar la adhesión ó inactividad de los hombres más importantes entre los insurrectos, aprovechar la indecisión de una tríbu ó de un partido para proporcionarle lo que más desee y atraerlo á nuestra causa, recompensar expléndidamente á algún fanático cuyas predicaciones sean fatales para nuestros intereses, pagar religiosamente la neutralidad de algún enemigo poderoso. Esta es la guerra del oro; esta ės la guerra que tan excelentes resultados puede producir al que sabe llevarla á cabo.

Sin embargo, debėmos fijar nuestra atención en las ventajas é inconvenientes que puede acarrearnos esta manera de hacer la guerra.

Ante todo pensamos que las razones morales que existan en contra de ella, fácilmente pueden desecharse; así como se explota la ignorancia de un general enemigo para derrotar un ejército, puede explotarse su venalidad y concupiscencia para desmoralizar sus tropas y vencerlas más fácilmente; así como se emplea la extratagema y la emboscada para hacer caer en un lazo á los enemigos, puede emplearse el soborno de los jefes, para herir moralmente á los soldados haciéndoles desconfíar de los que lós mandan; de una manera combatimos contra el valor material y de otra contra el valor moral, mucho más fácil de destruir que el primero. Ade-

más es preciso prevenirnos contra la idea de que esta forma de concluir las guerras es deshonrosa para el valor nacional ¿De qué sirven los alardes de valor? El objeto de una guerra, ¿no es vencer al enemigo? Pues si logramos esto ¿qué más puede pedir una nación á su gobierno? ¿Es necesario para ello que en una campaña corra mucha sangre, sólo por el gusto de poder contar hechos heróicos? Esto equivaldría á atacar de frente, al descubierto, una formidable posición enemiga, pudiendo efectuarse el ataque y tomarse la posición por medio de un movimiento envolvente.

Las ventajas materiales que la guerra del oro proporciona son grandes; la idea vendida se desprestigia, y al aceptar los jefes enemigos nuestro dinero, harán surgir en su campo invencible desconfianza y no será difícil la descomposición de un ejército que creerá ver un traidor en cada jefe; las cantidades que se empleen en el soborno no llegarán ni con mucho á las exorbitantes sumas que son necesarias para mandar y sostener en un país lejano, un ejército con todos los anexos necesarios y además de todo esto, conservaremos la vida de muchos hombres cuyos brazos harán falta no sólo en la Metrópoli sino en la Colonia.

No se nos oculta que despertada la concupiscencia en el enemigo, puede considerar como un medio de hacer fortuna insurreccionarse ú oponerse á nuestros planes; pero esto puede evitarlo el talento del General en Jefe y el secreto con que debe procederse en estos asuntos, aparte de lo difícil que es sostener en armas, fracciones importantes de enemigos, sólo con el objeto del lucro personal; porque, por más cuidado que tuvieran los jefes contrarios en hacer aparecer á sus soldados que el móvil que les impulsaba era alguna idea simpática para ellos, pronto se convencerían de lo contrario, al ver el desenlace de la guerra, lo que serviría de ejemplo saludable para los demás, en lo sucesivo.

No sólo como sistema, será conveniente aplicar el soborno para concluir una guerra; sino que siempre

que nos sea posible, debemos evitar por este medio daños parciales que pueda hacernos el enemigo, así como recompensar con largueza á los espías y comisionados secretos y hasta socorrer expléndidamente á los naturales que se nos sometan, para despertar el deseo de gozar iguales beneficios en aquéllos que estén con las armas en la mano.

Recordamos que en la conquista de la Argelia, un número muy elevado de soldados franceses murieron á manos de los beduinos, que siempre estaban acechando una ocasión propicia para lanzarse sobre todo francés aislado, extraviado ó herido, con el objeto de cortarle la cabeza, que, al ser presentada al Dey, era pagada con un cierto precio ¡Cuántos hombres se hubieran salvado, ofreciendo á los beduinos, gente salvaje é interesada, por cada soldado francés, herido ó prisionero, que hubieran presentado, el doble del precio de una cabeza!

Sucede generalmente en las guerras de que tratamos, que, si bien no es fácil sobornar á los jefes directamente hostiles, es fácil atraerse, bien por el pago de una cierta cantidad, bien explotando los rencores que suelen existir entre las tríbus ó entre los partidos políticos, á los jefes de ellos, y en este caso el apoyo que nos pueden prestar es de tanta importancia, que debemos tenerlo muy en cuenta y no dejar pasar nunca la ocasión propicia presente para conseguirlo. Los Estados Unidos explotaron en la guerra del Canadá las rencillas y cuestiones intestinas que existían entre diversas tríbus de indios fronterizos, y en contraposición á sus principios y á su política se aprovecharon admirablemente de los servicios de sus aliados, poniéndolos como un dique contra la invasión de los rivales de ellos, que Inglaterra había levantado en su favor proporcionándoles jefes y armamentos. Del mismo modo la Francia buscó en Méjico el apoyo del partido reaccionario, que le facilitó tropas y dinero, y si su triunfo no fué sinó momentáneo, debe achacarse nó

á los resultados de la campaña, sinó á la aberración política que trató de llevar á cabo, procurando encadenar á un pueblo libre.

Sin embargo, debe presidir una prudencia suma en estas alianzas y no creerse siempre en la expontaneidad y buena fé de nuestros aliados, teniendo en ellos una confianza absoluta, pues no son raros los casos de traición y falta de lealtad; siempre habremos de tener presente que, si bien nosotros seremos superiores al enemigo en ilustración, en medios de guerra y quizás hasta en valor, no llegaremos, ni con mucho, á poseer las condiciones especiales que en ellos son comunes, entre las cuales figura la astucia y el engaño, en primer lugar, y el completo desconocimiento, en muchos casos, de las leyes de nuestro honor.

CAPITULO III.

Política de fuerza. —Destrucción de pueblos y sembrados. —Sistemas enérgicos con las personas.—Penas.—Política mixta.—Organización del país.—Gobernadores militares.—Países limítrofes con las colonias.—Intervención.

Vamos á tratar ahora de la política que habremos de desarrollar en el país enemigo, cuando nos veamos precisados á reducirlo por medio del temor y de los procedimientos enérgicos. Desde luégo, este caso nunca debe llegar sino en el último extremo y después del completo y general convencimiento, de que no es posible conseguirlo por otros medios.

Para adquirir este convencimiento, se necesita estudiar profundamente las costumbres, leyes, religión y carácter del pueblo á que hemos de declarar la guerra; porque, sin este estudio prévio y sin estar plenamente convencidos de que son inùtiles con él los sistemas de atracción, no debemos arriesgarnos á aceptar la responsabilidad moral de emplear los medios enérgicos y represivos.

El grado de ilustración del pueblo enemigo ha de ser una de las cualidades de él que más deben influir en la aplicación de dichos medios; porque, ante un procedimiento de fuerza, las ideas del hombre civilizado distan mucho de las de quien no conoce las leyes de nuestras sociedades, así como en ámbos son distintos el concepto del honor y de la propiedad. Un hombre salvaje aceptará la esclavitud sin deshonra, y se doble-

gará ante el miedo y el respeto que le inspira otro hombre á quien crée superior; y así, el sistema enérgico, que produciría en éste la reducción á la obediencia, causaría en el hombre ilustrado el recrudecimiento de la guerra, como se advierte en las insurrecciones políticas, donde, por lo común, de cada gota de sangre derramada brota un nuevo enemigo.

También es preciso tener en cuenta las condiciones de carácter. Existen pueblos pacíficos, agrícolas ó comerciales, apegados á sus propiedades y bienes, y en estos pueblos, las azarosas exigencias de la guerra causan un pánico profundo, por el temor de perder tales ventajas materiales; otros, por el contrario, son salvajes y guerreros y sus ideas sobre la propiedad no están bien definidas; en unos y otros, los procedimientos enérgicos sobre las propiedades no causarán seguramente el mismo efecto: que si bien los primeros se someterán, por temor de ver desaparecer todos sus bienes, los otros se burlarán, al vernos entregados á la destrucción de sembrados ó pueblos que podríamos aprovechar en beneficio nuestro.

No sólo contra pueblos salvajes podemos vernos obligados á desarrollar una política de fuerza; muchas veces, la tranquilidad de una colonia está sostenida por la fuerza moral de la nación que la domina, y el desprestigio de ésta tal vez conduzca á la pérdida de aquélla; en este caso, la política que desarrolle la metrópoli, aunque enérgica, debe estár absolutamente, más que en ningún otro, en armonía con el grado de ilustración de la colonia.

Para la tranquilidad de ésta, muchas veces es necesario que el nombre de la nación que la posea sea acatado y respetado por todos los pueblos con quienes la colonia tenga relaciones, tales como los fronterizos á ella; así es que, si llegára alguno á menoscabar el prestigio de la metrópoli, debe ésta enseguida apelar á la guerra, para obtener una pública satisfacción y para castigar á los naturales, con objeto de que la colonia

siempre vea triunfantes sus armas y respetado su nombre.

Del mismo modo, cuando nuestros enemigos, bien los de un país donde nos propongamos establecernos, bien los que levanten el estandarte de la insurrección en una colonia, empléen medios reprobados por la guerra, nos veremos en la precisión de emplearlos á nuestra vez, siempre que podamos conseguir con esto, que aquéllos dejen de ponerlos en práctica; pero de ninguna manera dejándonos llevar únicamente por el sentimiento de la venganza, porque la sangre inútil que derramaríamos, sobre no proporcionar ventaja alguna, recrudecería la lucha, haciendo á veces hasta imposible los convenios y avenencias, nunca estables, cuando existe un mar de sangre entre nosotros y nuestros contrarios.

Ahora bien, una vez reconocida la imperiosa necesidad de tener que apelar á los procedimientos de que tratamos, no debemos detenernos un momento en llevarlos al terreno de la práctica, ni con nuestras dilaciones dar á entender quizás que la intención de llevarlos á cabo no es decisiva.

Precisamente para que tales medios produzcan el efecto que se desea, es necesario que vayan acompañados de una decisión formal y de una gran energía, que nunca permita á nuestros enemigos dudar un momento de la suerte que les está reservada, si nó se someten por completo á nuestra autoridad.

Existen pueblos tan astutos, que, con intento de explotar nuestras intenciones humanitarias, nos invitan, al llegar las expediciones armadas á sus playas, á entablar negociaciones diplomáticas que anteriormente se negaron á aceptar. Casi siempre en tales casos, los jefes de las fuerzas europeas que las han aceptado, han visto, al fin, defraudadas sus esperanzas de paz experimentando, al propio tiempo, males gravísimos en sus tropas, ocasionados por la inacción en climas perjudiciales á la salud, sin contar con que el enemigo preparán-

dose convenientemente, hacía que los combates sucesivos fueran rudos y sangrientos, mucho más que si se hubiera comenzado desde luégo, sin dilaciones ni dudas, á operar enérgicamente.

Así aconteció en el año 1858 á los franceses é ingleses en la expedición á China. A pesar de que el gobierno de aquel país se había resistido tenazmente á entrar en negociaciones diplomáticas con Francia é Inglaterra, apenas vió al ejército aliado apoderarse de los fuertes que defendían la entrada del río Pe-ho, se apresuró á entablar negociaciones que sólo después de mucho tiempo, se conoció eran motivadas únicamente para ganar tiempo; entonces el ejército anglo-francés se decidió á proseguir sus operaciones. Después de sangrientos combates, dicho ejército se apoderó de la importante población de Tien-sin, en cuyo punto volvieron á entablar negociaciones con los chinos, sin sospechar que las dilaciones de éstos, no eran motivadas por su especial manera de confeccionar, sinó para dar tiempo á levantar importantes defensas en el interior y á reunir los grandes contingentes de tropas que fueron llamadas para contener la invasión; así es que llegó el momento de firmar los acuerdos tomados y el embajador chino desapareció. El ejército aliado siguió su marcha hacia la capital y volvieron á aparecer de nuevo plenipotenciarios chinos, que quedaron conformes en ajustar la paz y en que marcharan á Pekin los embajadores anglo-franceses, escoltados por 1.000 hombres de su ejército, si bien haciendo los chinos la peregrina proposición de proporcionar á la escolta un gran número de criados, para que le llevaran los armamentos y municiones y evitar de este modo que se cansara. Los aliados, como era de presumir, no cayeron en este grosero lazo; pero su credulidad fué tanta, sin embargo, que nombraron varios jefes, oficiales y ordenanzas, en números de 50, para que, marchando á la capital, ratificaran el tratado de paz; dichos plenipotenciarios fueron hallados, más tarde, unos moribundos, otros cadáveres, y todos vícti-

mas de horribles martirios, pues como hemos dicho el proyecto de los chinos era únicamente ganar tiempo, reunir sus fuerzas y elementos de defensa y oponerse á la invasión. El ejército anglo-francés, aleccionado entonces con la experiencia continuó su marcha hasta Pekín, donde, después de incendiar el magnífico palacio de verano del emperador y de apoderarse de las inmensas riquezas que contenía, amenazaron hacer lo mismo con la capital. Esta energía fué la que atemorizó al gobierno y la que, haciéndole transigir, puso término á una expedición que no logró inmediatamente después de su entrada en campaña todo lo que consigió más adelante, por su excesiva credulidad en las palabras, promesas y buena fé de los enemigos.

Por lo tanto, con pueblos astutos, como el que acabamos de citar, después de haber tratado de conseguir nuestros propósitos, por medio de las vías diplomáticas y pacíficas, sin resultado ninguno positivo, no debemos detenernos en vacilaciones ni prórrogas, aunque sean pedidas por ellos mismos, sinó obrar enérgicamente y sin ninguna clase de contemplaciones, para hacerles sentir el derecho de la fuerza, que es el único que en tales condiciones nos hará conseguir nuestros propósitos y realizar la idea que hayamos concebido sobre aquellos paises.

* * *

Los sistemas enérgicos de guerra pueden desarrollarse con relación á las propiedades ó á las personas, y ni en uno ni en otro caso, se debe proceder con ligereza.

La destrucción de sembrados ó habitaciones presenta la mayor parte de las veces gravísimos inconvenientes. Al destruir las cosechas y los medios de subsistencia del enemigo, tenemos seguridad de inutilizar elementos poderosos que podrán servirnos de auxiliares. Regularmente, las guerras de que tratamos son largas y tienen lugar á gran distancia de la metrópoli, de donde el ejército invasor tiene que sacar comun-

mente todos sus recursos. ¿Cuánto no vale pues, aprovecharse de los medios de subsistencia del enemigo y simplificar con esto notablemente los abastecimientos que en dichas guerras es la principal y más penosa de las operaciones?

Es verdad que, como sucede con frecuencia, el enemigo se aprovecha del mismo modo que nosotros de los sembrados, porque opera en el mismo terreno; esto puede evitarse en parte, haciendo la recolección por cuenta nuestra, si es posible; pero aunque no podamos hacerlo así, debemos conformarnos conque á un tiempo sirvan las producciones tanto para unos como para otros, á no ser que nuestro plan de campaña esté basado exclusivamente en privar á nuestros enemigos de sus elementos de vida, cosa imposible de efectuar la mayor parte de las veces.

A menudo ha sucedido en la campaña de Cuba que, habiendo durado una operación más tiempo del que se había previsto por prolongarse una persecución, por descubrir nuevos rastros ó por otra causa fortuita, las raciones de las columnas se concluían, y al verse obligadas á acampar en estancias, (1) antes frondosas y entonces destruidas, los soldados buscaban inútilmente mazorcas de maíz, yucas y boniatos, que no encontraban, y las fuerzas se veían obligadas á retroceder rápidamente á sus campamentos para racionarse cuando, si la destrucción no se hubiera llevado á cabo, las viandas que se hubiesen encontrado permitirían continuar la operación, aunque fuera solamente un día más; y en una persecución ó en muchas de las operaciones de la guerra, un día más influye notablemente, sobre todo cuando el enemigo tiene por práctica evitar el encuentro de las columnas, hasta el día en que sabe se les han de concluir las raciones traidas de sus campamentos ó depósitos.

(1) Terrenos cultivados, donde se producen los frutos de la Isla llamados *viandas*.

Sin embargo, cuando tengamos elementos de subsistencia suficientes para no necesitar los de nuestro enemigo y el plan de campaña no nos exija retirarnos mucho de nuestros depósitos, será conveniente, como hacen los Estados-Unidos en las tierras indias de sus fronteras, arrasar los sembrados y pueblos enemigos, porque de este modo se obliga á los naturales á internarse ó demandar nuestra protección, sometiéndose completamente. Empleando dichos medios, es indudable que conseguiremos dominar una parte del país donde hacemos la guerra, ensanchar sucesivamente nuestras posesiones, ó establecer una zona inhabitada alrededor de la colonia, para dificultar los ataques repentinos de los pueblos limítrofes.

La destrucción de aldeas y poblados lleva también en sí el gran inconveniente de que, empleándose para ello el fuego, se produce mucho humo, que los naturales del país no sólo ven desde léjos, sino que lo huelen á grandes distancias. De este modo se irá señalando perfectamente la marcha de nuestras columnas y tendremos la seguridad de no encontrar nunca al enemigo, si emplea el sistema de guerra de partidas, y en cambio, él tendrá la seguridad de poder encontrarnos cuando lo desée.

Un doble ejemplo de cuanto acabamos de decir, nos ofrece la campaña de Cuba.

Los insurrectos emplearon un sistema de guerra de devastación, y en armonía con él, incendiaban nuestros plantíos de caña, que eran la principal riqueza de la Isla y la que nos proporcionaba elementos para poder desahogadamente continuar la campaña; é indudablemente los insurrectos cubanos, al poner en práctica aquel sistema de guerra bárbaro é incivilizado en verdad, obraban en perfecta armonía con sus intereses, pues, destruyéndonos ingenios, nos quitaban recursos para la guerra y cada cañaveral que ardía nos producía indudablemente mucho más daño que una derrota. Nosotros, á nuestra vez, destruíamos las estancias de

los insurrectos y de este modo es cierto que conseguíamos disminuir sus recursos, aunque no agotarlos; pero también nos vimos privados de ellos, como hemos dicho y nunca pudimos aprovecharnos de los recursos que ofrece aquel fértil país.

Los ingleses, en su última campaña en el Afghanistan, incendiaron la mayor parte de los pueblos y aldeas que encontraban á su paso, y esto no sin razones muy poderosas; pues, siéndoles todo el país hostíl y estando todo su objetivo en Cabul, no podrían nunca aprovechar para sus tropas los poblados que destruían con el fin de asegurar y dejar expeditas sus líneas de comunicación.

Ultimamente, la decisión de llevar á efecto la destrucción de pueblos y sembrados ha de estár en armonía con los destinos ulteriores que reservemos al país ocupado. Si nuestra dominación ha de ser pasajera y sólo miéntras las columnas pisen su suelo, no habrá tantos inconvenientes para nosotros en la aplicación de las medidas enérgicas contra la propiedad; pero, si queremos establecernos definitivamente en el país, ó bien, ya establecidos, tratamos de dominar una insurrección, la devastación de sembrados y propiedades y el incendio de los poblados nos proporcionaría quizás en el porvenir dificultades grandes y problemas difíciles, pues al destruirlo todo, el país se empobrece, y los que nada poséen, siempre están más dispuestos para la guerra que los que tienen algo que perder.

∴

Llegamos al punto más difícil de analizar; vamos á tratar de los sistemas enérgicos con las personas, y, como la aplicación de dichos medios implica casi siempre los derramamientos de sangre, no nos atrevemos á formular clara y distintamente los casos precisos en que será conveniente la aplicación de estos medios, por más que, al tratar de la aplicación del derecho internacional á las guerras irregulares, hayamos indicado algunos.

Es muy difícil, al tratar de estudiar las condiciones de carácter de nuestro enemigo, para deducir de este estudio el sistema de guerra que debamos emplear, despojarse completamente de la aversión natural y del sentimiento de ódio que nos inspira.

La nación que más respeta los derechos naturales del hombre y que reconoce la igualdad absoluta entre todos éstos, tiene periodos en su historia en que no ha podido sobreponerse, para salvar sus principios, á la necesidad de los sacrificios y de las represalias. Los Estados Unidos han aplicado en muchas ocasiones sistemas enérgicos de guerra, no sólo para contener las invasiones de los indios de sus fronteras, sino para castigar á los blancos que á ellos se unían. En una proclama que el general Hull dirigió al Canadá, anunciando la invasión por el ejército norte-americano, declaró terminantemente que no daría cuartel á ningún blanco que cogiera combatiendo al lado de los indios, aliados entónces de la Inglaterra; y aunque esta nación censuró dicha medida, los americanos la defendieron, dando por única razón que era justo usar de represalias con los indios. Esta determinación fué indudablemente hija del ódio y animosidad que reinaba entre los beligerantes en aquella guerra y de ninguna manera adecuada á los principios sustentados por la gran República, como lo prueba la célebre sesión que tuvo lugar en su Congreso, con motivo, de querer considerar los ingleses á varios prisioneros, de orígen inglés pero naturalizados ó afectos á los Estados Unidos, como desertores y traidores á la patria, y condenarlos por lo tanto á muerte.

En aquella sesión famosa, unos diputados sostuvieron que ningún hombre podía sustraerse completamente de la autoridad del príncipe ó gobierno de su país, que éstos tenían derechos sobre aquellos indivíduos, donde quiera que los encontraran; alegábase por lo tanto, en vano que los que hacían la guerra á la Inglaterra se hubieran naturalizado en América y residieran en ella; según su parecer eran criminales alzándose en armas contra su país

natural y el gobierno americano no estaba en su derecho al querer usar de represalias con los prisioneros ingleses, para impedir que Inglaterra castigase á los que súbditos suyos anteriormente, habían caido en su poder.

Otros objetaron que todo hombre tiene el derecho de elegir una patria, y que el país en que se establece y prefiere, debe tratarlo en todo como á sus propios hijos; para ellos, decir que un hombre está ligado para siempre al país que le ha visto nacer, era una máxima del sistema feudal, insostenible en un pueblo libre y tanto más absurda, cuanto que de ella resultaría que á quien la casualidad hiciera nacer en una monarquía absoluta y bajo el más horrible despotismo, no podría nunca sacudir su esclavitud y debía por lo tanto arrastrar su cadena por donde quiera que fuere.

El resultado de esta memorable discusión, en la cual por una y otra parte se agotaron los argumentos, fué aprobar la firmeza del gobierno y autorizarlo, si la Inglatera continuaba su bárbaro sistema de sacrificar prisioneros, á obrar del mismo modo.

De aquí podemos deducir, cuál debe ser la conducta nuestra en el caso, bien comun en las guerras separatistas, de encontrarnos con naturales de la metrópoli entre las filas insurrectas, siempre que no sean desertores de nuestro ejército, para los cualos los códigos militares tienen penas señaladas.

Ahora bien, llegado el caso de tener que obrar con energía con las personas, el gobierno de la nación, ó el General en Jefe, si tiene ámplias facultades, son los que, despues de analizar detenidamente las condiciones del enemigo y el carácter de la guerra, deben ordenar el grado de energía y represión que haya de desarrollarse, procurando en lo posible, prescindir por completo de la animosidad que sientan hácia el enemigo, y de ningun modo, deben, si no existe la seguridad de conseguir resultados que modifiquen su manera de ser, usar de represalias y sacrificios, que á nada condu-

cirian, como no fuese á aumentar el ódio y antagonismo entre unos y otros.

Reconocida la necesidad de apelar á procedimientos enérgicos, nunca se debe vacilar en su aplicación, como hemos dicho al principio de este capitulo; y una vez identificadas las personas, ejecutar las sentencias dictadas con anterioridad, puesto que ántes de comenzar á poner en práctica dichos medios, debe hacerse saber al enemigo nuestra decisión, por cuantos conductos sea posible, para que puedan dar el resultado apetecido dichas medidas de rigor. Así es que, al tratar de aplicarlas, el General en Jefe publicará un bando, que se hará traducir en la lengua del país donde hagamos la guerra, y además de publicarlo en alta voz, se dejará esparcido profusamente por los bosques, clavándolo en los árboles y hasta despachando emisarios al campo enemigo; emisarios que encontraremos fácilmente, dejando en libertad á algunos prisioneros, si no podemos, hallar gente del país que quiera encargarse de dicho servicio. Esta práctica es siempre muy conveniente y de resultados positivos, pues las comunicacienes dirigidas á los jefes y cabecillas enemigos, noticiándoles nuestra decisión de obrar enérgicamente, rara vez llegan á conocimiento de los oficiales y soldados, que la mayor parte de las veces no saben ni por qué se baten, ni por qué se hace la guerra, ni conocen otros motivos de ella que los que oyen de boca de sus jefes.

El bando ó proclama del General en Jefe debe ser claro y conciso, sin que ninguna duda produzca su interpretación, tanto á los que á él estén sometidos, como á los que deban cumplimentarlo, que casi siempre estarán fuera de la inmediata vigilancia de los jefes superiores.

*
* *

Como es natural, existe una gradación en la práctica de los sistemas de que tratamos; y desde el destierro hasta la pena de muerte aplicada inmediatamente

de ser cogido un enemigo, aunque sea sin armas, debemos señalar las penas que, según nuestra concienciencia, sean suficientes para lograr el objeto propuesto.

Estas penas, que deben ir claramente expresadas en el bando, pueden ser las siguientes:

Multas.

Destierro de la colonia ó país.

Prisión temporal ó perpétua.

Trabajos forzados, por el tiempo que dure la campaña ó á perpetuidad.

Pena de muerte, según la parte que el acusado hubiere tenido en la guerra, posición oficial en el campo enemigo ú otras causas, que deberán investigar los consejos de guerra.

Pena de muerte, al que fuere aprehendido con las armas en la mano.

Pena de muerte, por serlo, aunque sin ellas, en territorio enemigo.

El sistema de tratar de reducir á nuestros contrarios empleando violencias con las personas de sus familias que se encuentren en nuestro poder, creemos deber desecharlo completamente, por lo odioso que es hacer sufrir á personas que, si bien simpatizarán con la causa contraria, no se encuentran en frente de nosotros, ántes bien se hallan amparadas á nuestras leyes y confiadas en nuestra honradez.

La aplicación de las penas anteriores, debe ser hecha sin crueldad y cesando en el momento que se consiga el objetivo que nos hayamos propuesto: debemos siempre hasta en los actos que parezcan más inhumanos, mostrarnos grandes y compasivos no sólo para hacer desaparecer la idea de ensañamiento en nuestro proceder, sino para poder llevar con orgullo el nombre de nación civilizada, nombre que se necesita sostener, mas bien que con la fuerza de las armas, con la fuerza de las ideas y de la justicia. No nos suceda lo que á Inglaterra, nación que, siendo tan ilustrada y blasonando de amparar y acojer todas las ideas humanitarias,

deja mucho que desear en las guerras coloniales que ha sostenido y sostiene con pueblos que quiere sojuzgar por el temor, pues á la vista de todos está el sistema terrible que empleó en el Afghanistan y el que ha desarrollado en el Zululand, donde, según noticias que apenas nos atrevemos á creer, cuando terminaban los combates contra los zulús, era mandada al campo de batalla una compañía de negros, con el objeto de rematar con sus azagayas á los heridos.

Nosotros tenemos tambien en la historia de nuestras colonias manchas horribles de inhumanidad, que han contribuido, no poco, á la pérdida de nuestras mejores posesiones.

En las revueltas de Chile, por mandato de S. M. C. se marcaba con un hierro candente el rostro de los prisioneros, para conocerlos despues de sometidos; y en la guerra de Joló se empleó el mismo sistema bárbaro, á pesar de haber abogado notablemente en contra de dicha disposición algunos miembros de la junta del gobierno de Manila, y como los moros adoptasen en represália el mismo sistema, se declaró que aquella marca en los cautivos cristianos no era infamatoria, sino muy honrosa, como testimonio de los sufrimientos pasados por su Dios, su pátria y su rey.

*
* *

Ultimamente, los sistemas de terror y energía en que nos hemos ocupado, pueden emplearse también combinadamente con una política humanitaria y de atracción, como por ejemplo, cuando nos propongamos hacer abandonar al enemigo una práctica de guerra, tal como el sacrificio de prisioneros ó el incendio. Entónces, como hemos indicado al hablar del derecho internacional, toda la fuerza de nuestros procedimientos debemos emplearla cuanto nos sea posible, contra los jefes y cabecillas que pueden evitar por sus ordenes y mandatos el carácter inhumano ó destructor de la guerra, procurando hacer bien distinta nuestra manera de obrar

respecto de los que emplean los procedimientos que queramos combatir y de los que no los ponga por obra. Esta distinción, que debe marcarse clara y terminante en los bandos ó proclamas del General en Jefe, podrán hacerla los tribunales nombrados para dicho objeto ó los jefes de las columnas por medio de procesos verbales, según el grado de energía que quiera desarrollarse, y tanto en un caso como en otro, haremos cesar las medidas de rigor, no bien conozcamos que el enemigo abandona los procedimientos que tratábamos de hacerle abolir.

*
* *

Consideremos ahora que, desarrollando una política de atracción, ó una de fuerza y rigor, llegue el momento deseado de la paz y tratamos de establecer las relaciones normales que deban ligarnos en lo futuro con nuestros antiguos enemigos.

El perdon y el olvido, pueden ser ámplios y generales ó sujetos á ciertas restricciones, aunque siempre hemos de procurar que la paz borre completamente los rencores originados por la guerra; porque la fuerza moral que se adquiere sobre el contrario es muy grande, cuando, después de haberle hecho conocer la energía que sabemos desplegar y el poder material que nos dan nuestros conocimientos y nuestros potentes medios de guerra, al llegar el fin de la lucha, nos encuentra justos, humanos y compasivos, atendiendo á sus necesidades lo mismo que á las de nuestros antiguos súbditos, y procurando igualarlos á ellos, mejorando su condición.

Desgraciadamente puede suceder que, como escarmiento saludable para el porvenir, nos veamos precisados á no conceder el perdon y el olvido á todos los que militaban en el campo contrario ántes de la celebración de la paz, bien porque ésta se ajuste bajo ciertas condiciones, tales como la entrega de los que hubieran cometido determinados desmanes y los desertores, á los tribunales de guerra, ó bien porque sea conveniente

para la seguridad futura del país ó colonia, hacer un terrible escarmiento con los jefes de la insurrección. En tal caso, nos veríamos seguramente, al saber que el jefe de un movimiento separatista era un aventurero, no natural de la colonia, y que, sólo para conseguir su medro personal, no habia vacilado en levantar contra nuestra autoridad masas ignorantes ó poco ilustradas, derramando torrentes de sangre, para fundar sobre ellos el poder que satisficiera su egoismo y ambición.

Con esta clase de aventureros, debemos ser inexorables, pues así como nada debe merecer más respeto, hasta después de vencida, que la idea política, por más desacertada que parezca, estamos en el deber de proteger contra las aventuras de algunos ambiciosos á los pueblos que se cobijan bajo los pliegues de nuestra bandera.

Celebrada la paz y sometido el país, habremos de tener siempre en cuenta que no vamos á ser los despojadores de un pueblo, sino sus protectores; que á nuestra sombra han de desarrollarse las inteligencias de los naturales, hasta el momento en que alcançen nuestro mismo grado de ilustración; y nuestra conducta, por lo tanto, respecto del gérmen de nación que á nuestro calor se ha de desarrollar, debe estar en completa armonía con sus necesidades y desenvolvimiento sucesivo. Ejemplo palpable de esta manera de tratar á las colonias lo tenemos en Inglaterra, que, después de haber perdido la mayor parte de sus posesiones en América, por obtinarse en llevar uncido á un yugo de hierro á un pueblo casi tan ilustrado como ella, aprendió, por interés propio, el sistema gradual y sucesivo que debe desarrollarse en las colonias. Así es que domina militarmente la India, porque es una nación aún enervada por su religión y su clima, y en cambio, el Canadá, el Cabo y la Australia se gobiernan por sí mismos manteniendo, sin embargo, lazos de unión con la metrópoli, en beneficio del interés comun.

Al establecernos en un país, procuraremos armoni-

zar, en lo posible, nuestros intereses con la manera de ser del nuevo pueblo, no apelando á violencias de ningún género, después de proclamada la paz, á no ser contra los malhechores, y poniendo siempre especial cuidado en fomentar las producciones, que es, lo que principalmente contribuirá á arraigar nuestra dominación, porque arruinar las poblaciones no es el medio de someterlas. La razón de esto es bien clara: el ódio hácia los conquistadores no se hace sordo sino por el temor; pero el que nada posée es menos accesible al temor que el propietario que tiene que perder; así es, que el conquistador debe evitar á toda costa las ocasiones de reavivar inútilmente este ódio y por lo tanto no arruinar las poblaciones.

Son tan exactas las apreciaciones y advertencias hechas por el mariscal, duque de Isly, á las tropas que ocupaban la Argélia bajo su mando, y las hallamos tan aplicables á cualquier otro país que se encuentre en parecido caso, que creemos deber copiar á continuación un extracto de su circular de 17 de Setiembre de 1844, dando instrucciones respecto á la política que había de desarrollarse en dicha colonia.

«Después de la conquista, dice, el primer interés y el primer deber del conquistador es el de gobernar bién al pueblo vencido: la humanidad y la política lo ordenan igualmente.»

«La conquista de la Argélia, es diferente de las conquistas que se hacen en Europa. Allí, cuando se ocupa una provincia conquistada, no se pretende introducir en ella un pueblo nuevo; no se apoderan de una parte de las tierras para darlas á familias extranjeras, diferentes en costumbres y en religión.»

«En Africa, al contrario, todos estos obstáculos se presentan ante nosotros y nos hacen nuestra tarea infinitamente más difícil.»

«Debemos, pués, tener la mayor solicitud, la más constante actividad y una paciencia inquebrantable en la administración de los árabes. Nos hemos presentado

á ellos como más justos y más capaces de gobernarlos que sus antiguos dueños; les hemos prometido tratarlos cual si fueran hijos de la Francia; les hemos hecho la formal promesa de que les conservaríamos sus leyes, sus propiedades, su religión, sus trajes. etc. Estamos obligados con ellos y con nosotros mismos á cumplir nuestra palabra.»

«Hemos manifestado nuestra fuerza y nuestro poder á las tribus de la Argélia; es preciso hacerles conocer nuestra rectitud y nuestra justicia y hacerles preferir nuestro gobierno al de los turcos ó al de Abd-el-Kader.»

»La buena administración, no debe dispensarnos de permanecer fuertes y vigilantes; pero es creible que nos proporcionará la ventaja de no emplear la fuerza sino en casos muy raros.»

«La uniformidad de principios en administración no es ménos necesaria que en la guerra. A un mismo sistema de guerra adoptado y seguido en toda la Argélia, es á lo que debemos su conquista. Y la conservarémos con un buen sistema de administración, seguido en todas las localidades tan uniformemente como se pueda.»

«La buena política exigirá quizás que en los empleos secundarios hagamos administrar á los árabes por los árabes, dejando la alta dirección á los Comandantes franceses de provincia y subdivisiones. Esto actualmente es una necesidad, porque el número de oficiales que conocen el idioma, las costumbres y los negocios árabes es muy pequeño para poder pensar en dotar á los árabes de *aghas* y *Kaides* (1) franceses. Es preciso, pues, servirnos de los hombres que tienen influencia en las tribus, por su nacimiento, por su valor, ó por su aptitud para la guerra ó la administración.»

«El nacimiento ejerce todavía grán influencia entre los indígenas; si en absoluto no debe ser causa de

(1) Autoridades subalternas.

nuestra preferencia, debe, por lo ménos, tenerse muy en cuenta. Alejar del poder á las familias influyentes, sería crearnos enemigos poderosos: vale más tenerlos en nuestro campo, que fuera de él. La nobleza árabe tiene mucho de altiva y presuntuosa si se la aleja de los cargos públicos, no tardaría en crearse partido entre los fanáticos por la religión y la nacionalidad. El mejor medio de anular y disminuir su prestigio es hacerla servir para nuestros propósitos.»

«La elección de los funcionarios debe ser, tanto política, como administrativa.»

«Los señores Comandantes de provincia y subdivisiones comprenderán fácilmente la importancia de estas elecciones y no estaría demás en este asunto consultar la opinión pública de la tríbu.»

«Los jefes que se conduzcan bien, deben ser acogidos con distinción y agrado por los oficiales franceses, sea cual fuere su graduación. El árabe agradece mucho los buenos tratamientos y hasta el presente yo no he tenido que arrepentirme por haberlos empleado con ellos; apenas podrán citarse dos ó tres árabes que hayan respondido al buen trato con ingratitud.»

«Deben ser tratados con bondad, humanidad y justicia. Es preciso escuchar sus quejas y reclamaciones, y examinarlas con cuidado, á fin de hacerles justicia si tienen razón, ó castigarlos si no la tienen.»

«Por estos medios Abd-el-Kader ha adquirido tan gran fuerza moral y tanta popularidad: siempre estaba dispuesto á escuchar al último de los árabes.»

«Recomendamos á los señores Comandantes militares que, aunque hayan tenido que mantener la terrible legislación de la responsabilidad de las tríbus, como el único medio de conservar el órden en un país que carece de las múltiples combinaciones de nuestra administración civil y judicial, no deben usar de ella sino con gran moderación y cuando las necesidades políticas ó de seguridad pública lo exigan imperiosamente.»

Al desarrollo de esta política se debe el estado de creciente prosperidad de la colonia francesa. Al tratar de dar organización á las tríbus sometidas, en nada se varió la dada por Abd-el-Kader, y aceptando la sumisión de ellas, no se les exigió mas impuestos que los que estaban acostumbradas á pagar; se les conservaron sus trajes, usos, religión y costumbres, y hasta se les permitió ser dirigidas por los mismos jefes, con la única salvedad de que éstos habían de ser investidos en sus cargos por las autoridades francesas, á las que habían de dar cuenta de su conducta.

Contribuyó, no poco, á asegurar la paz y la tranquilidad en la colonia, la creación de las oficinas árabes. Eran estas oficinas las encargadas de centralizar los asuntos que se relacionaran con los árabes, reunir documentos, traducir la correspondencia y trasmitir á los jefes indígenas las decisiones del General en Jefe. Tenían á su cargo tambien la investigación y reunión de noticias útiles para la guerra, proporcionar guías, convoyes de bestias de carga, etc., y la importancia de ellas creció cuando sometidas las tríbus, se procedió á su organización.

Dominado el país, y llegado el momento de organizarlo en gobiernos militares, zonas ó partidos, que siempre deberán amoldarse á la división antigua del territorio, los Comandantes que se coloquen al frente de ellos, han de tener instrucciones extensas del General en Jefe, á las que sujetarán su conducta, que, por lo demás, ha de estar completamente deslindada del poder religioso, si lo hubiere, ya que el poder civil debe reasumirlo hasta que el país reciba completa organización. Decimos esto, porque en nuestra dominación en Filipinas han surgido várias veces lamentables competencias y complicaciones, que han perjudicado notablemente nuestros intereses en el Archipiélago, como lo prueban los párrafos de la «Historia de las Islas Filipinas,» que copiamos á continuación.

«El valor y entereza de los españoles, mandados

por el general Almonte, habían conseguido que el pabellón de España fuese respetado en todas las islas, y numerosos gobernadores mandaban fuertes, que habían construido hasta en las más rebeldes y salvajes; pero bien pronto los desaciertos de los mismos, hicieron que fuera extinguiéndose aquel respeto con tanta sangre conquistado.»

«La religión y las armas, estos dos agentes poderosos conque había de llevarse á cabo la conquista del Sur del archipiélago, como se llevó adelante y con tanto acierto en el Norte, debieron marchar siempre enlazados y de común acuerdo obrar, sostenidos é impulsados vigorosamente por los desvelos y cuidados de un gobierno sábio, prudente y reparador. Pero los jesuitas á cuyo cargo estuvo la reducción de los naturales, y los jefes militares, que debían fomentarla con las armas, pocas ó ningunas veces, se hallaban conformes en la manera de proceder, cuando, establecidos ya en los terrenos conquistados, la cuestión era de arráigo y engrandecimiento.»

«Acusan, tal vez hasta con severidad, los jesuitas á los gobernadores de los establecimientos militares que se fundaron en Mindanao y Joló, de querer apropiarse toda la honra de haber reducido á los pueblos; de vejar á los moros, con el afan de enriquecerse; de ocuparse demasiado en comerciar, á tiempo que descuidaban las guarniciones de las fortalezas, teniéndolas faltas de víveres; cuando éstos, dicen, han debido siempre proporcionárselos en el campo enemigo.»

«Los capitanes, á su vez, se han quejado del despotismo de los jesuitas, de su empeño en manejarlo todo y de sus contínuas exigencias, aún tratándose de las cosas de ménos utilidad y provecho para el bien común.»

«Había excesos indudablemente, cometidos por unos y por otros; pero es lo cierto que esta falta de unión y acuerdo era un gran obstáculo para conseguir la reducción de los astutos moros.»

Estos casos, que tambien son bastante comunes en

la historia de nuestra dominación en América, deben evitarse, no sólo prescindiendo de los misioneros ó limitando sus facultades, sino poniendo un especial cuidado en vigilar que el afan de las riquezas no convierta en comerciantes á los jefes militares, cuyas obligaciones son sagradas y que deben poner todo su empeño y toda su inteligencia en conseguir la estabilidad de nuestra administración, con seguridad desprestigiada, si no mostráramos otro objetivo que el de enriquecernos. Así, pues, debe prohibirse en absoluto, bajo severas penas, dedicarse al tráfico y al comercio, tanto á los jefes de los puestos, como todo al que vista el uniforme militar y que por lo tanto, tenga deberes marcados que cumplir en el sitio donde su nación lo tiene colocado, y en el que, á veces, es el único representante de ella.

Puede suceder que, en razón á las circunstancias especiales del país ó á las condiciones en que nos encontremos, no nos sea posible ó no nos convenga establecernos militarmente en él, y en éste caso, para que nuestra dominacion ó influencia no sea ilusoria, es preciso llegar á crear lazos comunes entre los naturales y nosotros, relaciones que á los dos pueblos les convenga no romper. El principal agente colonizador de Inglaterra es el mercader, y el comercio indudablemente el lazo que más une á los pueblos, por los intereses y relaciones que crea; á él, pues, debemos pedir unión y concordia, y es seguro que, donde se lleguen á establecer lazos comerciales de alguna importancia, se hace muy difícil la completa desunión. Pero, en el caso de establecernos militarmente y organizar el país en esta forma, hemos de estudiar con detención sus especiales condiciones y hacer una división apropiada á su extructura y á las costumbres de los naturales, centralizando, en lo posible, todos los asuntos en un gobierno superior, del que dependerán vários subalternos, establecidos en las zonas ó distritos, y estos á su vez, tendrán acción sobre las autoridades indígenas, que se procurará

sean las personas más sensatas, tranquilas é influyentes del país.

Dispuesta la colonización y ocupación de este modo, los detalles han de ser minuciosamente aplicados, para lo que es preciso que los jefes sean personas inteligentes, competentes, prácticas, y sobre todo conocedoras de la necesidad que tenemos de conservar la fuerza moral, adquirida en los combates, porque ella ha de constituir nuestro poder; pues, si los naturales, que tan íntimo trato tienen con sus gobernadores, observáran en éstos afán de atesorar, poca actividad, demasiada confianza y completo abandono, llegarían á mirarlos sin respeto, y, como las ideas civilizadoras irían poco á poco filtrándose en sus cerebros, concluirían por creernos iguales ó inferiores á ellos, con lo que tendríamos mucho perdido, si intentáran sacudir nuestra dominación. Es decir, que en una colonia, en vez de procurar adormecer la inteligencia de los naturales, para que sobresalga la nuestra, debemos, por el contrario, despertarla y hacer que nuestros gobernadores sean tales, que la superioridad siempre exista en ilustración y honradez.

Para dar impulso á la vida de la nueva colonia, no solamente deberemos dirigir las emigraciones de la metrópoli hacia ella, ofreciendo tierras y ventajas positivas, sino protejer la colonización de gentes de otros países, llegando, si es posible, hasta fomentar la creación de compañías de comercio, que quizas llevarían á la colonia muchas familias procedentes de territorios menos fértiles, suaves y benignos. En cuanto á la organización civil, administrativa y eclesiástica, nada quisiéramos decir, por no prestarse á ello la índole de este trabajo; pero, como quiera que en los primeros años de dominación en un país, el régimen que se establezca ha de influir poderosamente en el ejército de operaciones ó de ocupación y en las contingencias de la guerra, nos atrevemos á llamar sobre este asunto la atención, no de los jefes militares que estén á la cabeza

de los departamentos, ni del gobernador general de la colonia, porque unos y otros tendrán que ajustar su conducta á las órdenes que reciban de la metrópoli, sinó á los gobiernos de ésta; á ellos nos dirigimos, para hacerles presente que la impaciencia y la intolerancia, son las causas que siempre han sido más funestas á nuestra dominación en el continente americano, donde hemos hecho ante el mundo civilizado, un gran ensayo de colonización, que ha producido un efecto contrario al que todas las naciones deben desear; pues, después de haber prestado nuestra sangre y nuestra vitalidad á aquellas apartadas regiones, en vez de conseguir constituir una porción de estados, hermanos de la madre pátria, hemos formado un semillero de naciones heterogéneas á las cuales no les liga otro lazo ni tienen otra idea común que la arraigada antipatía que á España profesan.

Quizás se nos diga que las situaciones políticas por que atravesaba nuestra pátria en la época de la emancipación de sus colonias no eran por cierto muy despejadas, ni la nación contaba con recursos suficientes para atender á los inmensos compromisos que sobre ella pesaban, quizás se nos objete que aquéllos gobiernos, que mandaban con la espuela y el látigo, no podían desarrollar otra política que la de la represión y el castigo; pero aparte de las muchas razones que en pró de lo que decimos nos facilitaría la historia de la Isla de Cuba, respecto de la cual, está en la conciencia de muchos, si nó de todos, que la dudosa moralidad, la represión y la administración viciosa, han sido el gérmen de graves acontecimientos y las causas primordiales de una insurrección dominada accidentalmente; aparte de esta historia, que nos mostraría cómo en medio de épocas muy liberales, los desaciertos de los gobiernos, de los gobernadores y de los empleados, pueden haber hecho poco simpático el nombre de España á muchos cubanos, tenemos el ejemplo irrecusable de Santo Domingo.

En dicha isla, el nombre español no era ni repulsivo ni admirado antes de su anexión; todos los dominicanos profesaban respeto profundo á la nación que les dió vida; y como su independencia se efectuó sin lucha y sin despertarse rencores de ningun género por no haber opuesto España á ella sus soldados, ocupados en las guerras separatistas del continente, su recuerdo no estaba teñido en sangre, como sucedía en todas las antiguas colonias de la América del Sur. El partido conservador de la Isla, creyó conveniente para la futura grandeza de ella y mejor desarrollo de sus intereses acudir á España, pidiendo su anexión; y este acto, tan voluntario como su emancipación, se llevó á cabo, sin que notarán los primeros soldados españoles que desembarcaron en la isla, el menor sentimiento de ódio, pues los no partidarios de la anexión, únicamente demostraron completa indiferencia y nunca se dió el caso, durante la guerra, de que nuestros prisioneros y heridos fueran maltratados, ántes bien, mirados con gran consideración, fueron atendidos unos y curados otros hasta que nos fueron entregados. Pues bien; en aquél país, que tenía arraigadas añejas costumbres y antiguas instituciones, lo primero que se hizo fué variar por completo su organización, igualándola de repente con las de Cuba y Puerto-Rico. Se nombró un Capitán General peninsular, se creó una audiencia peninsular, se enviaron un obispo y un clero catedral peninsulares, y se instituyeron los alcaldes mayores, cuyo personal, así como el de todas las dependencias, era en su inmensa mayoría tambien peninsular; y para atender á todos los gastos que ocasionaba la nueva organización, se plantearon las contribuciones directas, á las que los naturales, no estaban acostumbrados y hasta se varió la moneda. Todo esto, hecho de repente, sin preparación de ningun género, antes que los dominicanos comenzaran á acostumbrarse á ver ondear en sus poblaciones la bandera española, produjo las consecuencias naturales que debían haberse previsto y la insurrección esta-

lló noble y franca, pues uno de sus primeros actos fué enviar á nuestro Capitán General para que lo remitiera al gobierno de España, un escrito en el que se le aseguraba que la anexión había sido pedida por los ménos y que, en vista de la marcha política adoptada por el gobierno español, el país deseaba recobrar su independencia.

Estos hechos y los que se han verificado en Cuba, que por razones que el lector comprenderá, no nos hemos atrevido á analizar, deben hacer que nuestros gobiernos fijen detenidamente su atención en las cosas de las colonias que aún poseemos y podamos poseer, porque, si no reformamos nuestra política colonial, todas las naciones del globo podrán acusarnos de muchas cosas, antes que de inexperiencia; pues por desgracia nuestra, harto experimentada está nuestra pátria en estas cuestiones y bien caro le ha costado el largo aprendizaje; tan caro, como que él se ha llevado casi toda la sávia de nuestra pátria y casi todo el oro de nuestro tesoro.

* * *

Tan importante como la política que es necesario desarrollar en una colonia, es el estudio de la que hemos de adoptar con los países limítrofes á ella.

Cuando se tiene vecino á un pueblo guerrero como sucede á Inglaterra con el Afghamistán, hay que tener mucho tacto en la manera de intervenir en sus asuntos. Una reposición en el trono de dicho país, costó á la expresada nación la desastrosa retirada de 1842 y la pérdida de algun prestigio en sus colonias de las Indias; para recuperarlo, tuvo necesidad de comenzar una nueva campaña.

Con éstos pueblos, que casi siempre son fieros amantes de su independencia, debe procederse siempre, como hemos dicho ántes, con sumo tacto. Despues del mal éxito de su intervención en 1842, Inglaterra procedió con sus vecinos de muy distinto modo; así es que en la

guerra de la Persia con el Afghanistan (1855) facilitaron á este último un subsidio anual, para llevarla á cabo, y más tarde en la guerra civil que estalló en dicho país (1863), el gobernador de la India se abstuvo prudentemente de intervenir, declarando que reconocería como Soberano al príncipe que llegara á serlo de hecho. Esta conducta de Inglaterra, despues del primer descalabro, debe enseñarnos á ser cautos en nuestras relaciones con los pueblos vecinos de las colonias, para que nuestra autoridad no se vea nunca rebajada ante éstas y para que no se nos originen guerras improductivas.

En las relaciones comerciales con nuestros vecinos, debemos vigilar muy atentamente cuanto concierna al comercio de armas, segun dijimos en el capítulo anterior. Este comercio es conveniente monopolizarlo, en lo posible, para, en último caso, saber siempre á punto fijo, los elementos de fuerza con que cuentan los compradores ante la probabilidad de una campaña.

⁂

Solo nos restas decir breves palabras, apropósito de las intervenciones, para concluir la rápida ojeada con que hemos recorrido la política, origen de nuestros actos en las guerras irregulares; y como, apesar de no haber seguido Francia la norma de conducta que al principio determinó, la forma de una intervención, se espresa clara y concisamente en un párrafo de la carta que el Emperador Napoleón III escribió al general Forey, al darle el mando de la expedición á Méjico, lo copiamos á continuación.

«He aquí, escribe el Emperador, la línea de conducta á que debe atenerse el general Forey.

1.° Publicar á su llegada una proclama, cuyas principales ideas le serán indicadas.

2.° Acoger con la mayor benevolencia al general Almonte (1) y á todos los mejicanos que se le ofrezcan.

---

(1) Uno de los jefes del partido reaccionario.

3.° No dar la preferencia á ningun partido; declarar que todo es provisional, hasta que la nación mejicana haya decidido; demostrar una gran deferencia por la religión; pero dar seguridades, al mismo tiempo, á los tenedores de *bienes nacionales*. (1)

4.° Alimentar, pagar y armar, segun su costumbre, á las tropas mejicanas auxiliares. *Hacerles representar el principal papel en los combates*.

5.° Mantener en nuestras tropas, lo mismo que en las auxiliares la más severa disciplina; reprimir vigorosamente todo acto depresivo para los mejicanos, pues no se debe olvidar su carácter orgulloso, y es necesario para el éxito de la empresa conquistarse, ante todo, el espíritu de las poblaciones.

Llegado á Méjico, (2) es de esperar que el general Almonte y las personas notables de todas las opiniones que hayan abrazado nuestra causa, convoquen, según las leyes mejicanas, una asamblea, que decidirá la forma de gobierno y de los destinos de Méjico.

El General ayudará al nuevo poder á introducir en la administración y sobre todo en la Hacienda, la regularidad de que la Francia ofrece el mejor modelo. Con este objeto, se enviarán al gobierno mejicano hombres capaces de secundar su nueva organización.»

---

(1) Bienes antiguos del clero, cuya venta fué decretada por el partido liberal.

(2) La capital.

CAPÍTULO IV.

Conquista de un país. – Fronteras. – Retirada del ejército.—Insurrección en una colonia.—Expediciones y refuerzos.—Final de la campaña.

Muchas podrán ser las causas que motiven el estado de guerra entre la metrópoli y un país fuera de ella; pero, cualesquiera que sean, el General el Jefe encargado de llevar á cabo la campaña, debe poner todo su empeño en llegar pronto á su término; pues, si costosas son las guerras europeas, mucho más lo son aquéllas en que los ejércitos léjos de la pátria, tienen que proveerse de todos los elementos necesarios, cuyo transporte se dificulta mucho y es, por lo general, excesivamente caro; así, una de las cosas que más han de evitar el gobierno de la nación, los gobernadores de colonias y los generales en jefe, es que se créen muchos intereses en el estado transitorio de guerra porque pase la localidad; pues, aún suponiéndo sobra de patriotismo y desinterés en los que á la sombra de la guerra crean fortunas, siempre serán, si nó un obstáculo sério para la celebración de la paz, una rémora grande, que embarazará mucho la decisión de conseguirla en breve plazo. Las necesidades de los ejércitos son tantas y tan múltiples, que, cuando invade la guerra una localidad, se establecen infinidad de industriales y comerciantes, que realizan grandes beneficios; á ellos van á parar las consignaciones del ejército y al

propio tiempo, contratistas de todo género llegan á formar capitales cuya adquisición sin el estado de guerra no hubieran siquiera soñado. Aunque es imposible prohibir en absoluto la creación de estos intereses, el General en Jefe, no debe descuidar un asunto tan importante y ha de tener á raya á los comerciantes ó contratistas, para que nunca lleguen á influir en la terminación de la campaña.

Los objetivos de todas las que nos veamos precisados á sostener se reducen á tres.

Conquista de un país.

Conseguir en él, por la fuerza de las armas, un objeto que no sea la conquista.

Dominar en una colonia una insurrección.

La guerra de conquista, indudablemente, presenta dificultades muy grandes para una nación, cuando esta no tiene independencia completa de acción y libertad de compromisos para no temer el veto que puedan oponerle otras naciones, envidiosas de su futura gloria y engrandecimiento.

Doloroso es tener que confesar que España se ha encontrado hasta ahora en semejante caso; y si bien no pretendemos analizar y descubrir las causas de ello, porque sería tarea agena al objeto que nos proponemos, nos atrevemos á asegurar en alta voz, tan alta que pueda oirse en el seno de los gabinetes de Europa, que entre esas causas no figuran ciertamente el indiferentísmo nacional para cierta clase de empresas, ni la poca inteligencia y fuerza de nuestro ejército.

Sensible es que nuestra campaña de Africa nos produjera solamente un laurel más en la historia de nuestra pátria, que ya se doblaba bajo el peso de ellos, aunque marchitos, sin que nos reportára más ventajas materiales que las que hubieramos obtenido al no retirar nuestras fuerzas de Méjico, cuando acaeció la intervención anglo-franco-española. Y no se diga que nuestra nación en aquella época no se encontraba en condiciones de desempeñar el papel de conquistadora;

pues la situación de Francia, cuando el rey Cárlos X decidió la conquista de la Argelia, fundándose en una causa parecida á la que motivó nuestra campaña de Africa, no era, ni con mucho, tan tranquila é independiente como la de España el año 1860, puesto que, á los pocos días de clavarse la bandera de la Francia en los muros de Argel, cayó el rey Carlos X, derribado por la revolución de Julio.

Las guerras de conquista, como hemos dicho, no puede llevarlas á cabo una nación que no esté completamente desligada de compromisos de cierto género con otra más poderosa, porque sólo la simpatía de alguna de estas por el país que se pretenda conquistar, es obstáculo sério y poderoso, aunque no insuperable, para el ejército conquistador, que de seguro no tendrá que combatir únicamente contra los elementos propios del país enemigo. Por esta razón, tales guerras son difíciles para los gobiernos que tratan de llevarlas á cabo y á ellas hemos de apelar solo cuando la necesidad sea apremiante y la injerencia política no haya producido resultados satisfactorios. (1)

*
* *

Después de ocupado y sometido el país, debemos obrar en armonía con el tiempo que haya de durar

---

(1) Forzoso es confesar, aunque nos duela decirlo, que la Inglaterra es la única nación del mundo que impunemente puede emprender conquistas coloniales, sin que el más grande fracaso llegue á conmover sériamente á la metrópoli.

Desde el año 1820 ha sostenido las siguientos campañas irregulares: la guerra de Persia, la del Punjab, la gran insurrección de la India, la guerra de los cafres, la de los Maories, la de Nueva Zelanda, las expediciones de China y Méjico, la guerra de Abisinia, la de los Ashantis, las tres del Afghanistan, la del Zululand, la de los Basutos, la del Transvaal y la de Egipto.

Estas campañas, le han hecho adquirir el inmenso imperio colonial que posee. Segun datos estadísticos recientes y oficiales, el área total de las colonias inglesas, es de 7.917.000 millas cuadradas (cada milla tiene 1.609 metros) superficie equivalente á dos veces la de Europa.

En sus posesienes, habitan diseminados 218 millones de habitates, cuya mayor parte, 200 millones, corresponden á la India.

nuestra dominación, teniendo especial cuidado, si ésta ha de ser larga ó definitiva, en llevar nuestras armas victoriosas hasta puntos estratégicos, perfectamente estudiados, que permitan señalar una buena frontera, y que cubran las invasiones del exterior. Este ha sido el deseo constante de Inglaterra en el Alfghanistan; y si lo hubiera conseguido antes de las rudas campañas que contra dicho país ha llevado á cabo en lo que vá de siglo, otra hubiera sido la suerte de los ejércitos que penetraron por las gargantas de aquel montañoso territorio y otro seria el respeto y el temor que produciría entre los afghanos el nombre inglés.

Cuando la conquista no tenga por objeto la adquisición de una colonia, sino la necesidad de ensanchar alguna que poseamos, bien para dar salida al exceso de vida que la ahogue, bien para resguardar los ricos terrenos cultivados, de rápidas invasiones del enemigo, las dificultades son menores, porque contaremos con una gran base de operaciones para el desarrollo de nuestros planes y porque el ejército estará aclimatado y hasta muchos soldados serán hijos del país.

Como seguro y eficáz sistema para ensanchar nuestro dominio en un país, y como digno de estudiarse por lo mucho que podrá servirnos en determinados casos, es notable el que emplean los rusos en su marcha silenciosa, lenta y no interrumpida hacia el centro del Asia. Los cosacos, son siempre, la vanguardia del ejército; una orden del Czar, los vá estableciendo sucesiva y lentamente en puntos que jalonan los caminos militares estudiados de antemano; y como los cosacos llevan siempre consigo sus familias, ván formándose puestos, que fortifican ellos mismos para su seguridad personal y que sirven de núcleo á pequeñas aldeas ó poblados, donde más tarde las necesidades de la guerra, establecen los depósitos y almacenes. Allí se provéen las columnas de marcha, en caso de invasión; dejan sus enfermos y sus heridos y reponen sus municiones; aquellos puntos sirven de relevos para los correos; de allí parten

los celadores de las líneas telegráficas, cuando existen, los encargados de la recomposición de los caminos, y de uno en otro se presta sucesivamsnte el servicio de escoltas. Poco á poco, se ensancha el campo y se funda una aldea: si la posición es importante, se le destina una guarnición, se nombran funcionarios públicos y las relaciones que las nuevas aldeas ván adquiriendo en el país, lo preparan convenientemente para concluir de organizarse á espaldas de las nuevas fronteras del Imperio, cuando éste envía las columnas que han de ensancharlo.

***

Cuando la guerra no sea de conquista, una vez conseguido el objeto que nos hayamos propuesto, el ejército deberá retirarse, sucesivamente y como por escalones, hasta el puerto designado para el reembarque, procurándose que no quede nunca una fracción del ejército, aislada y sola en algún punto distante ó no protejido por los barcos de la escuadra, porque es muy posible que se viera de repente atacada por fuerzas superiores, que no respetaran la paz convenida. Lo mismo debemos tener en cuenta, cuando el reembarque se efectúe á la vista de un país abiertamente hostíl, donde nuestro ejército no haya conseguido el objetivo que llevaba y se viera obligado á retirarse; sin embargo, en este caso no debe embarcarse todo nuestro ejército, abandonando completamente el país y áun quizás á algunos desgraciados heridos y prisioneros que retenga el enemigo. Entonces, el ejército debe retirarse á la mejor plaza ó ciudad de la costa del país que se ha de abandonar, y haciéndose fuerte en ella, recibiendo en su recinto á los naturales que nos hayan permanecido adictos, pactar con el gobierno que se constituya ó con el yá constituido, la entrega de nuestros prisioneros y hasta si es posible, pedir una indemnización, que nos resarza en parte, de los gastos ocasionados por la guerra; no entregando la plaza hasta conseguir nuestro objeto,

y conservándola en nuestro poder ó volándola con dinamita, si no nos fuera posible conservarla, cuando el enemigo se niegue rotundamente á nuestras justas pretensiones.

*
* *

El objeto de la expedición, como hemos dicho, puede ser también hacer entrar en razón á una colonia sublevada, y en este caso, nos atrevemos á segurar que, á pesar de tener en el país un elemento que ha de ayudarnos y de no vernos obligados á efectuar desembarcos á viva fuerza, las dificultades aumentarán de tal modo, si la insurrección tiene alguna inportancia, que la reducción á la obediencia será allí más difícil de conseguir, que en un país extraño cuya conquista pretendiéramos.

En efecto, las insurrecciones en las colonias, rara vez dejan de tener el carácter de separatistas y, por lo tanto, los hombres que levantan una nueva bandera en frente de la de la pátria, tienen algunas veces ilustración y todas un gran prestigio; sus dotes de mando, aún no conocidas, aparecen á los ojos de los naturales y afectos á su causa como inmejorables, por lo mismo que no tienen ocasión de apreciarlas; son los héroes populares y enarbolan la bandera de la libertad; bandedera que tiene el don de atraer inconscientemente hasta á los hombres ménos ilustrados. Además, los insurrectos, serán tenaces é indomables; la idea de la independencia irá encarnándose en éllos de tal modo, si la insurrección no se ahoga en el momento de estallar, que pronto serán un enemigo temible é implacable, porque en las guerras se verifica un fenómeno, bastante extraño á primera vista: son muchos más sangrientas y horribles las que surjen por cuestiones pollticas ó religiosas, entre compatriotas, que aquéllas que tienen lugar de pueblo á pueblo, de nación á nación, cuando en las primeras los combatientes son hermanos y en las segundas ni áun hablan el mismo idioma. Este fenóme-

no, tiene, sin embargo, una explicación natural. Cuando dos gobiernos se declaran la guerra por razones internacionales, estas no afectan casi nunca directamente á la masa general del país, que las más de las veces las ignora, y sólo la obediencia á los gobiernos y ese entusiasmo bélico que se despierta, sin una causa inmediata, en los corazones, al oir hablar de la patria, son los que hacen que los ejércitos marchen, uno contra otro, con entusiasmo y bravura; pero las guerras que estallan de repente, como resultado del sentimiento de un ideal soñado; aquellas que, preparadas en silencio, deslindan los campos políticos y en las que los adeptos á la bandera que se levanta saben perfectamente las diferencias de apreciación que los separan de sus enemigos y que ván voluntariamente á empuñar las armas para defender una convinción; aquellas guerras, decimos, son más sangrientas, porque el ódio no es de nación á nación, es de indivíduo á indivíduo, de soldado á soldado.

Por esto, las guerras separatistas son largas y crueles, cuando la independencia no se consigue en el primer momento ó la insurrección no se domina al nacer. Las dos guerras separatistas que más importancia tienen en la historia, son la de los Estados-Unidos y la de Cuba. En la primera, después de una lucha de nueve años, en la que tuvieron lugar atropellos inauditos y crueldades espantosas, pudieron los antiguos súbditos de Inglaterra, conquistar su independencia, no sin que más tarde sostuvieran otra guerra cruelísima con los ingleses en el Canadá, que duró por espacio de cuatro años. En la segunda, hemos empleado diez años en dominar y vencer á un enemigo que no disponía de grandes elementos de fuerza, y los actos que se han llevado á cabo en el suelo de la isla, no debemos referirlos, porque ya la aureola brillante de la paz, ilumina los horizontes de Cuba, y ahora sólo nos toca dar á los que antes eran nuestros enemigos, ilustración y libertad, ya que el perdón y el olvido, son comunes en la manera de pensar de todos.

De cuanto acabamos de decir, se desprende que las insurrecciones en las colonias, siempre revisten carácter grave por las terribles consecuencias que acarrean y que por lo tanto, debemos encontrarnos preparados y dispuestos para ahogarlas en el momento que algún ambicioso ó impaciente, pretenda levantar el estandarte de la rebelión. Pero si la insurrección estallase y no fuese posible reducirla inmediatamente, es necesario desde el primer momento, que el gobernador de la colonia ó el General en Jefe del ejército de operaciones, fije detenidamente su atención en las causas y motivos que produzcan el alzamiento, para poner de manifiesto, ante el pueblo indiferente ó indeciso de la colonia, la sinrazón de los revoltosos y su manera de proceder. Es conveniente hacerlos aparecer sanguinarios y destructores, y hasta algunas veces aprovechar las malas inclinaciones de la gente malvada y aviesa, pues es de gran interés en las guerras de que hablamos, tener de nuestra parte la opinión pública y, sobre todo, las gentes acomodadas, propietarios y cultivadores del país.

La insurrección é independencia de Méjico, nos presenta un ejemplo exacto de lo que acabamos de decir. A partir del momento de la ejecución del sanguinario cura Hidalgo, jefe insurrecto de algún prestigio, cambió completamente el sistema empleado por las bandas separatistas; en vez de masas confusas, algunas partidas bien organizadas comenzaron á operar en el teatro de la guerra, reducido á más estrechos límites: ayudados por algunos soldados aguerridos, los nuevos jefes de la insurrección, no fueron molestados en sus maniobras por poblaciones enteras, como sucedía en tiempo del mando de Hidalgo y Allende, y ellos, á su vez, cesaron de saquear las ciudades y de arrasar las mieses; respetaron los rebaños, dejaron al comercio continuar sus movimientos, y la causa de la emancipación, contó bien pronto entre sus adeptos á los ricos labradores, á los comerciantes y á los grandes propietarios, gracias á esta prudente actitud de los nuevos jefes. Esta orga-

nización militar de la insurrección, fué un primer paso hacia su organización política; se fundaron varios periódicos para esparcir las ideas liberales y los principios sociales que el siglo XVIII acababa de hacer triunfar en Europa, y tales armas fueron las más poderosas que combatieron, desde el alzamiento nacional de 1810, hasta la proclamación de la independencia, contra el dominio de España y el gobierno de los virreyes.

*
* *

Como hemos dicho, en el momento de estallar la rebelión, debe procurarse sofocarla en su orígen y para esto es necesario acudir al punto donde haya surgido, con todas las fuerzas disponibles que existan en la colonia; y en el caso de no poder dominarla, por no contar con los suficientes elementos de fuerza, se procurará á todo trance aislar la insurrección en una localidad determinada, hasta que lleguen los refuerzos que la metrópoli debe enviar inmediamente.

Estos refuerzos, serán pedidos por el gobernador de la colonia, no bien conozca la importancia del levantamiento, sin que entre para nada, al tratar de fijar el número necesario de hombres, la idea ó pensamiento de reducirlo lo posible, para quitar ante el Gobierno importancia á la insurrección que han de dominar, ni hacer la petición de un número excesivo, para, por el contrario, aparentar una gravedad que no existe y elevar á los ojos del país los servicios prestados simulando la victoria sobre una insurrección potentísima.

El gobierno, por su parte, ha de hacer un esfuerzo y enviar todos los recursos y elementos necesarios, pedidos por el gobernador ó General en Jefe para dominar la insurrección: de otro modo, nos exponemos á resultados muy graves, no tan sólo porque el General ó gobernador no podrá desarrollar los planes formados con relación á los refuerzos que espera, sinó porque las insurrecciones que no se vencen en una campaña contínua, subordinada desde el primer día á un sistema fijo y

sostenido, son muy difíciles de terminar ventajosamente.

Ya indicamos en otro lugar, que la campaña sostenida en la Isla de Cuba adoleció, al principio, de la falta que censuramos; allí se enviaron sucesivamente refuerzos tales, que ninguna otra potencia del mundo los ha igualado en caso semejante. Ninguna ha hecho atravesar ciento cincuenta leguas de mar á expediciones sucesivas, tan numerosas como las que todos los gobiernos de España han mandado á la Isla, para sofocar la insurrección separatista; mas por este fatal sistema no se ha conseguido desde luégo el resultado final obtenido, porque los esfuerzos sucesivos de miles de hombres no representan tanto como el esfuerzo único, formado por la reunión de todos ellos.

Además, es conveniente el envío total de los refuerzos por otro orden de consideraciones, tanto al tratar de una insurrección colonial, como al proponernos una conquista. Los países en que tienen lugar las guerras irregulares, son, por lo común, de clima insalubre para los naturales de Europa; así es que, al poco tiempo de operaciones, no tan sólo los hospitales serán escasos para alojar enfermos, sino que las defunciones y envíos de inútiles á la metrópoli, serán excesivos. De esto no puede formarse una idea exacta, sin haberlo presenciado; es preciso fijarse detenidamente en los batallones que desembarcan, llenos de hombres vigorosos, saludables y entusiastas, con el completo número de plazas, mandados por jefes y oficiales ávidos de gloria, para poderlos conocer luégo, al cabo de algún tiempo de operaciones en un país insaluble. Sus bajas son difíciles de enumerar; es mucho más sencillo contar el número de los que quedan, que el de los que están enterrados ó se arrastran en los hospitales provisionales que se construyen apresuradamente; de los jefes y oficiales que figuraban en los cuerpos, apenas quedan algunos que puedan operar; el espíritu decae, las enfermedades aterrorizan y los batallones poco á poco se van contrayen-

do, por decirlo así, no tardando en transformarse aquellos cuerpos lucidos, que con sus bandas á la cabeza y sus banderas desplegadas desembarcaron en las playas del país, en fracciones exiguas de calenturientos y convalecientes, que no conservan la organización de compañías, más que para los efectos de revista, y que son mandadas á veces por un subalterno (1). ¡Cuántas veces hemos visto para reunir una columna de 500 ó 1.000 hombres, tener que formarla con tres y cuatro batallones!

Por esto, el ejército que envíe la metrópoli, no debe marchar sucesivamente, sinó de una vez, para que, aprovechándose el tiempo que el soldado europeo pueda operar en estado de salud perfecta, cuando lleguen las fiebres y demás enfermedades á mermar los batallones, la insurrección esté poco menos que dominada, si no lo está completamente.

Del mismo modo, es preciso que al desembarcar en las playas del país enemigo, lleven las tropas todos los elementos necesarios y estén dispuestas, al saltar á tierra, á comenzar de seguida las operaciones, sin dilaciones ni tardanzas de ningún género, porque, bien las enfermedades endémicas, que regularmente hacen estragos en los puntos próximos al mar, diezmarán el ejército; bien se originarán perjuicios para lo sucesivo, al no acometer al enemigo desde luégo, antes que con toda tranquilidad y seguridad completa, pueda contar y analizar detenidamente nuestros elementos de fuerza y condiciones militares.

Esta grave falta cometió el gobierno francés al mandar á Méjico la expedición aliada con la nuestra y con la que Inglaterra desembarcó, cuando se trató de exigir del gobierno de Suarez, reparación á los insultos hechos á los tres pabellones. Después de saltar á tierra el ejér-

---

(1) En la guerra de Cuba ha existido batallón, que, durante mucho tiempo, no le ha sido posible operar, por encontrarse postrados con calentura, desde el primer jefe hasta el último soldado.

cito aliado, se vió en la precisión de permanecer largo tiempo encerrado en Veracruz, sufriendo horriblemente los efectos de la fiebre amarilla, porque carecía de medios de trasporte y tuvo necesidad de esperar á que los enviaran de la Habana; y porque no llegaron al puerto los buques *La Meuse* y *La Sèvre*, que conducían el material de artillería y el de campamento, hasta mucho tiempo después de haber desembarcado la expedición (1).

Es claro que la organización de una escuadra de trasporte y de un ejército destinado á una expedición lejana, es un asunto más difícil de lo que parece á primera vista; porque la elección de los generales y jefes, la designación de los oficiales y soldados, las instrucciones claras y terminantes para todas las eventualidades y conflictos que puedan ocurrir, las precauciones higiénicas, la cantidad y calidad del material de toda clase que hay que trasportar; todo esto, constituye una reunión de apreciaciones, tanto morales como materiales, y un gran número de detalles, tal, que, para llegar á combinarlo todo bien, se necesita mucho tacto y sobre todo una gran experiencia.

Es cierto, que deben enviarse de una vez todos los refuerzos que se consideren necesarios al comenzar una campaña; pero, pudiendo suceder que los acontecimientos sucesivos, exijan mayor número de soldados que el que se creyó al principio, en el talento y previsión de los gobiernos, estriba que se prevean de antemano las contingencias que pueden resultar de la empresa que se acomete. Francia, estuvo acertadísima en la elección, organización y transporte de la expedición que le conquistó la Argelia (2), no lo estuvo tanto como nuestro

(1) En un mes, que duró próximamente la estancia en Veracruz del ejército aliado anglo-franco-español, tuvo más de 2.500 hombres enfermos, muchos de los cuales pagaron con su vida el tributo á la fiebre amarilla, que tantos estragos hace en las costas del golfo mejicano.

(2) La expedición francesa estaba formada por las fuerzas siguientes:

gobierno al tratar de intervenir èn la tierra mejicana, pues nosotros llevamos un efectivo á propósito y en armonía con el objeto de nuestra expedición (1), y los franceses, queriendo arrastrarnos, al par que á los ingleses, á una campaña de aventuras, cuyo objeto no era obtener simplemente una reparación, sino el de imponer y sostener un monarca, enviaron un ejército exiguo, y cuando quedó solo en el suelo mejicano, no fué reforzado convenientemente de una vez, sinó por envíos

---

20 regimientos de infantería, de á 1.600 plazas................. 6 escuadrones de caballería..... 1.310 hombres del cuerpo de ingenieros..................... 22 compañías de artillería....... 6 compañías del tren...........	Cupo personal total asciende á 37.639 hombres.
76 piezas de sitio, de á 16 y á 14.. 8 obuses de á 12............... 8 obuses de á 8................ 12 morteros..................... 20 piezas de batalla, con 200 tiros.	Cuyo total es de 124 bocas de fuego.

Además llevaba el ejército:

1.800 cohetes á la congreve.

150 fortificaciones movibles, de madera, que podian resguardar á 150 hombres de un ataque repentino de la caballería.

8.000 picas para la infantería.

10 fraguas.

20.000 picos y otras tantas palas.

Víveres para dos meses.

Todo este ejército y material fueron desembarcados de una vez en las costas de Argèl, habiendo sido transportados por más de 500 embarcaciones de todo género.

(1) La expedición española, mandada por el general Prim, fué una división, cuyo jefe, el general Gasset, tenía á sus órdenes las fuerzas siguientes:

Infantería...	1.ª Brigada..	Batallón Cazadores de la Unión.....	831	hombres.
		Regimiento del Rey	1.737	id.
	2.ª Brigada..	Batallón Cazadores de Bailén.......	872	id.
		Un batallón del regimiento de Nápoles...........	1.007	id.
		Un batallón del regimiento de Cuba	891	id.
	Guardia civil..................		35	id.
			5.373	

sucesivos, que no permitieron nunca la ocupación completa del país.

*
* *

Terminada la campaña con la sumisión del enemigo, hemos de procurar emplear y dar colocación á los sometidos, que no nos convendrá en modo alguno dejar sin segura manera de procurarse la subsistencia á los que, acostumbrados á la vida activa y salvaje de la campaña, hayan perdido la costumbre del trabajo ó los bienes que poseían. En este concepto, nada es tan conveniente como darles tierras incultas que cultivar, auxiliándoles al principio con cantidades en metálico, que sean suficientes para que puedan subsistir hasta que sus tierras produzcan.

Asimismo, es conveniente que, al terminar la lucha, no se concentren y replieguen las fuerzas de operaciones en puntos distantes del terreno que se acabe de dominar; es necesario, para asegurar el triunfo, establecer una especie de ocupación accidental, que permita recorrer todo el país dominado, á varias columnas encargadas de asegurar el orden, de prestar auxilio á los sometidos y de perseguir á los malhechores, que vagan en partidas por los campos al terminar las guerras.

El tiempo que dure esta ocupación, ha de estár en

Caballería..	Un escuadrón del regimiento del Rey......................... Una sección de escolta.........	173	id.
Ingenieros..	Dos compañías	208	
Artillería...	Tres compañías á pié, para el servicio de................. 8 piezas rayadas de á 12........ 2 obuses rayados, de á 21...... 2 morteros rayados, de á 27....	344	id.
	Una batería de á 8............. Una batería de montaña, con 64 mulos........................	136	id.
	Total de hombres	6.234	
	Total de piezas	26	

Además 100 obreros de A. M.

armonía con la forma en que haya concluido la guerra, pudiendo ser menos largo si el término de la lucha se hubiere obtenido por medio de convenios, contratos ó capitulaciones. Asimismo, la mucha ó poca afición al trabajo que se despierte en los nuevos sometidos, su estado de riqueza y la impresión que en ellos haya dejado la campaña son otros tantos datos para determinar dicho plazo de ocupación.

Durante este período, no puede darse al territorio ocupado la organización civil que se tenga preparada, pues el estado de guerra debe subsistir, para que los jefes militares, teniendo conocimiento de cuanto ocurra, puedan libre y enérgicamente obrar en armonía con las órdenes del General en Jefe, en los casos que lo requieran, y para que, estando concentrados la administración y el gobierno en los mandos militares, se haga sentir la ocupación y nada pase inadvertido á los jefes de las fuerzas, encargados del sostenimiento de la paz y del orden. Sólo cuando el gobernador de la colonia ó General en Jefe adquiera certidumbre absoluta de la lealtad de los sometidos y de que la tranquilidad del territorio no será turbada, podrán, al retirarse las tropas, volver á los puestos que ocupaban, los funcionarios civiles encargados de desempeñar en los pueblos, poblados ó zonas, los cometidos que tuvieron á su cargo antes que estallara la insurrección.

Cuando á los vencidos haya de exigirse las rentas que hubieran dejado de satisfacer durante la guerra, tales como contribuciones, derechos y demás cargas públicas, no será conveniente retirar las tropas, hasta que los recaudadores nombrados por el gobierno general ó los comisarios de guerra por mandato del General en Jefe, hayan llevado á cabo la cobranza de las cantidades que se debieran á la Hacienda, pues siempre estas operaciones producen alborotos, que es necesario reprimir desde el primer momento. Sin embargo, creemos que la decisión de cobrar los impuestos atrasados, debe ser muy meditada, por las graves consecuen-

cias que pueden resultar de una exigencia semejante, pues regularmente los que deban satisfacerlos se verán en la imposibilidad de poderlo efectuar y porque más bien que mortificaciones, debemos procurar que nuestros primeros actos para con los recien sometidos, redunden en beneficio suyo y despierten en sus pechos el sentimiento de la gratitud, evitándose así el ódio que les inspirábamos antes de someterse y que quizás sientan aún después de sometidos.

CAPITULO V.

Consideraciones sobre las tropas que emprendan guerras irregulares.—Generales en Jefe.—Jefes y oficiales.—Soldados.—Ejército colonial.—Ejército colonial de Inglaterra en la India.—Ejército colonial de Holanda en las Islas Orientales.—Ejército colonial de España en Filipinas.

Dice Decker en su libro titulado *La petite guerre:* «Las tropas destinadas á esta clase de guerras deben ser mucho más hábiles é instruidas que las que entran en línea en las grandes batallas. Seguridad, inteligencia y astucia: prendas son que deben poseer desde el jefe hasta el último soldado, porque muchas veces la independencia y expontaneidad son el alma de estas guerras. Las tropas ligeras son las más á propósito para llenar dichas condiciones.»........................

....

»Estas guerras exigen en los comandantes un talento especial y en las tropas cualidades muy particulares. Sucede lo contrario que en las grandes campañas, en las que el más mediano talento encuentra su plaza, y todas las tropas, con tal que sean valientes, pueden emplearse.»

Estas palabras son aplicables, sin modificar ni una sola, á las guerras de que tratamos, en las cuales resalta mucho más la verdad de ellas. Efectivamente, en las campañas de Europa el soldado sólo duerme en en el suelo, cuando en los días que preceden á las batallas hay una gran aglomeración de tropas; pero en el

trascurso de las operaciones casi siempre está alojado en los pueblos y ciudades ó lleva consigo su tienda de campaña, que le preserva del calor, del frío ó de la humedad: en los puestos avanzados puede construir barracas, proporcionándose los materiales en las casas de los alrededores, donde encontrará también combustible para calentarse; la abundancia de víveres y las distribuciones de vino y aguardiente entretienen su buen humor; su paga, que gasta en las poblaciones por donde pasa ó en las cantinas que siguen á los ejércitos, le hace agradable la vida de operaciones, y le mueve á estár contento y á desear, quizás, que la guerra no concluya. En las batallas, el soldado vá unido á los demás; se vé empujado hacia adelante por la masa común de todos; su miedo apenas tiene ocasión oportuna para hacerle retroceder aisladamente; cuando llega á medir sus armas con el enemigo y formar en las guerrillas, se vé sostenido y apoyado por sus compañeros de derecha é izquierda, animado por sus jefes y oficiales y observado por todos; allí, por lo tanto, no necesitará seguramente de un gran valor personal ni de gran iniciativa. Se mantendrá en su puesto, marchará hacia adelante al mismo tiempo que sus compañeros, y hasta llegará á las manos con el enemigo, sin darse razón ni cuenta de cómo habrá sucedido todo aquéllo, enardecido, como se encontrará, por el contínuo estrépito de los cañones y de las cornetas. El soldado sabe perfectamente, que á sus espaldas, en los días de acción, existen hospitales de sangre, con todos los elementos necesarios para la curación de los heridos, y tiene la seguridad de que en la misma guerrilla en que se encuentre y á pocos pasos de distancia habrá un oficial de sanidad, que en el acto le haría la primera cura, si tuviera la desgracia de ser alcanzado por una bala enemiga; rara vez verá en el momento del fuego la sangre de sus compañeros muertos ó heridos, que correrá por dentro de sus uniformes, y rara vez también necesitará del valor y de la serenidad necesarios para combatir

cuerpo á cuerpo con sus enemigos, á quienes apenas vé: sabe perfectamente que no está lejos de su patria y de su casa; que puede ser transportado cómodamente por los ferro-carriles, aclamado y victoreado en los pueblos por donde pase, y abrazado, quizás, á las pocas horas de ser herido, por sus padres, por su mujer ó por sus hijos. Ganada una batalla, se apodera el ejército vencedor de un número considerable de provisiones y el soldado entra orgulloso y satisfecho en las ciudades conquistadas, olvidando todas las fatigas y privaciones, al pensar que su valor es admirado y que ha cumplido con su deber; no presencia las lastimosas escenas de los hospitales, y no llega á ver á sus compañeros que cayeron heridos en el combate, hasta que vuelven á su lado restablecidos y con algunas condecoraciones en sus pechos. Sabe también que, en caso de ser vencido, en Europa se hace la guerra con humanidad, que el vencedor le hará curar en sus mismos hospitales y lo tratará de igual manera que á los soldados de su ejército; que, siendo prisionero, su vida está garantizada por el derecho de gentes y que, al cruzar desarmado por las poblaciones enemigas, antes que el desprecio y los malos tratamientos, excitará la compasión y la lástima, y, á veces, si su defensa fué heróica, el respeto y la admiración.

Nada de esto sucede al pobre soldado que lucha fuera de su patria en las guerras que hemos llamado irregulares. En ellas el soldado es el héroe; nada hay más sublime, más conmovedor ni más interesante que este ser, comunmente mal vestido, peor alimentado y quizás pagado con retraso y escasez, que todo lo que posee y necesita lo lleva á la espalda y que pasa su vida en expedición incesante, siempre andando, siempre con las armas en la mano, empleando el día en marchas forzadas y fatigosas, y teniendo por la noche la tierra húmeda por lecho y el cielo por techumbre. El soldado en dichas guerras recorre un suelo que le es hostíl, donde anidan las enfermedades, y sabe muy

bien que de cada uno de los muchos pantanos que atraviesa cada día, puede surgir una terrible fiebre que lo extenúe y lo predisponga para la anemia, precursora fatal de la muerte; sabe que, desde que salga de un poblado ó campamento hasta que regrese á él, no encontrará lugar alguno habitado, y que en su marcha contínua, á través de bosques impenetrables, cuyas altas yerbas y árboles le mojan todo el cuerpo, ó de sabanas inmensas de suelo fangoso, donde el sol le abrasa la cabeza, en tanto que sus piés van por el agua; en esa marcha incesante, así como en los momentos de descanso y en los minutos que emplea en su comida, sabe que siempre está expuesto á ser sorprendido por ataques repentinos de un enemigo que, después de causarle algún daño, se retirará con rapidez si su número es pequeño, ó lo acuchillará horriblemente si su superioridad númerica fuere excesiva; sabe perfectamente que los accesos de fiebre, que con tanta frecuencia se sufren en los países cálidos, tendrá que resistirlos caminando al lado de sus compañeros, tiritando bajo su manta y considerándose dichoso si algún amigo suyo le hace la caridad de llevarle el armamento; ve que con frecuencia las columnas operan sin acémilas, y, por lo tanto, comprende perfectamente que, al ser herido, tendrá que proseguir á pié las operaciones de su columna hasta la vuelta á su campamento, á no ser que su herida sea tan grave que obligue al jefe de la tropa á desprenderse de ocho hombres que conduzcan la camilla, donde lo trasporten. Si el soldado opera con su batallón, podrá ser curado por el oficial de sanidad militar; pero, si la columna es pequeña, no duda el infeliz que caerá en manos de un practicante ó sanitario, ó tendrá que esperar á que su columna concluya la operación y regrese al campamento para ser curado. Conoce perfectamente que se encuentra quizás á miles de leguas de su casa y que, en caso de caer prisionero del enemigo, su muerte es segura; sabe que en una acción desastrosa no tiene ni el recurso de la fuga,

porque, operando en un país extraño é ingrato, se vería desorientado y no tardaría en caer en las manos de sus implacables enemigos, y por igual razón tiene la seguridad de que no puede separarse de su columna, ni quedar rezagado. Al llegar á su campamento es probable que entre de servicio; la vida que en él hará no será la más propia para inspirar entusiasmo y valor, estará viendo contínuamente los heridos y los enfermos, verá desaparecer algún número de ellos todos los días y por turno le tocará enterrarlos, y es natural que se fije en su mente la idea de la muerte y que espere estóicamente á que le llegue su turno. Vé que una raza implacable lo hostiliza sin cesar y que no puede ni aun desahogar su encono contra ella, porque nunca la encuentra á su frente; siempre el enemigo que le ataca se volatiliza, por decirlo así, desaparece ante él, sin que por eso deje de estár en todas partes, pronto á aprovecharse del menor descuido; pero lo que no sabe es que á su vuelta á la patria, si es de los que vuelven, vendrá quizás solo, enfermo, aislado, cubierto de gloria, sí, pero sin que nadie lo note, sin ver el puerto en que desembarque engalanado por su vuelta, y sin que, al pisar su querida tierra, sienta una mano entusiasmada que apriete á la suya y le dé las gracias en nombre de la patria por el sacrificio que á ella ha hecho de su juventud, de su salud y de su bienestar, ya que las enfermedades y las armas enemigas no hayan exigido también el de su vida.

Resulta de todo esto, que las tropas destinadas á una campaña irregular han de reunir condiciones muy especiales, tanto en su organización y elementos de que dispongan como en sus cualidades particulares. Y esto no sólo con relación al soldado, en quien naturalmente se ceban las penalidades, por los escasos medios que tiene para contrarrestarlas, sinó con relación á los oficiales y jefes y aun á los generales, que no todas las altas dignidades del ejército serán á propósito para arrostrar el sin número de responsabilidades que en-

gendran dichas guerras, ni para resolver las múltiples complicaciones que originan, ni para resistir las operaciones en climas ingratos.

*
* *

Desde luégo se comprende que el talento, conocimientos y condiciones especiales de los generales en jefe, son los que están llamados á representar el primer papel, no tan sólo en la organización y transporte de la expedición, sino en el desarrollo de las operaciones. Por esto creemos que las condiciones que reuna un General, encargado de dirigir una campaña irregular, han de ser especialísimas y poco comunes; un General que además de conocer los libros y los autores teóricos, haya aprendido en la gran escuela de la experiencia y conozca lo que son las guerras irregulares, porque, de otro modo, llevado quizás de un celo inoportuno, pretenderá aplicar en todos los casos las máximas, sistemas y combinaciones de las guerras europeas y sólo al cabo de algún tiempo, los reveses le enseñarían la manera de conducirse, aprendizaje que, además del tiempo perdido, no lo conseguiría sino á costa de la sangre de sus soldados y de parte del prestigio de su nombre, porque generalmente el público juzga por los resultados, sin tomarse la molestia de analizar las causas que motivan los hechos que condena.

Es preciso, pues, que el General en Jefe de una expedición reuna condiciones de carácter que le hagan á propósito para desempeñar la difícil y honrosa misión de personificar la nación que representa. Su lucidez de talento, su riqueza de imaginación y su firmeza de carácter serán las principales condiciones que debe reunir. Es preciso recordar que el carácter débil é irresoluto del general Elphinstone contribuyó notablemente al destrozo del ejército inglés en el Afghanistan el año 1842, y que el conocimiento profundo que de esta clase de guerras tiene el general Sir Garnet Wolseley y los talentos especiales que reune contribuyeron, sin duda,

á terminar con gloria las campañas contra los ashantis, contra los zulús y no decimos contra los egipcios, porque creemos que en Egipto demostró ser, más que entendido general, hábil político y gran conocedor del corazón de los ambiciosos.

En cuanto á la libertad de acción de los generales en jefe, sólo diremos que, conciliando los proyectos é ideas del gobierno con la independencia de conducta que aquéllos deben observar, siempre ha de procurarse no restringir demasiado sus atribuciones, porque, fuera de la patria, á gran distancia de ella, es preciso que sus representantes estén autorizados para resolver asuntos que en las campañas de Europa no deberán hacerlo sin consultar á sus gobiernos; pero sobre lo que insistiremos será en que bajo su mando superior estén todos los jefes ó encargados de distintas misiones, tales como las diplomáticas, porque la experiencia enseña que, cuando los mandos han sido separados, el resultado de las expediciones no ha correspondido á lo mucho que podía esperarse de ellas, ó si han logrado su objeto, ha sido después de grandes dilaciones. Así lo atestiguan las campañas de China y de Méjico y cuantas han tenido lugar cuando al General en Jefe no han estado subordinados en un todo el ejército, la marina y la diplomacia, y á él mismo encargado, por lo tanto, á lo menos en la época de la guerra, el gobierno del país ó de la colonia.

Los ingleses son muy aficionados á esta separación de mandos; sobre todo, de los que conciernen á la dirección de las operaciones y los que se refieren á la diplomacia, y cuando esta separación no existe, figura en los ejércitos un cierto número de agregados políticos, que son una especie de consejeros ó asesores de los jefes. Estos oficiales, llamados en el ejército inglés *political officers*, algunas veces prestarán grandes servicios, cuando, como el doctor Belew en el Afghanistan, tengan un conocimiento exactísimo del país, del idioma y de los habitantes; pero otras veces servirán de rémora, por sus consejos conciliadores y pacíficos, que

pueden en muchos casos producir resultados funestos y completamente contrarios á los que se deséen obtener.

Dos autorizaciones debe tener el General en jefe entre todas las que se le concedan, aunque disponga de una línea telegráfica que le permita hacer á su gobierno toda clase de consultas.

Estas atribuciones, que revisten gran importancia, son la concesión de empleos, hasta el de coronel inclusive, y la gracia de indulto (1).

La importancia de la autorización primera salta á la vista: sabido es por demás que las múltiples ocupaciones de las oficinas militares, sobre todo en época de guerra, hacen que los asuntos no puedan ser despachados con la celeridad que sería de desear; pues bien, si se añade al tiempo que tarda una propuesta ó una relación de un hecho distinguido en llegar al General en Jefe y ser resuelta por él, el que tardará en obtener la aprobación del gobierno de la metrópoli y en ser devuelta con ella; cuando llegue á noticia de los interesados, quizás no se encuentren éstos ya en el ejército de operaciones ó por lo menos no se consigue la tan recomendable práctica de que los actos dignos de recompensa, la obtengan lo más pronto posible después del hecho que los motive, con lo cual el espíritu del ejército ganará muchísimo y la noble emulación se despertará; proporcionando esto ventajas inmensas para el logro de una empresa, donde es necesario mucho entusiasmo y más satisfacción moral que material.

En cuanto á la gracia de indulto, claro es que nadie mejor que el que puede apreciar las consecuencias de aplicarla es el que debe hacer distinción de casos. Quien está en el país enemigo, en contacto con éste tan

---

(1) El General en Jefe del ejército francés expedicionario en China, tenía á más de la facultad de conceder empleos, hasta el de coronel, la de poder aumentar, doblándolos en casos determinados, los sobre-sueldos de que gozaban los jefes, oficiales y tropa que estaban á sus órdenes.

íntimo como el que tiene con sus soldados, es evidente que podrá discurrir con mejor criterio sobre la conveniencia ó no conveniencia de aplicar la referida gracia. Además, aunque se consulte por telégrafo, como regularmente se hace esta consulta después de condenado el reo, no será posible llevar al ánimo del gobierno el convencimiento ni detallar cuantas circunstancias concurran en el reo, porque sería necesario ponerse al habla en el telégrafo, cosa poco menos que imposible de practicar con frecuencia entre países lejanos; así es que la consulta habrá que hacerse por escrito y la administración de justicia sufriría dilaciones, que le son muy perjudiciales.

Estas atribuciones pueden ser dadas á los generales en jefe, no tan en absoluto como acabamos de exponer; pueden sujetarse á ciertas fórmulas, que dieran garantía al gobierno de que las facultades concedidas no podrían en ningún caso hacer falsear algunas disposiciones graves, de interés general, por mala inteligencia ó interpretación de los generales en jefe. Las atribuciones pueden ser concedidas con las reservas que se crea conveniente, tales como, que ciertos empleos necesiten confirmación por parte del gobierno para ser definitivos, y que los indultos de penas determinadas ó de condenas impuestas por ciertas clases de delitos, necesiten de igual confirmación.

*
* *

Los jefes y oficiales que formen parte de las expediciones han de poseer también dotes no muy comunes, tener condiciones especiales y cualidades casi tan numerosas como las que reuna un general. La mayor parte de las veces tendrán que operar aisladamente con la fracción que manden y no les será suficiente el conocimiento de la táctica de su arma para desempeñar fructuosamente su cometido. Cuando la tropa se encuentre en medio de los bosques ó de las montañas,

entre los cuales sólo serpentearán algunos senderos, por los que habrá que marchar á la desfilada, ocultándole la bruma ó el ramaje los objetos que estén situados á pocos pasos de distancia, el sentimiento de su deber no es bastante para sostener su ánimo; necesita imprescindiblemente el ejemplo y la ciega confianza en los jefes y oficiales que la mandan.

Si el soldado es conducido por un oficial indeciso, pormucha que sea su fuerza moral, por levantado que tenga su espíritu y por valor personal que posea, los menores obstáculos tomarán para él proporciones alarmantes, y después de haber hecho un esfuerzo sin resultado, no se hallará muy dispuesto para intentar el segundo.

El estudio de las condiciones morales de los soldados, deben hacerlo los jefes y oficiales que los manden y para esto se necesita tener no poca inteligencia. Todo el mundo comprende el mucho partido que puede sacarse de una reunión de hombres, cuyas inteligencias se abarcan y cuyos pensamientos se traslucen: siempre se estará seguro de la fuerza de resistencia ó de acción que en un momento dado se les puede exigir, y á buen seguro que, con este conocimiento y pudiendo manejar las voluntades de aquellos hombres, no se lleve siempre una inmensa ventaja sobre cualquier enemigo, por numeroso que sea, que no posea igual fuerza de cohesión. El estudio psicológico del soldado es, pues, de gran importancia para los jefes y oficiales que tengan que mandarlo, ya sea formando parte de una columna de operaciones, ya prestando servicio de guarnición en algún fuerte, que de seguro será tan inexpugnable, defendido por soldados que moral y materialmente estén dominados por su jefe, como lo fué la Torre de Colón, en la isla de Cuba, tosca reunión de maderos, que encerraba un puñado de valientes y que contuvo con su heroismo el impetuoso ataque de muchos miles de insurrectos, que acabaron por reconocer el valor de una docena de españoles.

Otra cualidad deben también poseer en alto grado los jefes y oficiales que dirijan columnas, destacamentos, fuertes, ó desempeñen cualquier otro mando independiente; el valor de la responsabilidad. Es claro y evidente que las órdenes dadas por el General en Jefe deben cumplirse extrictamente, pues en la unidad de procedimientos consiste que se consiga algún fruto en la campaña, y locura sería aconsejar, por regla general, que las órdenes y disposiciones superiores puedan ser interpretadas y aun infringidas según el criterio de cada uno; pero en las guerras de que hablamos, pueden ocurrir casos particulares, que autoricen á suspender y hasta disponer lo contrario de lo que marquen dichas órdenes. Es frecuente que, por noticias precisas y seguras se vea cualquier jefe de columna obligado á obrar contrariamente á las órdenes recibidas al emprender la marcha, y entónces creemos que debe obrar como las circunstancias lo exijan y su conciencia le ordene, sin esperar nuevas instrucciones, que indudablemente serían tardías. De todos modos es necesario inspirarse en un severo criterio y poseer, por otra parte, grandes razones que apoyen la determinación tomada, al dar cuenta de ella á los superiores.

Los jefes y oficiales que formen parte de la expedición deben, en lo posible, ser voluntarios, jóvenes, llenos de un gran espíritu de iniciativa, ansiosos de hacer carrera, entusiastas y amantes de las glorias militares; de instrucción y educación militar esmerada y de constitución física excelente, pues, si necesario es una salud inquebrantable para el servicio ordinario y extraordinario que originan las campañas, más lo es, mucho más, en las que tienen lugar en climas mortíferos ó mal sanos, donde quizás no existan poblados, ni sea fácil llevar sus tiendas y efectos de campamento á las columnas de operaciones.

Para que sirva de estímulo, será conveniente señalar á los jefes, oficiales y soldados una gratificación, bien por entrada en campaña, bien como plus diario,

que le será abonado religiosamente todo el tiempo que dure la expedición (1).

No creemos que estos pluses ó gratificaciones hayan de ser determinados de una manera fija para todas las campañas, ni en una misma para todas las comarcas del país donde tenga lugar, sinó que han de estár en relación con la carestía ó baratura de los víveres y géneros, con la posibilidad de proveer la Administración militar á todas las necesidades, y con otras muchas causas que es necesario tener presentes; pero lo que sí creemos es que los generales en jefe deben tener facultad y autorización para modificar las que se señalen por el gobierno al principio de una campaña, en razón á que pueden ocurrir muchas circunstancias imprevistas y es justo atender, en lo posible, á las necesidades de unos hombres que tanta fatiga y tanta contrariedad han de sufrir. Así sucedió en Méjico; en vista de la escasez de provisiones, el General en Jefe francés redujo las raciones y dió un suplemento de paga á los oficiales, en esta forma:

Oficiales superiores, 12 francos. Subalternos, 9.

Cuyas cantidades se elevaban respectivamente á 18 y 12, para las fuerzas que estaban en Veracruz.

*
* *

Si necesario es que los oficiales gocen de salud in-

---

(1) El ejército francés en China tuvo los aumentos de sueldo siguientes:

Jefes, 15 francos diarios de gratificación.

Oficiales, 9 idem, id.

Tropa, 10 céntimos de franco de aumento sobre el sueldo de París.

Los ingleses dieron á su ejército, al penetrar en el Afghanistan, las siguientes sumas, en concepto de entrada en campaña:

Al comandante de dos divisiones.......	2.360	pesetas.
Al comandante de una división.........	1.242	»
Al coronel...........................	476	»
Al teniente coronel...................	365	»
Al mayor.............................	273	»
Al capitán...........................	109	»
Al teniente..........................	73	»
Al alférez...........................	54	»

mejorable y que sus temperamentos sean á propósito para el clima donde tienen que operar y para las fatigas que han de sufrir, mucho más lo es que los soldados reunan dichas condiciones, porque el género de vida que han de llevar y los trabajos excesivos á que han de sujetarse, excederán en mucho, considerados físicamente, á los que desempeñen sus oficiales. Estos, mal ó bien, pueden cargar en sus caballos ó hacer llevar á sus asistentes algunas telas ó hules, que les permitan sustraerse algo, en los campamentos, de la acción de la luna y de la humedad, así como llevar algunas latas de carne y otros comestibles, cuando se opere sin acémilas; pero el soldado, que todo ha de llevarlo á la espalda, raciones, municiones, manta, armamento y aún hamaca, si le es posible, necesita mucha más fortaleza y resistencia, para poder proseguir, sin enfermar, las operaciones en climas que debilitan notablemente; y si á esto añadimos los perniciosos efectos causados por las fiebres, de las que pocos se libran, se comprenderá cuan necesario es que los soldados, á su entrada en campaña, estén en perfecto estado de salud y tengan condiciones propias para resistir los rigores del clima en que hayan de operar. Por esto, la elección de los soldados no es indiferente, siempre debe procurarse que los que formen los cuerpos expedicionarios sean naturales de las provincias cuyos climas más se asemejen á aquél adonde han de marchar. Ningún país, mejor que España, presenta diferencias tan notables, en climas, suelos y costumbres, como la que se nota en sus diversas provincias. En Andalucía, vive el andalúz bajo un cielo de fuego, resistiendo en verano un calor que hace subir el termómetro á más altura que sube en algunos paises tropicales; en cambio, los naturales de Navarra y de la alta montaña de Cataluña resisten el frío y duermen sobre el hielo, sin que su salud se resienta lo más mínimo. Las provincias del Norte, situadas en la cordillera pirenáica y sus estribaciones, están surcadas por ba-

rrancos profundísimos y cruzadas por altísimas sierras, que sólo los naturales del país suben y bajan sin experimentar la menor fatiga, y, por el contrario, las mesetas centrales de Castilla y los llanos de la Mancha sustentan habitantes acostumbrados á los extensos horizontes, que conocen la manera de orientarse por el examen de las estrellas; y del mismo modo se encuentra también una diferencia notable entre los hombres del Norte, tenaces, amantes de sus montañas, medianos ginetes pero fuertes y acostumbrados á conducir recuas de mulos por peligrosos barrancos, y el andaluz impresionable, aficionado á los caballos, buen ginete y amigo de las aventuras.

Aparte de las condiciones de temperamento que al soldado español le dá la provincia en que nace, existen otras, comunes á todos y que les hacen ser excelentes soldados, sobre todo para guerras de iniciativa particular, de emboscadas, de sorpresas, de combates personales; porque su espíritu es tan independiente y su carácter tan indómito, que difícilmente se contiene en los momentos del combate, presentando en él todos los matices que afectan á los soldados de las naciones de Europa. Los procedentes de las provincias del Norte son tenaces, obedientes, y aguardarán á pié firme al enemigo, sin cejar un momento; los meridionales, al contrario, son vivos, irreflexivos, entusiastas, y si del primer ímpetu llegan á romper las filas enemigas, nada los contiene; son una avalancha que destroza todo cuanto á su paso se opone; sin embargo, impresionables en alto grado, llegan á desanimarse pronto si á sus primeros esfuerzos no corona un brillante resultado; pero la condición más preciada, más envidiable del soldado español y que le hace ser superior en mucho á todos los de Europa, es la sobriedad. Con lo que nuestro soldado se mantiene no podría vivir un soldado inglés, por ejemplo, que necesita una ración diaria, compuesta de carne, verduras, galleta, especias, aguardiente y té. Todos sabemos que, en nuestro país, la gente del

campo, que es la que presta mayor efectivo al ejército, es sóbria hasta la exageración, y todos hemos visto que su comida se reduce, las más de las veces, á un pedazo de pan y una cebolla ó un tomate; por eso nuestro soldado en las campañas regulares siempre está sano y contento, y si no ha sucedido lo mismo en algunas coloniales que ha sostenido, en las que era necesario un cuidado especial en su alimentación, ha sido por las condiciones especiales del clima (1).

En cuanto á disciplina, nuestro soldado brillará siempre por ella. Se le ha sometido á rudísimas pruebas; se le han hecho hacer marchas forzadas continuadas, que han costado la vida á muchos; se le han exigido trabajos superiores á las fuerzas del hombre, ha salido á operaciones fatigosas, atacado por la fiebre, sin darle su legítima paga, porque el estado del Tesoro no lo permitía, y, sin embargo, no aparecía ni una queja, ni un reproche, ni una mirada de ódio al jefe que le obligaba á trabajos tan rudos y tan mal recompensados. Hasta en sus extravios es subordinado el soldado español. Antes que insubordinarse, á veces se suicida, y este es un hecho, que debe fijar la atención del que estudie detenidamente las condiciones morales de nuestros soldados.

¿Es ignorancia? ¿Es desesperación? ¿Es exagerada creencia del deber de morir que le impone la patria y quiere llegar al término lo antes posible? ¿Es un acto reflexivo ó es locura?

No sabemos; lo cierto es que en nuestros ejércitos en campaña se repiten con frecuencia los suicidios. Algunos jefes que hayan mandado columnas en la guerra de Cuba recordarán, al leer estas líneas, haber oido en el transcurso de una marcha penosa cuando el sol abra-

(1) En la campaña de Cuba se notaba una diferencia grande entre los batallones que daban carne á sus soldados y aquellos cuyos fondos no permitían semejante gasto. Por esto diremos más adelante, que el sistema de alimentación debe ser general.

sara las cabezas y faltara el aire para respirar, cuando torrentes de agua empaparan sus vestidos y mojaran sus carnes, cuando costara gran trabajo mover los piés contra la corriente del arroyo en que se hubiere convertido el camino; recordarán, decimos, haber sentido un disparo y creer en la proximidad del enemigo, hasta que un oficial ó un sargento de la retaguardia le enseñara un fusil sin dueño, dándole conocimiento del suicidio de uno de sus soldados.

Esta manía del suicidio es muchas veces, si no todas, contagiosa: por eso, los jefes de las columnas, puestos ó destacamentos, deben ocultar cuidadosamente á sus subordinados los casos que ocurran de esta especie, achacando el accidente á algún proyectil enemigo ó á descuido del suicida, dando órdenes reservadas á sus subalternos en tal sentido y procurando por todos los medios posibles desviar la opinión del hecho verdadero para conseguir que no tenga imitadores. No es conveniente dar importancia á lo sucedido ni hacer ver á sus tropas lo inútil y criminal que es el suicidio, procurando hacerlo odioso; porque á pesar de todo, la fatal idea de que el muerto descansa, quizás se abra paso entre las inteligencias poco desarrolladas de los soldados y prefieran algunos ilusos aquel modo violento de concluir de una vez, antes que sufrir las muchas penalidades que sobre ellos pesan.

Bueno será que los soldados que formen parte de una expedición estén habituados al trabajo y á la fatiga, porque trasladar de repente á un soldado descansado, acostumbrado desde mucho tiempo á la inacción, á un país lejano, donde, desde el primer momento ha de desempeñar trabajos excesivos, es exponerlo, seguramente, sinó á enfermedades rápidas y mortales, á que en poco tiempo vea que sus fuerzas le abandonan y que no puede salir de su campamento; pero si esto no pudiera conseguirse, por lo menos no se les debe obligar desde luégo á efectuar marchas excesivamente largas ni hacer operaciones demasiado fatigosas, porque nos

expondríamos á tener que adquirir con dolorosa experiencia, la norma de conducta que desde un principio debe presidir nuestros primeros actos.

Un ejemplo de esto nos presenta la expedición, ya citada, del ejército francés á Méjico. Las primeras marchas que tuvo que efectuar dicho ejército las describe el capitán de E. M. Mr. Niox, del modo siguiente:

«El 26 de Febrero, al despuntar el día, es decir, á las seis de la mañana, las tropas francesas dejaron el campo de la Tejería (1), donde quedó únicamente un pequeño destacamento, para guardar una ambulancia provisional allí establecida.

»Después de algunas conferencias con las avanzadas mejicanas, dejáronnos libre el camino. Por un momento, el almirante creyó que se opondrían á nuestro paso; pero, habiendo sido hecha en el mismo día la ratificación de las conferencias, las tropas mejicanas se retiraron. La cabeza de la columna francesa no llegó al vivac hasta el medio día, y, sin embargo, los oficiales no llevaban consigo más que el tercio de los soldados que mandaban.

»El almirante montó á caballo y marchó á retaguardia, seguido de los mulos de la ambulancia y de los ginetes de la columna, llevando botijos llenos de agua, y el espectáculo que contemplaron sus ojos era lastimoso.

»Los soldados, fatigados y jadeantes, se arrastraban por el camino; los mulos, tendidos en tierra ó caidos con sus cargas, no querían dar un paso más. Sin embargo, poco á poco los rezagados, á los cuales se dió de beber, pudieron ponerse en camino y llegar al vivac. Por la noche concluyeron de incorporarse todas las bestias de carga. Dos soldados de infantería de marina murieron de insolación. Por la tarde, para dar carne á la tropa, hubo que cazar á tiros algunos toros salvajes que vagaban alrededor del campo. Había sido imposible hacer llegar el rebaño hasta el punto de etapa.

(1) Veracruz.

»En cuanto al convoy, quedó sobre el camino. Los conductores carecían de experiencia; habían necesitado toda la mañana para enjaezar y uncir los animales; los carros no habían emprendido la marcha hasta las dos de la tarde, y á las ocho de la noche no habían recorrido más que 4 kilómetros.

»La segunda etapa fué menos penosa. Habiendo salido la columna de la Purga á las dos de la tarde, llegó á la Soledad una hora después de puesto el sol. En dicho punto descansó dos días; al siguiente, los carruajes de artillería retrocedieron á buscar á 76 hombres enfermos que habían quedado en la Purga, y en el que le siguió fueron enviados mulos al encuentro del convoy, para hacer llegar los carros de víveres.

»La historia de la campaña de Méjico no presenta ningún episodio comparable con estas primeras etapas. Muchas veces ejecutaron las tropas, en las tierras calientes, marchas más fatigosas y, sobre todo, más largas: no se pueden atribuir los accidentes ocurridos á otra cosa que á la inexperiencia de los oficiales y de los soldados, no preparados de ninguna manera para las fatigas de una campaña de esta naturaleza. La causa de todo es que no se puede, sin inconvenientes y hasta sin peligro, cambiar la especialidad de cada tropa; el valor moral no basta; así, hubiera sido mejor dejar los soldados de marina en las colonias, los marinos á bordo de sus barcos y enviar á Méjico una pequeña brigada de tropas veteranas, aguerridas por algún tiempo de estancia en Africa.

»Ochenta enfermos y doscientos hombres imposibilitados para marchar quedaron en la Soledad, y en cuatro días la columna no había recorrido más que ocho leguas.

»¿Qué hubiera sucedido allí, si el enemigo hubiera interceptado el camino y las guerrillas hubieran venido á hostilizar á aquellos desdichados soldados, rendidos por la fatiga y la calentura?»

*
* *

Cuando el ejército que ocupe un país termine la campaña y á su sombra se organice una colonia, será muy conveniente ir reemplazando poco á poco el primitivo ejército nacional por uno territorial, formado con los habitantes del país, por medio de un reclutamiento especial, préviamente estudiado y analizado, con el que se cubran las plazas de los batallones permanentes que se creen, que, por lo demás, siempre tendrán elementos del ejército nacional. Desde luégo suponemos que este reclutamiento, que ha de nutrir el ejército colonial, no podrá plantearse sinó en aquellas colonias que estén perfectamente organizadas y sometidas, y de ningún modo en las que el sentimiento de la independencia está mudo, porque tenga una mordaza de hierro, ó el cruzamiento de las razas no llegue á efectuarse nunca.

De todos modos, al hacer la aplicación de nuestros principios militares, de nuestros códigos y de nuestras leyes á esos ejércitos, debemos analizar con mucho detenimiento y cuidado aquéllos que no sean de fácil y conveniente aplicación á un ejército, cuyas condiciones morales y materiales quizás disten mucho de las nuestras. Será necesario, por lo tanto, modificar nuestra legislación y nuestras leyes, poniéndolas en armonía con el carácter de las fuerzas que han de formar los batallones del ejército colonial. Esto hemos hecho en Filipinas; es tal la costumbre que el soldado de este país tiene de desertar, que por el más fútil pretexto lo ejecuta, aunque sepa que á seguida lo han de perseguir y capturar, ó bien con la intención de presentarse él mismo á los dos ó tres días. Las penas que nuestra ordenanza aplica á los delitos de deserción están muy modificadas, en razón á la facilidad que tienen para cometer dicha falta y á la ninguna malicia con que la cometen.

Sólo Inglaterra, Holanda y España sostienen organizados ejércitos coloniales. Las demás naciones, como Francia, aprovechan algunos elementos indígenas para

formar cuerpos especiales; pero las tropas de las colonias forman parte del ejército de la metrópoli y hasta existen cuerpos, como sucede á los regimientos de infantería de marina francesa, que están diseminadas entre varias comarcas coloniales.

Para poder efectuar un estudio comparativo entre las organizaciones de los ejércitos coloniales inglés, holandés y español, ponemos á continuación las de las tropas en la India, Indias Orientales é Islas Filipinas, comarcas próximas, que sensiblemente tienen el mismo clima.

*
* *

EJÉRCITO COLONIAL DE INGLATERRA EN LA INDIA.

El virrey ó gobernador general con su Consejo de Indias (1), cuida de la administración del ejército, y sólo en circunstancias graves puede intervenir en su dirección técnica. Su estado mayor particular lo forman un secretario militar y cinco ayudantes de campo.

Los diversos servicios del ejército están atendidos por direcciones que llevan el nombre de *departamentos* y son: departamentos del materiel de artillería, de cuentas militares, de remontas y de vestuario.

El departamento del material de artillería, está representado en cada una de las tres presidencias (Madrás, Bengala y Bombay) por un inspector general y oficiales de A. M.: estos funcionarios están encargados de los arsenales y almacenes y tienen á sus órdenes un numeroso personal de *Warrant-Officers* (2) y sub oficiales europeos y de obreros y artificieros indígenas.

---

(1) Este consejo lo componen seis personas de las cuales una representa la Ley, otra la Hacienda, otra los trabajos públicos y otra el ejército.

(2) Jerarquía inmediatamente superior á la de sub-oficiales. Desempeñan sus cargos á virtud de nombramientos especiales.

Este departamento tiene á su cargo la fabricación de pólvoras, proyectiles, equipos y monturas.

Existe un solo departamento de cuentas militares cuya misión consiste en reunir y examinar todas las cuentas del ejército y pagar los sueldos y pensiones. En cada presidencia hay además un departamento especial, dirigido por un comisario general, que cuida del racionamiento de las tropas, del entretenimiento y raciones del ganado de transporte y de proporcionar medicamentos.

Los departamentos de remonta y de vestuario no revisten tanta importancia como los anteriores.

La dirección técnica de las fuerzas militares está confiada al Comandante en Jefe del ejército de las Indias. Este personaje manda á todo el ejército pero no puede dar órdenes á los de Bombay y Madrás como no sea en lo que se relacione con las tropas inglesas.

En las presidencias de Bombay y de Madrás ejercen el mando militar dos jefes militares que están bajo la autoridad de los gobiernos de dichas presidencias.

El Comandante en Jefe del ejército de las Indias, está directamente subordinado al Comandante en Jefe del ejército en Inglaterra, en todo cuanto se relaciona con las tropas inglesas y como miembro del consejo de Indias toma parte en todas las deliberaciones, sean militares ó no, que tienen lugar en dicha corporación. Su estado mayor lo forman: un secretario militar, varios ayudantes de campo, un intérprete y un médico; teniendo á sus órdenes al jefe de E. M. G., al auditor general y al inspector general de artillería, y á su cargo, la instrucción de las tropas. Las presidencias de Bombay y Madrás tienen un estado mayor semejante aunque en menores proporciones.

Los diversos mandos subordinados al Comandante en Jefe son los de divisiones, distritos, brigadas y plazas.

Existen 12 divisiones en las tres presidencias, mandadas por mayores generales que tienen á sus órdenes

estados mayores en los que están representados todos los servicios.

Los distritos son 16, que no vienen á ser en realidad más que pequeñas divisiones, mandadas por brigadieres generales.

Seis oficiales generales de esta clase mandan las guarniciones importantes, y las demás, los oficiales más antiguos que se encuentren en ellas, auxiliados por oficiales de estado mayor de plazas.

Las tropas que no pertenecen á las tres presidencias nombradas, se rigen por reglamentos especiales.

El cuerpo de la frontera del Punjab está mandado por un brigadier general que depende del gobierno del Punjab y éste á su vez del gobierno de las Indias en los asuntos militares.

Las tropas de Hyderabad, dependen del gobernador residente en esta ciudad y del departamento militar del gobierno de las Indias.

La caballería de la India-Central, el cuerpo de Malwah Bheel y el batallón de Bhopal, están á las órdenes del agente del Gobernador General, residente en dicho territorio.

Las fuerzas de Deolee y de Erinpoora y el cuerpo de Meywar Bheel obedecen al agente del Gobernador que reside en Rajpootana. Estos dos agentes dependen del departamento del Exterior que forma parte del Consejo de Indias.

Infantería.

El ejército inglés sostiene en la India 50 batallones de infantería: cada batallón, á excepción de los de la Guardia, es enviado por turno á prestar sus servicios en el ejército colonial: en Bengala hay 32 batallones ingleses, en Madrás 9 y en Bombay otros 9: cada batallón inglés tiene un efectivo de 30 oficiales y 886 hombres de tropa y están divididos en ocho compañías. La

infantería indígena de las tres presidencias la forman

49	regimientos.....	Bengala.
40	id..........	Madrás.
30	id..........	Bombay.
12	id..........	El cuerpo de la frontera del Punjab.
Total 131	regimientos.	

Cada uno de estos regimientos tiene ocho compañías en las que forman siete oficiales europeos: los regimientos de Bengala, de Madrás y de Bombay, tienen un efectivo de 712 indígenas y los del Punjab 952.

Además de los regimientos de las presidencias, existen: el de Deolee y el de Erinpoora que cuentan cada uno tres oficiales europeos y 712 soldados indígenas; el de Malwah-Bheel con 3 oficiales y 612 indígenas; el de Meywar-Bheel con 4 oficiales y 707 indígenas y el batallón de Bhopal con 4 oficiales y 940 indígenas. En todos los cuerpos de infantería, los oficiales europeos tienen á su cargo los grados superiores y los estados mayores: las compañías son mandadas por oficiales indígenas.

El efectivo de la infantería puede fijarse en 47.000 europeos y 99.000 indígenas.

Caballería.

La caballería inglesa tiene en la India nueve regimientos distribuidos del modo siguiente: seis en Bengala, dos en Madrás y uno en Bombay. Cada regimiento consta de 25 oficiales 455 hombres de tropa y 436 caballos.

Los únicos cuerpos de caballería indígena que sostiene el gobierno inglés son: los guardias del virrey, los del gobernador de Madrás y cuatro regimientos de caballería ligera que están en esta presidencia.

Los guardias del virrey son dos oficiales europeos y 120 ginetes indígenas: los del gobernador de Madrás,

dos oficiales europeos, y 125 ginetes indígenas que pertenecen á los cuatro regimientos antedichos.

Estos regimientos cuentan cada uno con un efectivo de siete oficiales europeos y 387 soldados indígenas.

Lo restante de la caballería del ejército colonial, está organizada sobre la base de que los caballos son propiedad de sus ginetes. Existen 31 regimientos distribuidos en esta forma:

19	Regimientos......	Bengala.
7	id.	Bombay.
5	id.	Punjab.

Cada uno de estos regimientos tiene un efectivo de 7 oficiales europeos y 480 hombres, todos montados.

A estas fuerzas hay que añadir las siguientes:

Guardias del gobernador de Bombay: un oficial europeo y 71 indígenas.

Guías de caballería: forman cuatro *troops*, compuesto cada uno de 3 oficiales europeos y 341 soldados indígenas.

Dos regimientos de caballería de la India Central: mandados por un sólo jefe y teniendo cada uno 6 oficiales europeos y 493 ginetes indígenas

Un escuadrón de caballería destacado en Deolee y otro en Erinpoora: constando cada uno de un oficial europeo y 165 indígenas.

El *troop* de Aden: compuesto de un oficial europeo y 100 ginetes indígenas.

El cuerpo de guías á caballo de Belooch: que lo forman 315 hombres.

El efectivo total de la caballería es, por lo tanto, 4.600 europeos y 18.600 indígenas.

Artillería.

La artillería inglesa de la India forma parte del *Royal Regiment* de artillería y comprende la artillería á caballo, de montaña y de plaza.

Cada batería, cualquiera que sea la clase á que pertenezca, está mandada por un mayor, un capitán y tres tenientes.

Existe además un cierto número de coroneles y tenientes coroneles, encargados del mando y vigilancia de la artillería que forma parte de las distintas divisiones, distritos y guarniciones.

Las baterías á caballo son 15, distribuidas en la forma que sigue:

Bengala.......	11	baterías.
Madrás........	2	id.
Bombay.	2	id.

Cada una de ellas la forman 157 soldados europeos 178 caballos y 6 piezas rayadas de 9 libras.

La artillería montada consta de 43 baterías distribuidas en esta forma:

Bengala.......	22	baterías.
Madrás........	11	id.
Bombay.......	10	id.

Cada batería consta de 157 soldados europeos, 110 caballos y 6 piezas rayadas de 9 libras.

La artillería de plazas está formada por 28 baterías distribuidas del modo siguiente:

Bengala.......	15	baterías.
Madrás........	7	id.
Bombay.......	6	id.

Dos de las baterías afectas á Bengala están constituidas como artillería de montaña y sus cañones son transportados por mulos. Una de las de Madrás también sirve para montaña y sus piezas son llevadas por elefantes. Dos baterías de Bengala, una de Madrás y otra de Bombay están formadas con pesados cañones de campaña que son arrastrados por bueyes y elefantes.

Cada batería de plaza la forman 87 soldados europeos.

Las de montaña tienen; unas 6 y otras 4 piezas de 7 libras y de 91,800 kilógramos de peso. Las de artillería pesada tienen cada una tres cañones Armstrong de 40 libras, dos morteros de 8 pulgadas y otros dos de 5 y media.

La única artillería indígena que en la actualidad existe, es una batería de plaza en el Punjab, dos de montaña en Bombay y los artilleros indígenas de las baterías de montaña, contándose entre todos un total de 519 hombres.

La artillería tiene por lo tanto un efectivo total de 12.300 soldados europeos, unos 600 indígenas, 7.655 caballos y 400 piezas de campaña.

Ingenieros.

Existen en la India 374 oficiales de ingenieros que en su mayor parte están empleados en trabajos públicos y algunos en las oficinas topográficas. Muy pocos forman parte, en tiempo de paz, de los tres cuerpos de indígenas que reunen un total de 2.950 hombres distribuidos del modo siguiente:

Bengala.....	1.160	hombres.
Madrás......	1.311	id.
Bombay.....	480	id.

Un pequeño número de sub-oficiales y 200 soldados europeos forman también parte de dichos tres cuerpos.

*
* *

EJÉRCITO COLONIAL DE HOLANDA EN LAS INDIAS ORIENTALES.

El ejército que sostiene Holanda en sus posesiones de la Oceanía, está completamente separado del ejército continental y hasta la Constitución prohibe enviar

á las colonias, á los que prestan el servicio militar en la Metrópoli por haberles cabido en suerte; únicamente los soldados voluntarios pueden ser destinados á las colonias en casos urgentes; pero es tal la repugnancia natural que en aquel país existe á forzar á sus soldados, para que marchen á sus lejanas posesiones, que aun durante los críticos períodos de la guerra de Atchin, el gobierno no usó de la facultad que la Constitución le concedía.

El reclutamiento de oficiales, tiene lugar indistintamente en Holanda y en las colonias.

En cada una de las escuelas militares de la Metrópoli existe una distinción completa entre los alumnos que han de ser oficiales del ejército colonial y los que deben quedar en el de Europa. Los primeros á su ingreso en las escuelas militares, están obligados á firmar el compromiso de servir en las Indias, y el gobierno por su parte los exime del pago de su pensión, que se eleva anualmente á 300 florines; es obligatorio para ellos el estudio de la lengua malaya. En las Indias proporciona oficiales la escuela militar de *Meester-Cornelis*, situada cerca de Batavia.

Existen además en el ejército colonial los aspirantes á oficiales, clase que tiene por objeto nutrir los cuerpos de segundos tenientes. Estos aspirantes á oficiales, ingresan en el ejército mediante un examen y un compromiso de servir durante ocho años y tienen los mismos derechos y consideraciones que los sargentos de infantería.

Las clases de sub-oficiales y cabos, las facilitan las escuelas que existen en los cuadros de infantería, caballería y artillería.

El reclutamiento de la tropa, se hace por medio de enganches voluntarios entre europeos (holandeses ó extranjeros), indígenas y negros africanos. Los europeos que deseen engancharse en Holanda para servir en Indias, han de ser solteros y contar más de 18 años y menos de 36, pero el Ministro está autorizado para per-

mitir ingresar en el ejército, á alguno que no reuna tales condiciones. No pueden ser admitidos de ningún modo los siguientes:

1.° Desertores é indivíduos excluidos del servicio militar en Holanda.

2.° Los condenados por crímenes ó delitos políticos.

3.° Los suizos de más de 21 años, los franceses, belgas, ingleses, americanos y musulmanes que no hayan servido en las colonias.

4.° Todos los extranjeros que no entiendan el holandés ó el alemán.

El elemento indígena del ejército colonial, se compone de voluntarios reclutados en todas las Residencias y deben servir durante seis años, lo mismo que los europeos.

Las primas de enganche son:

Holandeses........	200 florines.
Extranjeros.........	160.
Indígenas.........	60 ó 50.

La organización del ejército en las Indias es la siguiente:

Estado mayor del Gobernador General.

Está compuesto de un pequeño número de jefes y oficiales que prestan el servicio de ayudantes de campo y de órdenes del Gobernador General, personaje revestido de amplias facultades, entre las que se cuentan poder declarar la guerra, firmar la paz y tratar con los príncipes indios á reserva de la aprobación del Rey.

Departamento de la guerra.

Está á cargo de un oficial general que tiene el mando directo de las fuerzas del ejército colonial. Com-

prende siete divisiones:—1.ª Secretaría.—2.ª Personal y asuntos militares.—3.ª Negociado superior de artillería.—4.ª Idem de ingenieros.—5.ª Idem de administración.—6.ª Idem de sanidad.—7.ª Idem del estado mayor general.

Estado mayor general.

Comprende el servicio de estado mayor y tiene á su cargo: —1.º La 7.ª división del departamento de la guerra.—2.º El servicio topográfico.—Y 3.º el servicio regional.

Estos servicios están desempeñados por 19 oficiales de estado mayor, 8 tenientes agregados.

En el servicio topográfico están empleados 112 hombres de tropa entre los que se cuentan varios indígenas.

Estado mayor regional.

Lo forman los estados mayores particulares (gobiernos) de cada una de las tres divisiones militares en que está dividida la isla de Java (Batavia, Samarang y Soerabaya), costa occidental de Sumatra, Atchin y sus dependencias, regiones del Sur y del Este de Borneo, región occidental de la misma isla, Celebes y sus dependencias.

Estado mayor de plazas.

Encargados del mando de las plazas de Batavia, Soerabaya, Padang, Kotta-Radja, Samarang y fuerte Guillermo.

Infantería.

Componen este arma:

1.° Los batallones de guerra, cuyo número es de diez y ocho. Cada batallón cuenta cuatro compañías y están formados por soldados europeos é indígenas, separados en lo posible por compañías de tal modo, que la proporción del elemento europeo con el indígena es á lo más de 1/3. La compañía en pié de guerra consta de un capitán, tres tenientes, ocho sargentos, ocho cabos un tambor, cuatro cornetas y ciento veinte y nueve soldados.

2.° Los batallones de depósito, que son cuatro: el 1.° que tiene tres compañías de europeos y dos de indígenas, está enclavado en la 1.ª División militar de Java; el 2.° en la 2.ª, consta también de tres compañías europeas y dos indígenas; el 3.° afecto á la 3.ª, tiene dos compañías de europeos y dos de indígenas; el 4.° situado en el gobierno de la costa occidental de Sumatra, no tiene más que una compañía europea y otra indígena. Cada batallón, como los de guerra, tiene su jefe y su plana mayor y la compañía consta de un capitán, cuatro tenientes, ocho sargentos, diez cabos, un tambor, cuatro cornetas y un número de soldados afectos al batallón, que varía de uno á otro, en la forma siguiente: 1.° 365 europeos y 285 indígenas: 2.° 415 europeos y 350 indígenas: 3.° 200 europeos y 215 indígenas y 4.° 165 europeos y 115 indígenas.

3.° La infantería de guarnición: destinada á la guarnición de las plazas, comprende diez batallones, cinco compañías y cuatro destacamentos, que forman un total de 2.500 europeos y 6.468 indígenas. La organización de las batallones y compañías es análoga á la de los cuerpos de guerra y de depósito. Los destacamentos están mandados por subalternos.

4.° Cuadros de transeuntes.—Están establecidos en Batavia, Samarang, Soerabaya, Padang y Kotta Radja; reciben los militares europeos é indígenas transeuntes, los que deben ser repatriados, y de éstos los que deseen reengancharse

5.° Depósito de transeuntes.—Establecido en Batavia; recibe á su desembarque y envía á los cuerpos á los voluntarios enganchados en Europa.

6.° Destacamentos disciplinarios.—Son dos, á cargo de un jefe y 18 oficiales; el primero lo forman europeos y el segundo, indígenas.

Caballería.

La caballería está representada por un sólo regimiento de cuatro escuadrones. La plana mayor la componen un coronel ó teniente coronel, un comandante, dos ayudantes, dos idem sub-oficiales, un cabo furriel, un trompeta y dos cabos obreros. Los escuadrones reunen 7 capitanes, 21 subalternos, 56 sub-oficiales, 57 cabos, 10 trompetas, 4 herradores, 3 silleros y 307 soldados europeos y 13 sargentos, 35 cabos, 11 trompetas, 2 herradores, tres silleros y 337 soldados indígenas.

El regimiento tiene 766 caballos.

Existe además un escuadrón de depósito.

Artillería.

El arma de artillería está representada.

1.° Estado Mayor de artillería; que comprende el personal del negociado superior de artillería, el de las comandancias regionales establecidas en cada una de las divisiones territoriales de Java, en la costa occidental de Sumatra y en Atchin; el inspector de armamentos; el presidente de la comisión de experieucias y el de la comisión de revisión de material.

2.° Tropas.—Cuatro baterías de campaña y cuatro baterías de montaña en la isla de Java. Siete compañías de artillería de plazas. Artillería de las guarniciones exteriores formada por ocho compañías.

La artillería de campaña tiene piezas de acero Krupp de retrocarga y de 7,5 cent. de calibre.

La batería de campaña está servida por 74 artilleros europeos y 64 indígenas.

La de montaña por 43 europeos y 40 indígenas.

La compañía de plaza consta de 50 europeos y 30 indígenas.

La artillería de guarniciones exteriores comprende un total de 330 europeos y 323 indígenas.

3.° Servicio de almacenes y talleres que comprende:

Maestros.—9 oficiales y 10 ayudantes sub oficiales.

Conductores —36 sub-oficiales.

Personal de talleres de construcción, fabricación de pólvoras y pirotécnia.

Personal de la escuela de armeros á cargo de un oficial.

Personal de talleres.

Ingenieros.

1.° Estado mayor de ingenieros, que comprende el personal del negociado superior de ingenieros y el del servicio regional, que lo desempeñan 6 jefes, 14 capitanes, 32 tenientes, 27 guardas y 19 dibujantes.

2.° Tropas.—Dos compañías y un destacamento que presta sus servicios en Atchin y que forman un total de 2 capitanes, 8 tenientes, 19 sargentos, 20 cabos, 2 tambores, 3 cornetas, 105 soldados europeos y 5 sargentos, 10 cabos, un tambor, 4 cornetas y 130 soldados indígenas.

Sección de obreros formada por 55 sub-oficiales, 53 cabos, 114 obreros europeos y 17 sargentos, 17 cabos, 37 obreros indígenas.

3.° Servicio de almacenes.

Maestros.—5 oficiales y 5 guardas.

Conductores.—17 soldados.

Administración militar.

Comprende:

1.° Personal del negociado superior de administración.

2.° Personal de las intendencias regionales, 5 comandantes, 14 capitanes, 17 tenientes.

3.° Personal del servicio administrativo de los cuerpos, guarniciones, hospitales y almacenes de vestuario y equipo, 13 capitanes, 67 tenientes y 78 sub-oficiales.

Sanidad militar.

1.° Personal del negociado superior de sanidad y oficiales destinados al servicio de las tropas y de las plazas; un coronel, 5 oficiales de 1.ª clase directores (tenientes coroneles), 8 oficiales de 2.ª clase directores (comandantes), 51 oficiales de 1.ª clase (capitanes) y 119 oficiales de 2.ª clase (tenientes).

2.° Farmacéuticos; 37 entre los de 1.ª y 2.ª clase.

3.° Veterinarios; 6 de 1.ª y 2.ª clase.

4.° Servicio de hospitales.—El personal que lo desempeña depende del número é importancia de dichos establecimientos.

Cuerpo de educandos.

Está formado por los jóvenes de orígen europeo, nacidos ó domiciliados en las Indias. Lo forman tres compañías de 200 plazas cada una. Todos los oficiales de ellas son europeos. El jefe superior es un capitán.

Los hijos de soldados africanos ó indígenas son recogidos en los cuerpos y repartidos entre las compañías no europeas.

*
* *

EJÉRCITO COLONIAL DE ESPAÑA EN LAS ISLAS FILIPINAS.

El capitán general y gobernador general asume todos los mandos tanto civiles como militares, es director de todas las armas é institutos del ejército colonial y tiene la facultad de dirimir interinamente las dudas que puedan ocurrir, en la inteligencia de los reglamentos ú órdenes expedidas por el ministerio de la Guerra. El despacho de su secretaría militar está á cargo del cuerpo de E. M. y del de secciones-archivo y se divide en siete secciones en la forma siguiente:

1.ª sección. Asuntos referentes á organización y á los gobiernos y comandancias político-militares.

2.ª Administración, asistencia de las tropas y material del ejército.

3.ª Asuntos políticos, movimientos de tropas, provisión de vacantes y recompensas.

4.ª Justicia militar.

5.ª Reemplazo de las clases de tropa, tanto europeas como indígenas, ascensos de dichas clases y correspondencia con la caja general de Ultramar en los asuntos y operaciones de contabilidad con los cuerpos.

7.ª Sección topográfica y de historia.

El territorio de las islas está dividido en gobiernos y comandancias político-militares desempeñados por jefes y oficiales del ejército, en la forma siguiente:

GOBIERNOS.	GOBERNADORES.
Mindanao	Brigadier.
Visayas	Idem.
Cavite	Idem.

GOBIERNOS.	GOBERNADORES.
Joló	Coronel.
Cebú	Coronel, teniente coronel ó comandante.
Isabela	Idem.
Tarlac	Idem.
Marianas	Idem.
Cápiz	Idem.
Iloilo	Idem.
Negros	Idem.
Zamboanga	Comandante.
Isabela de Basilán	Idem.
Davao	Idem.
Misamis	Teniente coronel.
Surigao	Idem.
Cottabato	Idem.
Abra	Capitán.
Unión	Idem.
Nueva Vizcaya	Idem.
Batanes	Idem.
Calamianes	Idem.
Antique	Idem.
Leite	Idem.
Bohol	Idem.
Sámar	Idem.

COMANDANCIAS.	COMANDANTES.
Benguet	Capitán.
Bontoc	Idem.
Lepanto	Idem.
Infanta	Idem.
Mórong	Idem.
Burías	Idem.
Romblón	Idem.
Escalante	Idem.
Concepción	Idem.
Masbate y Ticao	Teniente.

Las comandancias militares de Dapitan y Bisling, están desempeñadas por capitanes, y las de Tiagan y Saltan por tenientes.

La infantería, la caballería, la guardia civil y los carabineros dependen de la Subinspección, centro dirigido por el general 2.° cabo de las islas, que entiende en los asuntos de las tropas como delegado del capitán general.

Infantería.

La componen: 1.° Siete regimientos de seis compañías cada uno, agrupados en medias brigadas, mandadas por coroneles.

La plana mayor del regimiento la componen: un teniente coronel, un comandante, dos capitanes ayudantes, un alférez abanderado, un capellán de entrada, un primer ayudante médico, un maestro armero, un sargento de cornetas y un cabo idem.

La compañía consta de un capitán, dos tenientes, dos alféreces, un sargento primero, europeo ó indígena, cuatro sargentos segundos europeos, un sargento segundo indígena, cuatro cabos primeros europeos, tres cabos primeros indígenas, cinco cabos segundos indígenas, dos cornetas y 106 soldados indígenas.

2.° Compañía de dotación de Marianas, compuesta de un capitán, dos tenientes, dos alféreces, un sargento primero, tres segundos, dos cabos primeros, dos cabos segundos, un armero, un cabo de cornetas, dos tambores y 80 soldados.

3.° Compañía de escribientes, ordenanzas y asistentes, mandada por uno de los capitanes de la Subispección.

Caballería.

Escuadrón de lanceros de Filipinas, al mando de un comandante.

Artillería.

Regimiento de artillería peninsular, formado por dos batallones de seis compañías cada uno y de éstas la última de montaña. La plana mayor del regimiento la forman: un coronel, un profesor veterinario, un maestro de cornetas, un músico mayor, cinco músicos de primera clase, 10 id. de segunda, 25 id. de tercera y 20 educandos: la plana mayor de un batallón consta de un teniente coronel, un comandante, un capitán ayudante, un alférez abanderado, un ayudante médico, un capellán, un maestro armero y un cabo de cornetas: la compañía á pié se compone de un capitán, dos tenientes, un alférez, un sargento primero, cuatro idem segundos, seis cabos primeros, cinco cabos segundos, cuatro cornetas, 100 artilleros europeos y 10 soldados indígenas: la compañía de montaña está formada por un capitán, dos tenientes, un alférez, un sargento primero, cuatro id. segundos, seis cabos primeros, ocho id. segundos, tres cornetas, 100 artilleros, un sillero-guarnicionero, un bastero, un forjador y un herrador.

La artillería depende de una Subinspección y tiene el siguiente personal facultativo de plana mayor: un brigadier subinspector, un coronel director de la maestranza, un teniente coronel subinspector, un comandante de Mindanao y un comandante secretario de la subinspección.

Ingenieros.

Existe una Subinspección de ingenieros y la siguiente plana mayor facultativa: un brigadier subinspector, un coronel de la plaza de Manila, un teniente coronel de la de Cavite, un comandante secretario de la Subinspección, dos comandantes y tres capitanes.

Las tropas de ingenieros forman un batallón activo que con sus tropas de reserva, 560 indígenas, forman un batallón de campaña compuesto de un teniente coronel, un comandante, cinco capitanes, nueve tenientes, ocho alféreces, un médico, un armero, cinco sargentos primeros europeos, 12 segundos id., 24 cabos primeros idem, 56 cabos segundos indígenas, 896 soldados indígenas.

Guardias del Capitán General

Una sección compuesta de un oficial y 25 hombres de tropa.

Administración militar.

La administración del ejército está confiada al personal siguiente: un intendente de división, un subinspector que desempeñe las funciones de interventor, un comisario de guerra de primera clase, siete id. de segunda, 12 oficiales primeros, 16 id. segundos, seis escribientes primeros, seis id. segundos, dos conserjes de segunda clase y tres ordenanzas celadores.

Este personal está distribuido con arreglo á las necesidades del servicio en Manila, Mindanao, Joló, Balabac, Puerto-Princesa, Cavite y Cebú.

Sanidad militar.

La plantilla de sanidad militar en Filipinas, es la que sigue: un inspector médico de segunda clase, un subinspector id. de primera, dos subinspectores id. de segunda, ocho médicos mayores, 20 médicos primeros, un farmacéutico mayor y cuatro id. segundos.

En esta plantilla están comprendidos los médicos

de los cuerpos y los que prestan sus servicios en los hospitales militares.

Cuerpo jurídico militar.

Lo forman: un auditor de distrito, un teniente auditor de segunda clase, un escribano, un receptor, dos alguaciles y dos testigos que ejercen en Zamboanga las funciones de escribanos.

Clero castrense.

Lo componen: un teniente vicario general, dos capellanes de término para el regimiento de artillería, un capellán de ascenso para el escuadrón de lanceros y siete capellanes de entrada para los regimientos de infantería.

Existen además los capellanes de los hospitales.

Guardia civil.

Forman la guardia civil dos Tercios, repartidos entre todas las provincias del archipiélago y prestando el mismo servicio que presta el instituto en la Península.

La fuerza de cada Tercio es la siguiente: un coronel, un teniente coronel, tres comandantes, un capitán ayudante, ocho capitanes de compañía, un primer ayudante médico, 16 tenientes para las compañías, 16 alféreces para idem, un maestro armero, siete sargentos primeros europeos, uno idem indígena, 24 sargentos segundos europeos, ocho idem indígenas, 32 cabos primeros europeos, 32 idem indígenas, ocho cornetas, 290 guardias de 1.ª clase y 598 de 2.ª

Para el servicio de vigilancia pública y municipa- de Manila y sus arrabales, existe una sección de guar-

dia civil veterana compuesta de un comandante, seis tenientes, seis alféreces, dos sargentos primeros europeos, uno indígena, uno idem segundo de caballería europeo, seis idem segundos de infantería europeos, tres idem segundos indígenas, seis cabos primeros europeos, un cabo primero de caballería europeo, seis idem idem primeros de infantería indígenas, 12 soldados de caballería, 72 guardias de 1.ª clase y 250 de 2.ª

Carabineros.

El servicio propio de su instituto lo prestan 12 compañías distribuidas entre cuatro comandancias y Manila. El cuerpo lo componen, un teniente coronel, cuatro comandantes, cuatro ayudantes tenientes, un médico cirujano, dos maestros armeros, 13 carpinteros, 24 tenientes, 16 alféreces, un sargento primero brigada, seis sargentos primeros europeos, seis idem indígenas, ocho idem segundos europeos, 26 idem indígenas, un cabo de cornetas, ocho cornetas, 71 cabos primeros, 65 idem segundos, 304 carabineros de 1.ª clase y 1.390 de 2.ª

Academia de alumnos.

En la Academia de alumnos, dirigida por un teniente coronel y varios profesores, adquieren los alumnos que ingresan la instrucción suficiente para que, mediante examen, después de dos años de estudios, asciendan á oficiales de infantería.

Compañías disciplinarias.

Existen tres compañías disciplinarias empleadas en trabajos. El efectivo de cada una de ellas es el siguiente: un capitán, dos tenientes, dos alféreces, un sargento

primero europeo, cuatro sargentos segundos idem, cuatro cabos primeros idem, cuatro cabos primeros indígenas, cuatro idem segundos idem, ocho confinados de 1.ª clase y 176 de 2.ª

Como estas compañías tienen un objeto colonizador, se permite á los penados que lleven sus familias y que se casen.

Tercios de policía.

Esta fuerza, que no tiene consideración militar, depende exclusivamente del Gobernador general y es su jefe en cada provincia, el Gobernador político-militar ó Alcalde mayor; tienen á su cargo la tranquilidad pública y está formada por indígenas. Unicamente existen tercios de policía en las provincias siguientes: Antique, Batanes, Bohol, Calamianes, Cápiz, Leite, Masbate, Mindoro, Misamis, Romblón, Sámar y Surigao.

Cuadrilleros.

Dependen también de los gobernadores, son indígenas y están encargados en cada provincia de la guarda del tribunal, custodia de presos, servicio de vigilancia y policía y persecución de malhechores.

Los jefes de las provincias proveen el modo más económico de armar y municionar á los cuadrilleros, procurando que por lo menos haya la tercera parte de ellos con armas de fuego, usando los demás lanza, sable ó talibón.

Las armas y municiones se guardan en los tribunales y sólo se distribuyen cuando son necesarias para algún servicio.

Recluta y reservas.

El ejército y la armada, en Filipinas, se reclutan con los mozos designados por la suerte y con voluntarios,

admitiéndose en el servicio á los españoles, bien sean indígenas, mestizos ó europeos, con exclusión de extranjeros.

Todos los años se hace en los pueblos donde se verifique la quinta, un alistamiento de solteros y viudos sin hijos y otro de los casados también sin ellos, siempre que unos y otros cuenten 18 años y no hayan cumplido 25: los que se hayan casado antes de los 18 años se incluyen en otro alistamiento. Por el orden numérico que designe la suerte, entran á servir los mozos comprendidos en el primer alistamiento y á falta de éstos los casados sin hijos.

La duración del servicio es de ocho años.

Para el reemplazo anual y para cubrir las plazas de los batallones en tiempo de guerra, tiene en la provincia cada regimiento de infantería, 576 hombres, llamados *de reserva*, 100 en igual concepto la caballería, 400 la marina y 100 los ingenieros.

Los jefes de estas reservas son los gobernadores ó alcaldes, y los mozos de cada pueblo se hallan á cargo de sus respectivos gobernadorcillos.

La fuerza europea se recluta en la Península abriéndose todos los años en el mes de Julio un alistamiento voluntario en todos los cuerpos de infantería, caballería, artillería é ingenieros, así como en los depósitos y banderines para los paisanos y licenciados del ejército.

Los indivíduos que se alisten, quedan obligados á servir en el ejército de Filipinas cuatro años completos.

Para estimular la permanencia en las filas, existen premios de constancia.

CAPITULO VI.

Infantería.—Organización en batallones.—Jefes representantes—Guerrillas.—Idea histórica de las guerrillas cubanas.—Guerrillas de batallón.—Infantería montada.—Caballería.—Columnas de caballería.—Organización en escuadrones.—Caballería irregular.—Remonta.

La organización que parece más apropiada para la infantería, en las campañas irregulares, es la formación de batallones independientes. Las expediciones que se envían á combatir fuera de la metrópoli, no son nunca tan numerosas como los ejércitos que presentan en campaña las naciones europeas, cuando entre ellas tienen que dirimir alguna cuestión; en los paises donde tendrán que operar las expediciones, no habrá, por lo regular, necesidad de emplear grandes masas; antes bien, columnas formadas por brigadas, por batallones y hasta por compañías, serán las que perseguirán y batirán al enemigo, y si la guerra llevase en sí el carácter de ocupación militar, los batallones serán también las unidades más á propósito, para ocupar las zonas en que se divida el territorio.

Es cierto que la organización por regimientos proporciona que mayor número de hombres estén bajo el inmediato mando y vigilancia de un solo jefe, pero precisamente ésta es otra razón para que hablemos en favor de los batallones independientes, porque como generalmente los que compongan un mismo regimiento

pocas veces se verán juntos, es indudable que estarán mejor atendidos y el estímulo del mando será mayor, dotando á cada batallón de todo lo necesario para que constituya cuerpo aparte, bajo la dirección de un jefe único, en lo que se relacione con el mando interior de su cuerpo.

Esta organización no excluye por cierto las plazas desempeñadas por coroneles, que serán los mandos de medias brigadas, gobernadores de pueblos de alguna importancia, etc.; pero deja una gran libertad de acción á los jefes de batallón, que muchas veces serán jefes de zona, para atender con interés á todo cuanto se relacione con el régimen interior de los cuerpos, servicio que haya de prestarse y cuantos asuntos se relacionen con la manera de ser de las tropas, que tanto puede variar de una localidad á otra.

Existen además otras razones en apoyo de lo que decimos: regularmente, cada uno de los batallones de un mismo regimiento prestará servicio en localidades distintas y hasta muy diferentes en sus condiciones, y esto originará una diferencia notable en todo lo que concierna á la vida militar: un batallón, por ejemplo, puede estar operando en un terreno montañoso, seco y árido y el otro en lugares llanos, cubiertos de vegetación y húmedos ¿Cómo no han de existir diferencias notables y esenciales en sus régimenes interiores, que destruirán la unidad de miras que debe existir en un mismo cuerpo, mandado por una sola persona? Esta, que será el coronel, no tendrá puesto fijo, pues si sus batallones están separados, para darle el mando de media brigada habrá necesidad de unir á un batallón de su regimiento otro batallón que opere cerca de él, ó en las zonas colindantes á las suyas, con lo que se producirá un desorden que á toda costa hay que evitar en la guerra. Además, si el coronel de un regimiento, cuando sus batallones operan separadamente, vá siempre agregado á uno de ellos, es evidente que anula por completo á su teniente coronel, más conocido y más

conocedor de la tropa que lleva á sus órdenes, existiendo una desigualdad notoria entre él y su compañero que manda el otro batallón independientemente. Es verdad que el coronel podría alternar entre los dos batallones para dar algún estímulo á sus dos inmediatos inferiores; pero esto nos demostraría, que tan innecesaria era la presencia de dicho jefe en un batallón como en otro. Si el regimiento estuviere reunido ó distribuido en dos zonas colindantes, el mando que desempeñará el coronel será el de jefe de media brigada, por las pocas atribuciones que tendrá en el gobierno interior de su cuerpo, pues como es tan necesario que los soldados conozcan perfectamente la localidad donde operan, no tendrá el coronel ni la facultad de cambiar un soldado de un batallón á otro, porque deberá estar prohibido en absoluto por el General en Jefe.

Por estas razones, creemos que una infantería expedicionaria debe organizarse con batallones independientes, mandados por tenientes coroneles: cada dos de estos batallones formará una media brigada al mando de un coronel, que podrá desprenderse de uno de los cuerpos que las forman, si lo exigiesen así las operaciones de la guerra, no perdiéndose la uniformidad en la organización cuando sea destinado otro en su reemplazo y consiguiéndose, además, en el caso de formar una sola columna la media brigada, que con cada batallón bisoño ó recién llegado de la metrópoli, vaya otro aguerrido y experimentado en la campaña; práctica que en muchas ocasiones será ventajosa y siempre un buen sistema de repartir las fuerzas.

A causa de la gran diseminación de fuerzas, á veces necesaria para dominar un país, ocuparlo militarmente ó vencer una insurrección, no es posible dotar á todas las columnas de las tropas auxiliares correspondientes y como muchas veces habrá necesidad de construir barracones, puentes y empalizadas ó atrincheramientos rápidos en un día de peligro, es de la mayor importancia que la escuadra de gastadores de cada batallón,

convenientemente instruida y dotada del material necesario, salga siempre á operaciones con su cuerpo, llevando los útiles que puedan hacer falta y siendo mandada y dirigida por un oficial de reconocido saber é inteligencia, que pueda en momentos determinados dirigir los trabajos que sean necesarios.

*
* *

En Cuba se dispuso, que cada batallón que estaba en operaciones, aunque ocupara permanentemente una zona muy retirada del punto señalado para el cuartel general y oficinas de la brigada, enviara un comandante que con residencia fija en dicho punto, se encargara de los asuntos del detall del batallón, dejando al primer jefe en libertad completa para dedicarse exclusivamente á las operaciones de la guerra; dicho jefe, recibía los indivíduos que la columna le enviaba y que debían ausentarse por diferentes causas y reunía para hacerlos incorporar, en la primera oportunidad, á los que llegaban destinados al cuerpo. Es cierto que tal práctica parece conveniente, porque la oficina del detall de la brigada, puede tener en un momento dado cuantos datos necesite respecto las fuerzas que la componen, los cuerpos pueden hacer con más facilidad los pedidos de lo que les haga falta y siempre tienen un delegado cerca del jefe de la brigada para hacerle presente las necesidades que tengan; pero en este asunto es muy discutible la ventaja que á primera vista parece presentar semejante disposición.

Dichos jefes, llamados *representantes*, suelen ser en general poco aficionados á la vida activa de las operaciones; muchas veces quizás justas causas les impidan marchar con las columnas, pero aparte de que en el teatro de la guerra no debe haber nadie que tenga costumbres sedentarias, creemos que tanto los jefes como los oficiales y los soldados, deben estar siempre donde esté el cuerpo á que pertenezcan y compartir con

él las penalidades y las glorias. Las oficinas de los jefes representantes llegan á ser, al poco tiempo de su creación, centros á donde vá á parar la gente inactiva de los batallones; dichos centros, en vez de procurar dotar á la columna de su cuerpo con el mayor número de soldados que puedan, entretienen á veces y hasta ocultan, á los que transitoriamente pasan por ellos para aprovecharlos como asistentes, escribientes y ordenanzas. En cada centro se reunen, además del jefe representante, el oficial habilitado, el del almacén y, en general, todos los que desempeñan cargos en el batallón, no siendo raro que vayan allí á parar tarde ó temprano los capellanes, armeros, músicos etc. Todas estas personas forman un total, que sumado con los demás que arrojen los otros batallones componen un número excesivo de jefes oficiales y soldados inactivos, en situación puramente pasiva y sin desempeñar otro servicio que el tranquilo y sosegado de las oficinas, practicando por lo tanto, lo mismo exactamente que si con sus batallones estuvieran de guarnición.

Además, las noticias que facilitan los jefes representantes á la oficina de detall de la brigada, casi nunca son exactas en lo que concierne á los efectivos en operaciones; nunca sabrá una oficina el número preciso de hombres que forman la columna de su batallón; los datos que facilite habrán sido tomados de las listas que están archivadas y de las relaciones que se tengan á la vista y todos sabemos que de la fuerza que aparece en los estados á la que existe en realidad, hay siempre una diferencia notable; esto no es culpa de nadie, es inherente á la contabilidad y documentación de los ejércitos. Desde que el parte es escrito por el jefe de una columna en un día determinado, hasta que vuelve á escribirlo otra vez, ocurren infinidad de variaciones que no es posible prever; y como el jefe representante suministra los datos teniendo en cuenta las listas de revista, es claro que dichos datos estarán muy distantes de ser los verdaderos. Por esto el jefe del batallón, que manda los

soldados en el campo, que los cuenta y que sabe los elementos de que puede disponer en cada momento, es el que debe dar las noticias que se necesiten y á él, y no á los jefes representantes han de dirigirse los de brigada para saber lo que les interese respecto los efectivos de las columnas. En cuanto á las demás noticias y documentos que no son urgentes, lo mismo podrá facilitarlos el jefe del detall, encontrándose en la cabecera de la brigada, que estando en la zona de su batallón y al lado del primer jefe que puede vigilarlo todo, como debe, y hacer sentir su influencia en los asuntos que conciernan á su cuerpo; lo que no podría efectuar en caso contrario, más que cuando las azarosas circunstancias de la guerra le llevasen al punto donde se encuentre su representación.

Fundándonos en cuanto acabamos de exponer, creemos que tanto el jefe del detall de un batallón, como todas las demás personas cuyos cargos les separen de las filas, deben prestar sus servicios en los puntos donde se encuentren sus cuerpos y ayudar, desempeñando el del campamento, á sus compañeros que formen la columna de operaciones del batallón.

En cuanto á la mucha ó poca facilidad de comunicaciones con las direcciones ó subinspecciones respectivas, nada decimos, porque creemos que tales centros no deben comunicarse en campaña con los cuerpos, por otro conducto que por medio de los jefes de brigada, ya que no pueda conseguirse que aquéllos no tengan necesidad del apoyo y paternal solicitud de las direcciones.

Al efectuar lo que proponemos, han de nombrarse en todos los centros de brigada, jefes ú oficiales encargados de los transeuntes, que reuniendo los hombres procedentes de los cuerpos activos y mandando incorporar, cuando sea posible, á los que les llegan destinados, socorran á unos y á otros y tengan siempre reunidos un cierto número de soldados acuartelados y sometidos al más extricto régimen militar, que prestarán

servicios extraordinarios cuando lo disponga el jefe de la brigada.

* * *

Algunos condenan la creación de tropas especiales, tales como guías, exploradores, guerrilleros etc., pero á pesar de ello y en vista de los excelentes servicios que algunas han prestado, es conveniente estudiar su formación, para organizarlas desde luégo, en el caso de sernos útiles en la guerra. Los servicios prestados por las compañías de guías exploradores y las guerrillas en muchas campañas, es innegable que han sido importantes; falta ahora analizar, si dichos resultados se han obtenido por la única creación y servicio especial de dichos cuerpos ó porque en su mayor parte estaban compuestos de gente del país, que resiste mejor la contínua fatiga, propia del servicio que tienen siempre que prestar.

Cuando los descontentos de un país, inician una revolución y se lanzan á los campos á sostener sus principios rebeldes, nunca pueden oponer á las tropas regulares, núcleos de fuerza capaces de empeñar acción con ninguna de las unidades orgánicas en que los ejércitos modernos están divididos, tales como batallones y regimientos; por esta razón se hace necesaria la creación de fuerzas ligeras, dotados de idénticas condiciones de movilidad y osadía que las insurrectas, para seguirlas en sus marchas rápidas, atacarlas á la desbandada en el momento de encontrarlas, ó hacerles caer en emboscadas hábilmente preparadas por el exacto conocimiento del país.

En la marcha invasora de un ejército á través de territorio enemigo, se hacen necesarias también fuerzas ligeras, volantes y sin las necesidades de las que forman el ejército regular, que puedan marchar á vanguardia para explorar los caminos, sorprender los pequeños puestos enemigos y llevar á cabo expediciones

arriesgadas hijas predilectas de la audacia y la fortuna; en los flancos, para resguardarlos de ataques imprevistos, dar la voz de alarma en caso de encontrar enemigos y no poder batirlos, registrar el país, proveer al ejército de víveres y forrajes y coger prisioneros que faciliten noticias de los contrarios; y en la retaguardia para vigilar y sostener las comunicaciones y batir á las partidas enemigas que pretendan molestar á las columnas y asesinar á los rezagados.

En la ocupación militar de un país son también necesarias fuerzas ligeras que contínuamente recorran las zonas, observen los rastros, dén conocimiento de la aparición del enemigo y de los síntomas de insurrección que notaran, recompongan los caminos y las líneas telegráficas y estén siempre dispuestas á marchar de un punto á otro sin preparación, sin acémilas ni impedimenta, para atender á las necesidades repentinas que ocurran.

Cuando la guerra está próxima á terminar y las grandes masas enemigas se hallen quebrantadas, deshechas ó dispersas, se hace sentir la necesidad de dichas fuerzas volantes para que persigan sin descanso y entretengan á las bandas fugitivas; y sin temor de que puedan reconcentrarse, hostilizarlas, batirlas, seguirlas hasta lo más espeso de los bosques ó hasta lo más escondido de las montañas y concluir la obra comenzada por los batallones, dando el golpe de gracia al enemigo.

En pocas guerras irregulares ha dejado de aparecer la guerrilla y de adquirir al poco tiempo de su aparición gran desarrollo, por ser una institución que combatiendo en la misma forma que combate el enemigo, es la principal arma que contra él puede emplearse. No quiere decir esto que las guerrillas, en todo caso, pueden improvisarse; en Méjico fueron organizadas por los franceses sin resultado y en cambio las mejicanas dieron mucho que hacer á las columnas del ejército invasor, pues no basta organizar una tropa independiente

con hombres escogidos, dotarla de una oficialidad valiente y lanzarla á los campos, para formar una guerrilla. Una tropa organizada de tal modo podrá en un momento dado batirse admirablemente, rechazar á fuerzas enemigas muy superiores y hasta perseguirlas, pero ¿Cómo las encontrará? ¿Cómo evitará sus movimientos? ¿Cómo podrá orientarse en medio de un país que no conoce? ¿Cómo podrá incorporarse á sus amigos á través de los campos, por el camino más corto, para buscar protección, para facilitarles noticias, para entregarles prisioneros, víveres ó ganados? Hace falta para conseguir todo esto, génio y conocimiento del país: sin ambas condiciones no puede existir la guerrilla, sin ellas será una agrupación de hombres arriesgados y valientes, que se lanzan al acaso en la inmensidad de los bosques ó de otro terreno que no conocen; pues aunque lleven guías, el jefe de una tropa semejante, nunca podrá coordinar sus planes, proyectos y pensamientos con el conocimiento práctico que se necesita, armonizando sus ideas con las relaciones que sus guías le hagan, que muy bien pueden ser inexactas, exageradas ó insuficientes y que desde luégo no abrazarán todo el conjunto de detalles que son necesarios para el buen éxito de una operación.

Así pues, si ha de haber guerrillas es preciso que sean buenas y para que esto suceda se necesita que todos ó la mayor parte de los indivíduos que la formen conozcan bien el país, que sean voluntarios porque se les exigirán trabajos más rudos que los que lleven á cabo los de los cuerpos regulares y, finalmente, que los oficiales sean escogidos entre los que se presten voluntariamente á desempeñar los cargos vacantes, haciendo recaer el nombramiento de capitán en el que mejores circunstancias reuna. Decker dice «Entre las cualidades que ha de reunir un jefe de partidarios están las siguientes: debe tener experiencia del mundo, aire distinguido y maneras á la vez imponentes, amables y persuasivas; es conveniente que se rodée de cierta au-

reola y que sepa adquirir influencia sobre las mujeres, porque á ellas es á quienes se les deben casi siempre las noticias más seguras; debe procurarse todo lo que necesite sin arrebatarlo y hacer de manera que cuanto se adquiera en los poblados ó aldeas tanto amigas como enemigas, sea pagado religiosamente; el país debe considerarle como á un libertador y ofrecerle por reconocimiento cuanto necesite.»

* * *

Como prueba de lo agradable que es á nuestros soldados dicha institución, y para después analizar la organización más conveniente de las fuerzas que la formen, vamos á reseñar ligeramente la historia de las guerrillas en la campaña de Cuba donde tantos y tan buenos servicios han prestado.

El orígen de ellas, en la citada campaña, no fué debido á disposición ninguna, ni á la iniciativa de ningún jefe ni oficial, sinó que tuvo lugar expontáneamente en la columna que mandaba el conde de Valmaseda en los meses de Febrero y Marzo de 1869, en la jurisdicción de Bayamo. Varios soldados sorprendieron un campamento enemigo, recogiendo en él un numeroso botín y 17 caballos que montaron al volver de su expedición; á partir de este suceso el soldado se fué aficionando á la guerra de merodeo y como comenzó á dar algún resultado el contínuo movimiento de aquellas pequeñas fuerzas que se formaron con los soldados más escogidos, se pensó en organizar un servicio de contra-guerrillas, que regularizadas y bajo el mando de oficiales del ejército, exploraran los terrenos donde había que operar, batieran las pequeñas partidas enemigas, recogieran datos seguros sobre los insurrectos y prendieran los espías que sostenían inteligencias entre ellos y los pueblos.

Desde el momento en que empezó á reglamentarse el servicio de las guerrillas, éstas perdieron la libertad

de acción, que tan conveniente les era en la primera época de su formación, pero siendo grande el número de las que llegaron á organizarse, la independencia absoluta era imposible consentirla, y de ningún modo pareció conveniente que se consideraran como unidades orgánicas, cuyos jefes absolutos fueran los capitanes que las mandaban, por los muchos abusos que podría motivar una organización semejante. Andando el tiempo, en 1873, quísose restringir aun más, la libertad de acción de los guerrilleros y se crearon tres batallones con los nombres de *Oriente*, *Centro* y *Cinco Villas*, cada uno de los cuales tuvo una plana mayor compuesta de un coronel, primer jefe; un comandante, jefe del detall; un capitán cajero, un alférez habilitado, un teniente ayudante, un alférez sub-ayudante y cuatro indivíduos de tropa escribientes, dependiendo el cuerpo directamente de la Subinspección de Infantería.

Esta organización defectuosa dió bien pronto funestos resultados: además del aumento de tres planas mayores y de la ninguna libertad de acción que le quedó á la guerrilla, se originaron resultados de fatales y trascendentales consecuencias. Del número de indivíduos que componían la guerrilla, sólo una pequeña parte eran soldados y como los capitanes estaban facultados para reclutar paisanos, que habían de engancharse por un tiempo mayor de tres años, sucedía que un paisano se presentaba solicitando ingresar en la guerrilla, el capitán de ella lo admitía y daba conocimiento al jefe de su batallón, mas como las guerrillas operaban á veces en puntos muy apartados del lugar donde se encontraban sus oficinas, trascurría á veces más de un mes sin que llegara á noticia del capitán de la guerrilla la aprobación del nombramiento del nuevo guerrillero, y á éste, que hasta entonces no percibía ningún haber, se le originaba gran perjuicio y no poco disgusto. Cuando un guerrillero cumplido reclamaba su licencia en uso de su perfecto derecho, el capitán de la

guerrilla, trasladaba la petición á su jefe y éste á la Subinspección, de manera que al cabo de dos meses recibía el guerrillero cumplido, su licencia, no siendo extraño que durante este tiempo, disgustado con la tardanza y obligado á servir contra su gusto, fuese á aumentar con sus armas y caballo las filas enemigas, como muchas veces sucedió.

Estas razones hicieron que por circular de 23 de Marzo de 1875, se disolvieran los tres batallones de contra-guerrillas, quedando éstas organizadas en compañías sueltas al mando de sus capitanes y administradas por éllos bajo la inmediata inspección de los comandantes generales y jefes de brigada, en cuya forma siguieron prestando sus servicios hasta que en los últimos meses de la campaña fueron organizadas de nuevo en batallones operando cada uno de éstos, dirigido por un jefe, en la misma forma que lo verificaban los del ejército regular.

Las guerrillas tienen tres denominaciones según sea el servicio que estén llamadas á prestar como fuerzas independientes, como exploradoras de las columnas ó como guardianas de una localidad, llamándose respectivamente guerrillas volantes, guerrillas de batallón y guerrillas locales. De las primeras y últimas, que en su mayor parte estarán formadas por naturales del país, hablaremos más adelante y en cuanto á las de batallón, que también contará en sus filas algunos indígenas, creemos que su organización debe ser la siguiente: Cada una de las guerrillas que se organicen, estará afecta á uno de los batallones del ejército para que le sirva de esploradora.

Dependerán del batallón á que estén afectas sin que por ésto dejen de obrar con mucha independencia y libertad y hasta podrán separarse de su cuerpo si las circunstancias lo exigieren.

Se compondrá cada una, de cien hombres montados al mando de un capitán de ejército y de los oficiales correspondientes, figurando dicha fuerza, para los efec-

tos administrativos únicamente, como una de las compañías de su batallón.

Las clases de tropa serán también pertenecientes al ejército y para sus ascensos figurarán en las escalas de su clase, como las demás del cuerpo.

Para premiar los servicios de guerra ó de otro género, prestados por los guerrilleros indígenas, se les podrá nombrar cabos, sargentos y hasta oficiales supernumerarios en la guerrilla, con sueldo y honores, pero sin que esta concesión les dé derecho á solicitar se les declaren de ejército sus empleos, á no ser que la política de la guerra aconsejara la formación de tropas regulares con los elementos del país, para constituir el ejército colonial.

Los haberes de los guerrilleros, cabos y sargentos, serán mayores que los de sus respectivas clases de los batallones (1), y al capitán y oficiales se les concederá un plus que podrá llamarse plus de guerrilla, en razón á la mayor suma de trabajos que tienen que desempeñar. Cada batallón del ejército, dotado de su correspondiente guerrilla, tendrá asignados dos ó tres guías retribuidos convenientemente para que dirijan las columnas, y ya que los jefes de cuerpo deben estar autorizados para dar entrada en sus guerrillas á los paisanos que, reuniendo ciertas condiciones, lo soliciten, podrán elegir los guías entre los guerrilleros del país y sólo en caso de que no los tuviesen, los adquirirán en los pueblos y aldeas, pudiendo encontrarse algunos, hasta en los mismos prisioneros ó presentados, si bien en su admisión debe procederse con gran cautela para que no se nos tienda un lazo que pudiera sernos fatal.

Hemos dicho que los cien hombres que forman la guerrilla deben ser plazas montadas, y esto necesita una explicación que aunque resultado de ligero examen, nos muestre las ventajas que reportará á un ejército llevar algunas fuerzas de infantería montada, como

(1) En Cuba cada guerrillero cobraba cinco pesetas diarias.

lo practican los norte-americanos y los boeres (1). En los paises muy cubiertos de vejetación ó bastante accidentados, es natural que el enemigo se aproveche de las ventajas que el terreno le proporciona para ofendernos desde la espesura de los bosques, cortaduras y elevaciones del terreno; lugares adonde los caballos no podrán llegar. En el caso de una persecución, puede suceder que el enemigo, acosado por nuestra caballería, se oculte en los bosques ó trepe á ciertas alturas desde donde nos ofenderá impunemente sin tener nosotros otro medio de sustraernos de sus fuegos que retirarnos fuera del alcance de los proyectiles, siendo, por lo tanto, inútil la persecución é inútil también la caballería si el enemigo adopta para siempre dicha práctica. Algunas veces, al encontrar al enemigo suele ser conveniente la ocupación rápida de una altura para ofender desde ella á nuestros contrarios con fuegos de flanco y de revés,

---

(1) El estudio de la campaña sostenida por los boeres en el Transwaal contra los ingleses, hace conocer lo mucho que vale una infantería montada, armada de buenos fusiles, que á sus ventajas propias une la rapidez que le proporcionan los caballos.

Según los ingleses, he aquí algunos detalles sobre la manera que tiene de combatir aquel pueblo:

Los boeres parecen especialmente aptos para el combate en orden disperso; aprovechan con gran habilidad todos los abrigos que el terreno les proporciona así como las más pequeñas desigualdades del suelo.

Sus cabezas apenas sobresalen del abrigo donde se ocultan y sólo el humo del disparo denuncia el lugar que ocupan: hacen fuego con lentitud y gran precisión; pero lo que sobre todo es notable en su manera de combatir, es la pasmosa habilidad con que se trasladan de un flanco á otro, rompiendo de improviso el fuego desde una posición que se estaba muy lejos de creer ocupada por ellos.

Estos movimientos rápidos de un punto á otro lo efectúan á caballo, y cuando echan pié á tierra para batirse, dejan sus monturas unos 400 metros á retaguardia. Excelentes tiradores, provistos de armas de precisión, ofrecen los boeres el verdadero tipo de la infantería montada; buenos ginetes, se trasladan velozmente al punto que quieren atacar ó defender; desmontan entonces y se baten conservando sus caballos á conveniente distancia, atándolos á un piquete á algunos cientos de metros á retaguardia, para batirse en retirada si hay precisión de ello, ó para llevar la ofensiva á un nuevo punto, uniendo así la rapidez del ginete, al tiro del soldado de infantería.

para que sirva de punto de apoyo en una retirada, ó para evitar que ocupándola el enemigo, nos envuelva ó nos incomode con sus fuegos. Suele también acontecer encontrar en un punto del camino confusión de rastros enemigos y ser importante reconocerlos con rapidez para proseguir las operaciones; otras veces será necesario efectuar flanqueos á gran distancia, llevar á cabo expediciones rápidas, atravesar las líneas enemigas, efectuar movimientos envolventes con gran celeridad y se presentarán muchas veces multitud de casos en que habrá necesidad también de combatir, tan pronto machete en mano, auxiliados con la rápidez de los caballos, como abandonando á éstos é internándose en los bosques, hacer sentir el efecto de los fusiles de repetición. En tales casos es necesario contar con infantería montada que pueda desempeñar alternativamente el oficio de infantería y de caballería en algunos casos, aunque lo que principalmente se debe tratar de obtener es, la primera con la celeridad y rapidez de movimientos de la segunda, por ser difícil reunir todas las condiciones de ámbas; sin embargo, cuando el soldado marche á pié y combata de este modo, lo único que podrá incomodarle será la espuela y ésta no mucho, si se adopta la idea del acicate pequeño atornillado y perfectamente sujeto al tacón, pues, por lo demás, ni llevará morral, ni manta, ni peso alguno que pueda incomodarle; y si bien es cierto que no sabrá manejar su caballo para efectuar los movimientos que tácticamente le correspondería hacer como ginete, sabrá, con seguridad, al poco tiempo de montar, lo suficiente para dirigir su caballo, echar pié á tierra con rapidez y marchar aisladamente sin formación determinada, aparte de que son muy raros los soldados en nuestro ejército que no tengan la costumbre de montar antes de ingresar en las filas.

Algunas veces, en la guerra de la Argelia, los infantes árabes eran llevados á la grupa por los ginetes á cierta distancia de las columnas francesas, sobre todo

cuando rápidamente querían ofenderlas por un flanco; este sistema que es muy aceptable, lo han empleado también los brasileños en la guerra del Paraguay consiguiendo así hasta conquistar baterías; pero teniendo infantería montada afecta á los batallones, no habrá necesidad de emplear la caballería como instrumento de locomoción, ocupándola en transportar á los soldados de á pié, que muchas veces no encontrarán medios de emprender una retirada rápida y segura si los ginetes los abandonan.

Las ventajas que puede proporcionar la infantería montada no fueron desconocidas por el capitán del siglo, como lo prueba la creación en Egipto, en 1799, de un regimiento de dromedarios, de cuatro escuadrones formados con hombres elegidos, montados en dichos animales. Este regimiento, que llegó á contar 700 dromedarios, prestó grandes servicios, no solamente vigilando y combatiendo, sinó explorando el terreno en las marchas, haciendo lejanos reconocimientos y trasmitiendo órdenes urgentes. Cada animal llevaba víveres y agua para cinco ó seis días y servía de cabalgadura á dos hombres armados de fusiles con bayonetas y de sables. (1)

No son los dromedarios, los animales más á propósito para montar infantería, por las molestias que causan á los ginetes que no están acostumbrados á cabalgar sobre ellos; es preferible montar á los soldados en mulos y sobre todo en caballos, cuando hubiera suficiente número para atender á todas las necesidades del servicio,

(1) Es curioso el orígen que tuvo la formación de este regimiento. Dice el general Colbert, que deseando saber Bonaparte si era cierto cuanto se decía de la rapidez y docilidad de los dromedarios, hizo montar á él y á Eugenio Beauharnais en dos de dichos animales para que los hicieran correr y continúa «....Apenas estuvimos encaramados en aquella montura de nueva especie, cuando Bonaparte con el látigo en la mano, lanzó su caballo detrás de nosotros procurando alcanzarnos, lo que no consiguió á pesar de montar un excelente caballo. Esta broma tuvo resultados. Admirado de la ligereza de aquellos animales, de su sobriedad y de su resistencia á la fatiga, concibió la idea de utilizarlos....»

no siendo necesario en expediciones determinadas, que cada soldado vaya montado en un animal, pues cuando las caballerías sólo tengan por objeto mantener descansada á la tropa, puede llevarse un cierto número de ellos y hacer montar á los soldados por turno, pues de este modo se ahorrarán mucha fatiga.

Los hombres que compongan la guerrilla ó compañía montada, irán armados de carabina ó fusil con bayoneta y de machete: la organización que haya de dárseles ha de ser sencilla y poco complicada, y su modo de prestar servicio apropiado á las condiciones de tal tropa. Se prevendrá que sean siempre los mismos hombres, los que, cuando eche pié á tierra la guerrilla para combatir, marchar ó explorar, reunan con prontitud los caballos, cogiéndolos por las bridas para mantenerse donde el jefe les indique ó para seguir los movimientos de la guerrilla en caso de no recibir orden contraria. El número de los indivíduos que queden encargados de los caballos será el que resulte de nombrar uno para cada cinco ó seis animales y para obligarles á estar siempre reunidos y vigilar el cumplimiento de lo ordenado, quedará siempre con ellos un sargento ó cabo de la misma tropa.

Muestra de lo importante que es en una función de guerra la infantería montada, nos presenta el combate de Majouba en el cual, los ingleses dueños de una fortísima posición que creían inespugnable, se vieron envueltos y destrozados por los boeres que consiguieron una de las mayores victorias de aquella campaña.

El general Colley tomó posiciones en la colina de Majouba á cuyo pié se encontraban los atrincheramientos enemigos que distaban unos 1.800 metros del campamento inglés. Esto hacía pensar que la situación de los boeres era insostenible; sin embargo, al rayar el día, avanzadas de su infantería montada se aproximaron al trote hasta llegar á cruzar sus fuegos con los de los puestos ingleses y poco tardó para que se generalizara el combate.

Los soldados del general Colley, ocupando la gran meseta que formaba su posición, sostuvieron un fuego muy vivo contra la extensa línea de los boeres que casi rodeaba la colina; pero como se encontraba perfectamente resguardado detras de las peñas y obstáculos que el terreno presentaba, el ejército inglés, sufrió poco en esta primera parte del combate.

Hacia el medio día, los atacantes debilitaron su fuego y dieron muestras de emprender la retirada, pero al contrario de lo que los ingleses esperaban, reforzaron rápidamente uno de los flancos de su línea y atacaron con vigor la posición inglesa por el sitio donde la pendiente era menos abrupta. Sorprendidos los defensores y antes que acudieran á contener el ímpetu de los atacantes, se vieron envueltos y rechazados sobre su posición principal que era la meseta antes mencionada. Las reservas inglesas armaron bayoneta y rechazaron varias veces á los atacantes; pero éstos, empleando uno de los movimientos rápidos de su infantería montada, escalaron el borde de la meseta por un punto diferente del que los ingleses defendían con tanto empeño y las tropas británicas hostilizadas por retaguardia atravesaron la meseta á la carrera, y sin que pudieran reorganizarse, ni darse cuenta de su situación, se desbandaron huyendo en todas direcciones, no pensando en otra cosa, que en poner la mayor distancia posible entre éllos y sus vencedores. El general Colley quedó muerto sobre la meseta, y no lejos de él se contaron tendidos en el suelo 90 muertos y 131 heridos entre oficiales y tropa.

Tan brillante victoria fué debida al oportuno y eficaz empleo de la infantería montada que, trasladándose rápidamente de una posición á otra, engañó por completo al general inglés respecto al verdadero punto de ataque.

Tratemos ahora de la caballería. Esta arma siempre ha de representar un gran papel en las guerras y adquiere más ó menos importancia según sea la estructura especial del terreno en que tenga qne moverse. Sólo en los bosques vírgenes y selvas impenetrables para el hombre á caballo, será donde su misión estará algo restringida, pues nunca podrá salir de las sendas ó veredas trazadas en el monte; pero en los terrenos ondulados, ó llanos, donde la vegetación no es un obstáculo para la marcha, su importancia crece y llega á ser un auxiliar poderoso para terminar la guerra.

La caballería, con el servicio especial que presta, ahorra muchos trabajos á la infantería y la mantiene descansada para que pueda dedicarse á las operaciones contínuas y activas. Tanto en los reconocimientos al rededor de los poblados ó campamentos, como en las descubiertas, escoltas, exploraciones etc.. prestarán los ginetes importantes servicios, y si el país es algo húmedo ó pantanoso, evitarán que muchos infantes caigan enfermos. La caballería tiene á su cargo el servicio especial de confrontas y, en general, empleará indivíduos aislados, parejas, grupos de varios ginetes, sin que por eso, cuando se prevea que puede maniobrar en terreno conveniente, deje de acompañar á las columnas para que patentice ante el enemigo su influencia moral y material.

*
* *

Algunas veces se ha pensado formar grandes columnas compuestas exclusivamente de caballería, en vista de que ella era el principal elemento de fuerza del enemigo; pero es un error creer que tales columnas puedan ser comparadas con las masas de ginetes contrarios y que se pueden alcanzar grandes resultados con el empleo de ellas. No es posible establecer igualdad entre las fuerzas ligeras y veloces que nos presente el enemigo y nuestros regimientos compactos y

pesados: ellas no tendrán que temer nada de la población del país, podrán marchar impunemente por todas partes y atravesar los desfiladeros y los ríos sin ser molestadas, no necesitarán convoyes ni impedimentas para vivir en contínuas operaciones, no les incomodarán sus ginetes y caballos heridos, que podrán dejar con entera tranquilidad en los poblados, chozas, casas aisladas ó aduares y en todas partes encontrarán alimentos para hombres y caballos: nuestra caballería, por el contrario, si tiene que operar en terrenos montañosos, no podrá atravesar ni marchar por los valles sin que alguna fuerza de infantería la flanquée; se verá obligada á llevar ambulancias para los heridos y enfermos y, por consiguiente, mulos ó caballos conducidos por hombres á pié, lo que anularía por completo su movilidad y ligereza, y teniendo que bastarse á sí misma en el servicio de los campamentos, en las guardias, escoltas de convoyes, rebaños y prisioneros, se fatigaría mucho y no tardaría en verse reducida á un exíguo número de ginetes.

Es verdad que en ciertos casos podrán llevarse á cabo correrías de resultados tan satisfactorios como lo daban los que practicaban los norte-americanos en la guerra esclavista, expediciones que regularmente coronaba el éxito, porque en los países donde existen grandes territorios despoblados no sucede como en Europa, que la presencia de una masa de caballería, pondría en movimiento los telégrafos y sería señalada inmediatamente; pero también es cierto que estas expediciones rápidas duran poco tiempo y no pueden constituir un sistema de guerra en países donde se quiera edificar en vez de destruir. Por esto nos inclinamos á creer que debe desecharse el sistema de organizar grandes masas de caballería, como no sea para llevar á cabo alguna importante expedición, en cuyo caso, una vez terminada, cada fracción marchará á incorpararse á la columna á que esté afecta.

* * *

Debiendo, por lo tanto, encontrarse repartida la caballería entre las diversas fracciones en que se divida el ejército, sus grandes unidades tácticas son inútiles y de aquí resulta que la organización más conveniente para la gente montada, es la de escuadrones sueltos, bien nutridos y mandados por jefes independientes: decimos jefes independientes, porque de otro modo se crearían situaciones difíciles y desairadas para los coroneles de caballería que no tendrían mando en operaciones, pues no habrá de ponerse á sus órdenes una columna ó zona donde figuren uno ó dos batallones de infantería, por la sola razón de que en ella preste sus servicios un escuadrón del regimiento que mande.

Los escuadrones independientes contarán, por lo menos, cien caballos y un número mayor de hombres para que los desmontados queden al cuidado de las caballerizas y efectos pertenecientes á la caballería en los campamentos permanentes, y para que suplan á los enfermos que deje el escuadrón cada vez que regrese de practicar un servicio.

El primer jefe será un teniente coronel ó un comandante, debiendo existir además otro jefe encargado de la oficina del detall que según hemos dicho, al tratar de la infantería, tendrá su residencia en el centro de la zona ocupada por su cuerpo ó en el poblado que designe el General en Jefe para depósito de víveres, municiones y cuanto necesite cada columna de operaciones.

*
* *

En algunos paises se logrará organizar cuerpos de caballería irregular con gente del país, que si prestan tantos servicios como los cosacos en Rusia y las sphais en Argelia, no serán estériles los sacrificios que cuesten su creación y entretenimiento.

El cosaco es el soldado de caballería por excelencia; desmontado apenas podrá correr, pero á caballo adquiere una ligereza tal, una movilidad tan sorprendente y un

desembarazo tan admirable, que el animal que monta y él, parecen ser un mismo cuerpo que se aprovecha de sus grandes condiciones de movilidad. Para la guerra de sorpresas y emboscadas no tiene rival, sabe contener el aliento, sus caballos, que todos están castrados, sólo producen el menor ruido posible, sus sables están sólidamente unidos al cinturón, no lleva espuelas y ni en sus armas, ni en sus vestidos ni aun en la brida del caballo que monta existe ninguna pieza metálica ni cadena, que pueda delatar su presencia con el más insignificante ruido.

En cuanto á las spahis, escribimos á continuación lo que dice el Mariscal Bugeaud á propósito de la peligrosa tendencia que tienen algunos á regularizar lo irregular, con lo que se destruyen todas las buenas condiciones para dejar exclusivamente las malas:

«Los oficiales de spahis, no están bien elegidos en tre los sargentos que poseen condiciones especiales para servir con las tropas indígenas; los sargentos de nuestra caballería de Africa son nombrados subtenientes indistintamente y según las vacantes que ocurren ya sea en cazadores, ya en spahis. Resulta de aquí que muy buenos militares de la caballería francesa pasan á los spahis, no pensando más que en la carrera que han emprendido y dán una importancia muy grande á querer regularizar á los ginetes árabes tomando como modelo á los cazadores. Esta es una tendencia perniciosa: los oficiales más aficionados á dicho sistema repiten con frecuencia:»

«Se han organizado perfectamente batallones regulares, con indígenas que prestan servicios absolutamente iguales á los que prestan nuestros infantes de línea. ¿Por qué no dar á los escuadrones de spahis una semejanza completa con los de cazadores?»

«No hay comparación posible entre los dos casos; los tiradores indígenas no tienen otro papel que desempeñar, que el de soldados combatientes, todo lo que pertenece á nuestra infantería les es aplicable: los

spahis al contrario; tienen, sobre todo, un cometido político y administrativo; elegidos, en cuanto es posible, entre las familias importantes, están contínuamente empleados en empresas que ellos solo pueden llevar á cabo con éxito. No creemos que los spahis puedan valer tanto como los cazadores en el terreno de éstos, aun cuando se les hiciera habituar al mismo género de vida, á las mismas maniobras y al manejo de las armas etc., pero en cambio dos ó tres spahis elegidos entre aquellos que reunan mejores condiciones, según la tríbu de que se trate, pueden obtener resultados que nunca lograrán conseguir los ginetes franceses. Recoger impuestos ó multas, llevar á cabo arrestos, tomar informes respecto detalles administrativos locales, juzgar del estado de los espíritus, indicar y apreciar las recolecciones y los depósitos de granos de los indígenas, llevar á grandes distancias correspondencias apremiantes y urgentes, á través de tríbus dudosas, son las habituales misiones que desempeñan los spahis. Tienen, como se vé grande importancia y se comprende facilmente que los comandantes militares de los círculos y sub-divisiones tengan en más á un hombre apto para desempeñar estos servicios que á un ginete perfectamente instruido en los movimientos y manejos de las armas.»

«Es bueno, sin embargo, que destacamentos de spahis formen parte de nuestras expediciones y que asistan á todos nuestros hechos de armas; los ginetes indígenas ganarán mucho y volverán á sus tríbus cubiertos de un nuevo prestigio. En campaña, poseen una aptitud particular que les hace ser muy útiles sin necesidad de asimilarlos á los cazadores; habituados desde su más tierna edad á recorrer el país á caballo, saben marchar rápida y directamente á través de todos los obstáculos, barrancos, bosques, ríos, pantanos etc., obligados desde la adolescencia á bastarse á sí mismos y á librarse de una multitul de peligros, saben interrogar el aspecto de una comarca y de sus habitantes, re-

conocen los vestigios de aduares, rastros de emigraciones y conocen indicios inapreciables para otros que no sean ellos.»

«Por todas estas consideraciones, los spahis nos proporcionan excelentes exploradores, partidarios y centinelas de caballería en los campamentos; pueden en pequeño número conducir prisioneros etc., y es importante no dejarles perder estas cualidades con una estancia prolongada en los cuarteles y con la práctica de fastidiosos ejercicios.»

El mariscal Randón, realizó una buena idea ordenando que los spahis estuvieran repartidos de la mejor manera posible por escuadrones ó fracciones de escuadrón en las aldeas árabes, á disposición de la autoridad administrativa del país, pues sin perder ninguna de sus buenas condiciones, conservaron las costumbres diarias de los ginetes árabes.

Según las excelentes razones del duque de Isly, los oficiales que dirijan estas fuerzas irregulares, han de ser muy elegidos, pues los mandos que tendrán que desempeñar serán difíciles, si se desea que no se vicie la organización especial de dichas tropas: deben hablar el idioma del país, tener trato contínuo con los naturales, estar iniciados en su administración, en su política y en su religión, y, en resúmen, ser los intermediarios entre nosotros y la gente del país. En otro lugar, nos ocuparemos con mas detención en la manera de ser de las fuerzas irregulares.

*
* *

La remonta de la caballería es asunto que merece fijar la atención del Gobierno que envíe una expedición á pelear fuera de la metrópoli, siempre que los regimientos no embarquen con sus caballos. Esto podrá seguramense efectuarse al hacer marchar un ejército expedicionario á un país donde haya de llevar á cabo una misión temporal; pero cuando se trate del ejército

que preste sus servicios permanentemente en una colonía ó país, no será conveniente la mayor parte de las veces basar el sistema de remonta en los envíos de caballos que se hagan desde la metrópoli, porque además de ser costosísimos, no se aprovecharán las buenas condiciones que quizás tenga el ganado indígena ó el de algún país cercano al teatro de la guerra.

Los regimientos ingleses destinados á formar parte del ejército de las Indias, se embarcan en Inglaterra sin caballos y al llegar á su destino, reciben los que tienen los regimientos que relevan, y análogamente nosotros, aunque no empleamos el sistema de relevos de cuerpos para sostener nuestros ejércitos coloniales, los regimientos de caballería que existen en Ultramar, se remontan en el mismo país donde prestan sus servicios y los hombres destinados á ellos, marchan aisladamente encontrándose á su llegada con los caballos que deben montar.

Lo más frecuente, al organizar un ejército expedicionario, será que la caballería embarque con sus caballos, y en este caso se tendrá alguna garantía de que los animales puedan resistir sin graves trastornos el cambio de clima, destinando á la expedición los cuerpos que guarnezcan las provincias cuyas condiciones climatológicas y topográficas se aproximen más á las del país adonde tengan que marchar; no imitemos en esto á los franceses, que en su última campaña de Africa, á pesar de tener regimientos montados en caballos árabes, no han acertado en elegirlos para el ejército expedicionario.

Algunas veces quizás convenga embarcar á la caballería, desmontada; pero para ésto es necesario que en el país adonde se dirija, exista gran facilidad para su remonta, aunque en asunto tan importante, es necesario proceder con suma prudencia y completa seguridad, procurando que antes de llegar la expedición á su destino, se hayan hecho las compras ó requisas ne-

cesarias, para que no quede inactiva la caballería mucho tiempo después de desembarcar.

Así lo practicaron los franceses en Méjico y los ingleses en el Transvaal, si bien los resultados no correspondieron á sus deseos. El almirante Jurien de La Graviére que mandaba á los primeros, tuvo precisión de detenerse varios días en la Habana porque á pesar de haber enviado el aviso de guerra *Le Bertholet* con anticipación suficiente para que hiciera en la isla de Cuba compras de caballos y mulos, fué tal la dificultad que hubo para encontrarlos, que se vió obligado á continuar su viaje hasta Veracruz sin haber podido adquirir más que un exíguo número de animales; resultado que debió estar previsto por el Gobierno francés, porque la isla de Cuba nunca se ha distinguido por la abundancia y baratura de la raza caballar y mular. Los ingleses, también embarcaron tropas de caballería desmontadas, con intención de proporcionarles caballos al desembarcar en el Cabo; pero como todo el ganado de aquella colonia, procede del Estado libre de Orange, cuya simpatía por la causa de los boeres no es dudosa, encontraron bastantes dificultades para llevar á cabo la remonta de su caballería y tuvieron que pagar sumas tan cuantiosas, que, en los refuerzos sucesivos adoptaron el sistema de enviar los ginetes con sus caballos.

Por esto, cuando nos convenga remontar á la caballería expedicionaria en el país donde tenga que desemcarcar ó en otro próximo á él, es necesario que por medio de los cónsules, delegados ó comisionados que se envíen, se tenga la completa seguridad de que no se han de ver defraudadas las esperanzas y que al llegar los cuerpos desmontados, se tengan adquiridos y reunidos los caballos que hayan de montar.

Lo mismo decimos del ganado para la artillería; y el asunto es por sí solo tan importante, que si no está perfectamente resuelta la cuestión, nos expondremos á dilaciones peligrosas y hasta á que fracase por tal motivo

la empresa que se haya acometido, pues bueno es recordar que nada es tan necesario como la organización y buena administración, en los ejércitos que atraviesan los mares y han de sostenerse en países, por lo general, lejanos.

CAPITULO VII.

Artillería.—Empleo de esta arma en las guerras irregulares.—Dotación de un Ejército.—Artillería de montaña.—Cañones divisibles.—Artillería montada y á caballo.—Ametralladoras.—Servicios.—Organización en baterías.—Artificios.—Aplicaciones de la dinamita.—Ingenieros.—Organización.—Jefes de ingenieros en las zonas.—Construcciones.

Al escribir sobre guerras irregulares, es imposible dejar de nombrar á cada paso al, tantas veces citado en este libro, mariscal Bugeaud y como sus ideas respecto la artillería merecen ser conocidas, vamos á citar ciertas apreciaciones hechas sobre la guerra de la Argelia por el ilustre mariscal, para autorizar nuestras opiniones con su esclarecido nombre.

La caballería árabe tenía á raya al ejército francés, que se encontraba sitiado en el campamento de Tafna, cuando fué nombrado el antedicho mariscal, entonces general, para el mando superior de la colonia. Al tomar posesión de su puesto, saludó á sus tropas en una arenga llena de vigor y de energía militar, é invitó á los oficiales para que le aconsejaran con su experiencia, ayudándole á resolver con entero conocimiento los asuntos de una campaña que no conocía.

Después de esta alocución ordenó á los comandantes de artillería, de ingenieros y del tren de equipajes, que embarcaran las piezas de campaña, el material de ingenieros y los carros de la administración y que se dedicaran todos los caballos de tiro á la carga. Los jefes y

oficiales del ejército, al tener conocimiento de esta orden se alarmaron y acercándose al general en jefe, un coronel tomó la palabra y le dijo:

—Habeis reclamado nuestros consejos y no tardamos en venir á hacéroslos presente. Creemos que no es muy acertado privar al ejército de su artillería; esta arma sostiene la moral del soldado, que podría ser quebrantada con su ausencia; aleja á los árabes de nuestras columnas y hace que no tengamos tantos heridos: la artillería fué la que contuvo al enemigo el día 25 y sin ella es probable que hubiéramos sido deshechos.

—Señores; respondió el general, os doy las gracias por haber usado de mi autorización y confieso con pena que no puedo seguir el consejo que me dais con tanta lealtad; ya lo dije, me he reservado el derecho de elegir. ¡Decís que los soldados se sienten más confiados al ver la artillería! Conozco hace mucho tiempo ese sentimiento, que es muy fundado en Europa pero que no lo es del todo en Africa. ¡Qué! ¿No podremos nosotros combatir sin cañones, con los árabes que no los poseen, cuando tenemos tres ventajas inmensas sobre ellos, la organización, la disciplina y la táctica? Esto equivaldría á decir que los soldados franceses son de inferior calidad que los árabes; yo, los creo muy superiores, sobre todo cuando están mandados por hombres, como vosotros. Me decís que el cañón aleja á los árabes, pues precisamente lo que yo deseo es no alejarlos, sinó al contrario, darles confianza para arrastrarlos á un combate sério, por uno de esos movimientos rápidos que en España llamábamos *un golpe de mano*. Me decís además, que la artillería disminuye el número de los heridos teniendo á los árabes á respetable distancia, y yo pienso todo lo contrario; el cañón es, según mi criterio, el que proporciona mayor cantidad de heridos. He aquí por qué: los cañones y los carros sujetan á todos á una línea única; no se puede llevar á cabo una carga á fondo que se prolongue algún tiempo, en razón á que es necesario volver á resguardar el material que

no puede seguir á los atacantes; tales cargas ó mejor dicho, tales simulacros de cargas, no pudiendo efectuarse sinó en una extensión de algunos centenares de metros, no tienen resultado ni hacen gran daño á los árabes, éstos tomarán la ofensiva en el momento en que volvierais al lado del convoy y el tiroteo dura todo un día, quedando al cabo de él muchos hombres fuera del combate. Si por el contrario, estamos libres en todos nuestros movimientos, si nada nos retiene en una línea obligada, podremos tomar una ofensiva enérgica en cualquier dirección y por medio de una carga á fondo prolongada, hacer desaparecer al enemigo y cogerle prisioneros. Los combates serios son cortos; los largos hacen experimentar grandes pérdidas. He oido decir que los árabes recogen siempre sus muertos y heridos; con la práctica que acabo de indicar, les desafío á que lo hagan por más destreza que tengan, y tengo esperanzas de que no solamente los heridos y los muertos quedarán en nuestro poder, sinó que además haremos prisioneros.»

Después de sentar estas máximas, el general Bugeaud, las sostuvo con perseverancia y firmeza y dió á conocer que no se había engañado en sus apreciaciones, consiguiendo poco después la brillante victoria del Sikak.

Es preciso estar conforme con las ideas del ilustre general, y pensar, que en cierta clase de campañas no conviene llevar artillería; no tan sólo porque el enemigo no la tenga y sea embarazosa para nuestros movimientos, sinó porque no existirán caminos para transportarla, á menos que se vayan construyendo, lo que implicaría una lentitud tal en las operaciones y una fatiga tan excesiva para los soldados, que la guerra se haría interminable y nos costaría mucho dinero y muchos hombres.

La reciente campaña de Túnez ha venido á confirmar estas apreciaciones, pues olvidando los franceses las máximas y principios que dejó consignados el du-

que de Isly, han tropezado con serias dificultades para conseguir el transporte de la artillería, que por otra parte no sabemos haya representado un papel principal en ningún combate (1).

*
* *

Conviene, por lo tanto, señalar la dotación de artillería de un ejército que marche á pelear fuera de la metrópoli, en armonía con las condiciones especiales del país á donde se dirija la expedición.

Cuando nuestro enemigo tenga artillería, y el teatro de la guerra esté cruzado por caminos accesibles, para los carruajes, cuando el modo de combatir de los indígenas sea presentar grandes masas aparentando tener gran número de hombres y ostentando, en fin, ante nosotros grandes aparatos y ceremonias marciales, bueno será llevar la artillería de fácil transporte; pero cuando nuestros adversarios se batan aislados y emboscados, cuando su manera de atacar sea rápida, inesperada y vigorosa, la artillería será las más de las veces inconveniente.

*
* *

Para obviar los que presenta su poca movilidad,

---

(1) He aquí cómo ha sido juzgada en Austria la expedición francesa á Túnez.

«Los franceses han llevado á Africa el resultado de sus estudios para combatir en Europa; sin embargo, tenían buenos ejemplos que imitar para hacer dicha guerra: Bugeaud, Lamoriciére y otros, les enseñaron la manera de combatir con los árabes. Pero los franceses tienen poca memoria y ven siempre las cosas por un solo lado: desde 1870-71 no han pensado más que en la Alemania y ahora desarrollan en Africa, enfrente de los árabes armados con fusiles de chispa, las complicadas formaciones imaginadas para no exponerse al tiro rápido de los fusiles Mauser.

La cosa no puede ser más ridícula: se mandan á Africa pocas tropas de ingenieros, cuando precisamente á cada alto hay necesidad de fortificar el campo, puesto que los árabes atacan repentina y vigorosamente; en cambio se envía numerosa artillería, cuyos carruajes hunden profundamente sus ruedas en la arena y no pueden andar sin que antes se les construya camino.»

existe la artillería de montaña, que casi siempre podrá seguir á la infantería por toda clase de terrenos, y dado el grado de instrucción y la organización que tiene entre nosotros y las condiciones especiales de nuestros artilleros y de nuestro ganado, tendrá toda la movilidad que es de desear.

La artillería de montaña puede ser conducida enganchada, formando regimientos montados, ó á lomo como la que existe en nuestro país.

El ejército ruso es el único que posée artillería de montaña á caballo, y como merece fijar la atención para comparar sus condiciones con la de á lomo, trataremos de describirla y de analizar los servicios que ha prestado y los inconvenientes que han aparecido al emplearla en las guerras irregulares. Su organización es poco conocida, porque el ejército ruso no cuenta más que con dos baterías, una en el Turquestan, y otra en la Siberia occidental y ninguna de las dos había sufrido la prueba de la experiencia cuando el general Skobeleff emprendió la campaña contra los Tekkés; por esta razón le fueron enviadas dos piezas á Tchikichlar. Los cañones de montaña que nos ocupan están colocados en cureñas cuyas colas encajan en pernos de los armones, llamados también, de montaña á caballo: cada uno de estos armones está compuesto únicamente de dos ruedas reunidas por un eje sobre el que está colocado un cajón de palastro, que puede recibir dos cajas de municiones: los carros son simples vehículos de dos ruedas, dispuestas como las de los armones y los cajones de palastro que llevan, son menores que los de aquéllos. Las piezas son arrastradas por cuatro caballos unidos en troncos y las cajas por tres, enganchados en una sola fila, yendo los sirvientes todos montados y estando dispuestas las sillas y atalajes de tal manera, que en caso de necesidad puede cargarse todo el material sobre los caballos.

Las dos piezas que el gobierno ruso envió á Tchikichlar fueron dotadas de caballos kirghises y de tropas de artillería del ejército expedicionario, que tardaron

dos meses en adquirir la instrucción necesaria para conducir y manejar dichas piezas, que comenzaron á prestar servicios unidas á un cuerpo de caballería. Este cuerpo se vió precisado á emplear ocho días en atravesar la cadena de montañas de Kopet-Dagh. Las jornadas que se hicieron en esta marcha no bajaron de 53 kilómetros, á excepción de la última que llegó á 85; siendo el total de kilómetros recorridos 553. Después de atravesar las montañas, la sección de artillería, unida siempre á la caballería marchó á Géok-Tepé, tomó parte en todos los reconocimientos, concurrió al asalto de la ciudad tekké y no solamente no embarazó á la caballería sinó que siempre le prestó eficáz ayuda.

Esta reunión de hechos y sobre todo el paso de las montañas Kopet-Dagh dan, al parecer, patente de utilidad á la artillería de montaña á caballo, pero aquella misma campaña hizo ver grandes imperfecciones que no sabemos si podrán ser corregidas. En las marchas fué casi siempre necesario llevar el material á lomo y que marcharan los sirvientes á pié llevando de la brida á sus caballos; ésto les proporcionaba gran fatiga y la artillería quedaba rezagada; cuando las piezas estaban enganchadas, podían fácilmente franquear muchos obstáculos y gracias á su atalaje especial, podían hasta subir al galope por terrenos desiguales; pero las cajas, que no tenían lanzas y eran arrastradas por tres caballos, se veían detenidas á cada momento, aun en los terrenos más llanos y últimamente, la dotación de municiones que podía trasportarse, que era la de 42 disparos por pieza, resultó insuficiente.

Algunos estudios se han hecho con posterioridad para tratar de obviar tales inconvenientes, pero aunque llegue á conseguirse lo que se desea, creemos que la artillería de montaña á caballo sólo será útil cuando teniendo que atravesar el ejército una cadena ó nudo de montañas, el campo de las operaciones activas sean grandes llanuras ó terrenos ondulados donde haya precisión de emplear mucha caballería.

Tratemos ahora de la artillería de montaña á lomo. En ella, sabemos que las piezas, las cureñas, las cajas de municiones y los bastes para llevarlas, han de pesar siempre sobre los animales, por más que en ciertos parajes llanos pueden engancharse las piezas á la limonera: y como existirán terrenos por los cuales será difícil y expuesto hacer marchar á los mulos cargados largas jornadas, la principal condición que ha de tener el material de artillería de montaña es su ligereza.

Nada diremos, por esta razón, de las piezas reglamentarias que en la actualidad poseemos, ni de sus cureñas y bastes, cuyos pesos, á nuestro juicio, son excesivos; porque en plazo más ó menos breve serán reemplazadas por las piezas y cureñas calculadas por distinguidos oficiales de nuestra artillería, que dando un gigantesco paso hacia la perfecta fabricación de las piezas de acero, han abandonado los grandes espesores y los grandes calibres para encontrar en los principios científicos las potentes condiciones que necesita la artillería moderna.

*
* *

La artillería rusa ensayó un nuevo cañón que se presta fácilmente á ser conducido, aun siendo de gran calibre y que es, por esta circunstancia, muy á propósito para las guerras en paises montañosos, llenos de ciénegas, de terrenos flojos y en general en todos aquéllos en que el transporte de la artillería se haga difícil. Este cañón está dividido en dos, tres ó cuatro partes según sea su longitud, que pueden ser transportadas separadamente y reunidas en el sitio donde se le quiera poner en batería; se monta con mucha rapidez y los medios mecánicos que se ponen en juego para mantener unidas sus diferentes partes, le aseguran una completa solidez. El ensayo se practicó en la guerra de los Balkanes y los resultados fueron, según parece, tan satisfactorios, que se mandó construir sin demora un cañón divisible de

20 centímetros y un mortero de 23. El cañón de 0,^{m} 20 milímetros se compone de las cuatro piezas siguientes: un tubo interior cuyo peso es 541 kilógramos; la recámara que pesa 2.904 kilógramos; la caña 1.826 y los muñones 98, resultando un peso total de 5.369 kilógramos para el cañón montado.

Los alemanes, que siempre están atentos al movimiento militar europeo, no han dejado pasar por alto el anterior ensayo, y el célebre constructor Krupp ha construido un cañón de 6,5 centímetros de calibre que quizás marque un nuevo derrotero á la artillería de montaña. El cañón de montaña Krupp tiene de longitud 1,80^{m}, su peso es de 180 kilógramos y se compone de tres partes, la culata con su cierre, la caña y el manguito con los muñones. La caña y la culata se montan una en otra y el manguito, atornillándose sobre las dos, las mantiene unidas. Para los transportes la carga se divide en dos partes, una es la culata y su cierre y la otra el manguito atornillado á la caña, y ámbas tienen próximamente el mismo peso, pudiendo ser conducida fácilmente cada una por una acémila. La cureña, parecida al tipo general que tienen las de las piezas Krupp, se compone de gualderas de planchas de acero comprimido, enlazados por los telerones del aparato de puntería, de un eje de acero y de ruedas del sistema Thonet, llevando una acémila el cuerpo de la cureña, cuyo peso es de 102,5 kilógramos, y otra el eje, las ruedas y las varas, que pesan en total 100,5 kilógramos, siendo el peso de la cureña montada 181 kilógramos. Se necesitan, por lo tanto, cuatro acémilas para el transporte de un cañón completo; número excesivo de animales en comparación de los que en la actualidad se emplean, si bien se compensa con los mayores alcances y mejores condiciones de la nueva pieza. La operación de desmontar el cañón dura de quince á veinticinco segundos, la de montarlo, treinta, y los límites del ángulo de tiro son $+20°$ y $-8°$. El peso de la carga es de 750 gramos de pólvora de grano grueso, y la granada

y el shrapnel que se emplea, pesa 4,1 kilógramos, siendo su longitud 3,38 calibres. La velocidad inicial de la granada es de 415 metros y después de tomarse diversas medidas de velocidades entre las cuales se halló una de 322,1 metros á la distancia de 981,5 metros, se efectuó, en los ensayos que se practicaron, un fuego de precisión con las granadas expresadas y con otros proyectiles de 4,25 kilógramos y 3,5 calibres, sin variar la carga de pólvora tirando de la siguiente manera: el proyectíl más pesado se disparó contra un blanco colocado á 1.000 metros con un ángulo de 1° 49‘ y una derivación de $\frac{2}{1.000}$; el proyectil más ligero se disparó contra el mismo blanco y á la misma distancia, con un ángulo de 1° 36‘ y una derivación de $\frac{1}{1.000}$: la dispersión total del primer proyectíl fué de 2 metros en altura por $1{,}75^{m}$ en dirección, dimensiones bastante reducidas, y el rectángulo que contuviese el 50 por 100 de los proyectiles, tendría $0{,}825^{m}$ de altura por $0{,}926^{m}$ de ancho, que son próximamente los que tienen dos hombres juntos rodilla en tierra; con la segunda granada, la dispersión total fué todavía menor, $1{,}70^{m}$ en altura y $1{,}95^{m}$ en dirección y el rectángulo que contuviera el 50 por 100 de los proyectiles, sería de $0{,}625^{m}$ de altura por 0, 909^{m} de ancho. Después de practicar otras varias experiencias, quedó comprobado que el cañón de montaña Krupp, reune, en razón á su fraccionamiento, á las cualidades de gran movilidad, una potencia notable.

Se comprende perfectamente que las dificultades á veces insuperables que presenta el transporte de la artillería, quedan vencidas desde el momento en que se pueden dividir los cañones en varias partes, distribuyendo su peso total en otros parciales, relativamente pequeños, y que efectuando esto con la artillería de montaña y con las ametralladoras, el problema de la conducción á lomo de la artillería queda resuelto, puesto que, en general, un mulo ligeramente cargado puede subir donde suba un hombre; sin embargo, como en las

guerras irregulares rara vez serán necesarios los grandes alcances de las piezas que acompañan á las columnas y los combates casi nunca tendrán lugar dando tiempo á que la artillería se prepare, arme sus cañones y busque emplazamientos determinados, los cañones divisibles no los conceptuamos útiles para seguir á las tropas en sus operaciones; el mejor servicio que podrán prestar es el de artillar los fuertes y campos atrincherados, cuando para llegar á estos puntos sea necesario atravesar comarcas montañosas, encenagadas ó cubiertas de bosques vírgenes, cuyos terrenos presentan grandes obstáculos á las piezas de gran calibre, que tengan que atravesarlos arrastradas por gran número de animales.

*
* *

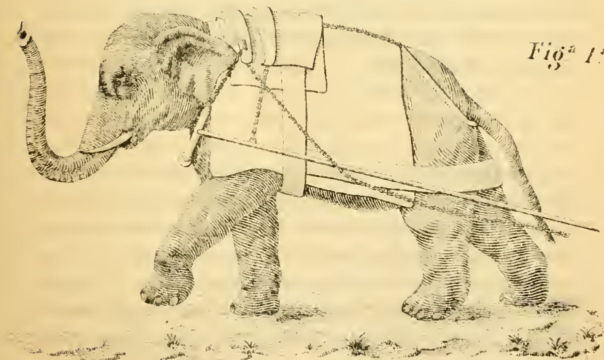
El ejército inglés de la India posee una artillería numerosa y de grueso calibre, organizada de una manera especial respecto el transporte, que es verificado por medio de caballos, bueyes y elefantes. Cada batería de artillería á caballo ó montada, posee el número suficiente de caballos para formar la primera línea; otras baterías, que han de estar en todas ocasiones dispuestas á entrar en campaña, constituyen la segunda línea y es arrastrada por elefantes; pero el elefante no puede resistir el fuego, se inquieta y produce grandes desórdenes en las baterías, así es que los que arrastran las piezas son reemplazados por bueyes en el campo de batalla, necesitándose únicamente tres minutos para hacer el cambio. Los bueyes son, por lo tanto, los auxiliares indispensables del elefante y nunca se les separa, van al fuego sin dificultad y soportan perfectamente las mayores fatigas.

Los caballos de tiro no pueden compararse con los bueyes para el arrastre de las piezas, por más que su marcha sea más rápida, pues en los malos caminos, cuando las piezas se hunden en el barro y se atascan,

lo que el temperamento ardiente de los caballos no puede conseguir, lo consigue la paciencia y esfuerzos sostenidos de los bueyes.

Nueve elefantes son necesarios para arrastrar una batería de artillería pesada (1), y aunque uno solo podría arrastrar un cañón se suelen enganchar dos por cada pieza uno delante de otro.

Los arneses del elefante consisten en una gran manta que les resguarda de las rozaduras y que cae bastante por ambos lados para que las cadenas de arrastre ó tirantes no lo lastimen, porque su piel, aunque muy gruesa, es muy sensible y delicada; sobre esta manta lleva otra más pequeña y después otra tercera rellena de paja, sobre la cual descansa la silla; ésta sirve únicamente para sujetar la cincha, porque el elefante tira



Figª 1ª

con la cintura, por medio de cadenas unidas con ganchos á la silla y cincha; el collerón y la baticola mantienen la silla en la posición que debe estar é impiden que se corra en las subidas y bajadas.

(1) La artillería pesada inglesa comienza á partir de la pieza de 9 libras inclusive.

En el Afghanistan prestó excelentes servicios una batería de artillería pesada arrastrada por elefantes y en la marcha que efectuó de Merw á Candahar, pudieron apreciarse sus condiciones: la batería, que llevaba nueve elefantes, trescientos bueyes, diez y ocho caballos, doscientos ochenta camellos y treinta y cinco carruajes, hizo etapas de 11 á 26 kilómetros llegando á efectuar una de 50 en una noche. En total los elefantes recorrieron un trayecto de 2.041 kilómetros.

También existen en la India baterías de montaña transportadas á lomo por elefantes y una de ellas auxilió mucho el movimiento envolvente que llevó á cabo el ejército inglés en la guerra afghana, para atacar el desfiladero de Peïwar.

Estos hechos nos demuestran, que deben siempre aprovecharse los medios de transporte que se encuentren en el teatro de la guerra y amoldar nuestra artillería, para que pueda ser transportada con facilidad, á los elementos que el país nos proporcione ó á los únicos que poseamos (1).

*
* *

Pocas palabras diremos á propósito de las ametralladoras: estas máquinas cuyo transporte es fácil y cuyos efectos son al parecer formidables, aun no han proporcionado las ventajas y favorables resultados que se prometían á su aparición sus encomiadores. En el Afghanistan los ingleses tuvieron que renunciar á utilizar las del sistema Gatling, por las contínuas descomposiciones de su mecanismo; sin embargo, pensando que en las guerras irregulares, donde un pequeño número de soldados tienen que hacer frente á veces á pueblos enteros, las ametralladoras son convenientes, reemplaza-

(1) En la guerra de la Indepencia mejicana, llamaban *cureños*, en el ejército separatista, á los soldados destinados á llevar sobre sus hombros los cañones. En Filipinas, algunas veces hemos tenido también que transportar la artillería á hombro.

ron las de sistema Gatling por las de Nordenfelt adoptadas por la marina. Aunque no sabemos si los resultados habrán correspondido á las esperanzas, daremos á continuación algunos detalles sobre la manera de conducir dichas ametralladoras en el Transvaal, ya que allí por vez primera se han empleado como artillería de campaña. La ametralladora Nordenfelt, que pesa unos 50 kilógramos, dispara con una rapidez doble que la Gatling y de una manera sucesiva; fué transportada, proveyéndola de un afuste de campaña y un avantren tirado por un sólo caballo; en caso de necesidad podía colocarse á lomo sobre los mulos, necesitándose dos de éstos para cada pieza, uno que llevaba la ametralladora propiamente dicha, y el otro el montaje. También podía transportarse, cargándola dos hombres con el auxilio de una pértiga y conduciendo otros dos del mismo modo, el montaje.

Como arma de posición, para estar enclavada en un fuerte ó campo atrincherado, para defender una avenida, un puente ó cualquier objeto determinado y para protejer desembarcos, para flanquear cortinas de los fuertes y sobre todo para emplearlas contra los botes porta-torpedos, las ametralladoras Nordenfelt darán seguramente buenos resultados y aun para estos casos ha aparecido un rival suyo, el cañón-revólver Hotchkis cuyos resultados en Sfax fueron dignos de tenerse en cuenta. Las naciones europeas sostienen diversos pareceres en la elección de una de las dos mortíferas armas, unas se han declarado partidarias del cañón-revólver y otras prefieren la ametralladora Nordenfelt.

*
* *

Como hemos dicho al principio de este capítulo, creemos con el mariscal Bugeand, que en la mayor parte de las expediciones que nos ocupan, llevar artillería será un inconveniente en vez de ser una ventaja, sobre todo cuando el enemigo no la tenga. En los paí-

ses muy cubiertos, donde es imposible encontrar grandes campos de tiro, no se advierte la presencia del enemigo hasta que hace uso de sus armas; allí los cañones son inútiles, sólo las ametralladoras emplazadas en sitios fijos convenientes, darán algún resultado. Cuando el país sea montañoso, ya hemos dicho que la dificultad del transporte hace que sea preferible privarnos de la artillería, á exponernos á perder los animales y no tener quien cargue con las piezas; pero cuando esta dificultad pueda vencerse, aunque en dichos terrenos el campo de tiro es también muy limitado, pueden situarse algunas piezas en sitios determinados, que estando á la defensiva faciliten una defensa enérgica. En la guerra defensiva, la artillería prestará seguramente muchos más servicios que en la ofensiva (1), ya empleándola en la defensa de desfiladeros, ya en posiciones escarpadas en las que sólo necesitan la protección de algunos tiradores.

En la ofensiva es frecuente emplear los fuegos de la artillería en los flanqueos: las piezas, sin necesidad de abandonar los valles pueden coronar y acribillar de granadas las crestas. Los shrapnels serán útiles, y en vez de necesitarse tiradores destinados á abrir paso á las columnas ó á flanquearlas por derecha é izquierda durante la marcha, puede la artillería con sus proyectiles herir y dispersar á los enemigos que ocupen las laderas de las montañas.

***

Con la artillería sucede lo propio que hemos dicho respecto á la caballería, y más en absoluto podremos afirmar que nunca tendrá que operar en grandes masas: las baterías de muchas piezas serán por lo común innecesarias; los regimientos tendrán que subdividirse en

---

(1) Es conveniente no olvidar que hablamos de las guerras irregulares.

baterías, éstas en secciones y hasta en piezas aisladas; por esto creemos que si hubiera de organizarse artillería al formar una expedición, deben formarse baterías independientes, dotadas de suficiente número de oficiales, para que cuando se separen unas piezas de otras, caso que se presenta con frecuencia, cada una vaya mandada y dirigida por un oficial.

También ha de procurarse, que en cada fuerte haya siempre oficiales idóneos, artilleros y dotación suficiente de toda clase de proyectiles, para que nunca pueda llegar el caso de que las piezas sean dirigidas y manejadas por personas extrañas, ni que pueda ocurrir la falta de proyectiles en momentos precisos.

*
* *

Existen artificios de guerra, modernos los unos, antiguos los otros, que creemos útil hacer conocer por las aplicaciones que pueden tener en alguna ocasión; pues si bien combatiendo con pueblos ilustrados, algunos de ellos son completamente inútiles, sucede á veces, que el temor, la superstición y la predisposición á lo sobrenatural influyen notablemente en los pueblos poco civilizados. Recientemente, en Madagascar, al bombardear la escuadra francesa el pueblo de Tamatave y enviar fuerzas de desembarco para apoderarse de la población, las naves encendieron sus luces eléctricas para alumbrar la operación y dirigieron los focos hacia la playa; pues bien, el espanto que se apoderó de los *hovas* al ver brillar de repente aquellas intensas luces y al encontrarse envueltos en una luz vivísima, bastó para que, atribuyéndolo á cosa sobrenatural, huyeran despavoridos y abandonaran sus posiciones, que fueron ocupadas por los franceses.

Los cohetes á la congréve han sido empleados con éxito en Argelia, en el país de los ashantis y en Khiva, y como su transporte es sumamente fácil, no debemos despreciar unos auxiliares, que empleados contra pue-

blos poco civilizados pueden darnos buenos resultados. Sabido es que estos cohetes se deben usar, sobre todo, contra masas de caballería, de suerte que su empleo no es conveniente en los países donde los enemigos combatan aisladamente, emboscados entre las peñas, la maleza ó las frondosas selvas, pero sí lo será allí donde peleen masas compactas, con cierta cohesión de movimientos y en terrenos llanos y despejados.

Los cohetes incendiarios también se podrán emplear para producir incendios en las aldeas, poblados, fortificaciones, sembrados, cosechas etc., y para este uso y también para atemorizar al enemigo pueden servir los globos torpedos. Estos globos construidos por Franck-Peppard en New-Jersey, son muy sencillos: Consisten en un globo pequeño ordinario, de suficiente magnitud para que pueda levantar un peso de 50 á 250 kilógramos; lleva un aparato sin complicación ninguna llamado el cartucho y provisto de un gancho en cada una de sus dos extremidades; uno de ellos está fijado en el globo y el otro á una cuerda que sujeta el torpedo; este cartucho se llena de pólvora de cañón, en cantidad suficiente para que pueda romper, al estallar, la cuerda que sujeta el torpedo en el instante preciso en que se quiera dejarlo caer. La inflamación de la pólvora tiene lugar por medio de la electricidad para lo que se interpone en el trayecto de la corriente un pequeño hilo de platino; dos hilos reunidos establecen la comunicación entre el cartucho y la pila cuyos hilos arrollados en un rodete especial, tienen una longitud de algunas millas. El globo se eleva, desde tierra se le hace maniobrar y en el momento en que llega á situarse encima del paraje que se desée, se lanza la corriente por los conductores, estalla el cartucho y cae el torpedo. Es claro que este resultado puede también conseguirse sin necesidad de emplear la electricidad, por medio de un aparato especial que hiciera estallar el cartucho empleando una cuerda en vez de los alambres conductores.

Otro artificio, útil en los puntos donde sean comunes

las sorpresas de noche á los fuertes, campamentos ó poblados, son las balas de iluminación *Lamarre* que tienen por objeto iluminar una zona determinada: estos proyectiles se inflaman breves segundos después de salir de la pieza que los dispara y siendo enviados á los puntos que se desea reconocer, arden por espacio de algún tiempo con gran intensidad. Van provistos de una granada con espoleta de tiempos y su explosión se produce muy irregularmente, con el objeto de que mantengan á gran distancia á los enemigos que trataran de extinguir la llama.

***

El empleo de la dinamita tiende á generalizarse cada vez más y en muchos artificios de guerra se usa con gran aceptación. A pesar de que su aplicación, para lograr la destrucción de enmarañadas selvas, no produce el resultado que algunos se han propuesto, su empleo es tan vario, que apenas pueden citarse uno por uno los muchos servicios que presta en la guerra tan poderosa sustancia, para derribar árboles, cargar minas, abrir caminos, romper rocas etc., si bien merece citarse particularmente una aplicación que con seguridad dará buenos resultados cuando queramos, obligar al enemigo á no servirse de algún camino determinado, ó defender una zona de cultivo, los alrededores de un pueblo, fuerte ó punto cualquiera que se deseé guardar con pequeño número de tropas. Esta aplicación consiste en enterrar torpedos cargados con dicha sustancia, dispuestos de tal manera, que el peso de un hombre les haga estallar: tales torpedos que deben estar construidos expresamente para el objeto á que se les destina, pueden ser muy bien granadas cargadas con dinamita, cuyas espoletas de percusión, dispuestas á propósito puedan incendiar y hacer estallar las granadas, al sentir una pequeña presión. Los torpedos enterrados y disimulados con el mayor esmero, se deben repartir

profusamente sin orden ni relación muy conocida, siendo necesario que en un pequeño plano de la localidad, se marquen con precisión los lugares donde se encuentran, para conocimiento nuestro; y no dudamos que el efecto moral sobre el enemigo será tan grande, cuando estallen al pasar por encima de ellos, que bastará que el hecho se repita algunas veces para que nuestros contrarios se aparten de las localidades sembradas de tales artificios.

Por lo demás, las aplicaciones de la dinamita son múltiples como hemos dicho y el ingenio de los jefes puede proporcionar, haciendo uso de ella, grandes medios de defensa y acción; pero es necesario recomendar especialmente, que dicha sustancia no sea en ningún caso manejada por personas que no la conozcan y sepan apreciar sus terribles efectos: los oficiales de artillería de los poblados, campamentos, fuertes ó columnas, serán los que dirijan á sus artilleros en las operaciones á que de lugar el uso que se haya de hacer de sustancia tan explosible y peligrosa, debiendo estar prohibido en absoluto á los jefes, oficiales y soldados que no pertenezcan al citado cuerpo, manejar las cajas, aparatos y proyectiles en que aquéllas vaya encerrada.

*
* *

Así como de la artillería se puede prescindir en ciertos casos, no sucede lo mismo con los ingenieros, que son auxiliares importantes; pudiendo decirse, que un ejército ideal, á propósito para las guerras irregulares, sería el que se compusiera exclusivamente de tropas de ingenieros. En efecto; en tales guerras, el soldado y aun el oficial tienen, las más de las veces, que construirse sus habitaciones si no llevan tiendas, que tender puentes á cada momento aprovechando los elementos prestados por los bosques, que abrirse caminos por donde nunca los hubo y, por último, que construirse las fortificaciones que han de defender, si son destinados á guarnecer un determinado punto.

El cuerpo de ingenieros, debe, por lo tanto, figurar con un numeroso personal en un ejército expedicionario, pues que aparte de los trabajos que hemos señalado, tiene á su cargo los no menos importantes de construcción de hospitales, factorías, fuertes, etc., tan necesarios para la vida y salud del ejército, que es imposible prescindir de ellos.

*
* *

Cuando las tropas expedicionarias se fraccionen para ocupar el país, dividiéndolo en zonas, ó para formar columnas de operaciones, las tropas de ingenieros se fraccionarán también, para que en cada zona ó en cada columna exista un núcleo de personas amaestradas en las construcciones y trazado de las fortificaciones y caminos, al que, en casos necesarios, pueda añadirse un cierto número de soldados de infantería, que bajo su dirección se ocupen en los trabajos que no necesitan los conocimientos especiales que tienen las clases y soldados de ingenieros. En este supuesto, si el ejército se subdivide en brigadas, no deberá bajar de ciento el número de hombres de dicho cuerpo, que acompañe á cada una, ya sea en la ocupación de su zona, ya siguiéndola en las operaciones que efectúe.

Así, vemos que el cuerpo de ingenieros tiene en en estas guerras dos misiones distintas; una, la construcción de los campamentos, fuertes, defensas, hospitales, factorías, caminos, telégrafos etc., y otra la de operar con las columnas para abrirles caminos, construirles puentes y, en general, cuanto haya necesidad de efectuar para ahorrar fatiga á las tropas, dar rapidez á las operaciones y proporcionar á las columnas cuantos medios necesiten para explorar los bosques y las montañas, y poder marchar sin necesidad de seguir los caminos que existan en el país.

Se comprende, sin gran esfuerzo, la necesidad de que los soldados de ingenieros sean robustos, fuertes, y

acostumbrados á las duras faenas en climas rigorosos, lo que no siempre se podrá conseguir no siendo naturales del país ó no estando aclimatados en paises que no difieran mucho de aquél donde tienen que hacer la guerra; así es, que siempre que pueda organizarse el cuerpo que nos ocupa, con soldados naturales del país donde nos encontremos ó de otro semejante, se deberá dar cabida en los cuadros que se tengan dispuestos á todos aquellos indígenas que acostumbrados al trabajo quieran engancharse en nuestras filas.

Esto, de ningún modo excluye que en ellas existan soldados europeos aleccionados y aptos para enseñar á los enganchados: los europeos pueden dedicarse á los trabajos que no exijan grandes fuerzas y estar durante mucho tiempo al sol, si se estuviere en un país cálido, y las clases de tropa, que han de pertenecer precisamente, al Cuerpo, serán las que directamente vigilen y dirijan los trabajos que se les confíen.

En cuanto á los oficiales, huelga decir que todos han de ser ingenieros, así es que deberán preverse las exigencias que pueda traer la campaña, para que nunca se presente el caso de tener que elegir entre los oficiales del ejército, los que mejores condiciones reunan para agregarlos á las tropas de ingenieros, con el objeto de que suplan la falta de sus naturales oficiales.

*
* *

En cada centro de zona, cuando ésta estuviere ocupada por una brigada ó fuerzas equivalentes, habrá un jefe de ingenieros encargado de vigilar, disponer y trazar cuantas construcciones se lleven á cabo en la zona y será el consultor del jefe de la brigada en todos los asuntos que se relacionen con la especialidad de su Cuerpo; por esta razón, dicho jefe de ingenieros nunca será nombrado jefe de columna, ni encargado de ninguna misión que le separe de su especial cometido y lo mismo se observará con los oficiales y tropa de su Cuer-

po, por más que unos y otros, prefieran la gloria que puedan adquirir en un combate, á la que sin duda adquirirán desempeñando sus funciones propias.

*
* *

La construcción y conservación de las líneas telegráficas, estarán á cargo del cuerpo de ingenieros, que será también el que preste el servicio de celadores y reparadores de ellas, así como todo lo que se relacione con las construcciones; y si bien en este asunto nada podemos indicar que los oficiales de dicho cuerpo no conozcan mejor que nosotros, lo especial de las guerras en países no civilizados nos obliga á decir breves palabras.

Generalmente, los oficiales de ingenieros no dispondrán de todos los elementos de construcción necesarios para llevar á cabo las obras que se les encomienden, y como además éstas siempre deberán estar habilitadas en un plazo muy corto, porque lo exigirán así las necesidades del servicio, y la mayor parte de dichas obras sólo serán provisionales, es preciso que los referidos oficiales, desde el momento en que el ejército llegue al teatro de la guerra, estudien detenidamente la clase y condiciones de las maderas de construcción y la forma, género y detalles de las construcciones del país, porque éstas serán comunmente las que podrán hacerse con los elementos que aquél produzca y las más á propósito para el objeto que se desee, porque los materiales se encontrarán á poca distancia de donde se pretenda construir la obra. Así, en los países donde abundan las palmeras, la mayor parte de las viviendas de la gente del campo están construidas con los troncos, palmas y aun la corteza de dichos árboles; en los que se producen los bambues, las construcciones son hechas con ellos y en los puntos ricos en maderas, éstas son las que entran en las construcciones: y seguramente, los oficiales de ingenieros que llevarían á cabo las

obras más difíciles y completas, teniendo piedra, maderas y hierro, encontrarán algo nuevo en las sencillas construcciones donde, por ejemplo, no entran más que troncos de palmera y hojas y en las que los clavos son reemplazados por ligaduras hechas con ciertos bejucos que se crían en la espesura de los bosques.

Generalmente, la construcción de una choza del país servirá de modelo para la de los hospitales, casas y barracas que se hayan de edificar en los campamentos permanentes, y como en dicho género de construcción estarán perfectamente adiestrados los indígenas, servirán muy bien y prestarán grandes y efectivos servicios, los que se hayan enganchado en las tropas de ingenieros, pues no solamente construirán en breve tiempo dirigidos por los oficiales, que de seguro harán innovaciones convenientes en las construcciones del país, sinó que serán aptos para señalar las mejores clases de maderas, palmeras ó bambues y encontrar los bejucos y enredaderas á propósito para ligar unos troncos con otros y dar solidéz al edificio que se construya-

Las obras que tengan que hacer los jefes y oficiales de ingenieros, después de estudiado su coste, condiciones y tiempo que se tarde en su ejecución, serán sometidas á la única aprobación del jefe de la brigada ó zona, con el objeto de ahorrar los lentos trámites que exige la aprobación de los jefes superiores del cuerpo, que comunmente no estarán en condiciones de poder apreciar las circunstancias que concurran en el asunto, por estar distantes del lugar donde la construcción se lleve á cabo. De este modo se evita perder un tiempo precioso antes de comenzar las obras y dar lugar á que las estaciones propias para las construcciones terminen, sin que veamos ninguna necesidad de que obras, la mayor parte de las veces construidas con los recursos de la localidad y sin importancia con relación á las grandes obras que puede tener á su cargo el cuerpo de ingenieros, necesiten ser autorizadas por los jefes superiores del cuerpo, puesto que es dado suponer que los

jefes del mismo en las brigadas, posean suficientes conocimientos para no necesitar la fiscalización facultativa en asuntos de tan poca monta.

En cuanto al rendimiento de cuentas, después de concluidas las obras, deberá ser hecho por conducto del jefe de la zona ó brigada, que ordenará satisfacer las cantidades necesarias á la caja de la misma, remitiéndose luégo dichas cuentas, los planos de las obras y las memorias descriptivas, á los jefes superiores de ingenieros, comandante general del Cuerpo ó centro directivo del mismo, para el examen y justificación de las cantidades invertidas.

Es verdad, que algunas veces las obras que tengan que llevarse á cabo, necesitarán por su importancia, excesivos créditos ó distraerán sumas cuantiosas de la caja general del ejército; pero entonces, como esto implica que su terminación no será en breve plazo, sinó que por el contrario, entrarán en la categoría de las obras que comunmente tiene á su cargo el cuerpo de ingenieros, podrá someterse el proyecto á la aprobación de los jefes superiores, antes de comenzar las obras, para que, como más en contacto con el General en Jefe, puedan informar á éste del coste de las construcciones, su importancia y condiciones, y tener en cuenta todo lo necesario para solicitar y conseguir las cantidades que hagan falta, no sólo para comenzar los trabajos, sinó, si es posible, las que se necesiten durante todo el tiempo que dure la construcción.

Este es un punto sobre el que debemos insistir. Cuando el General en Jefe decida la construcción de una obra de importancia, cuyo coste ha de ser forzosamente tan excesivo que la caja general del ejército no pueda facilitar las cantidades respectivas, sin que se le abra un crédito especial, como sucedería, por ejemplo, al tratar de establecer una trocha, de ejecutar grandes defensas en un puerto etc., no deberá nunca emprenderse los trabajos sin la seguridad completa de que se concederán créditos suficientes para llevarlas á cabo; valdría más

cambiar de plan de campaña, pues de no hacerlo así, se originarían grandes perjuicios materiales para el planteamiento de la idea que el General en Jefe haya concebido y grandes sacrificios pecuniarios, que por no dar resultados serán sensibles. En efecto, si uno de los fundamentos del plan de campaña adoptado, fuere la obra á que nos referimos, es evidente que en tanto no esté terminada no podrá desarrollarse dicho plan y, por lo tanto, el ejército se verá obligado á combatir sin ideal fijo hasta tanto que las obras no estén construidas: si éstas no se concluyen en el más breve plazo posible y se van efectuando paulatinamente cuando se tienen elementos, suspendiéndolas unas veces y activándolas otras; ó el plan de campaña tendrá al cabo que variarse, lo que hará infructuosas las cantidades gastadas, ó se alargará indefinidamente su definitivo planteo.

Esto nos hace recordar lo que ha sucedido en la Isla de Cuba con la trocha militar del Júcaro á Morón. Dicha trocha, perfectamente ideada, tenía por objeto aislar á la insurrección en los Departamentos Central y Occidental de la Isla, asegurando y guardando los productivos terrenos de Las Villas y de La Vuelta de Abajo: desde que comenzó la insurrección cubana á adquirir alguna importancia, comenzóse también á construir la trocha y al concluir la guerra, que nos ha costado catorce años de lucha, aun no estaba completamente construida. El ferro-carril que debía recorrerla, para que en un momento dado se pudieran reconcentrar tropas en un determinado punto, no existe aún más que en cierto trayecto: es verdad que la línea de fuertes se terminó, aunque no todas las defensas accesorias; pero una trocha sin medios de reunir rápidamente tropas en el punto que se deseé, deja de llenar sus condiciones: así es, que la del Júcaro á Morón nunca ha resguardado á Las Villas de las invasiones del enemigo, ni ha localizado la insurrección en los Departamentos Central y Oriental hasta los últimos tiempos de la campaña, que la aglomeración de fuerzas en ella hacía me-

nos necesaria la línea férrea. ¡Cuántos millones gastados sucesivamente sin fruto! ¡Cuánto menos hubiera durado la guerra si á los seis ú ocho meses de comenzada la trocha hubiera estado concluida! Al pensar en esto, no podemos menos de comparar dolorosamente aquel desgraciado ferro-carril que, para no verse concluido, se trabajó en él, casi tanto tiempo como ha durado la guerra, con el ferro-carril trascontinental americano que llegó á construirse con una velocidad de una milla inglesa diaria (1).

Por esto, repetimos, al tratar de emprender una obra de este género y de tamaña importancia, hay que tener la seguridad completa de poderla terminar en un corto plazo y para ello, bueno será llevar construido al teatro de la guerra todo lo que pueda hacer falta: ferro-carriles desarmados, que no necesiten más que el trabajo de explanación para ponerse en explotación, fuertes construidos y grandes barracones para hospitales, que se armen en el punto deseado y, en general, todo lo que pueda ahorrar tiempo y trabajo en el mismo territorio donde operen las columnas, porque de este modo, la rapidez presidirá todas las operaciones de la guerra y esto conducirá á un halagüeño resultado.

---

(1) 1.609 metros.

CAPÍTULO VIII.

Cuerpos auxiliares.—Importancia de una buena administración.—Cuerpo administrativo del Ejército.—Contratas.—Racionamientos.—Hospitales.—Pagadores.—Transportes.—Medios de transportes.—Carros.—Bestias de carga.—Cargadores.—Cuerpo de sanidad militar.—Proporción entre los oficiales de sanidad y las tropas.—Estudio del país.—Jefes de hospitales.—Oficiales de sanidad en las columnas.—Cuerpo de estado mayor.—Jefes de estado mayor.—Oficiales.—Servicio.—Levantamientos de planos.—Planos formados con referencias.

En las guerras irregulares aumenta notablemente la importancia de lòs cuerpos auxiliares. Regularmente el teatro donde las operaciones han de desarrollarse, será desconocido para nosotros ó sólo tendremos algunas ligeras ideas acerca de sus condiciones, tan importantes en la guerra; quizás todos los elementos que necesitemos tengan que llevarse á aquel país, donde todo será desconocido y del que no existirán mapas ni planos detallados. Al desembarcar en sus playas y encontrarnos frente á un país que no conocemos, ignorantes de lo que existe y de lo que ocurre en el interior, con un ejército que habrá que subdividir, que organizar y que alimentar y en el que desde el principio comenzarán á cebarse las enfermedades, entonces se podrá apreciar lo que vale un cuerpo que administre y racione, otro que acuda rápidamente á combatir las enfermedades en su orígen y otro, por último, que sirviendo como de eslabón á todos, los reuna, organice y

dirija, fijando su mirada penetrante en el interior del territorio para trasladar á los generales cuantas noticias, impresiones y detalles adquiera.

A primera vista, quizás parezca que lo importante es tener un ejército aguerrido, fuerte, bien armado y perfectamente instruido para conseguir el triunfo en una campaña; es muy común creer que el soldado en operaciones tiene necesidad de soportar fatigas y que, por lo tanto, no hay obligación de hacer grandes esfuerzos para proporcionarles las comodidades que tiene en tiempo de paz, puesto que la fatiga es inherente al estado de guerra; pero ¡cuán no equivocados están los que así piensan!

El soldado tiene una cierta y limitada cantidad de energía, si ésta es debilitada con la fatiga del hambre, por ejemplo, es evidente que su resistencia será mucho menor y que los esfuerzos que haga serán más reducidos, que si los efectuara sin haber gastado la parte de fuerza con que ha contrarrestado al hambre. Quizás en campañas de poca duración, sus fuerzas físicas y morales no le abandonen nunca; pero en las que tienen un lejano término y sobre todo en las de que tratamos en este libro, si el soldado no está perfectamente atendido y su energía economizada, no tardará en agotarse ésta y en sobrevenir, por lo tanto, en unos las enfermedades, en otros el cansancio, la desanimación y el descontento.

Varias veces hemos dicho, y de ello tienen completa seguridad los que estudian detenidamente al soldado, que en las guerras irregularres son más necesarios los alimentos, los vestidos y la higiene, que el plomo y la pólvora. Un soldado bien atendido es capaz de resistir alegremente trabajos terribles con la sonrisa en la cara, el epigrama, la ocurrencia ó la canción en los labios y la fé en el corazón; un soldado descuidado hará quizás por breve tiempo prodigios de resistencia, pero al cabo decaerá su espíritu visiblemente, las ideas tristes se fijarán en su cerebro y la flojedad é impotencia se apoderarán de sus músculos.

Por estas razones se comprende cuán importante es para un ejército que sale de la metrópoli, que todas sus necesidades sean perfectamente atendidas, mucho más cuando el teatro de la guerra sea un país inculto donde no existan ciudades, pueblos, aldeas ni recursos para vivir y donde todo cuanto se necesite tenga que ser importado á él.

*
* *

La administración de este ejército tiene que ser, por lo tanto, cuidadosamente desempeñada y el cuerpo que tenga este cometido á su cargo, perfectamente idóneo y entendido en los grandes problemas que se presentarán sin duda al descender á la aplicación de los principios administrativos. La administración militar, pues, está llamada á representar un principal papel en estas campañas y, por lo tanto, la elección de los jefes y oficiales y la organización del servicio que han de prestar debe ser cuidadosamente estudiados.

Todo el personal de que se componga el Cuerpo administrativo del Ejército será, por esta razón, escogido entre las personas que más conocimientos y recursos prácticos posean y no haremos mención siquiera de la gran moralidad que deben tener, porque no es dable suponer, ni por un momento, que el honroso uniforme del Cuerpo pueda cobijar la más leve idea de venalidad, en perjuicio de la salud del soldado ó de los intereses de la Nación.

A las inmediatas órdenes del General en Jefe existirá siempre un intendente general. que tenga á sus órdenes suficiente número de jefes y oficiales del cuerpo administrativo, para que los múltiples asuntos que han de tener á su cargo, sean despachados con la actividad y conocimiento que requieren. Esta especie de dirección ó subinspección, tendrá á su cargo los detalles de los contratos, disponer los abastecimientos generales, informar las cuentas que deben ser remitidas á la

metrópoli para su examen y, en general, la dirección de todos los asuntos administrativos que les encomiende el General en Jefe.

*
* *

Bajo la presidencia del intendente general ó en su defecto del oficial general que nombre el General en Jefe, deberá reunirse una junta que podemos llamar administrativa, ante la cual se presentarán los contratistas cuando tengan lugar las subastas, para las contratas de las especies que no sean remitidas de la metrópoli. Esta junta estará formada por jefes de administración militar, de sanidad y del ejército, siendo los vocales de ella nombrados expresamente, para cada caso particular, por el General en Jefe.

De este modo podrá conciliarse perfectamente que las contratas que se verifiquen sean altamente beneficiosas para el Estado y para el ejército, puesto que los conocimientos especiales de cada vocal, podrán iluminar mucho á los demás para aprobar ó desaprobar las condiciones ó las especies que presenten los contratistas.

Efectuada la contrata, el intendente general enviará muestras de los géneros ó especies contratadas á los comisarios de las grandes fracciones del ejército, quienes las presentarán á los jefes de ellas, y unos y otros examinarán las grandes cantidades, que para el suministro les sean remitidas, y así habrá siempre seguridad completa de que las especies ó géneros no han sido adulterados.

La intendencia general del ejército se encargará de que nunca se encuentren desprovistos de todo lo necesario los grandes almacenes, así como de hacer los envíos que hagan falta á las fuerzas que no puedan abastecerse en ellos, empleando los trasportes que tenga á su cargo, y los barcos de la marina de guerra ó los de la mercante, despues de haber efectuado contratos particulares ó generales.

*
* *

En las brigadas, zonas ó grandes fracciones del ejército, no ha de faltar nunca numeroso personal de administración militar para que atienda á las múltiples atenciones qne á su cargo tendrá el Cuerpo, tales como los abastecimientos, racionamiento de tropas, transportes y administración de hospitales.

Los comisarios ó jefes superiores de este personal, deben siempre tener al corriente al jefe de la zona ó brigada, del número de raciones que existen en el depósito general y las que haya en los puntos señalados como depósitos parciales y en los destacamentos ó campamentos fijos, llevando una minuciosa relación de las que se vayan consumiendo, para advertir al jefe antedicho cuando hubiese necesidad de efectuar algún racionamiento. Para esto, el jefe superior de administración militar de la brigada ó zona exigirá parte diario telegráfico, si fuere posible, al oficial ó factor de cada punto donde lo hubiere, en cuyo parte se expresará el número y clase de raciones que existan en aquel momento.

Dichos jefes ó comisarios, distribuirán el personal que tengan á sus órdenes, no solamente encomendándoles determinadas atenciones en los centros de zona, sinó dotando de obreros, clases y hasta de oficiales, á ser posible, á los diversos fuertes y destacamentos esparcidos por el territorio.

Este personal de administración militar, si bien puede prescindirse de él en los puntos ocupados exclusivamente por un determinado cuerpo, puesto que el depósito general de raciones será de responsabilidad suya, son de imprescindible necesidad en aquellos que estén situados en puntos de paso frecuente de las columnas, ó sean depósitos formados exprofeso para que en ellos se surtan de raciones las tropas que operan. No pudiéndose determinar y señalar en absoluto á cada columna el terreno que haya de recorrer, por dichos puntos pasarán las de varios cuerpos y armas, y se originará una confusión grande en el rendimiento de

las cuentas, si fueran suministradas por un cuerpo en vez de serlo directamente por la administración militar.

Por esto creemos, que lo más sencillo y conveniente será, que en los puntos donde tengan que racionarse las columnas de operaciones exista un oficial ó sargento de administración militar, á cuyo cargo se encuentren las raciones que se juzguen necesarias para que nunca lleguen á faltar. Este oficial ó sargento rendirá cuentas directamente al comisario ó jefe del cuerpo administrativo que se encuentre en el centro de la zona ó en el cuartel general de la brigada.

Lo restante del personal que esté á las órdenes de dicho comisario ó jefe, será distribuido encargando á cada oficial un cometido especial del que nunca deberá separarse y dejando alguno, si es posible, para que alternen en el servicio de convoyes, puesto que creemos que ninguno de éstos, ya sean efectuados por tierra ya por vía fluvial ó marítima, debe ser llevado á efecto sin que un oficial de administración militar vaya hecho cargo de todo cuanto se trasporta, para que la entrega sea formal, y para que en los casos de inutilizarse algunas cargas, tan frecuentes en las guerras que tienen lugar en países donde no existen buenos caminos, puedan formar su juicio, dar los descargos y razones y comenzar las averiguaciones que serán necesarias al formar los expedientes de inutilidad.

En los centros de los batallones y en los puntos donde haya núcleos suficientes de soldados, existirán siempre los obreros necesarios para fabricar pan, que la tropa comerá los días que se encuentre en su campamento, ya que no es posible hacerlo transportar para que los soldados tengan esa ventaja durante las operaciones.

* * *

Aunque diremos algunas palabras al tratar del cuerpo de sanidad militar, sobre la dirección y personal que á nuestro juicio deben prestar sus servicios en los

hospitales, no huelga que apuntemos aquí la idea de que la administración militar sea la encargada de todo el régimen administrativo de ellos, por ser un asunto de su incumbencia, como parte de la administración general del ejército y porque de este modo el personal facultativo médico estará dedicado exclusivamente al desempeño de su misión, y podrá separarse de los hospitales cuando sea necesario para acompañar convoyes de heridos y enfermos ó para operar con las columnas cuando hicieren falta.

La cuestión, pues, tan debatida, de quiénes han de ser los encargados de la administración de los hospitales deja á nuestro juicio de ser cuestión al tratar de una campaña del género de las que nos ocupan, que teniendo lugar fuera de la metrópoli, exige una gran sencillez en el organismo del ejército y que las atribuciones y cargos estén perfectamente definidos é independientes. Quizás haya necesidad de llevar al país de que tratamos todos los elementos necesarios para la vida y entretenimiento de las tropas y es lógico que los grandes transportes que se efectúen, las contratas que se hagan con los abastecedores y, en general, todas las adquisiciones que tengan lugar, estén á cargo de un cuerpo único y compacto, que dé unidad á los abastamientos generales y que sea el que exclusivamente rinda cuentas ante el gobierno de la Nación.

De este modo no dudamos que los hospitales estarán siempre mejor provistos de cuanto les haga falta, que empleando otro medio cualquiera, puesto que teniendo grandes elementos de acción, la administración militar, podrá proveerse con mayor facilidad de lo necesario y hacerlo transportar en los convoyes generales, que ella organice, á los puntos de su destino.

No queremos decir con esto que hayan de destinarse oficiales del cuerpo administrativo á todos los hospitales, porque se necesitaría un personal numerosísimo; nuestra opinión es que, así como en los cuerpos debería haber oficiales de administración militar encar-

gados del suministro y de la contabilidad, en los hospitales de cierta importancia, haya también oficiales de dicho Cuerpo y que todo lo que se necesite para el buen régimen y servicio de dichos hospitales, sea facilitado por la administración ante la cual rendirán aquéllos sus cuentas. En este supuesto, cuando las condiciones de la localidad fueran tales que pudieran conseguirse recursos sin tener que esperar á los convoyes, la administración militar deberá adquirir lo que necesite, previa la orden del jefe superior de la zona ó brigada, efectuándose la compra en la misma forma que hemos dicho habían de hacerse las contratas, esto es, en junta de jefes ú oficiales del ejército, presidida por el jefe superior de administración militar.

Estos casos sólo podrán tener efecto cuando hubiere carencia de géneros y especies por falta de convoyes ó por otra cualquiera causa y cuando en vista de la diferencia de precios entre los artículos de la localidad y los de las contratas generales, sean autorizados los jefes superiores de las fuerzas para efectuar compras para el suministro de ellas.

***

En cada zona ó brigada existirá un oficial pagador, que se entenderá directamente con los Cuerpos para el cobro de los haberes y de cuantas cantidades tengan que invertirse en el entretenimiento de las tropas, así como todas las demás necesidades de la zona, si bien ningún pago deberá efectuarse ni aceptarse recibo total alguno sin el visto bueno del jefe de ella ó del de estado mayor. Todas las atenciones de las tropas, del material, de las construcciones etc., se satisfarán por dicho oficial pagador, que será el único que maneje fondos en la zona ó brigada y el que debe rendir cuentas á la Intendencia general, por el conducto ordinario; cuentas que serán autorizadas por el comisario y por el jefe superior de las tropas.

***

La adquisición de subsistencias y elementos necesarios á todo el ejército no ofrece dificultad alguna; pronto podrán establecerse grandes almacenes provistos de ellos en los puntos de la costa, frontera ó base hasta donde lleguen los ferro-carriles si los hubiere: lo difícil y lleno de contrariedades y trabajos es organizar convoyes que lleven dichas especies á los centros de las zonas ó que acompañen á las tropas en sus movimientos. No basta que la Nación haga grandes esfuerzos para enviar á las playas del país enemigo, considerables existencias de todo lo que pueda necesitar el ejército, pues muy bien puede este estar privado hasta de lo más necesario ó pocas leguas de los depósitos ó verse obligado á suspender las operaciones para ir á racionarse á puntos distantes de las localidades que ocupan. Es preciso pues, pensar en los medios de transporte al mismo tiempo que se piensa en la manera de adquirir subsistencias y reformar la lamentable costumbre que tenemos de no pensar demasiado en ellos en nuestras guerras, confiando asunto tan importante á los elementos del país ó á la iniciativa de los jefes de los cuerpos, ayudándolos apenas con escasos elementos.

De dos maneras puede hacerse el racionamiento: con almacenes fijos ó con almacenes móviles; los primeros obligan á las tropas á retroceder ó emplear sus acémilas y elementos de transporte en el racionamiento contínuo; los segundos presentan el inconveniente de no poderse mover con facilidad y no seguir, por lo tanto, todos los movimientos de las columnas, á pesar de que en ciertos territorios han producido buen resultado pues evitan dejar escalonadas guarniciones y construir fuertes y almacenes; pero tanto unos como otros son indispensables y merecen fijar la atención del que estudie la clase de guerras que nos ocupan.

La historia de algunas campañas nos demuestra claramente, que las naciones que han comprendido la imperiosa necesidad de un buen sistema de transportes, han conseguido más rápidos y seguros resultados que

aquéllas que han mirado esta necesidad como un asunto secundario.

Los norte-americanos en su expedición á Méjico el año 1847, consiguieron un rápido éxito en sus operaciones, por la admirable previsión de preparar excelentes medios de transportes, pues llevaron con sus fuerzas á Veracruz 3.000 carros y 15.000 mulos; los rusos en su brillante campaña de Khiva, á pesar de no ser excesivo el número de tropas (1) que emplearon en ella, necesitaron más de 20.000 camellos para transportar todos los utensilios, provisiones y parques de las tropas y en la guerra del Afghanistan, los ingleses sintieron duramente la necesidad de medios de transportes, pues á pesar de haber partido de la India con 180.000 camellos, murieron al poco tiempo 60.000, dejando al ejército con necesidades apremiantes, que no pudieron satisfacerse de ningún modo y á esto seguramente hay que atribuir la lentitud en las operaciones y la tardanza en presentarse ante los muros de Cabul.

Si tienen consecuencias desagradables los accidentes que ocurren, como el que acabamos de citar, cuando se llevan á la expedición todos los medios necesarios de transporte, podremos figurarnos lo que sucederá cuando estos medios no sean todo lo completos que debieran ser.

Por regla general, á pesar de lo ocurrido en el Afghanistan, en este asunto, el más previsor de los ejércitos europeos, es el inglés En la campaña de China la administración militar francesa dejó mucho que desear en el desempeño de su cometido; fundándose en una economía mal entendida, ni los carros construidos en Manila, ni el ganado comprado en dicho punto y en el Japón reunían las condiciones que exigía el ejército, para ser atendido en su marcha sobre Pekín; los ingleses por el contrario aleccionados sin duda en sus

(1) 14.000 hombres.

guerras en el Asia, llevaron de la India todo su tren admirablemente completo y organizado.

En Méjico sucedió otro tanto; el exíguo contingente inglés organizó un convoy cuyo precio subió hasta 12 millones de reales; en cuanto al francés y al nuestro, pisaron las playas de Veracruz sin llevar ni un carro ni un animal de carga (1); todo lo esperábamos encontrar, sin duda, en el país adonde llevámos la guerra y sucedió, que los mulos salvajes que á duras penas se compraron, no pudieron ser utilizados y hubo necesidad de hacer compras en la Habana á toda prisa, encontrándonos luégo que los atalajes que se tenían preparados eran demasiado grandes para el ganado adquirido á costa de sacrificios y dilaciones.

Esto debe servirnos de ejemplo y no volver nunca á incurrir en falta tan gravísima, que no tendrá disculpa, pues los designados para organizar una expedición no deben contar con los elementos que puedan encontrarse en el país adonde aquélla se dirija, como no sea que se tengan ya adquiridos y dispuestos al llegar las primeras tropas; todo lo demás es incierto é inseguro. Es bueno recordar aquí que el mejor profesor, la más excelente guía y la verdad de los principios militares se encuentra en la historia; en ella pues es donde siempre deben buscarse los preceptos y máximas que se hayan de emplear, puesto que los resultados garantizan la imparcialidad de los principios.

Inglaterra, que es la Nación que más guerras irregulares ha sostenido, aun no ha establecido ningún principio concreto sobre asunto tan capital como es el de transportes; en cada una de las múltiples campañas que ha sostenido, ha adoptado disposiciones nuevas y

(1) Esta fué una de las causas, sinó la única, que mas influyó en la prolongada estancia de las tropas en Veracruz; estancia que causó numerosas víctimas en los ejércitos aliados por haberse desarrollado en ellos la fiebre amarilla, de la que se hubieran librado á haber podido internarse en el país.

variadas como si pretendiera buscar el método más seguro para orillar dicho asunto.

Cuando ocurrió la gran insurrección de la India los medios de transporte de que se sirvió fueron indistintamente, camellos, bueyes y elefantes; en las expediciones á la frontera del Noroeste, cada cuerpo organizaba á su antojo los convoyes que necesitaba, sirviéndose de mulos y de camellos; en las que efectuó á las del Nordeste empleó el *coolie* (cargador indígena) que reemplazaba á las bestias de carga; en la campaña de los Ashantis usó también el *coolie;* en Abisinia llevó á cabo el servicio de transportes por medio de mulos; en la Nueva-Zelanda utilizó la carreta de dos ruedas que se usa en aquel país, arrastrada por dos caballos enganchados á la limonera; en el Zululand se sirvió del wagón en el que iban enganchados diez y seis bueyes, y, últimamente, para la campaña de Egipto compró mulos en distintos países.

Vemos, por lo tanto, que la Nación que más interés tiene en resolver pronto y bien el problema de los transportes, aun no han adoptado un sistema definitivo y aunque su organización militar no puede servirnos de modelo, puesto que un ejército tan numeroso é importante como es el de la India, donde la formación y conducción de los convoyes es la base fundamental de las operaciones de la guerra, no posee un cuerpo especial de transportes, sinó que se cubre este servicio, al comenzar una campaña, entresacando de los cuerpos oficiales que desempeñen los difíciles cargos que pesarán sobre ellos; á pesar de esto, decimos, es digno de tenerse en cuenta la variedad de medios de transporte de que dicha Nación ha hecho uso y deducir, por lo tanto, que estos medios deben estar siempre en armonía con el país adonde se tiene que hacer la guerra, vías de comunicación que posea y estado en que se encuentren.

Lo que debe adoptarse desde luégo es la creación de un cuerpo especial de transportes dirigidos por los oficiales de administración militar, en aquellos paises don-

de con frecuencia hay que reprimir insurrecciones ó castigar á los pueblos vecinos. Ya lo hemos dicho, la causa principal de los desastres de la Inglaterra en el Afghanistan, ha sido la poca importancia que en la India se ha dado á servicio tan importante. Apenas concluida la primer campaña, las autoridades de aquel país se apresuraron á licenciar, casi por completo, lo que restaba de los conductores y animales tan penosamente reunidos al principio de ella, así es que al tener los ingleses que penetar de nuevo en los desfiladeros del país vecino, encontraron dificultades insuperables para encontrar bestias de carga, á pesar del enérgico servicio de requisa que organizó el virrey, servicio confiado á oficiales civiles de los distritos que á veces se negaban á obedecer lo que les ordenaba la autoridad militar, fundándose en un exagerado respeto á la libertad de comercio.

* * *

Haciendo abstracción de los ferro-carriles, los medios terrestres de transportes que un ejército puede emplear son los siguientes:

Carros.

Bestias de carga.

Cargadores.

Los carros que se empleen para el transporte pueden ser de dos ó cuatro ruedas; regularmente serán preferibles los que sean de uso más general en el país, como más á propósito para los terrenos que tengan que atravesar y de igual modo, serán arrastrados por caballos, mulos ó bueyes, según lo que en el mismo país se acostumbre; pero si en él no se usaran dichos medios de transporte ó fueran inaceptables las pequeñas carretas que existieran, se estudiará cuidadosamente la naturaleza del terreno por donde tendrán que ser arrastrados los carros y el estado de los caminos, si los hubiese, antes de determinar la forma de aquéllos.

Si el país es llano, poco accidentado y despejado, aunque no existan caminos pueden elegirse carros como medio de transporte, pues con poco trabajo y el contínuo paso se abrirán anchas sendas que marcarán las direcciones generales.

Si el suelo estuviese seco y tuviese consistencia suficiente para soportar grandes pesos sin formar surcos profundos, deberán emplearse carros de cuatro ruedas arrastrados por caballos, mulos ó bueyes, pero si fuere húmedo, blando ó propenso á ser inundado en las épocas de lluvia, se preferirá el carro de dos ruedas de gran diámetro y cuyas yantas sean lo más anchas posible, con el objeto de aminorar, en parte, los grandes trabajos que cuesta el arrastre por terrenos blandos.

Para que pueda servir de comparación, es bueno saber, que suponiendo la fuerza de tracción de un caballo ó mulo 80 kilógramos, para arrastrar un carro de 4 ruedas cargado con 4.000 kilógramos, hay necesidad del siguiente número de animales.

Por una carretera en buen estado de conservación	6
Por terreno natural cretoso	15
Por idem arcilloso	25

Teniendo esto en cuenta y que un caballo ó mulo, para que su salud no se deteriore, transportará enganchado de un carro, unos 300 kilógramos á razón de 4 kilómetros por hora, siendo la jornada de 10 léguas á lo más al día, podrá calcularse perfectamente la marcha de los convoyes y prever muchas de las contingencias que puedan ocurrir en ella.

El buey prestará mejores servicios que el caballo y el mulo, en la tracción de los carros, pero su aclimatación es más difícil que la de aquéllos y su alimentación complica considerablemente las atenciones de las tropas, pues tendrán éstas que prestar el servicio de pastoreo además de los muchos que ya desempeñen, á no ser que se acostumbre á dichos animales á comer en pese-

bres, cebada, maiz ó cualquier otra semilla, con lo que se conseguirá, un aumento grande de fuerza en ellos y poderlos tener reunidos en establos á propósito dentro de los puntos ocupados por las tropas: así es, que en los países donde abunden los bueyes, remplazarán á los caballos y mulos en el servicio de arrastrar los carros, pudiendo entonces servir aquéllos como bestias de carga.

Los bueyes son auxiliares preciosos en el arrastre de las carretas, cuando el suelo es húmedo y las ruedas se hunden en el barro, porque en paciencia y esfuerzos sostenidos suelen hacer prodigios; pero es necesario dirigirlos con inteligencia y cuidado, sobre todo cuando ván uncidos un gran número de ellos y se desvían con sus esfuerzos de la dirección que se quiere que sigan (1).

* * *

Rara vez podrán usarse carros como medios de transporte en las campañas que nos ocupan; regularmente los terrenos serán accidentados ó salvajes y aun en algunas localidades, ya por lo abruptos, ya por las condiciones de su clima no será posible emplear animales de carga, pero cuando no suceda esto último, dichos animales serán elementos indispensables para el rápido término de la guerra.

La elección de las bestias de carga no es indiferente; es preciso contar siempre con los terrenos, los climas y los alimentos, antes de señalar la especie de ellas que han de prestar el servicio penoso de los transportes á lomo, y por regla general, siempre que en el país exista una especie determinada, ella ha de ser con preferencia á ninguna otra la elegida. Sucede, en efecto, que en las

(1) Para evitar en las bajadas rápidas, que los bueyes se aturdan y resbalen, es conveniente que vaya un hombre delante de ellos, marchando hacia atrás y agitando rápidamente su sombrero delante de los ojos de los animales para distraer su atención y hacerles levantar la cabeza.

comarcas cálidas del Asia y del Africa abundan los elefantes y los camellos, así como en muchos terrenos de la América, razas poderosas de mulos y caballos, que aunque de menos alzada y corpulencia que sus semejantes de Europa, tienen gran fuerza y aventajan á éstos por estar acostumbrados á caminar por terrenos blandos ó pantanosos. Sería, á todas luces, una imprudencia grande escoger mulos y caballos para operar en las llanuras de Africa y de Asia, donde el agua y el forraje escasean, como lo sería llevar á las pantanosas llanuras de la América ganado europeo ó dromedarios que tanto sufren con los cambios de clima.

Los animales de carga son el caballo, el mulo, el asno, el camello y el elefante.

El caballo y sobre todo el mulo, prestará grandes servicios en las guerras que tengan lugar en países montañosos.

En ellos siempre existirán pastos, aun cuando no fuere más que en el fondo de los barrancos y á orillas de los arroyos, si bien para conservar las fuerzas de los animales y hacerlos aptos para resistir grandes fatigas será conveniente alimentarlos con piensos, que tienen que variar de un país á otro, pues semillas como la cebada, excelente para la alimentación del ganado en los climas templados, es necesario remplazarlas con otras, como el maiz en los cálidos, porque las primeras resultarían ser un alimento demasiado fuerte.

La alimentación que haya de darse al ganado ha de estudiarse, por lo tanto, del mismo modo que la de los hombres, pues siendo aquéllos más sensibles á la falta ó impropiedad de los alimentos, se correría peligro, al no hacerlo, de ver desaparecer en corto espacio de tiempo uno de los elementos más importantes de las operaciones y de la ocupación, como son seguramente las acémilas.

El alimento más nutritivo para el ganado, es la avena; en los países templados, que producen mejor cebada que los fríos, esta semilla puede reemplazar á la

primera y como hemos dicho, en los climas cálidos, es conveniente usar en su lugar el maíz.

La carga del caballo no debe pasar de 120 kilógramos ni la del mulo de 150; pero teniendo en cuenta el trabajo incensante á que han de estar sometidos en una campaña, será conveniente fijar el máximun de carga tanto para uno como para otro, en 100 kilógramos; de esta manera podrá exigírseles marchas á razón de 8 leguas diarias, sin que su salud se deteriore notablemente.

Existen países, tales como Egipto, donde abundan extraordinariamente los asnos, y estos útiles animales no deben desdeñarse como medios de transporte, pues aunque su fuerza es menor que la del mulo y la del caballo, son sufridos y frugales y su seguridad en el paso, aunque sea marchando por el borde de profundas cortaduras, nada envidia á la de todos las demás bestias de carga.

En las comarcas áridas, arenosas y desiertas, en las grandes llanuras donde apenas se encuentra agua ni vegetación, ningún animal prestará mejores servicios que el camello, tanto por su sobriedad, como por su fuerza y mansedumbre. Estos animales tan útiles, pueden resistir cuatro ó cinco días sin beber y se contentan, para alimentarse, con la yerba raquítica que se encuentra en las estepas y á veces en los desiertos, con tal de que tengan tiempo para comerla en suficiente cantidad. Reduciendo su ración á lo estrictamente necesario, puede señalársele diariamente 4,5 kilógramos de yerba ó forraje, y considerando que su carga media son 130 kilógramos, se calcula que en quince días de marcha, un camello consume un peso igual á la mitad de su carga; esto nos hace ver que la que debe conducir cada camello es relativamente pequeña, pero comparándola con la que llevan otras bestias (1), teniendo en

(1) El mulo consume 5 kilógramos de grano y 5 de heno ó paja por término medio diariamente, lo que suma un total de 10 kilógramos que comparado con los 100 que puede llevar,

cuenta que los camellos resisten la sed durante mucho tiempo, se logrará una ventaja inmensa al emplearlo como medio de transporte.

Los camellos, además, no exigen cuidados particulares; pasan tranquilamente la noche acostados y amarrados á una cuerda común y, por lo general, están acostumbrados á echarse en el suelo para ser cargados.

No se debe, sin embargo, abusar de su fuerza, cargándolos con exceso; los rusos en Khiva tuvieron una pérdida media de 15 camellos por cada dos kilómetros de marcha, á causa del excesivo peso que se les obligó á llevar. Cuando son jóvenes no debe nunca cargárseles con más de 150 kilógramos, pero siendo adultos y robustos puede aumentarse la carga hasta 250.

Si se desea que una columna vaya completamente desembarazada y que los soldados no lleven sobre sí más que sus armas y municiones, ya sea para atenuar la fatiga, ya para operar más libremente en un momento dado, es necesario, calcular que para transportar los enseres, morrales, etc. de 10 hombres se necesita un camello y que tres conductores ó camelleros pueden con todo desahogo cuidar perfectamente de diez animales.

En los países donde abundan los elefantes se meplean como medio de transporte á pesar de que, aunque frugales, son más delicados que los camellos; trasportan comódamente 800 kilógramos y su marcha ordinaria es de 16 á 19 kilómetros diarios, siendo 28 el máximun que pueden recorrer á un paso moderado.

*
* *

En muchas localidades, no solamente no existen animales para ser empleados en los transportes, sinó que como sucedió á los ingleses en el país de los Ashantis,

---

resulta que puede marchar 5 días llevando sus raciones y 50 kilógramos de peso únicamente.

es imposible aclimatar en ellos las bestias que se importan para desempeñar dicho servicio. En este caso, hay necesidad de apelar á los *coolíes* ó cargadores, que bien organizados y dirigidos, prestarán sin duda excelentes servicios. Estos cargadores pueden ser, penados transportados al teatro de la guerra ó indígenas contratados, pues sinó les señalamos alguna retribución, por muchas escoltas que se destinen para los convoyes y excesiva vigilancia que se ejerza, huirán de nuestro lado, para aumentar tal vez las filas enemigas. Los cargadores han prestado grandes servicios en algunas campañas (1) y merece fijar la atención un sistema tal de transportes, que seguramente influirá políticamente entre la gente de un país, si se les remunera los servicios que preste, sirviendo en las columnas y en los convoyes, á pesar de que es preciso no exagerar demasiado la adopción de tal sistema, pues caeríamos de lleno en la gran falta que cometen los ejércitos ingleses de la India, en todas las campañas que allí han llevado á cabo, y es bueno recordar que la mayor parte de los desastres que dichos ejércitos han sufrido, que no son pocos, lo deben al excesivo número de *followers* (2) que acompañan á sus tropas.

Por esto creemos que en las columnas de operaciones no deben marchar estos cargadores como no fuesen absolutamente indispensables, y en cambio que es conveniente organizar grandes cuadrillas de ellos para efectuar los convoyes, cuya organización, que estará á cargo de la administración militar, puede ser la siguiente. La total extensión del camino que tenga que reco-

---

(1) En la guerra de los Ashantis los ingleses tuvieron 16.000 entre hombres y mujeres.

En la guerra de Sumatra los holandeses llevaban como medios de transporte:

3.280 forzados custodiados por 150 guardias.

3.130 *coolíes* conducidos por un destacamento de 75 soldados de infantería.

Los zulús hacen conducir sus convoyes por mujeres que llegan á andar 40 ó 50 millas diarias.

(2) Personas no combatientes.

rrer el convoy se dividirá en cierto número de trozos destinando á cada uno de ellos una de las cuadrillas en que se haya dividido el total de los cargadores; entre éstos, para no entresacar clases de las filas, se eligirán los más aptos, para desempeñar las funciones de cabos, á los cuales podrá aliviárseles del servicio de cargar, siendo únicamente responsables del orden y formalidad de la marcha; de este modo cada cuadrilla cargará en su punto respectivo de partida los efectos que hayan de transportarse y los entregará á la cuadrilla inmediata, tomando de ésta todo lo que las tropas envíen á la base de operaciones, como son los enfermos, heridos y objetos innecesarios á las tropas.

Lo mismo que los convoyes que se organicen de este modo, la administración militar organizará los formados con carros ó animales de carga, bien efectuando los viajes recorriendo el camino total, bien empleando un sistema análogo al que acabamos de apuntar, siendo conveniente que en todo convoy marche un oficial del Cuerpo.

*
* *

Hemos de decir también algunas palabras acerca del cuerpo de sanidad militar, cuerpo que como el administrativo representa un papel tan importante en las guerras irregulares, que ambos son, por decirlo así, los principales sostenes del Ejército.

Repetidamente hemos dicho, que los peores enemigos que tienen las tropas, son la mala alimentación y las enfermedades y, por lo tanto, contra ellas es contra quienes debemos llevar más elementos que las combatan. El servicio sanitario y atender á la buena alimentación del soldado han de ser preferentes á los servicios generales, debiendo inspirarnos al organizarlos, en el pensamiento de que cualquier enfermo nuestro, en cualquier momento, encuentre siempre á su lado un médi-

co que le asista y le consuele y los elementos necesarios para su curación.

Por esto, dicho servicio ha de estar perfectamente atendido y el cuerpo de sanidad militar que lo desempeñe, ser numeroso ya que lo es entendido para honra de nuestro ejército.

*
* *

Dicho cuerpo tendrá que practicar además del penoso servicio de los hospitales, el de operaciones, pues como muchas heridas y dolencias curadas á tiempo pueden no llegar á ser tan graves como lo serían sinó se combatieran desde el principio, será necesario que cada columna de operaciones vaya siempre acompañada de un oficial de sanidad y para esto se hace preciso dotar á las zonas, campamentos ó puntos de reunión de tropas, de oficiales que desempeñen tales servicios, aparte de los que cada cuerpo tenga en su plana mayor ó, lo que es mejor, aumentar el número de éstos mientras dure la campaña.

La proporción, por lo tanto, entre los oficiales de sanidad y el número de hombres que compongan la expedición, será diferente á la que existe en la actualidad en los ejércitos. Los holandeses, cuando la guerra de Sumatra, llevaron para un efectivo de 15.000 hombres, de los que sólo 8.156 eran combatientes, 44 médicos, 308 enfermeros, dos navíos hospitales y 243 mujeres para la asistencia, de lo que resulta que para cada 200 combatientes, próximamente, había un oficial de sanidad, 76 enfermeros y 60 enfermeras.

*
* *

Los oficiales de sanidad han de fijarse con detención en el estudio del país, influencias atmosféricas y locales que existan en él, según las estaciones, la abundancia ó escasez de agua y el carácter y costumbres de los

habitantes, porque de este modo encontrarán seguramente la clave de las constituciones médicas reinantes y podrán aprovechar en beneficio de los enfermos las observaciones que dicho estudio les obligue á hacer. No es de desdeñar el examen de los medios curativos que usen los habitantes del país en las enfermedades que con más frecuencia en él se padezcan, porque quizás encontrarán productos medicinales que siempre será provechoso conocer.

Los médicos de los campamentos, poblados y centros de zona y, sobre todo, los de los grandes hospitales, siempre tendrán á su disposición cuantos elementos necesiten para la curación de los enfermos y heridos que tengan á su cuidado, puesto que una de las principales obligaciones de la Administración militar será la de tener provistos á dichos centros de todo lo necesario; pero los médicos que acompañen á las columnas lucharán contínuamente con la escasez de medios, porque es imposible transportarlos con las tropas y muchas veces tendrán que valerse de los elementos que el país produzca como, por ejemplo, de la corteza curva de algunos árboles para formar aparatos para las fracturas.

*
* *

En cada hospital que se establezca existirá siempre un jefe ú oficial del cuerpo de sanidad, que será el jefe de él, y á sus órdenes el número de oficiales que las exigencias del servicio exijan; presidiendo en la determinación de este número, el criterio de que puedan sobrar en un momento dado, pero nunca faltar y verse, por lo tanto, desatendido servicio tan importante.

Además de los jefes y oficiales de los hospitales y de los que existan en las columnas y batallones, habrá en la zona ó brigada, un jefe de sanidad de superior graduación á todos los del Cuerpo que formen parte de una ú otra, cuyo cometido será vigilar el servicio de hospitales, disponer del personal para los servicios que

hayan de desempeñarse, nombrando los jefes ú oficiales que deban salir de columna, si cada una no los tuviese fijos, los que deben acompañar los convoyes de heridos etc. y formular los pedidos de medicinas, aparatos y demás efectos necesarios para la asistencia de los enfermos.

Estos pedidos serán dirigidos al inspector general de sanidad del ejército, y siendo reconocidos en junta especial del Cuerpo los que adquiera la Administración militar, ésta tendrá á su cargo hacerlos llegar á los puntos adonde deban ser remitidos.

Como el servicio sanitario debe estar tan perfectamente atendido, es preciso dotar, tanto á los hospitales como á las columnas, de gran número de sanitarios y enfermeros, para que en el contínuo servicio que presten, puedan relevarse y adquirir con ello la seguridad de que la asistencia de los enfermos no llega nunca á ser descuidada

En todos casos, pero especialmente en los países cálidos, la ventilación de los hospitales ha de ser rigurosamente observada y los jefes de ellos no perdonarán medio de que así suceda; y como garantía de que se observen cuantas prevenciones hagan, los médicos de guardia no abandonarán, ni por un momento, los hospitales, vigilando siempre que los enfermeros se encuentren entre los enfermos, que les suministren los medicamentos ordenados y que tengan un especialísimo cuidado en que los vasos de noche estén perfectamente limpios.

El cuerpo de sanidad sabe perfectamente cuánto ha de ser el cuidado y esmero que debe prodigarse á los enfermos y si hemos apuntado ligeramente algo relativo á la ventilación de los hospitales, es porque en climas cálidos produciría el poco aseo consecuencias mucho más desagradables y trascendentes, que en los que estamos acostumbrados á vivir y porque siendo la calentura, la diarrea y la disentería las enfermedades que con más frecuencia se ceban en los ejércitos, los hospi-

tales sin ventilación y limpieza se convierten en verdaderos focos de enfermedades, sucediendo lo que algunas veces hemos tenido el sentimiento de observar, que algunos convalecientes de heridas ó enfermedades, antes de abandonar el hospital contraen en él una nueva enfermedad, que en razón á su estado de debilidad los lleva al sepulcro.

*
* *

Los oficiales de sanidad de las columnas cuidarán de que al salir con ellas á operaciones, se lleven los botiquines provistos de cuanto pueda hacer falta, conciliando este cuidado con que no se embarace el transporte. En los campamentos y altos que haga la tropa, examinarán á los soldados enfermos que se le presenten y los atenderán con los recursos que tenga, dando conocimiento á los jefes de las columnas de aquellos á quienes deba prestárseles cuidados especiales, para que se les alivie del peso de su fusil, municiones y equipo y, si es posible, se les haga montar en las acémilas, si la columna las llevase. Siempre que no se perjudiquen las condiciones militares de los campamentos, deberá ajustarse su situación á las prescripciones de higiene que hagan presente dichos oficiales, y si al levantar el campo por la mañana, hubiese de suministrarse á los soldados dosis de quinina, se efectuará este suministro bajo su vigilancia y dirección.

*
* *

El cuerpo de E. M. tendrá también misiones difíciles é importantes á su cuidado. Sus indivíduos en campaña no deben nunca descansar, ni dejar de tener obligaciones que cumplir en todo cuanto se relacione con las operaciones de guerra y con la conducta política que desarrollen los generales: la infantería, la caballería y la artillería tienen la misión de batir al enemigo donde

lo encuentren y llevar á feliz término las empresas que se les confíen; la administración militar ha de proveer á las necesidades de las tropas llevando víveres, municiones, vestuario, etc., á los puntos que se le designen; la sanidad militar comienza á ejercer sus funciones cuando las enfermedades ó las armas enemigas producen enfermos ó heridos, ó cuando es necesario establecer régimenes higiénicos en vista de las condiciones climatológicas de los territorios que vayan ocupando las tropas; todos estos cuerpos é institutos no comienzan á obrar hasta que se le señalan misiones concretas, están por decirlo así, á la espectativa de lo que ocurra ó se les ordene y prestarán servicios sucesivos é independientes; del cuerpo de E. M., por el contrario, debe partir toda iniciativa. Creemos que los moldes de su reglamento actual, son estrechos: los oficiales de E. M., más que profundos sabios deben ser pensadores profundos, más que eminentes matemáticos, analíticos observadores, más que eruditos teóricos, hombres prácticos, conocedores del ejército y de la sociedad en que vivimos, de sus errores, de sus grandezas y de los móviles que la conmueven; hombres en fin, de claro ingenio y de inteligencia superior; el talento y el estudio deben distinguirlos de los demás, adquiriendo esa superioridad moral que no la dá el nacimiento, la fortuna, ni las jerarquías.

Detallar las obligaciones y deberes del cuerpo de E. M. en campaña, tal como nosotros lo pensamos, es tarea árdua por su extensión para ser tratada con amplitud en este lugar. Nos concretaremos á exponer algunas generalidades como hemos hecho con los demás Cuerpos, ya que al tratar de las operaciones de la guerra algo diremos de las funciones y deberes de cada uno.

En las guerras regulares puede decirse que el General en Jefe, maneja las brigadas, divisiones y cuerpos del ejército, como si fueran los peones de un tablero; puede comunicarse con ellos por medio de los telégra-

fos y de los globos, y como parece que la ciencia, en este siglo, ha roto la valla que detenía sus manifestaciones, es posible que llegue á inventarse el medio de que el general se comunique también rápidamente con los ejércitos, si tuviese varios á sus órdenes. Por esta razón las reglas de conducta y modo de obrar de los generales, pueden ser trasmitidas desde el cuartel general del ejército en un breve espacio de tiempo; de este modo no existen conflictos que el general en jefe no resuelva, ni acontecimiento de que no tenga noticia inmediata, así es, que los jefes de E. M. de aquellos generales no tendrán que concretar su atención más que al desarrollo de las órdenes dictadas por éstos, que á su vez las habrán recibido de sus superiores gerárquicos: en las guerras irregulares no sucede así; rara vez podrá tener el General en Jefe noticias rápidas de los sucesos y nunca podrá ser consultado sinó en los asuntos que permitan gran espera y no sean de urgente resolución. La autoridad de los generales, crece por lo tanto y al acontecer ésto, tiene imprescindiblemente que crecer las de los jefes de E. M., sucediendo, que los que prestan sus servicios en las divisiones, brigadas ó fracciones en que el ejército se divida, vienen á tener parecidas atribuciones y obligaciones, respecto las tropas á que estén afectos, que tiene el jefe de E. M. G. respecto á todo el ejército.

De aquí deducimos que los cargos de jefes de Estado Mayor deben recaer sobre un personal idóneo y que reuna condiciones especiales para el servicio que tienen que desempeñar, y en razón á la unión íntima que ha de existir entre ellos y sus generales respectivos, será conveniente que los nombramientos de los jefes y oficiales de E. M. sean hechos por el jefe de Estado Mayor general, de acuerdo con los generales á cuyas órdenes vayan á servir, teniendo presente el primero al hacer el nombramiento de cada jefe de E. M., su carácter especial, cualidades que en él concurran y manera de ser particular y temperamento, como tam-

bién las condiciones que reuna el general á cuyas órdenes ha de estar, pues de este modo podrán compensarse las faltas ó cualidades de ambos, resultando un conjunto con la perfección posible. Así, por ejemplo, á un general impetuoso, exagerado en valor personal y sin temor á la responsabilidad, hay necesidad de destinar un jefe de E. M. reflexivo, amante de los detalles y fiel observador de lo escrito; por el contrario, deberá destinarse uno excesivamente arrojado, belicoso y emprendedor, al general cuyas condiciones de carácter sean más organizadoras que batalladoras ó al que afecte demasiado la responsabilidad. Es decir, habrán de juntarse los caractéres extremos, para buscar el equilibrio.

Divídase el ejército en divisiones ó brigadas, en cada una de ellas deberá existir un jefe de E. M., que tendrá á sus órdenes algunos oficiales del Cuerpo; y cuando se divida el ejército en fracciones para ocupar militarmente un país, deberá existir también uno por lo menos en cada zona, según sea su importancia, aunque las fuerzas que ocupen aquélla, no lleguen á componer una brigada.

Cuando los jefes de división, brigada ó zona salgan á operaciones, podrán acompañarlos los jefes de Estado Mayor, pero dejando siempre en los centros donde esté el cuartel general un jefe ú oficial del Cuerpo para enterarse de las órdenes superiores que se reciban y poderlas comunicar, para atender á las necesidades del territorio y á los asuntos imprevistos que ocurran durante la ausencia del jefe superior, y para poderle facilitar cuantas noticias lleguen á su conocimiento, puesto que todo lo que concierna al enemigo y á las operaciones será comunicado enseguida al centro de la zona. Por el contrario, cuando el general esté en dicho centro, su jefe de E. M. efectuará ó mandará efectuar á sus oficiales, incesantes expediciones á los destacamentos fuertes y puntos ocupados por las tropas, marchas al encuentro de las columnas y operaciones

con éstas, para asegurarse de que las órdenes se cumplen, las fortificaciones se encuentran en buen estado, los almacenes están provistos y, en general, que todos los servicios se desempeñan como corresponde.

*
* *

Hemos dicho, que además del jefe de E. M., deben existir en las zonas ó brigadas, varios oficiales de dicho Cuerpo, cuyas misiones principales serán vigilar todos los servicios, desempeñar comisiones reservadas, estar encargados de las oficinas telegráficas centrales, formar los planes con los itinerarios que les envíen los que marchen con las columnas, vigilar los hospitales y los almacenes, presenciar la carga, descarga y formación de los convoyes y operar con las tropas, procurándose, á ser posible, que ninguna columna salga á operaciones sin que vaya afecto á ella un oficial de Estado Mayor.

Estos oficiales estarán perfectamente instruidos é iniciados por los jefes de las columnas, en cuantas órdenes superiores tuviere, y enterados hasta de los menores detalles de las operaciones que hayan de efectuarse, proyectos que existan y manera reservada de obrar, para que, en el desgraciado caso de la muerte del jefe, pueda instruir perfectamente al que le sucediere en el mando, evitando de este modo que la operación se malogre.

*
* *

Además de llevar la correspondencia oficial, vigilar el exacto cumplimiento de las órdenes y velar porque todos los servicios se ejecuten como esté prevenido en los reglamentos ó en los mandatos especiales de los superiores, los jefes y oficiales de E. M., ya sea cerca del General en Jefe, ya en los destinos que se les confíen junto á los generales que manden divisiones, brigadas,

zonas ó expediciones, deben tener á su cargo todo lo concerniente á acantonamientos, comunicaciones, correos, intérpretes, guías, prisioneros, espías, asuntos internacionales y trabajos topográficos que se lleven á efecto. No solamente serán la representación de los jefes superiores, sinó que por sí mismos deben vigilar mucho, detallar todo y ordenar por delegación algunas veces, inspirándose en el criterio, que deben conocer, de los jefes de quienes dependan.

Tan importantes son estos cargos, que cada uno merecería dedicar á su desempeño un cuerpo especial. Por esto creemos que al emprender una campaña, se deben organizar servicios especiales, auxiliares del cuerpo de E. M., que bajo su dirección, estén afectos á todas las tropas que operen independientemente.

Al cuerpo de E. M., estará confiado el encargo de establecer los campamentos, ya sean fijos ó accidentales, con arreglo á las instrucciones de los jefes superiores. Cuando haya de establecerse algún centro de zona ó campo atrincherado, uno ó varios oficiales de dicho Cuerpo reconocerán el terreno designado, levantarán un ligero plano de él, estudiarán sus condiciones defensivas y ofensivas, determinarán el emplazamiento de barracones, casas ó tiendas que hayan de levantarse, examinarán las aguadas y condiciones que reunan los caminos que hayan de seguir los convoyes de racionamiento y con los informes que les faciliten los oficiales de sanidad sobre las condiciones climatológicas y sanitarias de la localidad, redactarán una memoria que servirá para ilustrar la opinión y consejo del jefe superior de quien dependan ó los del General en Jefe.

En las columnas de operaciones, establecerán los campamentos en los lugares que indiquen los jefes de las fuerzas, señalarán y colocarán el servicio de seguridad y vigilarán que las prevenciones dictadas para el buen orden del campo, se cumplan por todos los que estuvieren dentro de él.

El servicio de comunicaciones también ha de estar

encomendado al cuerpo de E. M. pues siendo el que ha de comunicar las órdenes y disposiciones de los jefes superiores, es necesario que tengan siempre á su completa disposición todo la que se relacione con los elementos que existan para comunicarse unas fuerzas con otras, así es, que cuanto se refiera á palomas mensajeras, fuerzas empleadas en el servicio de correos, ya se efectúe con tropas organizadas ó por medio de naturales del país, telégrafos eléctricos, señales etc., deberá estar bajo su inmediata vigilancia y dependencia, en la forma especial en que se organicen dichos servicios en cada caso, con el personal de oficiales y tropa necesarios para que nunca queden desatendidos.

Algunas naciones, sobre todo aquéllas que no emprenden una guerra del género de las que tratamos sin un fin utilitario, han procurado dotar las expediciones, de todos los elementos necesarios para sacar el provecho que sea posible, cuando se llegue á restablecer la paz, y así es que han llevado con el ejército, intérpretes, dibujantes, fotógrafos, geógrafos y naturalistas que, con sus especialidades los primeros y con sus estudios los segundos, han dado á conocer el país. Este conocimiento es tan importante que puede decirse estriba en él, que la guerra produzca algún fruto en provecho nuestro, evitando, al terminarla, que nos veamos en gran perplejidad para decidir y determinar las condiciones de paz que hayan de imponerse al vencido, pues podrá suceder que por ignorancia dejemos de exigir ciertas cosas de gran utilidad y por el contrario exijamos otras que no nos sirvan de nada.

Claro está que, cuando el idioma de nuestros enemigos no nos sea conocido, habrá necesidad de llevar gran número de intérpretes bajo la dirección del cuerpo de E. M., ó lo que es mejor, si la campaña hubiere de ser de larga duración ó nos propusiéramos establecernos definitivamente en el país, formar un Cuerpo especial de intérpretes militares, que nos prestaría excelentes servicios, como los ha prestado y sigue pres-

tando á la Francia en la Argelia. Este Cuerpo está formado en dicha colonia por intérpretes principales é intérpretes auxiliares en la forma siguiente:

5 Intérpretes principales.
8 Idem de 1.ª clase
12 Idem de 2.ª
15 Idem de 3.ª
15 Intérpretes auxiliares de 1.ª clase.
20 Idem de 2.ª

Todos ellos son plazas montadas, teniendo cada uno un caballo á excepción de los intérpretes principales que tienen cada uno dos. En tiempo de paz, todo el personal está destinado en los centros de las demarcaciones y en las oficinas de los asuntos árabes: en campaña, los generales en jefe están autorizados para organizar el servicio que hayan de prestar, según sean las necesidades de los Estados Mayores.

El examen de los guías, prisioneros, espías y desertores ha de hacerlo, como hemos dicho, el cuerpo de E. M., si el General en Jefe ó generales comandantes de columna no quisieran efectuarlo por sí. Este examen ha de ser bien detenido y es conveniente que, mientras un oficial pregunta al interpelado, otro, valiéndose de los conocimientos que tenga de taquigrafía, traslade íntegras al papel las preguntas y contestaciones, para que pueda formar una idea completa del examen, el jefe superior á quien haya de notificarse el resultado.

Es preciso tener en cuenta, que los naturales del país la mayor parte de las veces estarán atemorizados ó avergonzados, y quizás no entiendan las preguntas que se les haga; por esto será necesario hablarles en su mismo lenguaje incorrecto, procurando inspirarles la mayor confianza posible, dar amenidad á la conversación, agasajarlos y obsequiarlos mucho, tratarlos con familiaridad, hacerles presentes y hasta sentarlos á la mesa para que en conversación general digan lo que por miedo ó por sagacidad hayan ocultado, procurando

embriagarlos, y sobre todo, examinar á propósito de un mismo asunto á varios de ellos, para cotejar las noticias y llegar á distinguir las verdaderas de las falsas.

Cuando la doblez y mala fé de los interpelados sea tanta que se conozca claramente la intención de engañar, ó cuando se obstinasen en no hablar, podrá amenazárseles con castigos y hasta aprisionarlos con cadenas, pero nunca se abusará de ellos empleando tormentos ó golpes: aparte de lo injusto é innoble que es maltratar á hombres indefensos, no se conseguirá saber la verdad, porque ante el dolor del castigo, expresarían muchos lo que comprendieran que se deseaba saber, por más que fuere falso, y de este modo, en vez de adelantar en el camino de la verdad, nos extraviaríamos cada vez más, y podríamos obtener fatales consecuencias.

Cremos haber dicho en otro lugar lo improcedente y perjudicial que encontramos el sistema que practican los ingleses, de agregar á las expediciones y aun á las columnas, diplomáticos encargados de llevar los asuntos políticos, ó designados para aconsejar á los jefes superiores en las determinaciones no militares. La perturbación en los mandos, la falta de cohesión en los procedimientos, y la poca fijeza de principios, son otras tantas razones en apoyo de lo que decimos. Creemos que los Generales tienen que reasumir todos los cargos, y pensamos que los oficiales de E. M. deben ser los intermediarios diplomáticos entre aquéllos y los jefes enemigos, así como los que hayan de entender en los asuntos internacionales, para ilustrar la opinión de los jefes superiores y para facilitar soluciones á los problemas que se presenten.

***

Al tratar de los levantamientos de planos, tenemos que suponer que el E. M. G. no los posea, ó que teniéndolos, no estén suficientemente detallados para que sirvan de guía á los Generales, pues de no ser así, con

facilitar copias de ellos á todos los jefes que tengan que operar independientemente, se conseguirá que todos conozcan perfectamente las zonas encomendadas á su cuidado, las líneas de invasión y defensa, ó los terrenos que tengan que recorrer en las operaciones que se les ordenen.

De todos modos, es conveniente mandar á los oficiales de E. M. que durante las marchas vayan levantando los itinerarios de los caminos recorridos, con ayuda de una brújula de bolsillo, un podómetro y un barómetro aneroide, con gemelos fotográficos ó simplemente á vista, indicando todo cuanto pueda interesar para el paso de un ejército, señalando los desfiladeros, llanuras, montañas, lagos, corrientes de agua, lugares convenientes para acampar, parajes de aguada permanente ó eventual, bosques y puntos de forraje. Estos itinerarios los enviarán dichos oficiales al Jefe de E. M. de quienes dependan, después de haber hecho en vista de ellos, las anotaciones convenientes en el plano que posea el Jefe de la columna.

Los instrumentos más necesarios para estos ligeros trabajos, son la brújula de bolsillo y el podómetro: con ellos pueden llevarse á efecto trabajos suficientemente exactos para el objeto á que son destinados. La brújula de bolsillo es tan necesaria á los oficiales de E. M. como á los jefes de las fuerzas que operen independientemente en país desconocido, pues permite orientarse á las columnas.

Dicha brújula es del tamaño de un reloj de bolsillo, y por un sencillo mecanismo parecido al que tienen los relojes remontoires para dar cuerda, se mueve lentamente un limbo interior, facilitando así mucho su empleo; éstas brújulas que son de nickel y que abundan en el comercio, se hacen aptas para la medición aproximada de ángulos, adaptando á sus bordes y en los extremos del diámetro N. S., dos pequeñas pínulas para dirigir las visuales á los puntos que se deseen situar en el itinerario de la marcha.

Antes de comenzar ésta y en el punto de partida del levantamiento que se haya de hacer, se hará coincidir la aguja magnética con el diámetro 0° — 180°; luégo no habrá más que apuntar el número de grados que marque la aguja en el limbo en las distintas rumbadas que se efectúen, y por medio de sumas y restas, se obtendrán los ángulos definitivos que cada trozo del camino forme con la línea N. S.

Por lo demás, el golpe de vista, la perspicacia, la retentiva, la costumbre y el correcto dibujo, pueden en muchas circunstancias valer más que la infinidad de instrumentos que se emplean para hacer levantamientos rápidos, cuyo manejo exige, por lo menos, detener la marcha del caballo.

En los cuarteles generales se reunirán los itinerarios remitidos por los oficiales de E. M., y se trasladarán al mapa general del país, aumentado en escala suficiente para que puedan apreciarse todos los detalles.

De este modo se llegará á formar insensiblemente un completo mapa, que servirá de mucho al General en Jefe para apreciar los movimientos y operaciones de las columnas, formar juicios respecto los combates que tengan lugar y ordenar con gran conocimiento del terreno las operaciones que juzgue conveniente, puesto que conocerá y apreciará los menores detalles, aunque la exactitud no sea completa á causa de los procedimientos rápidos que se emplean en el relleno.

Cuando no existan planos detallados del teatro de la guerra, la misión que tiene que desempeñar el cuerpo de E. M. es árida y penosa, si ha de trasladar la forma del terreno al papel, con ayuda de los instrumentos necesarios, y creemos que la fatiga que llevará en sí una empresa semejante, motivará el nombramiento de una comisión especial que se dedique exclusivamente á dicho objeto (1); pero cuando todo sea hostíl en el país,

---

(1) En la guerra del Afghanistan, la sección de topografía del ejército inglés, no descansó un momento, levantando todo el

menos el suelo que pisan las columnas, ó no fuere posible por cualquier otra causa la formación de los planos por los medios regulares de triangulación y relleno ni por los rápidos que proporciona la taquimetría, tendremos que contentarnos, para saber algo referente al país en que hemos de operar, con lo que sus naturales quieran manifestarnos y entonces no habrá otro medio que formar un plano de referencias, imperfecto, pero que seguramente valdrá más que las apuntaciones y notas que se tomen escuchando á la gente del país.

*
* *

En estos planos resultará el terreno muy deformado, no solamente porque las grandes distancias, que podríamos considerar como los lados de triángulos geodésicos, aparecerán en el papel sin reducir al horizonte y medidas sólo por la costumbre y golpe de vista de los habitantes que respondan á nuestras preguntas, sinó porque la escala de que tendremos que servirnos será una escala de horas de camino, única idea de medida que podremos hacer comprender á los que nos faciliten las noticias; sin embargo, esta última circunstancia es favorable para nuestro objeto, pues si el plano formado por referencias, no nos dá una idea completamente exacta del terreno, por lo menos nos proporcionará con bastante exactitud, saber el tiempo que emplearán las columnas en recorrer los caminos que tengamos señalados.

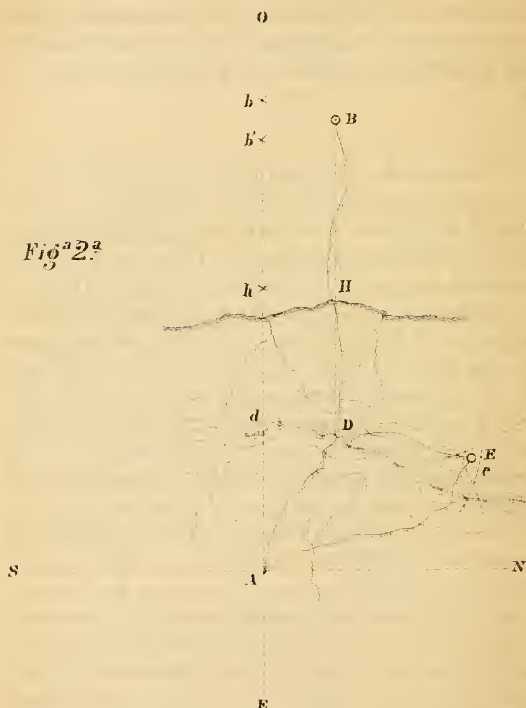
El sistema que puede seguirse para formar un plano de esta especie es el siguiente: Supongamos que, colocados en terreno enemigo, no tengamos ni plano de él ni más ideas de su formación y estructura que las que nos manifiesten los guías ó habitantes del país.

---

terreno por donde se marchaba y cuando á la vista de Jellalabad, todo el ejército se encontraba acampado en un delicioso valle, dicha sección y los empleados en los telégrafos ópticos, vivaqueaban con un frío horroroso en las cumbres de las montañas.

Lo primero que procuraremos establecer será una línea, todo lo exacta que podamos, que nos sirva de directriz; para conseguirlo, preguntaremos á los guías y habitantes de la localidad, lo que nos interese, teniendo siempre cuidado de cotejar las noticias.

Sea *A* (fig. 2) el punto donde nos encontremos y *B*



una ciudad ó punto importante que hayamos oido nombrar en el país.

Pregunta.—¿Cuánto hay de *A* á *B*?

Respuesta.—Cuatro días de camino.

Suponiendo que en el país se ande por término medio diez horas diarias, se tomará en una magnitud $A\ b = 40$.

P.—¿Hacia que lado está B?

R.—Hacia donde se pone el Sol.

Se llevará la magnitad $A\ b = 40$ desde A á b y ésta recta será proximamente la dirección Este-Oeste; su perpendicular será por lo tanto la Norte-Sur.

P.—¿Antes de llegar á B, se atraviesa algún río no vadeable?

R.—El río H.

P.—¿Cuánto dista de aquí?

R.—Dos días y medio.

Tomaremos una magnitud $A\ h = 25$.

P.—¿Se cruza alguna cordillera?

R.—La cordillera C.

P.—¿A qué distancia se encuentra de aquí lo más alto del camino que la atraviesa?

R.—A doce horas.

P.—Mirando desde A en dirección á B, ó sea hacia donde se pone el Sol, ¿dicho punto, está á la derecha ó á la izquierda?

R.—A la derecha.

P.—¿En qué dirección?

R.—Hacia D.

Trazaremos una recta $A\ D$ en dicha dirección, según nos la señalen, y tomando una magnitud $A\ D = 12$, el punto D será la divisoria de la sierra. Si ésta fuera elevada y bravía, habrá que tener en cuenta que las distancias recorridas en una hora, tienen que ser más pequeñas conforme el terreno sea más abrupto, así es que en tal caso se tomará en la escala una distancia igual al número de horas que nos digan, disminuido en su tercera parte siempre que se trate de un terreno montañoso.

P.—El camino después de atravesar la sierra C, ¿se inclina á la derecha ó á la izquierda para llegar á B?

R.—Sigue siempre hacia donde se pone el Sol.

Trazaremos, por lo tanto, desde el punto D una pa-

ralela á $A\ b$ y tomando en ella la distancia $D\ B = 40 - 12 = 28$, tendremos en B una posición más aproximada del punto b. Si la respuesta á la pregunta anterior hubiere sido, que el camino se inclinaba á la izquierda, hubiéramos tomado una distancia igual á 28 y llevándola desde D hasta b' este punto sería lo situación aproximada de b.

Sentado esto, tomemos una magnitud $D\ H = d\ h$ y el punto H será donde el camino cruza el río H.

P.—¿Qué punto importante existe á la derecha del camino, antes ó después de pasar el río?

R.—El pueblo E antes de llegar al río.

P.—¿Cuánto dista de A?

R.—Dos días.

P.—¿Se llega á él siguiendo el mismo camino que á B, ó existe algún otro?

R.—Puede irse á dicho pueblo siguiendo un camino directo y partiendo del que vá á B; aunque éste es más largo que aquél, pues tiene cuatro horas más de camino.

P.—¿A qué distancia de A se separa del camino que vá á B el que se dirige á E?

R.—Desde lo más alto de la sierra.

Tomaremos, por lo tanto, una magnitud $D\ e = A\ De - A\ D = 24 - 12 = 12$ y desde D describamos un arco de círculo, que al ser cortado por otro que describamos desde A con un rádio igual á 20, puesto que el camino de A á E se tarda en recorrer dos días, tendremos en e la posición aproximada de dicho pueblo.

Como rectificación puede preguntarse la distancia de E á B y suponiendo que fuese 30 horas, describiríamos desde B un arco de círculo, que será casi seguro que no pasará por el punto e sino que formará, con los arcos anteriores un triángulo curvilíneo, en cuyo centro tendremos una situación E aproximada, del pueblo de que se trata.

Con estos datos, sabiendo que el terreno que se recorre en una hora es diferente, según sea la naturaleza

del suelo; que los caminos que atraviesan las montañas suelen remontar los grandes arroyos; que las curvas que forma el curso de un río determinan casi siempre una regata; que la proximidad de dos líneas de agua revela la existencia de un collado ó punto de fácil acceso; que la rápida corriente de las aguas indica grandes desniveles en los terrenos que atraviesan; que las cadenas de montañas suelen ser en muchos casos paralelas; que la diferencia de tono en el color de las montañas que se destacan en el horizonte, anuncian la existencia de grandes valles; que el estudio geológico de un territorio puede facilitarnos gran acopio de datos para conocer su estructura y multiplicando las preguntas y observaciones del modo que la imaginación del que ejecuta el trabajo le sugiera, podrá construirse un esqueleto de plano, en el que sucesivamente se reformarán las inexactitudes inherentes á la manera de construcción que se ha empleado, y aunque nadie desconocerá que un trabajo de este género, estará lleno de errores, sucederá, sin embargo, que traspasando á dicho plano los levantamientos rápidos ó á vista que hagan los oficiales de E. M. de las columnas, campamentos, ó campos atrincherados, se llegará poco á poco á conseguir sinó la representación fiel del terreno, un bosquejo que sirva para estudiar las operaciones del enemigo y disponer nuestros movimientos.

Disponiendo de globos cautivos y aparatos fotográficos, este sistema puede perfeccionarse sucesivamente puesto que permitirá rectificar las noticias que faciliten los naturales, con las observaciones que se hagan desde los globos y con las vistas fotográficas que se obtengan desde puntos de vista tan elevados como sea posible. Estas vistas fotográficas tendrán que ser ampliadas por medio de un poderoso lente sobre la pared ó superficie donde se deseen examinar.

CAPITULO IX.

Fuerzas irregulares.—Ventajas é inconvenientes que presentan.—Jefes indígenas.—Contingentes organizados.—Manera de emplear las tropas indígenas.—Guerrillas volantes.—Guerrillas locales.—Precauciones que hay que observar con las fuerzas indígenas.—Fuerzas indígenas expedicionarias.—Los voluntarios de los Estados-Unidos.—Cuerpos de voluntarios.

En la mayor parte de las campañas irregulares se ha sacado gran partido de las fuerzas indígenas, explotando con habilidad los intereses ó rencores que suelen existir en las localidades, y consiguiéndose que combatan á nuestro favor en contra de sus compatriotas ó de otro enemigo común. Asunto de tal interés merece fijar nuestra atención, porque conseguir atraernos á una parte, aunque sea pequeña, de la población del país enemigo y arrojarla contra sus hermanos, no significa solamente un auxilio material de combatientes.

Entre los indivíduos que se acojan á nuestra bandera y quieran pelear por nuestra causa, encontraremos excelentes guías para todas las columnas, hombres que nos proporcionarán noticias preciosas para nuestro objeto y hasta espías que nos comunicarán los movimientos, proyectos y situación del enemigo; dichos indivíduos formarán en el país un partido contrario al que nos hace la guerra y como sus familias se acogerán á nuestra bandera, se crearán intereses, que nos ayudarán en nuestra empresa, facilitada grandemente desde el momento en que contemos en el país con un partido que nos ayude ó que por lo menos no nos sea hostíl.

No necesitamos citar, en apoyo de lo que decimos, que el sostén del inmenso poder que ejerce la Inglaterra en su imperio de las Indias, son 614.000 soldados de los que sólo 56.000 son europeos, á pesar de lo cual, venció la formidable insurrección de 1857 haciendo combatir una parte de los cipayos en contra de la otra, porque todas las naciones que se han visto precisadas á sostener guerras en sus colonias ó en países salvajes, han aprovechado los elementos del país conociendo las ventajas que proporcionan.

La misma Inglaterra ha empleado á los *housas*, pueblo industrioso, bravo é inteligente que vive al Sudoeste del lago Tchad, en todas las guerras que ha sostenido en la región occidental del continente africano desde el Gambia hasta el Cabo, y aun los sostiene como soldados en épocas de paz. Francia tiene organizados en la Argelia brillantes cuerpos, como son los spahis y los tiradores argelinos, que prestan importantes servicios en las guerras é insurrecciones que tienen lugar en dicha colonia. Portugal forma del mismo modo con los elementos indígenas, las compañías móviles que componen la mayor parte del ejército de Angola; los Estados-Unidos no sólo fueron auxiliados por algunas tríbus indias en la guerra del Canadá, sinó que las expediciones que efectúan sus tropas, para castigar á los indios de las fronteras, van siempre acompañadas de bastante número de ellos, afectos á la causa de la civilización, que prestan su ayuda á las fuerzas del ejército; y, finalmente, nuestra nación, sin remontarnos á la época en que sus ejércitos de América estaban formados en su mayor parte por hijos del país, ha empleado y emplea en Cuba y Filipinas fuerzas formadas por naturales de dichas provincias; en la primera, como valioso elemento para terminar la guerra separatista, y, en la segunda, para la guardia y custodia de la isla y hasta para reprimir insurrecciones y castigar á los moros joloanos, cuantas veces han intentado desconocer nuestra soberanía.

*
* *

Sin embargo, debe procederse con extrema prudencia al tratar de dar cabida en nuestro ejército á los naturales del país donde hagamos la guerra, porque la mayor parte de las veces será pueril pensar que la fidelidad prometida á nuestra bandera es ingénua y desinteresada. Siempre debemos suponer en ellos alguna intención especial ó interés determinado que les obligue á combatir contra sus hermanos, y, es claro, que si esto existe, faltando dicho interés, faltará la causa de su auxilio y nos abandonarán cuando llegue este caso ó, lo que es peor, volverán contra nosotros las armas que les hubiéramos entregado, pudiendo suceder también que permanezcan fieles en apariencia á nuestro lado para servir de espías al enemigo.

Llena está la historia de sucesos que comprueban lo que acabamos de decir. La famosa insurrección de los cipayos en la India, de que ya hemos hecho mención; la conducta de los regimientos afghanos á sueldo de la Inglaterra, que el año 1842 se tornaron de repente en sus peores y más crueles enemigos; el entronizamiento de la autoridad del negro Louverture en Haiti; y, sobre todo, mirando nuestra propia historia, la conducta de Itúrbide, coronel de milicias y enemigo encarnizado, en un principio, de la insurrección mejicana, que se acordó de repente que era criollo, y en una expedición que mandaba contra el insurrecto Guerrero, puesto de acuerdo con éste, juntaron sus columnas y juraron en la villa de Iguala la emancipación de Méjico, que sin este hecho sería hoy quizás provincia autónoma española.

Por esto, lo que en algunas ocasiones será de gran provecho para nuestra causa, en otras puede causar gran daño y aun inutilizar todos nuestros esfuerzos: así es que, aun aceptando desde luégo los servicios ofrecidos por los naturales de un país, hasta estar plenamente seguros de su adhesión á nuestra bandera, no debemos confiarles cargos ni asuntos que entrañen gran importancia. Sin embargo, aparte de que los hechos futuros son imposibles de prever y de que no se puede

penetrar en el pensamiento de los hombres, existen algunos pueblos que por sus malas condiciones y cualidades, influencia religiosa ó política que sobre ellos ejercen sus sacerdotes ó magnates, no nos convendrán á nuestro lado; debemos, desde luégo, desestimar su ayuda si nos la ofrecieran, prefiriendo combatir con nuestras propias fuerzas á vernos quizás comprometidos y teniendo que atender á complicaciones cuyo desenlace no será fácil señalar ni conocer de antemano. Por el contrario, cuando las especiales condiciones que reuna un pueblo sean á propósito para que podamos fíar en sus promesas ó cuando en distintas ocasiones hayamos puesto á prueba su fidelidad y nos sea completamente afecto, no despreciaremos auxilios tan eficaces y poderosos como los que nos pueden prestar.

De todo esto deducimos que el aceptar fuerzas auxiliares del país donde hagamos la guerra, ha de estar en perfecta armonía con las condiciones de carácter, de moralidad religiosa y política de los naturales de él.

*
* *

En todos casos será conveniente atraernos á los naturales y tratar con los jefes de más importancia, si es posible, procurando aprovechar las discordias intestinas que puedan existir, para señalar á los principales y más influyentes personajes algún sueldo, ó regalarle deslumbrantes presentes, obligándoles á que nos auxilien con cierto número de combatientes, nos presten recursos, ó en último caso, si otra cosa no es posible, á que permanezcan neutrales.

Existen, sin embargo, hasta en los países menos ilustrados, jefes que por nada, ni por ningún concepto querrán prestarse á entrar en tratos con el ejército que invade su patria, y estos jefes ejercen tal dominio y ascendiente sobre sus tropas, que ponerlos á ellos de nuestra parte, será quizás la conclusión de la campaña. Esto suele ser algunas veces difícil de conseguir. Aun

entre los pueblos más salvajes se encuentran hombres de elevada inteligencia y de recto corazón que prefieren mil veces la muerte antes que hacer traición á la causa de su patria; hombres incultos, ignorantes, desconocidos, á los que sólo les faltaría ser iniciados en las sublimes máximas de la civilización moderna, para que resultaran grandes genios ó célebres guerreros, que en nada desmerecerían al ser comparados con los que han producido las razas depositarias, hasta ahora, del cetro de la civilización. Recordamos, á propósito, que cuando los Estados-Unidos y la Inglaterra andaban en guerra en el Canadá, existía un célebre jefe indio llamado Tecumseh que auxiliaba á los ingleses contra los norte-americanos á quienes consideraba invasores de su patria. Este indio, que trataba de reunir todas las tribus para oponer un dique al torrente de la civilización, era un hombre que nunca mostró la ferocidad de sus compatriotas, ni nunca adornó su cintura con la cabellera de su enemigo; terrible en medio de los combates, casi nunca hacía prisioneros; pero una vez habiendo concedido cuartel á alguno, lo protegía contra todo insulto, habiéndose dado el caso de matar por su misma mano á un jefe indio por haber asesinado, después de rendidos, á varios soldados. Los americanos hicieron cuanto pudieron para atraerse tan valioso jefe, pero él nunca desmintió su lealtad ayudando á los ingleses contra sus eternos enemigos y llevó el amor á su patria hasta el extremo de renunciar noblemente el empleo de brigadier que le confirió la Inglaterra en premio á sus eminentes servicios.

Los hombres como el que acabamos de bosquejar no se venden, pero por más que á veces aparezcan estos grandes caractéres cuando se atenta contra la independencia de algún pueblo ó cuando ocurre una insurrección en un país dominado, es más general que los jefes que tienen prestigio en los ejércitos enemigos ó en los países que puedan simpatizar con éstos, sean susceptibles de ser sobornados ó comprometidos, cubriendo los contratos que con ellos se efectúen, con

cierta máscara que impida descubrir ostensiblemente el móvil que les hace prestarnos su ayuda. Así, en un país ó colonia cuyos vecinos no nos sean completamente adictos, deberemos, aun antes de que ocurran casos de guerra, atraer á los Jefes á nuestra causa, asignándoles sueldos mediante ciertas obligaciones, como, por ejemplo, la de permanecer neutrales en casos de guerra.

* * *

Las fuerzas irregulares que nos presten ayuda en una campaña, pueden estar exclusivamente compuestas de gente del país, con sus jefes propios, y formando contingentes que presenten los magnates, príncipes ó reyes, tributarios, protegidos, aliados ó súbditos, ó bien cuerpos especiales, organizados sobre ciertas bases, con núcleos de fuerzas europeas y mandados y dirigidos por oficiales de nuestro ejército.

La conducta que habrá de seguirse con los contingentes exclusivamente indígenas y el empleo que de ellos se haga, han de ser muy meditados para que nunca puedan tener lugar hechos que nos acarreen graves compromisos, y para que la política que desarrollemos pueda sacar todo el partido posible de la ayuda que nos presten, teniendo en cuenta, como regla general, que nuestros auxiliares comprenderán más bien el cariño y el entusiasmo por un individuo, que la fidelidad á una bandera. Desde luego es necesario respetar por completo la organización á que estén acostumbradas dichas fuerzas y á los jefes y oficiales que las manden: en cuanto á su armamento, ha de estudiarse detenidamente si les causaría disgusto ó fuera peligroso cambiar el que ellos posean con fusiles facilitados por nosotros, pues muy bien puede suceder que por falta de instrucción ó por repugnancia á las innovaciones, sean nuestras armas de fuego completamente inútiles en sus manos, y en cambio puedan prestarnos grandes servicios manejando las suyas. Existen muchas veces

en los pueblos poco ilustrados, preocupaciones difíciles de vencer y más difíciles aún, de ser explicadas razonadamente, pero que, sin embargo, tienen gran influencia á veces en ellos y seguramente se estrellaría inutilmente, sin conseguir nada, la nación que no las tuviera en cuenta al tratar con dichos pueblos. Esto nos hace recordar un hecho cuya explicación no nos hemos dado, pero cuya veracidad está comprobada por algunos observadores de las costumbres del vecino imperio de Marruecos. Los habitantes de este imperio á pesar de haber tocado de cerca los resultados que dan las armas europeas, primeramente cuando prestaron ayuda á Abd-el-Kader contra los franceses y luego en nuestra campaña de Africa, á pesar de conocer palpablemente la inferioridad de las espingardas ante las carabinas rayadas y los fusiles Berdan y Chassepot no quisieron abandonar su antiguo armamento y en cambio á pesar de que ninguna guerra les ha hecho conocer los terribles efectos del armamento reglamentario de nuestro ejército, en la actualidad, el marroquí desprecia su espingarda y su mayor felicidad consiste en ser dueño de un fusil Remingthon. Este cambio de ideas en gente tan apegada á lo propio debe dar lugar á que se fije la atención detenidamente en hecho tan extraño, al que seguramente no son agenas las guarniciones de Gibraltar.

No solamente es preciso respetar la organización que tengan las fuerzas irregulares auxiliares nuestras, sinó que hay que efectuar lo propio con sus costumbres, caracteres, ritos religiosos etc., debiendo fomentarse todo aquello que comprendamos puede redundar en nuestro provecho, pues seguramente no tendremos nunca que arrepentirnos de haberlo efectuado así. Ejemplo de ello nos presentan los sikles pueblo de la India que tan excelentes servicios ha prestado á los ingleses, quienes tienen especial cuidado no solamente de respetar su religión, usos y costumbres sinó de fomentar ciertas ceremonias que practica dicho

pueblo para inspirar el heroismo. Los sikles tienen terminantemente prohibido por su religión volver la espalda al enemigo y entre las ceremonias que su culto les impone se encuentra el bautismo de los adultos: el jóven que se va á iniciar, después de hacer su profesión de fé, bebe un vaso de agua en el cual el sacerdote ha sumergido la punta de la espada de Manuck (1) costumbre muy propia para hacer impresión en el ánimo de los jóvenes y á la cual los ingleses le dan tal importancia, que obligan á todos los reclutas de origen sikho á beber el vaso de agua sagrada antes de admitirlos en el ejército. Esta conducta es digna de ser imitada y, cómo hemos dicho, nunca nos arrepentiremos de ello, pues á los hombres poco ilustrados se les retiene más fácilmente entre las obligaciones de un servicio que le imponemos, cuando se consideran obligados á él moralmente, que cuando se lo exige la fuerza material.

Al poner en práctica este sistema, debemos siempre procurar que los pueblos de que tratamos, no conozcan nunca en nosotros el desprecio ó la risa que nos causen las ceremonias, tal vez ridículas, que ellos tanto respetan, pues uno de los lazos que han de ligarlos á nuestra causa, será el profundo respeto que ha de manifestar por sus creencias desde el General en Jefe hasta el último soldado de nuestro ejército.

* * *

En cuanto á la manera de emplear las fuerzas irregulares que nos facilite un país, puede variar según varíen las circunstancias de la campaña, pero siempre ha de tenerse presente su modo especial de combatir, para aprovechar sus cualidades por completo y no inutilizarlas encomendándoles servicios que no estén acostumbradas á desempeñar.

---

(1) Divinidad india.

Parando mientes, se recordará que en un capítulo anterior hicimos mención de una carta, en que el emperador Napoleón III daba instrucciones al general Forey respecto la conducta que debía observar en la expedición á Méjico; ordenaba á su general, que hiciera representar el papel principal en los combates á las tropas mejicanas auxiliares y aunque este mandato tuviera por objeto ahorrar sangre francesa y hacer recaer una gran parte de la responsabilidad sobre el partido clerical ó conservador, que era el que auxiliaba al ejército francés, reavivando y haciendo nacer ódios inextinguibles y una profunda división entre dicho partido y el nacional ó republicano, existen á nuestro juicio otras razones de más entidad, que abogan en contra de una disposición tal como la que aconsejaba el emperador en su carta. Las tropas auxiliares, ni estarán tan bien organizadas como las nuestras, ni mandadas del mismo modo, ni presentarán igual fuerza de cohesión, ni iguales condiciones militares en el campo de batalla; presentarlas en este, en primera fila, para que luchen con sus compatriotas que reunirán iguales condiciones que ellas, es no tener absoluta seguridad en la victoria á no ser que después de una lucha presenciada con el arma al brazo, intervengan nuestras tropas. Seguramente las acciones de guerra serán mucho más largas y sangrientas de este modo, que si desde luégo acometemos nosotros al enemigo, empleando á nuestros auxiliares en comisiones que desempeñarán mucho mejor que el formar las columnas de ataque en una acción. Esto no quiere decir que en el momento del combate hagamos caso omiso de dichas fuerzas, antes al contrario; pero los cargos que debemos confiarles han de ser auxiliares, tales como movimientos rápidos, envolventes, persecuciones, ataques por retaguardia, escursiones veloces por los flancos, etc., es decir, encargarles todo aquello donde puedan, como repetidamente hemos dicho, aprovechar sus condiciones de movilidad, de ligereza, de astucia, de sobriedad y de conocimiento del país,

encargándonos nosotros de romper con nuestras organizadas fuerzas, con nuestros fusiles y con nuestros cañones, las masas enemigas que nos presentan batalla.

Por lo demás, las misiones que pueden desempeñar dichas fuerzas irregulares son muy complejas. En la guerra de los Ashantis, dos grandes columnas de naturales del país, dirigidas por oficiales ingleses, caminaron por los flancos de la columna principal, resguardando su marcha y llamando la atención del enemigo sobre diversos puntos; en la guerra de Méjico se organizaron contraguerrillas que recorrían los caminos, exploraban los senderos y perseguían á los guerrilleros del ejército nacional, y en Cuba esas mismas contraguerrillas, formadas algunas, en su mayor parte, con desertores de las filas insurrectas, han prestado servicios que sólo puede, apreciar el que las haya visto operar en aquel ingrato clima.

Cuando en el país donde hagamos la guerra, fuera necesario crearnos un partido ó que ya creado nos conviniera unirlo invariablemente á nuestra causa; si necesitáramos provocar una división honda entre nuestros auxiliares y sus compatriotas; si hubiera necesidad de llevar á efecto actos enérgicos de fuerza, ó tuvieramos que efectuar alguna empresa arriesgada y atrevida en que fuera necesario un conocimiento exacto del país, las fuerzas auxiliares serán nombradas para su desempeño, procurando, si hubiere lugar á la elección entre ellas, que lo sean las que menos confianza inspiren en ciertos casos, para ligarlas indefinidamente á nuestra suerte, y destinando en otros, para llevar á cabo la empresa de que se trate, á aquéllas que más fieles nos hayan sido y nos ofrezcan, por lo tanto, más garantías de que desempeñarán su cometido del mejor modo posible.

Siempre que la política adoptada no se oponga á ello, deberemos dejar cierta libertad de acción á las tropas auxiliares, que indudablemente al incendiar y saquear los poblados ó aldeas enemigas, por ejemplo,

no harán otra cosa que emplear los medios de guerra á que están acostumbradas y lograr quizás el único fin que se propusieran al prestarnos su ayuda, pues hay que pensar en no hacer cierta clase de imposiciones á la gente poco ilustrada, para poder exigir otras que más nos convengan.

*
* *

Tratemos ahora de las fuerzas que podamos organizar en un país con los habitantes que individualmente se alistan en nuestras filas.

Estas fuerzas estarán compuestas de voluntarios ó de indivíduos á quienes se obligue á servir durante cierto tiempo ó mientras dure la guerra; ya formando parte de nuestros batallones, ya componiendo cuerpos independientes.

La base de un ejército colonial ha de ser el reclutamiento en la colonia; de este modo se formarán cuerpos compuestos de europeos é indígenas dirigidos é instruidos por oficiales del ejército nacional, que se movilizarán en caso de guerra, combatirán al lado de los batallones que envíe la metrópoli y figurarán en un todo como fuerzas organizadas y regulares del ejército. No es á ellas, por lo tanto, á las que nos hemos de referir; vamos á concretarnos á las fuerzas irregulares que, sobre todo en tiempo de guerra, se organizan, y que con los nombres de guerrillas, contraguerrillas ó cuerpos volantes prestan servicios especiales en campaña.

En otro capítulo dijimos que dejábamos para éste el tratar de la formación de guerrillas ó cuerpos compuestos de naturales del país afectos á nuestra causa. Los grandes elementos de acción que prestan dichas fuerzas no han sido desconocidos por ninguna nación; todas se han apresurado, al tomar posesión de un país ó al comenzar una guerra irregular, á organizar sobre la base de un núcleo de fuerza regular y de oficiales

del ejército, cuerpos compuestos en su mayoría de hijos del país. Ya dijimos al hablar de las guerrillas de batallón, la importancia que tienen estas fuerzas ligeras que á veces operan á gran distancia de las columnas, otras á su lado en combinación con ellas y que al agonizar la guerra son las que le dan el golpe de gracia; pero esta importancia es no preciso exagerarla: bueno es que contemos con las guerrillas como medio auxiliar, pero nunca ha de dárseles tal desarrollo que lleguen á componer exclusivamente el ejército de operaciones sinó queremos sufrir grandes reveses y contratiempos. Del mismo modo debemos huir de la idea de reemplazar con estas guerrillas, en las operaciones de la guerra, á los cuerpos de nuestro ejército, como de exigirles la solidaridad y condiciones de una fuerza regular. La campaña de Cuba nos ha enseñado lo que deben ser las guerrillas organizadas con gente del país y es necesario no olvidar las lecciones que ha enseñado la experiencia. Sabido es que en aquella campaña los enemigos presentaban rara vez la cara para batirse; unas veces molestaban la s columnas desde los espesos cortinajes de verdura que los envolvían, desapareciendo como por encanto cuando nuestros soldados penetraban dentro del monte, y otras, dejando sus caballos en sitio seguro, se parapetaban en la espesura y detenían la marcha de las columnas con un fuego nutrido, desapareciendo también y montando en sus caballos, que los transportaban rápidamente á un punto lejano, cuando nuestras tropas les acometían con decisión. En vista de esta manera de combatir se organizaron las guerrillas cuya historia hemos hecho brevemente en otro lugar.

Estas guerrillas compuestas, en muchos casos, de hijos del país, recogían los caballos que entonces abundaban en la manigua y operaban en igual forma que los insurrectos, abandonando sus cabalgaduras en momentos determinados sin preocuparse de la suerte que pudiera caberles, puesto que con poco trabajo podían

ser reemplazadas. Los servicios que prestaron fueron tan excelentes y de resultados tan positivos, que gran número de insurrectos acosados por los rápidos movimientos de aquellas fuerzas se presentaron á hacer sumisión á nuestra bandera. En vista de esto, con una confianza y buena fé española, se dió entrada en las guerrillas á todos los que quisieran, ya procedieran de nuestro campo, ya del enemigo, organizándolas de tal modo, que cada guerrillero gozaba un haber de treinta pesos en oro mensuales, ración de pienso y etapa y un caballo facilitado por el Estado en las guerrillas montadas: además se concedieron empleos de *guerrillas* á paisanos y á clases del ejército que desempeñaban en él empleos inferiores. De este modo llegaron á crearse intereses respetables y un estado de cosas tal, que las guerrillas no vinieron á ser más que batallones compuestos de igual ó mayor número de plazas que los regulares, que costaban al estado tres veces más que éstos, y en los que existían oficiales y clases del instituto especial de *guerrillas* que á cada momento solicitaban ser declarados *de ejército*.

Es necesario, por lo tanto, no encaminar la organización de las guerrillas hacia este término y pensar siempre que no deben ni pueden reemplazar á los cuerpos de infantería y caballería en el campo de batalla, ni exigirles nunca la cohesión que ellos necesitan, pues, además de otras muchas razones, su manera de ser especial no permite que se las coloque al nivel de los demás cuerpos en los asuntos administrativos y de régimen interior: al crearlas es necesario inspirarse en la idea de que la destrucción de una guerrilla por el enemigo, no cause grandes pérdidas materiales al Erario como sucedería, por ejemplo, si éste comprase los caballos que hubieran de montar los guerrilleros.

El sistema de batirse de los guerrilleros indígenas será idéntico al de nuestros enemigos, y podrán llegar casos en que las circunstancias aconsejen la momentánea dispersión de la guerrilla: en vista de esto, será

conveniente que exista en cada una, un núcleo de fuerza del ejército, que conteniendo en parte al enemigo, impida las fatales consecuencias de una activa persecución sobre los dispersos. Estos núcleos de fuerza regular, aunque á primera vista parece que están destinados á sacrificarse para que sus compañeros de guerrilla se salven, no tendrán esa misión, regularmente, puesto que no han de hacer más que ordenar en lo posible la retirada, para que no se convierta en atroz carnicería y los que conocen las guerras irregulares comprenderán perfectamente, que ante bandas enemigas, las más de las veces indisciplinadas y sin unidad de acción, no es difícil efectuar retiradas ordenadas atravesando grandes extensiones de terreno.

Esta unión, de naturales del país con soldados de nuestro ejército, produce siempre muy buenos resultados y no comprendemos cómo en los Estados Unidos, en cuyo ejército permanente figuran varias guerrillas indias, existe una ley de organización militar, en la que se previene que sean expulsados de las reservas indias los colonos que en ellas se introduzcan.

El número de hombres que compongan cada guerrilla no ha de ser excesivo, porque dañaría mucho á sus condiciones de movilidad y ligereza, é impediría efectuar esos movimientos ocultos para el enemigo, que tan favorables nos pueden ser y de los que tanto partido se puede sacar. Creemos que, así como las de batallón, cada guerrilla volante ha de estar compuesta, á lo sumo, de cien hombres, y de éstos una cuarta parte pertenecer á las fuerzas regulares europeas ó indígenas.

El carácter español es tan á propósito para la clase de guerra que hacen las guerrillas, que en nuestro ejército, mejor que en ningún otro, debe seguirse en absoluto la máxima de que los mandos de guerrillas y las plazas de oficiales en ellas sean siempre desempeñadas por oficiales del ejército. Esto, aparte de la conveniencia de que dichas fuerzas vayan bien dirigidas,

ejecuten actos que sólo la inteligencia de personas ilustradas puede apreciar y puedan siempre saber desempeñar las misiones que se les confíen, tiene la ventaja de no crear intereses personales extraños al ejército, que concluida la guerra serán dignos de respeto, produciéndose un embarazo que á la corta ó á la larga casi siempre se terminará dando entrada en las filas del ejército á los oficiales de guerrillas que se hubiesen distinguido ó que reunan ciertas y determinadas condiciones. Asimismo, si es posible, las clases de sargentos y cabos que prestan sus servicios en dichas fuerzas, han de pertenecer al ejército, á no ser que las condiciones especiales de los guerrilleros obliguen á que, como medida política, se les dé acceso á dichas clases, si bien siempre con la condición expresa de que sus nombramientos no les dará nunca derecho para ingresar en el ejército con los empleos que ejercen en las guerrillas.

Estas fuerzas estarán repartidas, según las necesidades y exigencias de la guerra, en las distintas localidades, á las órdenes de los jefes de zona, de brigada y de columna, y la administración de ellas será desempeñada por sus capitanes, bajo la inmediata vigilancia del jefe superior de quienes dependan. Dichos capitanes, jefes de guerrilla, tendrán atribuciones para aceptar el enganche de los indivíduos que deseen servir á sus órdenes, hasta completar el número reglamentario, dando cuenta al jefe superior para que éste expida el nombramiento de cada guerrillero.

Tal vez existirán entre los naturales del país personas influyentes, que por su capacidad, inteligencia y amor á nuestra causa, pudieran prestarnos eminentes servicios al frente de partidas ó guerrillas organizadas por ellos, y como nunca debemos despreciar cualquier ayuda que el país nos preste, por pequeña que parezca, será conveniente, á pesar de lo que hemos dicho, autorizarles para levantar tropas y formar guerrillas, fomentando tan buenas disposiciones, facilitándoles

cuantos elementos podamos, pagando los haberes de sus guerrilleros, señalándoles buenos sueldos, dándoles cruces y condecoraciones y, aun en último extremo, concediéndoles el uso de insignias militares de las que tan deseosos se suelen mostrar, si bien siempre con la precisa condición de que los cargos que desempeñen y uniforme que lleven, no les dé ningún derecho á ser declarados oficiales del ejército regular.

* * *

Las guerrillas de que hablamos suelen llamarse volantes por oposición á las que reciben el nombre de locales, que son las que se organizan en los pueblos ó aldeas con el objeto de atender á su custodia y defensa. Tales guerrillas, cuya organización es idéntica á la de las primeras, son más fáciles de formar porque es menos violento para los naturales del país constituir fuerzas guardianas de sus mismos intereses, que alistarse para seguir á las columnas de operaciones ó á donde las peripecias de la guerra les conduzcan. Regularmente los guerrilleros tendrán sus familias en el mismo poblado que hayan de defender, y esto es un incentivo para los que duden entre someterse á nuestra autoridad ó seguir la vida errante que lleven nuestros enemigos.

Las guerrillas locales, pueden estar mandadas por hombres del país que tengan alguna influencia y prestigio en la localidad, siempre que podamos contar con ellos en todos casos, y el servicio que hayan de prestar podrá señalárseles según las circunstancias de la guerra y la mayor ó menor proximidad del enemigo. Desde luégo tendrán la obligación de recorrer la localidad, sin que se les obligue á salir de ella á no ser en casos determinados y especiales que no deben constituir regla de conducta, observar y examinar los rastros, adquirir noticias de las partidas ó bandas contrarias, y, por último, facilitar indivíduos para la conducción de pliegos ó partes desde sus pueblos á los inmediatos.

A pesar de organizar de este modo las guerrillas

locales y de ponerlas bajo la vigilancia de los jefes de destacamento, no debemos exagerar el servicio que presten, pues no hemos de pretender que los habitantes de los pueblos enemigos nos sean muy afectos de repente; por esto, si queremos que en momentos críticos las guerrillas locales puedan servir para defender con energía las poblaciones, único servicio que quizás llenen cumplidamente, es preciso hacer de modo que los guerrilleros se creen intereses á nuestra sombra, para que al atacarnos el enemigo no vacilen en ponerse á nuestro lado y defender lo propio.

Si no hubiese gran confianza en la gente del país bueno será que los armamentos de las guerrillas estén recogidos en el fuerte ó casa alojamiento de la guarnición ó destacamento del ejército, si el pueblo estuviera ocupado, cuyos armamentos no se entregarán á los guerrilleros sinó cuando tuvieran que desempeñar algún servicio ó cuando se tratara de la defensa del poblado.

Las guerrillas locales serán socorridas y atendidas por los jefes de los destacamentos y sólo cuando no lo hubiere en algún poblado podrán los capitanes de ellas administrarlas, si bien se comprenden los abusos á que puede dar lugar un sistema semejante, y los disgustos y consecuencias desagradables, que no es difícil se originen, cuando dichos capitanes no procedan con entera equidad y justicia en la administración de sus subordinados.

Nada en absoluto puede decirse respecto la conveniencia ó inconveniencia de las guerrillas tanto volantes como locales. En la guerra de Cuba, tuvieron orígen en la necesidad que hubo de dar alguna ocupación á los insurrectos que se nos presentaban, gente poco aficionada al trabajo, y aunque algunas dieron fatales resultados, por las deserciones al enemigo con armas y municiones de muchos de sus guerrilleros, otras han sido modelos de fuerzas sufridas y disciplinadas, habiendo llevado á cabo, ellas solas, más encuentros con el enemigo, que ninguna columna del ejército; no porque

estas fueran inactivas ó ineficaces para la persecución, sinó porque no necesitando las raciones que ellas, y arrostrando mejor la inclemencia del clima, podían las guerrillas efectuar operaciones que duraban mucho tiempo sin tener necesidad de recalar en los almacenes de víveres, y porque empleaban el mismo sistema de guerrear que las bandas insurrectas. Por esto, repetimos, las guerrillas podrán dar muy bueno ó muy mal resultado, según la índole de la gente que en ellas se aliste y, sobre todo, según la manera que tengamos de tratar y de atraernos á los guerrilleros.

Los franceses, en la Argelia, en vez de crear guerrillas sueltas, basadas en el alistamiento de la gente del país, han organizado cuerpos análogos á los de su ejército formando regimientos de infantería y de caballería en los que figuran ciertos elementos franceses. En los regimientos de tiradores argelinos, los capitanes comandantes de compañía son franceses, lo mismo que los sargentos primeros y los furrieles, y en cuanto á los subalternos han de estar en la proporción de uno francés y otro indígena. Esta organización fué ligeramente variada el año 1873 disponiéndose que los oficiales indígenas pudieran mandar compañía siempre que procedieran de la escuela militar de Saint-Cyr, lo cual los iguala á los oficiales del ejército nacional. En los regimientos de spahis, á excepción de los soldados distinguidos y ordenanzas de oficiales, que son franceses, y empleos de la Plana Mayor, que tienen que ser servidos por indígenas, todos los demás cargos tanto de oficiales como de tropa pueden serlos indistintamente por franceses ó indígenas. Estos cuerpos son fuerzas que podemos considerar como regulares en razón á la organización que poseen, pues en los regimientos de spahis los 15 caballos de oficiales y 289 de tropa que tienen de dotación por escuadrón, son facilitados y sostenidos por el Estado, del mismo modo que en otro cualquier regimiento de caballería.

*
* *

El servicio que presten las fuerzas irregulares que nos auxilien, ha de ser muy vigilado, pues aunque tengamos pruebas repetidas de la fidelidad de ellas, nadie nos asegurará que no existan indivíduos que nos odien con todo su corazón y que estén vendidos al enemigo; por esto, las misiones que se encomienden á dichas fuerzas serán movimientos aislados hasta cierto punto, no dejándoles nunca conocer los objetos de las marchas ú operaciones que se efectúen, encargando muy especialmente á los capitanes de aquéllas que las vigilen contínuamente para proceder á la separación inmediata de los indivíduos que nos fueran descaradamente hostiles. Sobre todo, en los movimientos ocultos y secretos que pretendamos efectuar, es preciso vigilar á las referidas fuerzas y castigar con mano fuerte la menor sombra de traición que descubramos, no olvidando que de mil modos puede un traidor que marche á nuestro lado comunicarse con el enemigo, ya sea por medio de ciertos actos ó por señales conocidas de antemano. En Cuba una columna fué sorprendida por el enemigo, al que trataba de sorprender, merced á ciertos avisos que algún guerrillero traidor dejó en los árboles que se encontraron en el trascurso de la marcha: en la guerra de Argelia algunos *gums* se quedaban algo rezagados de las columnas francesas é iban encendiendo hogueras que, sirviendo de señales, motivaron poder encontrar nunca al enemigo, hasta que se descubrió el hecho, dejando á retaguardia una emboscada: en la última guerra del Afghanistan una columna verificaba un movimiento envolvente por el desfiladero de Peïwar cuando dos soldados de un regimiento indígena dispararon dos tiros que pusieron en alerta á los afghanos é hicieron fracasar el movimiento.

Multitud de hechos podrían citarse, además de los anteriores, que comprobarían la conveniencia de las recomendaciones que hemos apuntado, por más de que no hay necesidad de citar ninguno, pues la razón natural nos hace ver que pueden existir hombres que no

teman arriesgar su vida con tal de poder prestar algún servicio á sus compatriotas y á su patria. El sentimiento que nos animaba á nosotros, los españoles, cuando contemplábamos nuestro suelo pisado por extranjeros con las armas en la mano, seguramente animará los corazones de algunos habitantes de toda nación por poco ilustrada que sea, al contemplar su patria invadida, sus hogares deshechos, y sus altares derribados, no siendo un pueblo en que la licencia, el vicio y la desmoralización hayan borrado los santos sentimientos de independencia.



Parece al pronto que se tropezará con graves inconvenientes al emplear en la guerra los contingentes que podamos sacar de un país llevándolos á otro; pero esto, presentará mayores ventajas, aparte de la incomodidad de los transportes, que obligar á los naturales de un territorio á batirse en contra de sus hermanos. Al verse en paises desconocidos, unos hombres que no sabrán ni podrán volver al suyo sin nuestro auxilio, se identificarán con nosotros y podremos, por lo tanto, aprovechar sus excelentes condiciones de sobriedad y de salud en climas quizás perjudiciales para nuestros soldados, sobre todo si tenemos un especial cuidado de atender á su buena organización dándoles jefes propios y recompensando con largueza sus servicios.

Los franceses llevaron á Méjico, no solamente voluntarios enganchados en la Martinica y tiradores argelinos, sinó hasta un nutrido batallón de egipcios, á propósito de los cuales se expresa el autor de la historia de aquella expedición del modo siguiente:

«Durante la travesía (1) siete hombres murieron á

(1) Desde Alejandría á Veracruz. Estos desgraciados negros del Sudán, fueron puestos á disposición del emperador Napoleón III por el virrey de Egipto á petición del primero, y embarcados secretamente de noche en el antedicho puerto de Alejandría sin que ellos supieran el lugar de su destino.

consecuencia de enfermedades del pecho y de fiebres tifoideas. Además fallecieron quince, poco después de su desembarco, y se temió por un momento que no estuvieran exentos de las influencias perniciosas de los paises cálidos.

»Era imposible hacerse entender de ellos y no se sabía cómo utilizarlos; más tarde algunos intérpretes elegidos en el batallón de tiradores argelinos llegaron á entender su idioma; cuando se supo conocer sus necesidades, cuidar sus dolencias y sacar partido de sus aptitudes, aquellos soldados negros se disciplinaron, se aclimataron rápidamente y prestaron grandes servicios en los puntos donde las tropas francesas enfermaban y morían en pocos días. Enérgicos y valientes en el fuego, se les podía poner sin temor frente de las guerrillas que no cesaban de recorrer el país, espiando la ocasión de poder sorprender un convoy débilmente custodiado ó un pequeño destacamento.»

Se comprende por esta relación que si los egipcios hubieran llegado á Méjico organizados como es debido, con jefes propios ó que supieran entenderlos y mandarlos, hubieran podido aprovecharse desde el principio las excelentes cualidades que poseian y que por algún tiempo fueron inapreciadas.

El general Sir Garnet Wolseley, en un meditado escrito, ha puesto en evidencia lo mucho que Inglaterra puede esperar de las fuerzas indígenas de la India, aun en el caso de una guerra europea y sin tener que citar el rápido movimiento envolvente llevado á cabo por la caballería india en Egipto, ni la sobriedad y resistencia de las tropas que tan brillantemente dieron cima á la guerra de Abisinia, puede asegurarse que rara vez producirá mal resultado hacer la guerra con elementos no europeos, sobre todo si con tacto y procedimientos políticos hacemos que se interesen por nuestra causa.

Tratemos ahora de otros elementos de fuerza que pueden existir en una colonia ó país sometido definitivamente.

Las ciudades, pueblos y poblaciones rurales, en caso de guerra ó en tiempo de paz para su seguridad en las contingencias que puedan ocurrir, no es difícil que quieran armarse y aun, si entrase en las miras del Gobierno, podrá exigírseles que lo hagan, y en la imposibilidad de dejar que estas fuerzas se organicen á su modo, con lo que vendrían á ser quizás elementos perturbadores é inconvenientes en la colonia, es preciso estudiar la manera de que presten verdaderos servicios aliviando al ejército de la obligación de dar grandes guarniciones y destacamentos y permitiendo dedicarlo exclusivamente á las operaciones activas de la guerra.

No hemos de tratar de la organización militar de una colonia, ni del establecimiento de milicias que á semejanza de las del Canadá constituyan el ejército colonial, nuestro objeto es examinar lo que debe hacerse para aprovechar los laudables esfuerzos de un vecindario que adquiere armas y se presta á contribuir á la pacificación, á la conquista ó la terminación de la guerra que por cualquier causa exista en la Colonia.

Desde luégo es preciso prescindir por completo de que estos elementos formen parte de las columnas de operaciones, á no ser en casos muy especiales y apurados y cuando de otras fuerzas no sea dable disponer, pues aparte de que no tenemos derecho para arrancar á los ciudadanos de sus casas y obligarles á dejar abandonados sus intereses, las funciones de guerra desempeñadas por hombres que no tienen ni la instrucción, ni la organización, ni la profesión propia para ella, no darán seguramente buenos resultados.

Muy debatida ha sido la teoría de reemplazar en un momento determinado, las fuerzas permanentes del ejército con otras formadas por voluntarios, y hasta algunas escuelas defienden la utopia de que es posible basar el sistema militar de una nación en los cuerpos

voluntarios, en los ciudadanos que llenos de entusiasmo y de fé abandonen sus ocupaciones cuando la patria peligre y empuñen el fusíl para defenderla; pero este sistema traería, por desgracia, funestas consecuencias.

No hemos de presentar ninguno de los muchos argumentos que pueden citarse en apoyo de lo que acabamos de decir, porque están en la conciencia de todos los que conozcan lo que se necesita para formar de un ciudadano un soldado; sólo vamos á citar hechos que precisamente por la época y lugar en que ocurrieron, dicen lo suficiente para que no se pueda pensar en confiar la defensa de un país á esas masas armadas que se llaman voluntarios.

Habían transcurrido diez y nueve años desde el 1783, fecha de la paz gloriosa que aseguró la independencia de los Estados-Unidos. Los ejércitos veteranos y aguerridos que dirigieron Lafayette y Washington ya no existían, y habían sido reemplazados por milicias jóvenes é inexpertas, cuando Inglaterra, celosa de los progresos rápidos que hacían sus antiguas colonias en el camino de la prosperidad, no perdonó medios para vejarlas y ultrajarlas de tal modo que, á pesar de que una larga paz había borrado los hábitos militares y enfriado el ardiente entusiasmo de la época de la Revolución, la representación nacional de la nueva nación cansada, de sufrir la insolencia intolerable de la Gran Bretaña, le declaró la guerra en 1812.

El entusiasmo por la defensa de la nueva y jóven patria hizo gran número de prosélitos; se organizaron grandes cuerpos de voluntarios y, como la Constitución ordenaba, tomaron las armas las milicias y se prepararon para la defensa. Aquellos entusiastas ciudadanos tuvieron que combatir en la frontera del Canadá contra un ejército compacto y aguerrido en las campañas europeas y contra numerosas bandas de indios que hicieron causa común con los ingleses.

La primer parte de la campaña fué desastrosa para las milicias y voluntarios americanos, hasta que la des-

gracia les hizo aprender y se transformaron en militares aguerridos y batallones acostumbrados á la guerra, después de dos años de lucha.

Esto nos hace ver lo que tardan los voluntarios en adquirir condiciones propias para batirse en los campos de batalla y como ejemplo de lo que puede esperarse de ellos, aunque ardan en santo entusiasmo por la defensa de la patria, como sucedía á los voluntarios norteamericanos; vamos á referir dos hechos, que entre los muchos originales que ocurrieron en la campaña que acabamos de mencionar, son dignos de ser conocidos, dado el entusiasmo que siempre se ha de suponer en el que empuña las armas voluntariamente.

Declarada la guerra, el Gobierno de los Estados-Unidos decidió la formación de un numeroso cuerpo de ejército que, á las órdenes del General Van-Reusslaer, intentara la invasión del Canadá atravesando el río de san Lorenzo; pero este proyecto fué desechado por la oposición de los gobernadores de Massachusset, de Newhampshire y de Connecticut, á que las milicias de estos Estados marcharan á cumplimentar las órdenes del presidente de la República, fundándose en que, según la Constitución, correspondía á ellos juzgar sobre la urgencia de movilizar las milicias, sobre todo en una guerra ofensiva, y, como eran poco partidarios de la guerra, no quisieron ceder ni un ápice en sus privilegios. Sin embargo, llegóse á formar una respetable expedición que, á las órdenes del citado general Van-Reusslaer, se dirigió á atacar la posición inglesa de Queenstown situada á la orilla izquierda del río.

La primera columna que se hizo trasbordar, bajo los fuegos ingleses, á dicha orilla, después de heróicos trabajos y de haber sido rechazada varias veces, conquistó las posiciones inglesas y rechazó á sus enemigos con sin igual bravura, dejando muerto en el campo de batalla al general inglés Brock. Apresuradamente construyeron los ingleses varios atrincheramientos para rechazar á los considerables refuerzos que llegaban á sus

enemigos, en vista de lo cual el general Van-Reusslaer ordenó á las tropas que aún estaban en la orilla derecha del río, que apresuraran su embarque y acudieran rápidamente en socorro de sus compañeros; pero ¡cuál no sería su admiración al escuchar que se negaban decididamente á embarcarse, fundándose en que la Constitución les ordenaba no pasar la frontera! El autor de la historia de esta campaña al hablar de sus compatriotas se expresa del siguiente modo: «....los mismos que pocos días antes manifestaban tanta impaciencia por marchar al combate, fundándose luégo en sus privilegios constitucionales, fueron pasivos espectadores de las sangrientas escenas en las que sus conciudadanos estaban comprometidos, permaneciendo sordos á las órdenes y ruegos que les fueron dirigidos. Su belicoso ardor se había enfriado rápidamente sólo á la vista de los combates que antes deseaban con tan atronadores gritos.»

Inútil nos parece decir que la columna que atravesó el río fué destrozada, deshecha y prisionera.

Otro hecho notable ocurrió en la misma campaña que, á pesar de ser norte-americano el autor antedicho, relata del siguiente modo: «Mientras estas cosas sucedían en el ejército del general Harrison, otras operaciones dignas de tener en cuenta se verificaron dirigidas por diferentes jefes, en la parte mas occidental del territorio Hemos dicho que los servicios que ofrecieron varias compañías de voluntarios no pudieron ser aceptados por carecer el Gobierno de los pertrechos y provisiones necesarias para mantenerlos en pié de guerra; pero el espíritu militar estaba excitado hasta tal punto, que dichos voluntarios no pudieron permanecer inactivos y en número de cuatro mil hombres casi todos á caballo, habiendo obtenido la autorización del venerable Shelby gobernador de Kentucky, se reunieron en el fuerte Vincennes, sobre el río Wabash llevando á su cabeza al general Hopkins. Esta expedición, la más formidable que hasta entonces había penetrado en el te-

rritorio de los Indios, marchó al fuerte Harrinson el 10 de Octubre. El 14 atravesó el Wabash para ir á atacar las aldeas de los Kickapoos y de los Peorias distantes las primeras 80 millas y 120 las segundas. El camino pasaba por enmedio de ricas praderas naturales donde la yerba hacía la marcha fatigosa. Por esto el descontento y los murmullos no tardaron en aparecer entre aquella tropa, que no reconocía ni jefes ni subordinación. Cada uno pretendía hacer su propia voluntad y nada bueno podía esperarse de una tal multitud que ningún lazo común retenía.»

«Apenas habían hecho cuatro días de marcha cuando pidieron á voz en grito retroceder, y un mayor, que es inútil nombrar aquí, tuvo la osadía de acercarse al General y ordenarle perentoriamente la retirada. Se había esparcido el rumor de que los guías no conocían el país y que llevaban una falsa dirección. Por último, habiéndose prendido fuego, por casualidad, á las yerbas, que secas por el otoño eran muy combustibles, el viento propagó de tal modo el incendio, que sólo á duras penas pudo salvarse el campamento; este acontecimiento llevó á su colmo la desanimación. Al siguiente día se reunió un consejo de guerra, y el general viendo las malas disposiciones del ejército ó más bien muchedumbre desorganizada, que mandaba, propuso marchar contra las aldeas indias con mil quinientos hombres solamente, si este número de voluntarios se prestaba á ello y enviar el resto de la columna al fuerte Harrinson. Cuando esta proposición se hizo á las tropas, habían éstas perdido su confianza en el General de tal modo, que ni un solo hombre se ofreció para acompañarle. El General suplicó que se le obedeciese aún por un solo día y como sus soldados parecían consentir en ello, ordenó la marcha hacia adelante, pero en lugar de seguirle todos, los voluntarios tomaron la dirección opuesta. El General viendo de este modo su autoridad desconocida se vió obligado á emprender igualmente el camino del fuerte Harrinson.»

Por lo general éste es el resultado que dan siempre las muchedumbres armadas y como no es posible exigir á quien por su propia voluntad compra su armamento y abandona sus negocios, que observe estrictamente los principios militares á que debe estar sujeto toda fuerza armada, creemos que siempre que podamos disponer de fuerzas del ejército regular ó irregular, no deberemos emplear á los voluntarios en otra cosa que en guardar sus propios intereses.

Los cuerpos de voluntarios en la Isla de Cuba han tenido tantos detractores como encomiadores; según unos, han formado en la Isla un partido armado que repetidas veces se ha impuesto á los capitanes generales y han dificultado en extremo el mando de aquella provincia; según otros, á ellos se les debe que la bandera española tremole aún en aquellas tierras.

No vamos á analizar asunto tan espinoso para averiguar quienes tengan razón, sólo queremos consignar, porque el hecho ha pasado á nuestra vista, que los voluntarios rurales ó que pertenecían á poblaciones pequeñas ó aldeas, han dado mejor resultado en las empresas que á su cargo, se confiaban, que los de los grandes centros de población, sin que pretendamos averiguar la causa de ello.

Por lo tanto, cuando el elemento civil de una colonia ó país en el que se haga la guerra, quiera contribuir personalmente á las fatigas que la guerra impone, no deberemos despreciar su ayuda, pero será preciso organizar los cuerpos que se formen y encomendarles exclusivamente la defensa de las localidades en que habiten.

Para este caso habrá de pensarse en la manera de armar á todos los hombres, que siendo reconocidamente fieles á nuestra causa se presten á ello, aunque por lo común tanto los armamentos como los uniformes y todo cuanto necesiten será adquirido por su cuenta. Será conveniente, al tratar de organizar estas fuerzas; agruparlas de modo que un mismo batallón ó sección

esté reunido, y aun dentro de cada cuerpo, que las primeras compañías sean las de la ciudad y las restantes las que formen los voluntarios rurales; los armamentos, podrán tenerlos en su poder sus dueños, ó depositados en un mismo punto los de cada cuerpo ó compañía, pudiendo ordenarse también que los tengan depositados los voluntarios de la ciudad, y en su poder los rurales. Los mandos que entre los voluntarios se ejerzan han de ser por elección entre ellos mismos y será conveniente destinar á cada cuerpo un oficial que ejerza las funciones de ayudante y aun varios sargentos ó cabos para que desempeñen las de furrieles.

Establecidas y determinadas con minuciosidad las bases sobre las cuales hayan de organizarse los cuerpos de voluntarios, se dejará á la iniciativa particular el que se formen éstos, y se elijan clases, oficiales y jefes, facilitando en lo posible la adquisición de armamentos y municiones y demás efectos de guerra que puedan necesitar.

Podrá suceder que, en razón á las contingencias de la guerra, se reunan oficiales ó jefes del ejército con otros de igual graduación de voluntarios, y aunque no creemos que exista ningún género de duda en que los pertenecientes al ejército, por más de que su graduación sea inferior á la de los voluntarios, sean los que reasuman el mando y los responsables de cuanto ocurriera, queremos hacerlo notar aquí como de paso, pues habiendo existido órdenes en la isla de Cuba, en virtud de las cuales, al juntarse fuerzas de distintas procedencias tomaba el mando de ellas el jefe más caracterizado, cualquiera que fuese el instituto á que perteneciese, es preciso hacer presente que dichas órdenes debieron obedecer á algún fin político desconocido por la mayoría de los jefes y oficiales del ejército, pero de ninguna manera creemos que como principio deba seguirse en todos casos.

Esto, pensamos que la razón natural lo dicta. Al reunirse, por ejemplo, fuerzas del ejército, de volunta-

rios y de bomberos (1); aunque los primeros los mande un alférez y las otras dos un coronel, es preciso tener en cuenta que esta graduación le ha sido conferida de repente á un hombre que ignora por completo las leyes y costumbres militares, que no sabe lo que es responsabilidad, y que entenderá seguramente más de los asuntos propios de su profesión, que de la dirección y mando de los hombres que estén á sus órdenes; así es, que un alférez reunirá seguramente más condiciones militares que aquéllos para dirigir una fuerza armada por numerosa que sea, y en cuanto á la anomalía que aparece á primera vista de que un coronel con insignias de tal esté á las órdenes de un alférez, no existe, pues aquel coronel no es más que un hombre que por su influencia ó prestigio ha sido elegido entre muchos paisanos para que los dirija; el mal está, verdaderamente, en dejar llevar á los oficiales de voluntarios insignias iguales á las que usa el ejército y por más de que siempre sucede que el ideal del oficial de voluntarios es el llevar un uniforme parecido al de ejército y unas insignias iguales á las suyas, debemos siempre evitar que esto suceda, no sólo por las anomalías que parecerán existir al ver jefes mandados por oficiales, sinó para no dar el más pequeño fundamento á las pretensiones, una vez concluida la guerra, de que en premio á servicios distinguidos, puedan ser declarados de ejército los empleos de voluntarios.

(1) Institución que existe en la isla de Cuba análoga á los voluntarios.

CAPÍTULO X.

Consideraciones sobre el vestuario.—Vestuario y equipo de las tropas de á pié.—Armamento.—Vestuario, equipo y montura de las tropas de á caballo.—Tiendas.—Disposiciones adoptadas en algunas campañas.

El vestuario del soldado debe estar en completa armonía con el clima del país donde tenga que operar, aunque por regla general ha de ser ligero, sencillo y á propósito para todos los casos que puedan ocurrir. Creemos conveniente prescindir absolutamente, por lo menos en los ejércitos que fuera de la metrópoli sostienen una guerra, de las prendas que no tengan otro objeto sinó la visualidad, y que sin proporcionar á quien las lleva ventaja alguna, sólo sirven para fatigarle é incomodarle.

Aparte de las obligaciones morales que un gobierno tiene con los hombres armados que dejan sus trabajos, sus ocupaciones y sus hogares para defender la integridad ó el honor de la patria, existen razones materiales de gran peso para que se haga un esfuerzo y, hasta si fuere necesario, un sacrificio, con el objeto de que dichos hombres no carezcan de las cosas de primera necesidad, entre las que se encuentra el vestido. En la campaña del Afghanistan los ingleses han hecho operar en invierno á los soldados naturales de la India, con trajes de verano, sin facilitarles siquiera el *postheen,* especie de vesta larga de piel forrada de lana, prenda reglamentaria para las tropas que ocupan la frontera

del Punjab, y como los fríos castigaron tan rudamente al ejército inglés, que nunca creyó se alargara tanto la campaña, tuvieron que resistir aquellos desgraciados indígenas, vestidos con las telas ligeras que se usan en la India, una temperatura que llegó á bajar á—12° centígrados y que los diezmó, pagando con sus vidas el abandono del gobierno inglés que, por ello, se vió privado de un contingente respetable.

Así como una junta de jefes de sanidad y administración militar, debe señalar los alimentos que hayan de constituir la ración diaria y la alimentación general, así creemos debe estudiarse y señalarse el traje que se haya de adoptar, no ya para cada guerra en particular, sinó para las que tengan lugar en determinados climas.

Una vez elegidas las prendas de vestuario, creemos también muy recomendable que en el momento de entrar en campaña, todas ellas sean nuevas, porque esto será una garantía de que durante algún tiempo los soldados no las llevarán destrozadas.

El tiempo reglamentario de la duración de dichas prendas se determinará después de un detenido y profundo conocimiento de las condiciones de la campaña que se ha de emprender, clase de trabajos á que los soldados han de estar sujetos, y género de vida que han de llevar, pues no son raros los casos de creerse que algunas prendas pueden tener un cierto tiempo de duración y las especiales condiciones de la guerra venir luégo á demostrar que se deterioran mucho antes de terminar el tiempo reglamentario. Esto sucede con frecuencia con las prendas que se usan en los países cálidos por la especialidad de las telas con que se construyen. Tal inconveniente se obviaría, aumentando el haber del soldado y declarando prendas menores, las mayores que por su constante uso estén más expuestas á deteriorarse antes de las épocas de duración marcadas, ó autorizando á los jefes de los cuerpos, para que mediante un expediente que se forme, declaren inútiles

las prendas que no estén en buen estado de servicio, siendo abonado por el Estado el importe de otras nuevas sin marcar tiempo reglamentario de duración.

Nada diremos de las condiciones que han de llenar las prendas de vestuario de un ejército que haya de operar en climas fríos, puesto que todos los de Europa están preparados para vivir en tales climas; pero en los cálidos, el vestuario y, si se pudiera en algunos casos, el armamento, deben variar por completo.

Desde luégo es recomendable el uso de las telas de algodón en aquellas prendas que, como la camisa y los calzoncillos, hayan de estar sobre la piel, puesto que el hilo condensa con facilidad el sudor y da lugar á sensaciones desagradables, síntomas de enfriamientos rápidos que conviene á toda costa evitar: también es conveniente usar constantemente camisetas de punto de algodón, aun cuando se opere en climas excesivamente cálidos, por más que al principio de usarla, sinó hay costumbre de ello, cause alguna molestia, porque ésta desaparecerá á los pocos días y se logrará evitar muchas enfermedades.

*
* *

El traje del soldado de Infantería, debe ser ligero y ancho y su color no es del todo indiferente; algunos opinan que sea oscuro para que pueda confundirse con el color de las piedras, troncos ó tierras del campo cuando los soldados se dediquen á escaramuzas, sorpresas, emboscadas y demás combates que tienen lugar en las guerras irregulares; pero á pesar de lo respetable de esta opinión y de los inconvenientes que tiene el traje blanco en los combates, creemos que los soldados que tengan que operar en un país donde el sol sea ardiente y queme, donde hayan de estar expuestos á su acción abrasadora jornadas enteras, y donde las arenas, las piedras ó las altas yerbas reflejen el calor solar, deben llevar ropas de colores claros, para que el calor no

sea absorvido por ellas, sinó reflejado, con lo que se encontrará gran alivio durante una marcha penosa.

Dicho traje se compondrá de pantalón y una prenda de cuerpo que puede variar desde la blusa cerrada, ancha, sujeta con un cinturón, hasta la blusa abierta y corta. En la Isla de Cuba se usa una prenda llamada *mambisa* que es una especie de blusa muy corta y bastante ancha para que el aire penetre por entre ella y el cuerpo, está llena de bolsillos alrededor de su parte inferior ó mejor dicho, existe un bolsillo único, grande y contínuo que rodea toda la cintura y que está dividido en varios, por botones con ojales que permiten hacer bolsillos de diversas magnitudes; sin embargo, como dicha prenda es muy corta, no puede introducirse dentro del pantalón para resguardar el vientre del frio y de la humedad, condición importantísima y de necesidad absoluta, que podría cumplirse adoptando como reglamentario el cinturón ancho de franela.

Se puede también, tomando la idea de la mambisa, adoptar una especie de chaquetón largo, lleno de bolsillos, que se abroche por delante y que deje salir por aberturas hechas á propósito los mangos de los sables, machetes, bayonetas ó armas blancas que se lleven.

La blusa ancha, de grandes pliegues, es muy cómoda y el cinturón con que se sujeta permite la colocación de la canana al descubierto; esta blusa puede introducirse dentro del pantalón sin que moleste cuando haya de hacerse uso de las armas que se lleven en la cintura y no vacilaríamos en decír que entre todas las prendas de cuerpo es la que mejores condiciones reune, sinó creyéramos que la adopción de la prenda más conveniente ha de ser hecha teniendo en cuenta la que los naturales del país donde se opere usen, si la tienen en alguna forma, porque seguramente será la que más convenga en aquella localidad.

Los pantalones serán anchos y holgados; estarán construidos de manera que no se abrochen ni aten encima del vientre y lo suficientemente largos para que

puedan meterse dentro de las botas altas de cuero cuando los soldados las llevan. Se construirán de telas que tengan alguna consistencia y deberá existir en todos los almacenes ó depósitos de los batallones, piezas de la misma tela, que se facilitarán á los soldados para que puedan echar refuerzos á sus pantalones cuando los necesiten.

Es utilísimo para el sostenimiento de la salud de las tropas y para evitar muchas enfermedades, tales como los cólicos, la diarrea, los principios de disentería y los dolores reumáticos, que cada soldado posea un cinto de franela ó faja de lana, ya reglamentario en algunos ejércitos, pues es prenda necesaria sobre todo para dormir en los campamentos cuando no existen tiendas, hamacas ni hules.

En algunas localidades, es imposible operar con polainas, pues la humedad unida á la poca transpiración que permiten á las piernas, llegan á producir úlceras de curación larga y difícil que no tardan en llevar al paciente al hospital; por esto habrá ocasiones en que sea necesario prescindir de las polainas en la infantería y sólo cuando las condiciones del país lo permitan podrán designarse como prenda reglamentaria, si bien es necesario advertir que siempre sean de tela, pues las de cuero tienen grandes inconvenientes, tales como endurecerse con el agua y el sudor y formar arrugas y pliegues, que rozando en las piernas de los soldados acabarían por lastimarlas y producirles úlceras, cuyos inconvenientes apenas podrán evitarse no teniendo continuamente á mano manteca ó grasa para mantener el cuero flexible.

Es de gran importancia que las tropas de infantería estén bien calzadas, (1) y el estudio del sistema que haya de adoptarse no es inútil. Nuestro ejército está perfectamente acostumbrado al uso de la alpargata

(1) Hablamos de las tropas europeas, porque á las indígenas rara vez será conveniente obligarlas á calzarse y, sobre todo, nunca debe intentarse sinó están acostumbradas á ello.

y por nada del mundo debemos introducir variaciones en un calzado semejante, siempre que el terreno en que se haya de operar sea á propósito para us empleo. Es muy conveniente usar dicho calzado en las campañas que obligan á las tropas á caminar mucho, es decir, en las guerras de persecución y de rastros, ó cuando tengan lugar en terrenos montañosos. La primera condición que ha de tener un país para que pueda usarse la alpargata con buen resultado y economía es que su suelo no sea húmedo. En los paises que tengan esta circunstancia, el uso de dicha prenda es inconveniente porque se pudrirá y los soldados quedarán descalzos en los primeros días de operaciones.

Para la adopción del calzado que mejor convenga á un ejército expedicionario, repetimos lo que hemos dicho á propósito del traje; es preciso ver cómo esté resuelto el problema en el país á donde se dirijan las tropas y aplicar la solución en provecho de ellas. Por esto nuestro ejército de Cuba usa el zapato de cuero blanco que allí llevan los guajiros y que es un calzado muy á propósito para un clima tan húmedo como aquél y para un suelo que casi siempre está empapado de agua; sin embargo, en tales paises sería mucho más conveniente usar botas cerradas con cordones, suficientemente altos para que puedan recoger el extremo de los pantalones en caso de lluvia ó de tener que atravesar terrenos pantanosos.

En la América del Sur usan mucho, los gauchos, unas botas de becerro altas, muy á propósito para los lugares húmedos; este calzado tiene la ventaja, de que, siendo su precio muy bajo y constituyendo una industria muy lucrativa en el país, es fácil encontrar siempre grandes existencias y poder dotar de botas á un ejército en breve plazo. Los zapatos no libran por completo al pié de las espinas y troncos que llegan á causar heridas, ni de las piedras del camino que producen molestas rozaduras; al atravesar con ellos los terrenos pantanosos, aunque parezca exageración á los que no

lo hayan visto, los piés se hunden de tal modo que algunas veces llega el barro hasta la rodilla y en él se quedan enterrados los zapatos cuando se hacen esfuerzos para salir, teniendo los soldados que continuar las operaciones descalzos; otras veces merced á grandes trabajos pueden aquéllos conseguir sacar sus zapatos del barro pegajoso, pero quedan llenos de tierra y piedrecillas que producen grandes incomodidades, hasta que se llega al primer arroyo donde se puedan lavar interiormente; en muchas ocasiones, sólo el agua llovediza que corre por los caminos es suficiente para llenar los zapatos de piedras y arena que incomodan mucho. La bota, por el contario, recogiendo el pantalón y sujeta fuertemente á la caña del pié, no puede, ni quedar en el barro, ni permitir que penetren dentro de ella arenas ni piedras, bastando para limpiarlas, después de atravesar un pantano, introducir el pié en el agua sin tener necesidad de descalzarse, ni de detener, por lo tanto, la marcha de una columna.

Otra prenda que es necesario estudiar es el sombrero, ya que desde luégo se comprende lo perjudicial que sería hacer operar á un ejército en paises cálidos con los roses, chacós ó cascos que se usan en Europa. Nuestro ejército de Cuba usa el sombrero de paja, y cualquiera que haya visto á nuestras columnas en operaciones, podrá haber observado el estado general en que se encontraban los sombreros de los soldados; es cierto que dichas prendas protegen del sol, pero no resguardan nada de la lluvia y comienzan, después de algún tiempo de uso, á deshacerse, concluyendo por quedar reducidos á un casquete, del que penden algunos filamentos de las fibras de palma de su tejido; es claro que si dichos sombreros pudieran ser de jipijapa ó, aun siendo de yarey, estuvieren bien construidos, resguardarían perfectamente al soldado del agua, que es á veces más incómoda que el sol, cuando atravesando el tejido del sombrero baña la cabeza y escurre por el cuello; pero entonces su precio sería excesivo.

El *salacot*, especie de casco que se usa en Filipinas, es muy ligero y cómodo y su forma cónica le hace ser muy á propósito para resguardar la cabeza de la lluvia y del sol; el casco de fieltro blanco, el sombrero de fieltro de alas anchas, la gorra de tela con visera recta etcétera, reunen algunas ventajas, pero creemos que nada iguala al casco de lienzo impermeable con agujeros de ventilación y construido de modo que quede algún espacio entre él y la cabeza para que el aire penetre dentro y no se altere el equilibrio de la traspiración, ó al casco de lona blanca con funda de hule para los casos de lluvia.

La manta es una prenda necesaria para el soldado español; ella le sirve de impermeable cuando llueve, de techo cuando descansa al sol, de abrigo en una marcha de noche y de lecho en el campamento; por esto ha de dotarse al ejército de buenas mantas de lana, ligeras y tupidas, excluyendo en absoluto las de algodón, que tienen grandes inconvenientes, como el de absorver el agua en vez de rechazarla. La manta ha de tener unos treinta y seis piés cuadrados para que reuna todas las condiciones requeridas de ligereza y utilidad y sería altamente beneficioso para las tropas que estuvieran forradas por un lado de cuero delgado, porque de este modo se obtendrían algunas ventajas.

El soldado puede usar la manta envolviéndose en ella naturalmente ó haciéndole una abertura en el centro con lo que la transforma en una especie de capote mejicano ó de monte. En caso de que se prefiera este sistema, es necesario practicar la abertura en dirección de su longitud para los soldados de infantería y en dirección de su ancho para los de caballería. Tendida en el suelo por el lado del cuero si lo tuviera, proporcionará de noche un lecho cómodo y caliente que preservará al soldado de la humedad, cosa tan necesaria en ciertos climas, y colocada sobre los hombros servirá de abrigo y de impermeable que resistirá perfectamente las lluvias por fuertes que sean.

Regularmente por las mañanas, en los países de mucha vegetación, los árboles, arbustos y yerbas, están empapados en agua del abundante rocío que suele caer durante la noche y la manta servirá, cuando se marche por los bosques, de impermeable, impidiendo que las ropas se mojen y que luégo, al ser secadas por el ardiente sol, produzcan esas evaporaciones rápidas que tan nocivas son para la salud.

En las marchas, cuando el soldado no tenga necesidad de su manta, la llevará arrollada de la manera que más cómoda le sea, sin que se le obligue á llevarla en forma determinada, que para algunos puede ser violenta, aunque haya reglamentos que así lo indiquen, pues siempre ha de procurarse en campaña hacer sufrir al soldado el menor número de contrariedades que se pueda y satisfacer sus deseos y hasta sus caprichos, cuando con ello no se perjudique algún asunto importante.

Tampoco debe exigirse una exagerada policía á los soldados, como no sea en sus ropas interiores, que para éstas toda es poca, y creemos que el criterio que ha de presidir las revistas de policía de que el soldado sea aseado por higiene y no para contribuir á la buena visualidad de las formaciones; por esto creemos que es necesario facilitarles todas las prendas después de haber sido estudiadas detenidamente y con la seguridad de que son ápróposito para conservarse en buen estado sin necesidad de mucha limpieza. Así mismo, pensamos, que deben excluirse del vestuario los dorados, pudiendo reemplazarse los botones de metal por los de cristal grueso que reunen muchas ventajas, tales como las de ser más baratos y no necesitar gran cuidado para mantenerlos limpios.

Los morrales de la tropa, pueden ser de lienzo impermeable, porque llevándose en ellos, como se llevan, las raciones que hayan de consumirse en una operación, evitarán que se mojen aquéllas y que los soldados las arrojen ó se conformen con una alimentación malsana y repugnante. Es cierto que dichos morrales tendrán un

precio superior al de los de tela blanca, si bien no costarán tanto como las mochilas; pero aparte de su mayor duración, es muy importante que en ellos conserven siempre los soldados una muda de ropa seca, para mudarse en los campamentos cuando estén mojados, evitando de este modo las enfermedades que se originan secando la ropa en el cuerpo al calor de las hogueras.

El traje del oficial ha de ser en un todo semejante al de la tropa y las insignias pueden marcarse con galones y trencillas en bocamangas de paño que se sujetarán á la blusa con dos botones para quitarlas y ponerlas con facilidad cuando aquélla tenga que lavarse. Por medio de estas bocamangas es fácil hacer la distinción de armas y cuerpos tanto en los oficiales como en la tropa, adoptando por ejemplo la combinación siguiente:

Bocamanga	verde........	Infantería.
Idem	azúl.........	Caballería.
Idem	encarnada....	Artillería.
Idem	negra.......	Ingenieros.
Idem	celeste......	Cuerpo de E. M.
Idem	amarilla.....	Sanidad militar.
Idem	blanca.......	Administración militar.

En cuanto á las insignias creemos también que podrán adoptarse las siguientes, por las pocas complicaciones á que darán lugar, á pesar de que con ellas no es posible representar los grados, cosa innecesaria, puesto que hasta en la sucesión de mandos por accidentes imprevistos, es la mayor antigüedad y no el grado superior, lo que hay que tener en cuenta:

Alférez........	Una trencilla en la bocamanga.		
Teniente......	Dos	id.	idem.
Capitán........	Tres	id.	idem.
Comandante....	Un galón en		idem.
Ten.te coronel..	Dos	id.	idem.
Coronel........	Tres	id.	idem.

Los cabos y sargentos podrían llevar las insignias actuales ú otras más sencillas, de estambre, cosidas en las mangas de la blusa, pues el llevarlas con corchetes ó botones proporciona grandes incomodidades al andar por el monte, porque se suelen enganchar en las ramas, bejucos ó raíces. Lo mismo sucedería á los jefes y oficiales si usaran los galones prendidos con corchetes. En Cuba se tocó este inconveniente y para poder marchar con soltura, quitaban los oficiales de las mangas de sus levitas, los galones, y dejaban sólo las estrellas, produciéndose con esto alguna confusión pues á alguna distancia era imposible conocer las graduaciones.

*
* *

El armamento, lo mismo que todo lo concerniente á un ejército, ha de estar en relación con la manera propia que tenga de batirse dicho ejército, así es que la tendencia general en Europa es la de proporcionar largo alcance á los fusiles y piezas de artillería, con el objeto de poder perjudicar al enemigo á gran distancia, evitándose de este modo el choque personal siempre terrible; pero en las guerras en que el enemigo no puede ofendernos hasta que se encuentra á una distancia relativamente pequeña, distancia marcada por el alcance de sus fusiles y armas arrojadizas, poco conseguiremos con que las nuestras tengan un gran alcance si las suyas no las tienen, porque nunca nos presentará batalla, se retardará indefinidamente el momento de la lucha, y la guerra tomará el carácter de persecuciones y emboscadas, que es el peor que puede tomar para nosotros y el que más conviene al enemigo. En las guerras europeas el beligerante que posea armas más precisas y de más largo alcance, tiene mucho adelantado para el triunfo, siempre que su inteligencia le ayude, porque si su adversario no llegara á ponerse al alcance de ellas, rápidamente marcharía hasta la capital enemiga é impondría las condiciones que quisiera al país; pero en las

guerras contra pueblos nómadas y poco aficionados á vivir en las ciudades, si es que las tienen, que carecerán algunas veces de capital ó que siendo su organización muy descentralizada, es preciso vencer hasta la última tríbu y la última familia para poder contar con la victoria, retardar el momento de medir nuestras armas con las suyas, nos puede producir más perjuicios quizás que varias derrotas. Por estas razones y porque además, en la mayor parte de las guerras de que hablamos, los combates tienen lugar á pequeñas distancias, siendo muy probable que en todas haya luchas al arma blanca, creemos que si hubiera de elegirse un armamento, toda la atención ha de concentrarse en procurar la rapidez de los disparos y, por lo tanto, buscarlo entre las armas de repetición.

El inconveniente general de estas es su peso; pero por esta razón hemos indicado que se sacrifique el alcance con tal de conseguir rapidez en el tiro y en vez de dotar á la infantería con largos fusiles, puede dársele armamentos de repetición cortos.

Es claro que no es posible variar el armamento general de un ejército con frecuencia, facilitándole los que se consideren más convenientes para cada campaña; pero puesto que los ejércitos europeos estudian con detención el problema de las armas de repetición, bueno es que comencemos á observar los resultados que se obtengan para aprovecharnos de ellos en el momento en que se pueda.

El metal usado en la fabricación de proyectiles y aun en la de las armas de fuego, no es indiferente cuando tengan que usarse en países donde, como en los tropicales, la oxidación del hierro sea muy rápida y constante. Sin duda alguna será muy conveniente el empleo del bronce fosforoso, que tan buenos resultados ha dado en varias experiencias, aunque este asunto nadie debe juzgarlo y resolverlo sinó el cuerpo de artillería que es el llamado á entender en ello.

La manera de llevar las municiones no es indiferen-

te; nuestro ejército usa las bolsas de cuero, que son muy aceptables, pero el soldado en campaña tiene tal tendencia á adoptar la canana, que merece se estudie la cuestión de si será ó no conveniente su adopción. La canana presenta algunas ventajas; es más cómoda para sacar los cartuchos y éstos van más sujetos que en las bolsas; se evita que las correas de éstas se enganchen en el monte y opriman el pecho al soldado y puede hacerse de manera que el peso de las municiones vaya repartido alrededor de la cintura; pero tiene el inconveniente de que cuando los soldados se tienden en el suelo, corren ó hacen movimientos bruscos, los cartuchos suelen caerse al suelo, produciéndose un desperdicio de municiones que, como hemos dicho en otro lugar, suelen ir á parar á manos del enemigo; sin embargo, esto puede evitarse poniendo á la canana una especie de tapa de tela que se abroche exteriormente á ella, y así los cartuchos quedarán perfectamente sujetos.

Los soldados veteranos en la campaña de Cuba, en el momento en que sonaba un tiro ó se notaba la próximidad del enemigo, abrían sus bolsas de municiones, cargaban su arma con un cartucho y preparaban otros cuatro introduciéndolos entre los dedos de la mano izquierda; de manera que podían recibir al enemigo, disparándole cinco tiros tan rápidamente como si el fusíl fuera de repetición: esto demuestra que el soldado debe llevar los cartuchos más á la mano que los lleva en la actualidad en sus dos bolsas de municiones.

Tales razones aconsejan la adopción de la canana siempre que en ella se lleven los cartuchos en dos filas para que contenga un gran número de ellos y que, siendo de cuero ó de tela, se cubran y tengan una tapadera ó cartera sujeta con botones en toda su longitud, en la forma que hemos indicado; cuando se use canana es conveniente que se reparta el peso de los cartuchos en toda su extensión, cuando no vaya llena, para que no gravite sobre un solo sitio, y facilite la marcha y los movimientos.

Las armas blancas que lleve la infantería deben reducirse en absoluto á la bayoneta. Muchos jefes de cuerpo, al principio de la campaña de Cuba, en vista del excelente resultado que daba el machete á los insurrectos, dotaron con estas armas á sus soldados, y hasta se llegó á cometer el lamentable error de proscribir el uso de la bayoneta, dejándolas depositadas en los almacenes, error que produjo deplorables resultados.

El machete, que es un arma de campo, es terrible en manos del que esté acostumbrado á manejarlo, y en cambio es poco menos que inofensivo en poder de quien no tenga la práctica necesaria para saberlo usar; generalmente, los que no están acostumbrados á su manejo desde pequeños, no llegan á alcanzar la habilidad y destreza que exige, los golpes que dán con él ván mal dirigidos y aunque se hiera con el filo nunca se alcanzará el resultado máximo que tiene el golpe de machete; los brazos de los que lo manejan quedan doloridos al poco tiempo de usar el arma, y la excesiva fuerza que le suelen imprimir inutiliza sus principales condiciones; en cambio un hombre acostumbrado á manejar el machete, que le sirve para muchos usos de la vida, como partir pan, cortar troncos gruesos ó varetas delgadas, sangrar sus caballos (1) pelar los plátanos ó las viandas y otra multitud de operaciones, lo maneja suave y ligeramente, teniéndolo casi suelto entre sus dedos y dirigiendo los golpes sin emplear fuerza muscular ninguna, pero con una destreza tal, que es raro no consiga cortar lo que desee al primer intento. La habilidad de algunos en el manejo de esta arma es tal, que por los bosques que atraviesan, pueden marchar á pié ó á caballo sin deternerse un momento, cortando á derecha é izquierda, con rapidez increible, todo lo que le estorbe y le impida avanzar en su camino.

(1) En Cuba, los guajiros, cuando sus caballos están excesivamente fatigados por un largo y rápido viaje; suelen hacer con sus machetes, un corte en una de las orejas del animal que desangra un poco por la herida, evitándose de este modo la congestión.

Las armas que por el estilo del machete, requieren una costumbre especial para su manejo, deben prohibirse en absoluto al soldado, haciéndole adquirir en cambio, una confianza grande en su bayoneta, que ya conoce y cuya esgrima sabe, inculcándole á la vez la idea de que un infante, sereno y valiente, armado de su fusil y su bayoneta es inexpugnable.

Es cierto que para atender á las necesidades de las marchas por terrenos vírgenes, á las que se originan en los campamentos, tales como cortar leña, varetas para los lechos etc., es preciso que las colnmnas no carezcan de machetes ó hachas, pero bastará llevar algunos por compañía ó fracción de tropa, entregándolos á los soldados que sean más hábiles en su manejo ó á los naturales del país que acompañen á las tropas.

A pesar de esto, debemos consignar que las tropas norte-americanas, que frecuentemente pelean con los indios, consideran inútiles los sables y las bayonetas y en su lugar lleva cada soldado un puñal, que en caso de necesidad puede fijarse en el cañón del fusil; sin embargo, por más que sepamos que nuestros soldados son hábiles, por lo general, en el manejo de la navaja, no nos parece que debemos imitar en este asunto á los Estados Unidos, porque conocidos como son los inconvenientes de los sables-bayonetas, que en los momentos críticos de un combate no podrán servir indistintamente como bayoneta y como sable, debemos pensar que sucederá lo mismo con el puñal-bayoneta y que debemos sostener la triangular y reglamentaria que tan buenas condiciones posee.

Pocas palabras diremos respecto á las armas de los oficiales. En Europa sus espadas son más bien símbolos de distinción que armas ofensivo-defensivas; en las guerras que estudiamos es necesario que el sable ó espada del oficial, sea una verdadera arma de combate para que con ella pueda defenderse y herir al enemigo. El oficial siempre ha de llevar, además, un revólver.

***

El traje del soldado de caballería puede ser igual al de infantería, con la única diferencia de que el pantalón tenga un refuerzo en la entrepierna de la misma tela y que esté sujeto por una polaina también de tela, que prestará mejor servicio que las botas de montar ó medias botas de cuero. En las espuelas será conveniente introducirse una modificación que proporcionará al soldado más comodidad y, al Estado, mayor economía: en vez de las espuelas con correas que tanto tiempo necesitan para quedar sujetas al pié, será bueno construir unos pequeños acicates, que atornillados al tacón de la bota ó zapato del jinete, permitan no quitarlos nunca como no sea para desechar el calzado y aprovecharlos en otro nuevo.

Al tratar de la montura y equipo habrán de tenerse encuenta algunas condiciones, tales como la fuerza, alzada y desarrollo de los caballos del país, si con ellos ha de remontarse la caballería, los terrenos en que hayan de operar y todo cuanto pueda fatigar á los caballos. Desde luego la montura actual debería modificarse; es preciso que el caballo soporte el menor peso posible para que siempre se encuentre desahogado aunque tenga que marchar muchos días sin que se le desensille y por esto creemos conveniente la adopción de monturas semejantes á las mejicanas cuyo peso apenas excede de la tercera parte del que tienen las que usa la caballería en la actualidad. Las acciones de los estribos deben llevar un guarda-polvo, cuya conveniencia la reconocerán todos los que hayan atravesado por las mañanas las grandes llanuras donde crecen yerbas altas y espesas, que no sólo mojan los piés y las piernas de los jinetes, sinó que entorpecen la marcha por enredarse en los estribos, en las acciones y en las espuelas.

En la perilla se llevará la manta de abrigo ó capote de monte y la hamaca, cubiertos con un pequeño cubrecapa de lona impermeable que puede ser parte de una tienda ó abrigo, dispuesto de tal modo que reuniéndose dos ó tres de ellos puedan cobijar y resguardar de la

intemperie á sus dueños. En la grupa irá un maletín pequeño, también, de lona impermeable, donde quepa, únicamente, una muda de ropa interior, las raciones para varios días y los cartuchos de reserva, puesto que dicho maletín debe ser para el soldado de caballería lo que el morral es para el de infantería.

La cabezada de la brida puede sustituirse por la de pesebre colocando en ésta el bocado y haciendo de manera que pueda desprenderse por un lado, aflojando la muserola, cuando el caballo descanse en el campamento, pues de este modo se reducirán los efectos que tenga á su cargo cada ginete y se conseguirá gran rapidez al embridar los caballos.

El armamento del soldado de caballería también estará en relación con el género de campaña que se emprenda; por lo general la lanza será perjudicial, á no ser que el teatro de la guerra lo formaran llanuras extensas, el efectivo de nuestra caballería permitiera organizar varias columnas de distintos institutos, ó el carácter general de la guerra fuera el choque de grandes masas, como sucedería al emprender una campaña en ciertos paises llanos donde el enemigo presentara grandes núcleos de jinetes, cuyo fuego haría poco daño; pero aparte de estos casos, siempre será inconveniente la lanza en un país no europeo al que no podrá llevarse una caballería especial para las exploraciones y otra para el choque en las grandes llanuras. El arma principal del ginete debe ser, por lo tanto, un sable ó machete, de longitud suficiente para que pueda manejarlo con facilidad, y de vaina de cuero, que es mucho mejor que la de hierro y no denuncia con el ruido y el reflejo la presencia de una tropa de caballería. El sable debe ir sujeto á la montura, puesto que el jinete no ha de hacer uso de él pié á tierra sinó cuando esté á caballo, consiguiéndose así que no le embarace cuando no lo necesita. Una carabina de repetición, completa el armamento del ginete, y los cartuchos de ella podrán llevarse en una canana alrededor de la cintura ó en una bandolera

de cuero con tubos donde vayan los cartuchos, como las que usan los boeres y los norte-americanos.

Debiendo bastarse á sí mismas las tropas en operaciones y siendo probable que no encuentren en el campo elementos que poder utilizar para mejorar su estancia en los campamentos ó para abrirse paso á través de las selvas, es preciso que los soldados lleven los útiles necesarios para los trabajos que tengan que emprender, cosa que Napoleón recomendaba diciendo: «Existen cinco objetos que nunca deben separarse del soldado: su fusíl, sus cartuchos, su saco, sus víveres para cuatro días, por lo menos, y su útil de zapador.»

En las guerras irregulares, como rara vez tendrán los soldados que ejecutar rápidamente movimientos de tierra, para ponerse á cubierto de los fuegos enemigos como acontece en las guerras de Europa, no será necesario que los soldados lleven picos ni palas; pero serán de imprescindible necesidad las hachas. Con ellas, pueden cortar en los bosques por donde operen, leña, varetas y bejucos para encender las hogueras y para construir sus lechos de campaña. Estas hachas podrán ser transportadas por los soldados, estableciendo un turno, llevándolas varios cada día, y para que al llegar al campamento ó tener que abrir un camino, haya suficiente número de instrumentos y puedan ocuparlos muchos soldados, se señalará un hacha á cada cuatro hombres.

*
* *

En la mayor parte de las guerras en que el soldado ha de llevarlo todo á la espalda, las columnas de operaciones carecerán de tiendas: el ejército que conquistó la Argelia estuvo diez años acampando sin ellas hasta que el general Bedeau, ideó la construcción de una, hecha con sacos de campamento, lo que permitió operar en todas las estaciones y salvar la vida á muchos miles de hombres. Nuestro ejército, que terminó la campaña

de Cuba, combatió en todas las estaciones sin tener tiendas, desde que comenzó la guerra, el año 1868, hasta que terminó en el de 1880. Allí; en las caldeadas sabanas y potreros del Departamento Central, lo mismo que en la insalubre Ciénaga de Zapata y en los agrestes terrenos del Departamento Oriental; en las solitarias orillas del Cauto, como en las más risueñas y pobladas del Sagua, nuestro soldado no tenía para librarse de los ardorosos rayos del sol y de las torrenciales lluvias, otra cosa que su inventiva favorecida por una vegetación exhuberante, que le ofrecía á manos llenas troncos de árboles, ramaje cubridor, pértigas flexibles para entretejer, y una cuerda natural para hacer ligaduras, cual era el bejuco. ¡Ejemplo grande de energía y resistencia, que causó infinidad de bajas en aquellas heróicas tropas!

En los países cubiertos de bosques es muy fácil la construcción de tiendas, ó mejor dicho, de techos y cubiertas que libran, á los que duermen debajo de ellos, de las inclemencias de la intemperie, pues basta llevar á prevención un trozo de lona ó hule en forma de cuadrado, cuyo lado tenga próximamente unos dos metros. Esta pieza de tela, puede estar dividida en cuatro trozos que se unan unos á otros por medio de ojales y botones; resultando así cada trozo de un metro cuadrado, es fácil su transporte por cada uno de los cuatro hombres que pueden cobijarse debajo de ellos. La cubierta ó techo tiene en los puntos medios de dos lados opuestos, dos cuerdas de suficiente longitud para amarrarlas á dos árboles próximos, (los mismos donde se cuelgue la hamaca (1) si se llevare,) (fig. 3.ª) y en los cuatro extremos, otras cuerdas que sirven para extender la cubierta, atándolas fuertemente á los árboles inmediatos, á piquetes ó piedras que se clavan en el suelo,

(1) Es conveniente, cuando se lleve hamaca, hacer que de las cuerdas extremas con que se ata á los árboles, cuelguen algunos hilos como indica la figura, para que el agua que resbale por los troncos, no escurra hasta el fondo de la hamaca.

cuandono se encontrasen árboles suficientemente próximos.

Fig.ª 5ª



Si todos los soldados llevasen hamaca, la extensión del campamente sería considerable; así es que sólo podrá permitirse llevarlas cuando la columna fuere muy pequeña: en las numerosas no será posible y los soldados tendrán que dormir sobre sus mantas ó lechos de varetas, que les preservarán de la humedad del suelo, ó bajo las tiendas-abrigo si las tuviesen, que les defenderán de la intemperie.

Es claro que en los países desprovistos de vegetación, las cubiertas ó techos de que hemos hablado son completamente inútiles, porque no se encontrarán árboles ni arbustos para colocarlas, y en tal caso, si se desea que el ejército opere con tiendas, no habrá otro recurso que hacerlas llevar por los mismos soldados ó destinar para su transporte algunas acémilas, que en el momento en que la columna haga alto para acampar, han de marchar rápidamente á unirse con la fracción á que vayan afectas.

Es curioso lo que dice el comandante de caballería

del ejército francés, M. Lecomte, á propósito de las tiendas-abrigo que se usaron en la Argelia.

«Desde el tiempo de nuestras grandes guerras durante el primer Imperio, se dotaba á las clases y soldados de infantería con sacos de campamento como los que tienen los de caballería para la paja y el forraje de sus caballos. Los soldados de infantería se servían de estos sacos para llevar el pan, la galleta etc., pero su verdadero destino era el de servir de lecho en los campamentos. Cuando los soldados llegaban al vivac y encontraban paja, broza ó, en su defecto, yerbas que secaban al sol, llenaban sus sacos con dichas especies y construían un jergon ó se introducían en ellos hasta los hombros para pasar la noche en tal disposición.»

«En el año 1834, no había en Argelia más que un regimiento de zuavos compuesto primeramente de dos batallones y luego de tres que fueron los núcleos de tres regimientos. Estos batallones estaban diseminados en varias provincias, acampaban por lo general en las avanzadas y estaban por consiguiente obligados á bastarse á sí propios y á estar siempre sobre aviso; no tenían tiendas de campaña y trataron de idear algo que los defendiera y resguardara del sol y de la lluvia. En los momentos de descanso, encontraban medios para construirse abrigos y cabañas de ramaje cuando acampaban cerca de los árboles y malezas, y de piedra y tierra en caso contrario. Los zuavos usan un uniforme casi musulmán y una especie de casquete griego que rodean con una gran banda de tela de color verde cuyas magnitudes son, dos metros de largo por 0.^{m}40 ó 0.^{m}50 de ancho; con esta tela forman un turbante parecido al de los turcos.»

«Cuando estaban en operaciones, en los grandes altos y en el vivac, se les veía reunir tres ó cuatro de estas telas y formar un abrigo con ayuda de algunas cuerdas que hacían con hojas de palmeras-enanas.»

«Esta ingeniosa idea fué aceptada y puesta en práctica por algunos soldados de los regimientos recien lle-

gados de Francia, pero como no podían disponer de los mismos elementos, tuvieron á su vez la idea de descoser sus sacos de campamento y con la tela de dos de éstos, construyeron una pequeña tienda para dos soldados que era más sólida que la improvisada por los zuavos.»

He aquí como procedieron: extendieron en el suelo las telas de dos sacos sobreponiendo una sobre otra en el sentido de su longitud unos cinco ó seis centímetros, y los cosieron con puntadas de vez en cuando, consiguiendo con esto tener una pieza, de tela casi cuadrada.

En casi todas las comarcas de Africa; sobre todo en el Mediodía existe una planta que produce una ó dos varetas rectas y gruesas que alcanzan una altura de cuatro ó cinco pies y que cuando no están muy secas no se rompen fácilmente. Los soldados cogían dos de estas varas y las igualaban dándoles una longitud de un metro, cortaban enseguida ramas pequeñas de cualquier arbusto y hacían seis piquetes de más de ocho ó diez pulgadas, teniendo cuidado de dejar una especie de cabeza ó tope en uno de los extremos de cada uno. Con hojas de palmeras-enanas hacían una cuerda bastante fuerte de cinco ó seis metros de longitud y otras cuatro más delgadas que ataban á los cuatro extremos de la tela. Uno de los piquetes lo introducían en tierra y ataban á él una de las extremidades de la cuerda mayor; clavaban en seguida á un metro de distancia del piquete una de las varetas y ataban á su extremo la cuerda estirándola con fuerza: la otra vareta la introducían en el suelo á dos metros de distancia de la primera en la dirección ya marcada por la cuerda que ataban á su extremo y la estiraban sujetándola en tierra con otro piquete. Así se formaba un esqueleto de tienda que cubrían con la tela formada con los sacos de campamento, estirándola y sujetandola con las cuerdas que habían atado en sus extremidades y cuatro piquetes que clavaban en tierra.

Estas pequeñas tiendas se instalaban con las aberturas en frente de los fusiles de sus dueños, colocados en pabellones y la autoridad militar aprobó tal sistema distribuyéndose desde entonces en vez de los sacos de campamento piezas de tela equivalentes á ellos.

Para usar estas telas, se hacen en el borde de uno de sus lados mayores, varios ojales y en frente de ellos en el otro lado igual número de botones; también tienen otros dos ojales ó agujeros para las cuerdas de los piquetes en los ángulas de la tela y otros dos en cada extremidad del medio de ésta para fijarla sólidamente en las dos estacas ó varetas

Estas tiendas ó abrigos pueden armarse sin necesidad de emplear la cuerda horizontal en que se apoya y que forma su cumbrera, y para formar una, es preferible que se reunan cuatro hombres, porque entonces, teniendo cuatro telas á su disposición pueden cerrarse las tiendas por ambos lados.

No debe olvidarse hacer un pequeño foso alrededor de la tienda, para que escurra hacia él el agua cuando llueva, y con el objeto de que los soldados puedan construir rápidamente su abrigo al llegar á un campamento, cada uno debe llevar un palo y una cuerda.

Este sistema de abrigos, es conveniente por su sencillez y facilidad de transporte, aunque no creemos aceptable que como, regla general, se adopte el sistema de llevar siempre los soldados los palos de sus tiendas. Cuando el terreno en que se opere sea árido, desnudo de vegetación, será indispensable practicarlo así; pero cuando haya seguridad de encontrar árboles en el sitio donde se tenga que pasar la noche ó puedan cortarse estacas ó palos por el camino, será preferible hacer marchar al soldado sin que le incomode y embarace el palo de su tienda que seguramente tirará si antes de armarla, encuentra al enemigo.

Es muy recomendable, al establecer el campo y armar la tienda ó tender la manta para pasar la noche, despojar de yerbas el sitio donde se vaya á dormir,

porque muchas veces, en los paises cálidos, dichas yerbas ocultan culebras, alacranes, arañas y hormigueros; pero tampoco se debe ahondar mucho en la tierra, para no exponerse á las emanaciones malsanas de los terrenos recien removidos y á filtraciones igualmente dañinas.

En el caso de no tener paja para distribuirla á los soldados, deben éstos procurarse yerba seca, musgo, maleza, heno ú hojas secas de los árboles y, en general, todo lo que pueda servirles para evitar el contacto inmediato de sus cuerpos con el suelo.

Para concluir, apuntaremos algunos detalles, que nos paracen importantes, relativos al objeto que nos ocupa.

El ejército inglés que marchó á contener la invasión de los Ashantis, que amenazaban los establecimientos de la costa occidental de Africa, vestía pantalón y blusa de lana gris; esta última tenía tres bolsillos y estaba ajustada con un cinturón de cuero. Cada soldado llevaba dos camisas de lana y dos fajas ó cintos anchos, un filtro de agua de bolsillo, un aparato especial que preservaba las vías respiratorias de las influencias tan peligrosas de aquel clima y que podría llamarse filtro de aire, un trozo de tela impermeable, una manta y sesenta cartuchos. Llevaba una tienda de abrigo para cada dos hombres y una marmita para cada cinco.

En el ejército que sometió la Argelia, el armamento del soldado de caballería era sable, carabina y pistola, la silla del caballo estaba muy simplificada y se ponía sobre el lomo del caballo sin manta ni sudadero, el ginete vestía, gorra, corbata, chaqueta de cuadra ó blusa de tela grís y pantalón muy ancho y llevaba un saco de campamento que era parte de una tienda: en la perilla de la montura y á los lados del capote doblado llevaba un hacha ó un piquete de campamento, y dos bolsas que contenían útiles indispensables; en la grupa, el saco de cebada con cuatro raciones de avena, dos raciones de víveres y otras dos en un pequeño saco cerrado *que no*

se abría sin orden del jefe de la columna. A los lados de la grupa llevaba la cuerda de forraje, herraduras y la hoz, en la cartuchera dos paquetes de cartuchos y entre la avena cuatro.

En la expedición de los rusos á 'Khiva, donde las tropas sufrieron calores y fríos rigorosos, fueron distribuidas doce tiendas de fieltro por compañía, en esta forma; una para los oficiales, otra para la enfermería y diez para los soldados. Cada hombre recibió una pelliza de piel de carnero y una pequeña pieza de fieltro para que le sirviera de colchón y se repartieron con profusión gran cantidad de cantimploras, odres y toneles pequeños. Las columnas fueron provistas de un número de raciones triple del reglamentario de municiones, trigo, conservas de carne, aguardiente, thé, azúcar, combustible y agua de Seltz (1). Además de estas provisiones, destinadas al consumo durante la marcha, llevaron las columnas enormes reservas que fueron depositándose en puestos creados sobre las comunicaciones del ejército con la frontera rusa.

---

(1) Una columna, á la que le faltó agua en el camino, consumió toda su provisión de agua de Seltz.

CAPITULO XI.

Importancia de una buena alimentación.—Sustancias alimenticias.—Régimen de alimentación.—Composición de la ración de campaña.—Cantineros.—Efectos para los ranchos y el agua.—Agua.—Alimentación del ganado.—Importancia de la higiene.—Influencias del frío.—Influencias del calor húmedo.—Higiene en los campamentos.—Higiene en las marchas.—Hospitales permanentes.—Convoyes de enfermos.—Hospitales provisionales.—Estaciones sanitarias.

Una de las causas que influyen notablemente en el desarrollo de las enfermedades, además del clima, es el hambre y la mala alimentación, cosas algo difíciles de evitar en atención á lo poco fácil que es tener abundantemente provistas á las fuerzas que operan en el interior de un país, donde se carece por completo de medios de comunicación y donde todas las raciones hay que transportarlas á lomo la mayor parte de las veces, estando expuestas á la intemperie, á la humedad y á las lluvias y, por lo tanto, alterándose en parte las condiciones de las materias que las 'componen.

Sin embargo, todas las dificultades se procurarán vencer, porque la alimentación es la base funtamental de estas campañas, que exigen al soldado trabajos, á veces superiores á sus fuerzas, y una actividad grande en las operaciones para combatir á un enemigo que nada necesita y que quizás pueda, como los tártaros y los árabes, resistir perféctamente sin comer seis días.

Nuestros soldados, cuyas condiciones de frugalidad son conocidas y envidiadas por los de otras naciones, no pueden, sin embargo, desarrollar todas sus fuerzas,

resistencia y energía en un clima debilitante sinó están bien alimentados; este es pues un asunto al que debe darse más importancia que á las demás necesidades de la guerra.

La buena alimentación y la higiene son, como decimos, los fundamentos de una campaña irregular si se quieren conservar los soldados y evitar á la patria contínuas sangrías de hombres que la debilitarían poco á poco: en ellos descansa todo el edificio de estas guerras; un soldado sano y bien alimentado ejecuta trabajos increibles con la sonrisa en los lábios y el entusiasmo en el corazón; sin cartuchos acometerá con el arma blanca al enemigo y hará proezas; sin su pequeño sueldo, se ingeniará él mismo para cubrir sus necesidades; sin el cumplimiento de la ley que le obliga á permanecer un cierto tiempo en las filas, se amoldará á las circunstancias y pensará que cuando no le dan su licencia absoluta será porque no pueden dársela; sin recompensas se batirá lo mismo que con ellas y en todos casos estará alegre, ocurrente, como es el soldado español, y nunca se le ocurrirá decir que está fatigado. Pero encontrémosle sin salud, hambriento ó mal alimentado; sus pensamientos serán tristes; adquirirá la idea de que la campaña es superior á sus fuerzas; siempre sumiso creerá que su obligación es morir imprescindiblemente y estará deseando que llegue el momento en que descanse de una vez; los menores esfuerzos le extenuarán, y verá con dolor que no puede ejecutar cuanto ejecutaba antes y que el más ligero exceso y la más pequeña fatiga le conduce al hospital.

Esto se explica lógicamente. La parte moral del hombre tiene una relación íntima con sus condiciones materiales, y es imposible separar la materia del espíritu de tal manera que uno no tenga gran influencia sobre la otra.

El sentimiento del honor, del deber, del amor propio, suelen verse por muy diferentes prismas, según el estado en que se encuentra la materia, y es innegable

que las ideas tristes tienen cabida en las imaginaciones de las personas necesitadas, más bien que en las de aquellas cuyas necesidades están satisfechas.

Por esto creemos deber fijar la atención en un punto tan importante como es el de la alimentación de las tropas.

Las materias que se designen para formar la ración diaria que consuma el soldado, han de ser apropiadas al país y clima á donde va á operar, pues así como en los países no elevados, la carne es el principal elemento de la alimentación, en las grandes alturas de más de 2.000 metros, por ejemplo, no tiene el hombre necesidad absoluta de ella, siéndole más conveniente las sopas con grasa, la leche, el queso y los alimentos harinosos; sin embargo, las dos bases de la alimentación de un ejército en campaña son la carne y el pan.

La carne es tan necesaria para las tropas que no puede sustituirse por el tocino ni ninguna otra sustancia nutritiva; llega á existir una diferencia tan notable, al poco tiempo de operaciones, entre los batallones que consumen carne y aquéllos que no pueden efectuarlo, que sinó hubiera otras razones, ella sola bastaría para adoptar desde luego, aun á costa de grandes sacrificios, el primer sistema de alimentación, poniendo á los cuerpos en condiciones de poder suministrar carne á sus soldados ó incluyéndola en la ración diaria de las tropas, en cuyo caso hará las compras y el suministro, en vivo, la administración militar, para que puedan las reses marchar con las columnas en las operaciones que éstas tengan que efectuar.

En las compras que se lleven á cabo para proveer de carne á las tropas, es necesario procurar que las reses estén en buen estado de salud, pues aunque Mr. Michel Levy, después de gran número de experiencias sostiene que no existe peligro de ningún género al comer bien cocida la carne de animales enfermos, aun cuando sus enfermedades fueran contagiosas, bueno es contar con la salud del ganado, no solamente como una

garantía de las de las tropas, sinó para evitar la repugnancia natural que produce comer carne de animales que no hayan disfrutado de un perfecto estado de salud.

De todas maneras, la carne debe comerla el soldado bien preparada, pues cociéndola suficientemente se destruyen todos los gérmenes de animales que en mayor ó menor cantidad siempre contiene, que sin tal precaución podrán ocasionar graves trastornos en la salud.

El ganado vacuno y el lanar suministran las mejores carnes, y como su conducción es fácil en las columnas, ellosserán los que con preferencia se adquieran. El uso, con exceso, de la carne de cerdo en los paises cálidos suele ser pernicioso y ocasionar erupciones molestas que pueden influir mucho en la salubridad de las tropas; pero en cambio la carne de caballo es un alimento sano y conveniente, por más que sólo se podrá contar con ella en casos extremos por lo cara que resultaría adoptándola como alimentación general.

En cuanto al pan, es muy conveniente que en los campamentos permanentes, centros de zona ó poblados, existan hornos y obreros de administración militar que fabriquen pan diario suficiente para las necesidades de las tropas, además de tener en dichos puntos grandes depósitos de galleta, para atender á las necesidades de las columnas que salgan á operaciones, ya que es de tan difícil transporte el pan fresco.

En Francia se han hecho numerosas y repetidas experiencias para estudiar el mejor sistema de la fabricación de la galleta, y después de haberlas construido y observado sus condiciones, primeramente con sal y levadura, luego con levadura y sin sal y, por último, sin levadura ni sal, se ha observado que ninguna de las galletas así construidas reunían las buenas condiciones, ni daba los resultados que la galleta ázima, ó sea de pan sin levadura, que es la que antes se usaba; ésta será, por lo tanto, la que elegiremos para llenar los depósitos del ejército. El uso contínuo de la galleta seca, llega á

irritar el estómago y á producir incómodas diarreas: fácilmente puede hacerse más agradable al paladar arrancándole los bordes, humedeciéndola con agua un poco salada y dejándola reposar una hora, envuelta en una servilleta húmeda; al cabo de este tiempo adquiere las propiedades del pan.

En cuanto á los demás alimentos que hayan de añadirse á la galleta y á la carne, para formar la ración diaria, deberán designarse por una junta de jefes de sanidad y de administración militar, teniendo en cuenta las condiciones climatológicas del país á donde se vá á operar y los productos de su suelo. Esta ración puede ser modificada según las exigencias ó contingencias de la campaña y condiciones de la localidad.

En la determinación de las materias que formen la ración diaria del soldado, ha de tenerse presente que debiendo éste llevar á la espalda las de varios días, no puede ser muy pesada, pues las columnas no tendrán ninguna independencia y libertad de acción por la gran impedimenta que necesitarán, ó los jefes de ellas se verán obligados á poner á media ración á sus soldados, produciendose así un efecto contraproducente al que se quisiera conseguir determinando la ración abundante y nutritiva y, por lo tanto, pesada.

Los alimentos que produzca el país pueden ser aprovechados para el suministro del ejército, y según las condiciones de la campaña deben ser adquiridos de los naturales por medio de compras al contado, despertandose así el deseo de la venta ó bien dejarse á la libre voluntad del soldado aprovecharse de ellos.

El vino, el aguardiente y el café, han de formar parte de la ración del soldado en campaña, aunque un médico militar ruso, propone reemplazar al aguardiente por el thé, en cuyo caso la ración diaria se compondría de 17 gramos de azúcar y 4 $^{1}/_{2}$ gramos de thé; el soldado español que no está acostumbrado á esta bebida, prefiere, y es muy conveniente darle, el aguardiente, en pequeñas cantidades, no tan sólo para tomarlo por

la mañana al levantar el campamento, sinó para que adquiera la tan recomendable costumbre de mezclarlo en el agua cada vez que en el transcurso de la marcha se le ocurra beber.

Conocida la necesidad de dar una alimentación sustanciosa al soldado, se han hecho varias pruebas facilitándoles latas de conservas que, en pequeño volúmen, reunen mucha sustancia nutritiva, y á pesar de que algunos ensayos no han sido lisonjeros, no por eso deben excluirse completamente dichas conservas cuando no sea posible facilitar á las tropas carne viva, que sobre lo cara que es, exige cuidados especiales y servicios penosos en los campamentos.

En Maguncia existe una fábrica de conservas, montada por el Gobierno alemán, cuyos productos, que son carnes y preparaciones de sopas, están encerradas en cilindros comprimidos cubiertos por una hoja de zinc, y sus resultados después de detenidos estudios para su mejor construcción, han sido todo lo satisfactorios que es de desear.

La preparación conocida con el nombre de pemmican, es también muy conveniente, porque en poco volumen puede reunirse gran cantidad nutritiva, y dada la facilidad de su transporte, es una alimentación muy propia para las tropas durante las operaciones.

Como hemos dicho, es conveniente hacer marchar reses con las columnas, para que sirvan de alimento á los soldados de éstas, pero unas veces será incómodo llevarlas y otras producirán un sobrante de carne, al ser sacrificadas, que no teniendo medios de transporte incomodaría sobre manera á los soldados que tendrían que llevarla á la espalda; por esto creemos que cuando haya reses en un campamento, deben destinarse algunas para fabricar pemmican, cuya preparación es sencilla y conserva la carne en buen estado por mucho tiempo.

La preparación del pemmican se efectúa de la manera siguiente. Se corta la carne en tiras delgadas y se secan en esta disposición al sol ó al fuego; conseguido

esto, se pone en una piel curtida extendida, ó depósito de piedra, si fuere fácil construirlo de manera que su fondo interior sea suficiente liso, y se machaca hasta que quede reducida á pequeños fracmentos y á polvo. Mientras estas operaciones tienen lugar, se derrite en calderos ó baldes la grasa del animal y después de amontonar la carne machacada en calderos ó en sacos de cuero se vierte sobre ella la grasa derretida.

Si se quisiera preparar el pemmican más esmeradamente, en vez de toda la grasa y sebo del animal, sólo se derretirá la mejor grasa y médula y se le añadirá alguna cantidad de azúcar. Practicado esto, se removerá bien el conjunto de carne y grasa mezclándolas en las proporciones convenientes para que al enfriarse resulte una pasta sólida; después no habrá más que dividir esta pasta en trozos y distribuirlos á las columnas que salgan á operaciones ó bien guardarlos en los almacenes del campamento para cuando fuere necesaria su distribución.

Puede emplearse también con buen éxito, en los puntos donde no fuera posible facilitar carne el soldado, el *Extracto de carne de Liebig*, preparación que conteniendo gran cantidad de alimentos nutritivos en pequeño volumen, sirve para dar sustancia á los ranchos de tal manera que añadiéndola á una insípida sopa de legumbres puede obtenerse un buen rancho.

Para hacer uso de dicho extracto, sólo se disolverá una cantidad pequeña por cada hombre, la contenida en media cucharilla de café, en un vaso ó taza llena de agua caliente y sazonándola luego con sal y pimienta se obtendrá un caldo que sinó es muy agradable al paladar es, por lo menos, muy nutritivo. También es conveniente el uso del alimento conocido con el nombre de *sopa de tapioca*, composición que produce un caldo de gusto agradable á los cinco minutos de tener al fuego la dosis correspondiente á una taza de agua, dosis que vá marcada en los frascos que contienen este alimento.

Como la tendencia general, al estudiar la alimenta-

ción del soldado en campaña, es la de encerrar en pequeños volumenes, fáciles de transportar, grandes cantidades de sustancias alimenticias, se han preparado y síguense preparando una infinidad de alimentos ya comprimidos, ya reducidos por otros procedimientos al menor volúmen y rara es la campaña moderna donde no aparezca un nuevo medio de alimentación en esta forma.

Las carnes de Australia, las conservas de carne preparadas en todos los países, las galantinas, la galleta de legumbres, la galleta de café recién construida en Alemania, y el salchichón de legumbres del que hicieron mucho uso los prusianos en la guerra de 1870-71, son todos alimentos que representan pequeños volúmenes; sin embargo, antes de decidir una alimentación parecida para un ejército que va á entrar en operaciones y para evitar grandes gastos inútiles, debe analizarse y hacerse experiencias con el género de alimentación que parezca más propio para el país adonde ha de marcharse, para que no dé el mal resultado que á nuestro ejército de Cuba dieron las latas de carne italianas, que aparte de la repugnancia con que el soldado las recibió, tenían el inconveniente de ser muy sensibles á los calores de aquel clima.

En general, cuando se adopte un género de alimentación en el que entren las carnes ó legumbres conservadas y vayan, por lo tanto, dentro de cajas de lata ó con otra envuelta cualquiera que no deje penetrar el aire, al abrir cada una de ellas debe tratarse de consumir todo su contenido, á fin de que la acción del clima y el aire no descomponga el alimento sobrante, si se guarda de un día para otro ó se conserva entre dos comidas. Lo mejor que puede practicarse es obligar á los soldados á que se reunan de dos en dos ó de tres en tres, según las comidas ó ranchos que dure una lata, é ir abriendo sucesivamente la de cada uno de ellos en cada comida, evitándose así que las latas de los dos ó tres reunidos, estén abiertas al mismo tiempo.

*
* *

Creemos de la mayor importancia, al tratar del régimen alimenticio de los soldados, hacer presente, que cuando estos se encuentran en operaciones, es muy conveniente facilitarles bebidas ó alimentos calientes, por la mañana, antes de dejar el campamento en que hayan pasado la noche,

A propósito de esto, el general Jusuf, muy experimentado é inteligente en la guerra de la Argelia, cree inconveniente que el soldado tome una sopa antes de ponerse en marcha para dejar el vivac y dice lo siguiente. «En casi todas las columnas hay la costumbre de comer una sopa antes de ponerse en camino; esto no es conveniente, tanto porque los rancheros están despiertos toda la noche y no dejan dormir á los soldados que están cerca de ellos, como porque en la primera época de la marcha llevan los indivíduos el estómago cargado. Yo he ensayado hacerles tomar esta sopa la noche anterior, dejando la carne que se había cocido, para prepararla, á fin de que les serviese de almuerzo á la mañana siguiente antes de la salida, y en el descanso grande, que no debe bajar de media hora, hacía preparar la sopa y el café: el soldado se encontraba satisfecho con este régimen.»

Lejos de nosotros, que no tenemos autoridad suficiente para ello, combatir todo lo que dice el experimentado general: razones de peso tendría en apoyo de lo que aconseja á las tropas francesas; pero también hemos visto los resultados de una práctica contraria en la guerra de Cuba, y podemos asegurar que nada agradece tanto el soldado por la mañana, como alguna sustancia caliente y, si es posible, además, una copa de aguardiente ó de ginebra. Así es que, al levantar el campo, creemos conveniente dar al soldado un vaso de café bien caliente, y, luego, en el alto del medio día, su rancho completo, sin que por esto pensemos que en casos factibles no se deba añadir al café unas sopas que indudablemente darán fuerza y entonarán más, á hombres que han pasado la noche al aire libre y necesitan

alimentos que los reaccione, que los trozos de carne fría que propone el general Jusuf; sin que veamos tampoco una necesidad en que los rancheros pasen toda la noche en vela, pues basta que un soldado de cuarto los despierte media hora antes del toque de diana y que en los fuegos del retén, hayan estado toda la noche los baldes con agua, que estará perfectamente caliente para hacer el café ó las sopas por la mañana.

*
* *

Ya hemos dicho que la designación de las materias y cantidades que compongan la ración diaria, ha de señalarla una junta de jefes de sanidad y administración militar de acuerdo con el General en Jefe, antes de entrar las tropas en campaña, cuando se está organizando la expedición y teniendo presente todas las circunstancias del país adonde van los batallones, la estación del año, los medios de transporte con que cuente el ejército y todas las demás noticias que se tengan de la guerra, tales como su duración probable, el género de trabajos que han de soportar los soldados etc., para que al mismo tiempo que los barcos transportan al ejército, la administración militar haya podido hacer acopios y envíar cargamentos de raciones que acompañen á la expedición.

Las tres naciones que, además de la nuestra, han emprendido más guerras irregulares, han sido la Francia, la Inglaterra y la Holanda, y para que puedan servir de regla de conducta y de comparación las materias y cantidades que han señalado como ración reglamentaria de un soldado europeo, en algunas campañas, las escribimos á continuación.

En la guerra de la Argelia, el ejército francés recibía según estuviera, inactivo ó en columna, diferentes raciones cuyos pesos variaban en razón á las circunstancias, pero de los cuales se daba conocimiento en la orden del día.

Las materias que entraban en la composición de la ración eran las siguientes:

Pan de munición........	750 gramos.
Pan de oficiales........	500 id.
Galleta................	550 »
Id. como ración de marcha	643 »
Arroz..................	300 »
Id. como ración de marcha	600 »
Legumbres secas........	600 »
Sal................	1/60 de kilógramo.
Carne fresca...........	250 gramos
Tocino salado	200 »
Vino	1/4 de litros.
Aguardiente............	1/16 de id.
Azúcar	12 gramos
Café...................	12 »

Sin embargo, la ración diaria no estaba, como se comprende, compuesta de todas las sustancias aquí expresadas, sinó que se alternaba en el suministro de ellas; así es, que una de las raciones diarias que recibía el soldado en marcha era:

Galleta................	643 gramos
Carne..................	300 »
Sal............	1/60 kilógramos
Azúcar.................	12 gramos
Café...................	12 »
Arroz..................	600 »

Cuyo total representa un peso poco mayor que un kilógramo y medio.

En la guerra de los Ashantis el Gobierno inglés daba al soldado europeo, de ración diaria, lo siguiente:

Libra y media de pan ó de galleta (1).

Una libra de carne fresca, salada ó conservada, sin hueso.

Dos onzas de arroz ó guisantes, ó cuatro de legumbres conservadas.

(1) La libra inglesa tiene 454'5 gramos.

$^{1}/_{36}$ de onza, de pimienta.
$^{3}/_{4}$ de onza. de thé.
Tres onzas de azúcar.

Cuyo peso total es poco menor que dos kilógramos.

Por la mañana, los soldados al levantarse hacían una comida, que consistía en agua de coco y galleta, distribuyéndose á cada soldado diariamente una dósis de quinina.

Los holandeses estudiaron mucho su género de alimentación en la guerra de Atchin, y la composición de la ración fué modificada en el momento de entrar en campaña en vista de las necesidades y condiciones de ella.

La ración venía á estar compuesta de 500 gramos de arroz, 375 de carne fresca de buey ó búfalo, que fué reemplazada por carne ahumada ó salada, café, pan fresco ó duro, manteca y ginebra; pero además de estos artículos, casi necesarios á todos los ejércitos en campaña, se facilitaron otros no usados hasta entonces que tuvieron gran aceptación. Estos artículos fueron la pimienta, las especies de Kerrie *(Kerrie-Kruiden)* para sazonar el arroz, y el pimiento verde y seco, condimentos cuyo carácter general ardiente combate la influencia debilitante del calor húmedo, tan común en aquellas latitudes.

El principal inconveniente de la alimentación fué la poca variedad y el carecer de vegetales; por esto la intendencia se ingenió proveerse de legumbres, ya secas, ya conservadas, pidiendo á Java, guisantes, habas, patatas, coles, habichuelas y zanahorias y sustituyendo también algunas veces la carne salada por el pescado seco.

El régimen alimenticio en aquella campaña fué el siguiente: todos los días al levantarse, se daba al soldado su ración diaria de pan y café, á las diez de la mañana una sopa, carne fresca, arroz, pimienta y especies, la comida se componía dos veces á la semana de

un rancho de carne con patatas y cebollas y otras dos de carne y pescado seco con arroz, pimienta y *Kerrie*, haciéndose general el uso del thé. El jabón entraba en la ración diaria, facilitándose á cada soldado 30 gramos diarios.

En nuestra última expedición á Joló se señalaron á las tropas europeas las raciones siguientes:

1.ª	Carne	0,400	kilógramos.
	Garbanzos	0,200	id.
	Tocino	0,025	id.
	Sal	0,008	id.
	Café	0,010	id.
	Azúcar	0,020	id.
	Vino tinto	0,500	litro.
2.ª	Tocino	0,150	kilógramos.
	Habichuelas	0,150	id.
	Café	0,010	id.
	Azúcar	0,020	id.
	Vino tinto	0.500	litro.
3.ª	Bacalao ó sardinas	0,250	kilógramos.
	Café	0,010	id.
	Aceite	0,050	id.
	Arroz	0,200	id.
	Vino tinto	0,500	litro.
	Además la ración diaria de galleta	0,460	kilógramos.

De estas tres raciones, la más pesada excedía muy poco de seis kilógramos.

Los jefes y oficiales podían extraer ración, con cargo, á los precios siguientes.

Ración de 1.ª	0,28 $^5/_8$	pesos fuertes,
Idem de 2.ª	0,21 $^2/_8$	id.
Idem de 3.ª	0,25 $^1/_8$	id.

Para cuando las circunstancias exigieran un aumento de ración en forma de convite ó refresco, se señaló en la forma siguiente:

REFRESCO.

Galleta	0,100	kilógramos.
Vinagre	0,050	litro.
Aceite	0,010	kilógramos.
Sal	0,008	id.

CONVITE.

Anisado de Europa	0.1	litro.
Idem del país	0,1	id.
Rom	0,05	id.

A las tropas indígenas no es conveniente, la mayor parte de las veces, suministrarles la misma ración é iguales sustancias que á los europeos, pues además de que la variación de alimentos puede perjudicarles, siendo por lo regular más sobrias que las nuestras, no es de despreciar la grande economía que puede obtenerse y la mayor facilidad para los transportes, al designar para ellas una alimentación igual ó semejante á la que están acostumbradas. Así, por ejemplo, en el Afghanistan los ingleses facilitaron á los soldados europeos una ración igual á la que hemos apuntado para la campaña de los Ashantis, pero las tropas indígenas tuvieron de ración diaria lo siguiente:

2 libras de atta (harina de trigo.)
$^1/_4$ de libra de dhall (1).
$^1/_8$ de libra de ghee (grasa).
2 onzas y 3 adarmes de sal.

En Joló señalamos como raciones para los indígenas las siguientes:

1.ª	Carne	0,350	kilógramos.
	Tocino ó manteca	0,020	id.
	Café	0,010	id.
	Azúcar	0,020	id.
	Sal	0,008	id.
	Mongos	0,140	litro.

(1) El dhall es un arbusto de la India que contiene azúcar.

2.ª	Tapa..................	0,100	kilógramos.
	Tocino ó manteca.......	0,020	id.
	Café..................	0,010	id.
	Azúcar................	0,020	id.
	Mongos................	0,140	litro.
	Vinagre del país........	0,010	id.
3.ª	Pescado seco...........	0,150	kilógramos.
	Tocino ó manteca.......	0,020	id.
	Café..................	0,010	id.
	Azúcar................	0,020	id.
	Mongos................	0,140	litro.
	Vinagre del país........	0,010	id.
	Además la ración de arroz.....	0,95	id.

*
* *

Además de las comidas que se facilitan á los soldados en campaña, es muy común que ellos aprovechen cuantas ocasiones se les presenten para comer los frutos y productos del país que puedan adquirir, bien por compras á los vendedores y cantineros, bien por encontrarlos durante las operaciones en los campos y poblados, y es necesario una gran vigilancia y excesivo cuidado para que este desahogo, que en pequeña escala puede permitirse, no llegue á causar perturbaciones en la salud, como sucedería si comieran con exceso frutos á que sus estómagos no estuviesen acostumbrados. Asimismo debe prohibirse en absoluto el beber aguardiente después de haber comido ciertas frutas, haciéndoles ver que de no observar este mandato se exponen indudablemente á enfermedades graves y aun á la muerte.

Tanto por esta causa como para evitar la adulteración de los víveres que se venden en las cantinas, ha de desplegarse una esquisita vigilancia con los cantineros y vendedores que siguen á los ejércitos, y si bien no conviene tratarlos con severidad excesiva, pues proporcionan á los soldados la satisfacción de algunos pequeños goces y aun á veces hay que recurrir á ellos cuando las raciones escasean en un destacamento por

atraso de algún convoy ú otra causa cualquiera, deben señalárseles los precios á que han de vender sus artículos haciéndolos escribir en una tablilla, que siempre tendrán á la vista, para que no se conviertan en explotadores de los soldados; pero teniendo presente al designar dichos precios, el sacrificio que hace y trabajos que pasa el cantinero al marchar detrás de una columna ó establecerse en un campamento, adquiriendo y transportando una multitud de artículos que quizás, muchas veces, se pagarían á peso de oro. Por estas razones se permitirán dichos indivíduos en los campamentos y columnas y hasta se protegerá y alentará su instalación en los primeros.

*
* *

En los campamentos permanentes establecidos en los centros de zona, en las guarniciones de los poblados y en la de los fuertes, el sistema de alimentación del soldado puede ser excelente si sus jefes inmediatos llegan á tener un verdadero interés en que así suceda, porque aunque las sustancias que compongan la ración no sean variadas, pueden hacer condimentar los ranchos de manera que, estando bien sazonados, el soldado tenga en aquellos puntos la compensación de la mala alimentación que tiene en las columnas, donde seguramente no habrá todos los elementos que en el campamento ó poblado en que se encuentran. En estos puntos deben usarse cocinas económicas y hacerse en ellos pan, pero en las marchas y operaciones habrá que llevar calderos ó baldes, cuyo fácil transporte incomoda poco á las columnas, y usar leña. El número de estos baldes es variable; regularmente se suele llevar uno por compañía cuando la fuerza de éstas es poco numerosa, pero la relación más conveniente entre el número de calderos y el de soldados es la de veinte de éstos últimos por cada uno de los primeros, llevándose en igual proporción los efectos, que además de dichas calderas, sean

necesarios para condimentar los ranchos, según el sistema de alimentación adoptado por las columnas. El vino se llevará en las botas, siempre que éstas estén bien construidas, y sinó, en cantimploras de latón donde quepan las raciones de varios soldados, que las llevarán por turno. Lo mismo efectuarán éstos con los baldes y calderos, llevándolos á la espalda y alternando en este servicio cada uno de los hombres á quienes han de servir, á no ser que se opere con acémilas, porque entonces lo llevarán las afectas á los batallones respectivos; estas acémilas en el momento de llegar al sitio donde hayan de hacerse los altos para los ranchos, se incorporarán á la compañía ó fracción de quienes dependan y se tendrá especial cuidado de que á cualquier fuerza que se separe de la columna principal, sigan las acémilas correspondientes con sus efectos de campamento. En cuanto á la caballería, estos efectos han de llevarlos siempre los caballos, y para ello se facilitarán correas y lo necesario para el transporte.

Es de necesidad absoluta cuando se tenga que operar en un país no muy abundante de agua, proveer á los soldados de cantimploras ó frascos que les permitan llevar dicho líquido, pues los sufrimientos que causa la sed son horribles, y si á ellos se añade el calor y la fatiga, no será extraño que las columnas cuenten gran número de hombres asfixiados ó extenuados, que no puedan proseguir la marcha.

Los ingleses emplean una botella ó frasco, cuyo modelo es italiano, que reune algunas ventajas; pero estando fabricados de madera, no son á propósito para los países cálidos, porque se abren y estallan bajo la influencia del calor. En la India, han sustituido estas botellas llamadas *Water botlle*, por el frasco común de agua de Selz, forrado de cuero, sin que esta variación llene completamente el objeto que se desea, que es dar al soldado el medio de poder llevar agua suficiente, por la poca capacidad de dichos frascos.

Las botas que llevan nuestros soldados, tampoco

suelen dar buenos resultados en los países cálidos, porque el cuero de que están formadas se arruga y reseca al menor descuido, y la pez que sirve para tapar los resquicios del tapón, se derrite y mancha cuanto á ella se acerca. Es más conveniente y más práctico, el uso de las cantimploras de latón ó estaño con funda de lienzo solamente, pues no tan sólo podrán construirse de una forma bastante apropiada para que no incomoden en la marcha á los soldados que las lleven, aunque vayan á caballo, sinó que conservarán el agua, sin peligro de que se inutilicen, mucho mejor que si se hiciera uso de recipientes de madera ó cuero.

*
* *

El agua, que no sólamente es necesaria para el consumo diario de la tropa, sino para la condimentación de los alimentos, ha de tener todas las condiciones que la hagan potable y conveniente, para poder hacer uso de ella. El agua potable es ligera, aereada, dulce, inodora y de un sabor fresco, cuece perfectamente las legumbres y la carne sin endurecerlas y disuelve el jabón sin formar grumos; la que no llene estas condiciones es impropia para los usos de la vida y como es imprescindible y no podremos pasar sin ella, hay necesidad absoluta de hacer potable la que no lo sea.

Para conseguir esto, puede filtrarse, haciéndola pasar por una capa de carbón de leña, cubierta por otra de arena, siendo suficiente un kilógramo de carbón, para purificar 10 hectólitros de agua ó bien por medio de dos mantas de lana entre las cuales se colocan dos capas de arena separadas por una de carbón, necesitando esta agua purificada aerearse un poco, antes de que pueda hacerse uso de ella.

Lo mejor sería proporcionar á cada soldado, un filtro; esto hacen los ingleses y es inútil que nos detengamos á enumerar las muchas ventajas que tal práctica reportaría, porque están en la conciencia de todos; y

como existen filtros muy sencillos y nada costosos, ya que no se asigne uno á cada soldado, deberá por lo menos destinarse varios á cada compañía, con los que habrá suficiente, puesto que uno de los mejores filtros con cilindro de carbón que tiene $0^{m}06$ de altura y $0^{m}06$ de diametro, filtra diariamente 50 litros de agua (1); pero cuando las tropas ocupen permanentemente una posición en cuyas inmediaciones no hubiera agua potable en las mejores condiciones, es imprescindible, si queremos evitar muchas enfermedades, la construcción de grandes filtros que continuamente estén purificando agua para que nunca llegue á faltar á las tropas. En estos lugares no deben emplearse los medios que antes hemos apuntado, que sólo serán aceptables cuando otros no puedan ponerse en práctica; en los campamentos es necesario estudiar más detenidamente el asunto y sinó fuera posible la construcción de grandes filtros, hacer el estudio y análisis de las aguas para adoptar el mejor medio que se pueda á fin de que pierdan sus condiciones dañinas. Cuando el agua fuese cenagosa, ya estuviese estancada ó nó, es fácil hacerla potable filtrándola por carbón, perfeccionando el sistema que hemos indicado de hacerla pasar por dos mantas. Bastará para ello elegir un recipiente de forma cualquiera, una gran barrica embreada, por ejemplo, cuyo fondo estuviere agujereado, y hacer un desagüe en la laguna ó arroyo, procurando que el agua, sin agitarse, se deslice suavemente hasta el recipiente, que contendrá varias capas de arena fina, de carbón y de alumbre, separadas unas de otras por telas bien estiradas: esto se conseguirá fácilmente haciendo una escavación cerca del lugar donde exista el agua y procurando que ésta corra hasta el recipiente que siempre debe estar lleno de ella. El agua, después de filtrada saldrá por los agujeros del recipiente y se hará correr hasta un segundo depósito de donde, des-

(1) Estos filtros se venden en París, rue Rivoli, al precio de 1 franco 75 céntimos.

pués de ser batida, podrán surtirse los soldados que necesiten de ella. Sabiendo que la causa que motiva la mala calidad del agua es, que por atravesar terrenos calcáreos, contiene gran cantidad de carbonato de cal, llega á hacerse potable con sólo hervirla y aerearla después; pero cuando contuviera en descomposición materias orgánicas ó fuera pantanosa, será necesario añadirle una cierta cantidad de alumbre, dejándola reposar durante una noche antes de permitir su empleo.

Para purificar y hacer potables las aguas de las pozas ó charcas donde tengan que beber los animales, no hay más que arrojar en ellas carbón vegetal.

Filtrada el agua, muchas veces no es conveniente beberla tal como resulta, pues puede haber tenido en disolución materias tales, ó reunir condiciones especiales, que no la hagan á propósito para dicho empleo: algunas aguas que corren por los arroyos del Cambodge contienen disoluciones de sales de cobre y de plomo, y siendo inútiles los filtros para purificarlas, es necesario beberlas con una infusión de thé, como practican los naturales de dicho país, neutralizando de este modo sus malas condiciones. El paso de las aguas por ciertos puntos donde crecen árboles y vegetales de sávia venenosa, tales como el manzanillo, la adelfa y el laurel-rosa, hace que el uso de ellas sea pernicioso para la salud del soldado, y, por lo tanto, en caso de no poder abstenerse de su uso, es preciso modificarla tomándola en forma de infusión después de filtrada, ó añadiéndole un poco de aguardiente ó de róm, costumbre recomendable también cuando el agua fuera demasiado cruda ó estuviere excesivamente fría.

El agua de lluvia es pura y sirve perfectamente para todos los usos de la vida, pero hay que tener la precaución, cuando se hace uso de ella, de no utilizar la primera que caiga de la nubes, pues siempre recoge las partículas orgánicas que están en suspensión en las capas inferiores de la atmósfera.

Es también de una importancia nada secundaria en

los paises cálidos, enfriar las aguas que se encuentran durante las marchas ó las que surtan un campamento, pues muchas veces será tal su temperatura, que no serán propias para que los soldados puedan beberlas. Este inconveniente se obviaría llevando las columnas, ó existiendo en los campamentos, máquinas portátiles de fabricar hielo, que no sólo permitirán enfriar el agua, sino que proporcionarán grandes elementos curativos que los médicos podrán aplicar á los heridos y enfermos. Usando, sencillamente, el amoniaco, rodeando una vasija llena de agua de alguna cantidad de dicha sustancia, puede obtenerse un enfriamiento rápido, pero es preferible el sistema empleado por los colonos australianos que consiste en hacer uso de grandes cubos de tela fuerte, cuyas dimensiones son de 1m20 de altura por 0m40 de diámetro. Encima de estos cubos hay una franela espesa que hace las veces de filtro, y el agua se hace pasar por ella hasta llenar los cubos. Estos, una vez llenos, se cuelgan de las ramas de un árbol á la sombra y su superficie, siempre húmeda, dá lugar á una evaporación considerable que, activada por la brisa, casi siempre existe en los paises cálidos, produce el enfriamiento del agua. Los ingleses en el campamento de Zula (Guerra de Abisinia) instalaron una gran máquina para fabricar hielo, surtiendose de agua del mar destilada por dos poderosos destiladores que montaron en los muelles.

Un hombre necesita por término medio, no solamente para beber, sinó para hacer su rancho, asearse y lavar su ropa, 3 ó 4 litros de agua, y un caballo 1[illegible]; de manera que, fácilmente, se podrá calcular el número de litros que necesita una tropa diariamente para sus necesidades, y juzgar, por lo tanto, si las aguadas ó fuentes proporcionarán suficiente agua para todas las atenciones.

En aguas corrientes, puede calcularse el número de litros que tiene un caudal determinado, cada 24 horas, observando el tiempo que tarda en llenarse una vasija

de capacidad conocida y multiplicando el número de litros que contiene la vasija por el cociente de dividir 24 horas por el número de minutos transcurridos mientras se llena aquélla.

*
* *

La alimentación de los caballos y bestias de carga ha de estudiarse también con alguna detención, pues no todos los alimentos que usa el ganado son propios para los diferentes climas donde pueden tener lugar las guerras, aparte de que es conveniente fijarse en las producciones que ofrezca el país para emplearlas y conseguir una notable economía.

El maíz, que es el trigo de los paises cálidos, debe reemplazar á la cebada en el pienso de los caballos y acémilas, pues dicha especie sería un alimento demasiado fuerte en aquellos climas. Los caballos y bestias encuentran abundante y buena alimentación en las extensas llanuras que no sean de arena, y hasta en los bosques, alguna que otra vez, suele también encontrarse. Las yerbas que, como el alfa de la Argelia y la guinea de Cuba, crecen en las llanuras, constituyen un sistema, aunque incompleto, de alimentación, pues regularmente los caballos y bestias del país no tendrán otro.

En la expedición á Joló, se tropezaron con algunas dificultades al tratar de designar la ración para los caballos. Sabido es que en Filipinas se alimentan de zacate fresco y palay, artículos de difícil reemplazo. Una comisión hizo experiencias para convertir el zacate en heno y poder transportarlo, pero no alcanzó grandes resultados. En vista de ello se fijaron cuatro clases de pienso; salvado, tiqui-tiquí (resíduo obtenido al descascarillar el arroz), palay y heno prensado, y se repartieron mezclándolas sucesivamente, según las cantidades que pudieron adquirirse, con el zacate basto que forrajeaban nuestros soldados en los campos de Joló.

A los bueyes, que por lo general se alimentan con la yerba que pastan en los campos, se les puede con gran cuidado y paciencia acostumbrar á comer maíz en los correspondientes pesebres, y esto que parece poco importante á primera vista, llega á serlo mucho cuando en un poblado ó campamento existan gran número de reses que sea necesario sacar al campo á pastar, pues se evita de éste modo el servicio diario de pastoreo, que siempre ocupa á un excesivo número de soldados, servicio imporante si nó queremos exponernos á que un golpe de mano de un enemigo audaz, arrebate de nuestro poder y á nuestra vista ó desjarrete, las reses, que no podremos aprovechar ni aun para carne, por el número tan excesivo de ellas que encontraríamos tendidas en el suelo.

⁂

La higiene, así como la buena alimentación de las tropas, son más importantes y dignas de tenerse en cuenta que la mayor parte de los demás asuntos que se relacionan con el ejército en las campañas irregulares, porque ellas son las encargadas de neutralizar ó mejorar, por lo menos, los climas insalubles de los paises donde comunmente tienen lugar dichas campañas. Esta importancia no solamente la determina un espíritu de humanidad y de caridad hacia los soldados, sino la idea de que la conservación de éstos es una medida altamente económica, pues su transporte desde la metrópoli es por lo regular sumamente costoso, y si bien en ciertos momentos de la guerra es preciso ser desprendido y derramar el oro á manos llenas, conviene también ahorrar en lo posible gastos al tesoro de la nación, que pocas veces se encontrará en estado de poder sostener guerras largas ni hacer grandes sacrificios.

Los efectos de ciertos climas sobre nuestro soldados pueden ser desastrosos, sin que esto implique que nuestra raza sea débil y no pueda resistir la acción

atmosférica ó climatológica de ciertos paises, ni que por regla general ella sea la que pague principal tributo á la muerte en los climas cálidos, pues según los datos que publica la *Gaceta de Sanidad Militar*, el tanto por ciento de mortalidad en la Habana, población considerada muy mal sana para los europeos, es el siguiente:

Raza blanca.	27,02.
Raza negra.	47,35.
Raza amarilla	53,99.

Esto demuestra que la raza blanca, en las mismas condiciones que las otras dos, sufre menos mortandad que ellas.

Las causas del terrible número de enfermedades que diezman á los ejércitos en dichos climas, además de las comunes á todas las tropas en campaña, no proceden en absoluto de las condiciones mal sanas de dichos climas, sinó de las penalidades inherentes á las operaciones militares, tales como la fatiga, las privaciones y la vida á la intemperie; por esto representa la higiene un tan importante papel, porque contribuye á contrarrestar los malos efectos causados en el organismo por dichas causas, impidiendo que se desarrollen enfermedades que sin el concurso de los preceptos higiénicos y una buena alimentación suelen ser mortales. En una vida llena de agitación, de penalidades y de movimiento, la mortalidad de las tropas extrañas á un país, tiene una desproporción enorme con la de los naturales que hagan igual mismo género de vida ó tal vez peor que ellas. Ejemplo de esto tenemos en la guerra sostenida en Africa por los ingleses contra los Ashantis, guerra cuya duración fué desde Octubre de 1873 hasta Febrero de 1874; en esta campaña, á pesar de estar el ejército inglés compuesto de tropas perfectamente aclimatadas en los países cálidos, el tanto por ciento de las defunciones de su ejército fué el siguiente:

Los tres regimientos europeos.	71
Brigada naval.	95
1.er Regt.° de las Indias occidentales (negros).	46
2.° Id. id. . . . . (id.). .	64
Tropas indígenas..	10

La desproporción no puede ser más notable, y ella misma nos enseña las ventajas que se conseguirían si se operara con fuerzas naturales del país ó bien con cuerpos de soldados nacidos en climas semejantes á aquél donde se haga la guerra.

Es pues, como vemos, de mucha importancia la extricta observación de los preceptos de la higiene en nuestro ejército, porque si en un tiempo determinado nuestras bajas, por enfermedades, fueran muy superiores á las del enemigo, le bastaría á éste esquivar contínuamente nuestro encuentro, promover dilaciones diplomáticas ó entretenernos de cualquier manera, para conseguir exterminarnos ú obligarnos á hacer sacrificios enormes, teniendo que reemplazar contínuamente nuestras bajas.

Por regla general, en todos los paises intertropicales el clima del interior es mucho más agradable, benigno y sano que el del litoral, y esta observación debe apreciarse en el momento de entrar en operaciones para sustraer á las fuerzas que compongan el ejército, de las malas condiciones climatológicas, no tan sólo del litoral, sinó de alguna otra localidad de cuya influencia perniciosa se tenga conocimiento.

*
* *

En los países frios (1) el soldado no tiene que temer más que á un enemigo; la congelación parcial ó total, porque el frío, no siendo muy intenso, es favorable á la

(1) En los países cálidos no están exentas las tropas de sentir horriblemente la acción de los fríos. En Argelia, donde el termómetro sube con frecuencia, en verano, á más de 40°, se forman en invierno algunas tempestades de nieve que muchas veces han producido catástrofes en las columnas francesas.

energía y á la prolongación de los movimientos voluntarios, aumenta el apetito, hace la digestión mas rápida y disminuye la transpiración cutánea; pero cuando llega á ser excesivo y muy intenso, y si al mismo tiempo se une á su acción la de la fatiga, después de algún tiempo de producir temblores y espasmos convulsivos. llega á determinar en el hombre un estado tranquilo é índolente que concluye con una tendencia irresistible al sueño, preludio en este caso de la muerte.

Para luchar contra esta tendencia es preciso ordenar á los soldados atacados por el frío en el momento que se manifiesten, los primeros sintomas, que se muevan y corran con rapidez, y para prevenir la congelación de sus extremidades, que las froten con nieve si la hubiere.

Los efectos del frío, sin embargo, no se manifiestan tan desnudos en los paìses cuyo clima, aunque glacial, no está sujeto á variaciones repentinas de temperatura, como en aquéllos en que son comunes los cambios rápidos que producen violentos desequilibrios entre la temperatura del cuerpo y la de la atmósfera. A próposito de esto, queremos citar el siguiente caso para que puedan apreciarse las consecuencias que sobre las tropas en operaciones tienen dichos climas. En Enero de 1846 dos mil quinientos hombres mandados por el general Levasseur se dirigían á Constantina, de regreso de una expedición al Djebel-Bontaleb, cuando fueron sorprendidos por la nieve que comenzó á caer en grandes copos, cubriendo al poco tiempo el camino y obligando á las tropas á marchar á la ventura durante algunas horas. Llegada la nóche, la columna se detuvo en una hondonada que comunicaba, por un estrecho desfiladero, con la llanura de Sétif en la cual el viento se introducía con violencia; difícilmente se pudieron plantar las tiendas y encender los fuegos, y á las once de la noche todas las tropas dormían en medio de la nieve que sobre ellas se amontonaba. A las seis de la mañana siguiente, el general hizo tocar marcha y la

columna comenzó á caminar lentamente por un estrecho sendero cubierto de nieve; á las nueve, cuando la retaguardia emprendía el movimiento, veinte hombres habían sucumbido.

Mr. de Montfaucón, médico militar que asistió á dicha expedición, expresa de la manera siguiente los síntomas que observó en los soldados que morían.

«Intensos dolores se sienten en las extremidades: las manos hinchadas adquieren un color azulado, algunas veces su piel se agrieta y deja escapar de algunos gramos de sangre; los músculos adquieren rigidez y no funcionan sin un gran esfuerzo; los movimientos de flexión y extensión son tan penosos, que arrancan á los desgraciados, ayes y gemidos; las ingles y las articulaciones inferiores están muy doloridas si un largo ejercicio no combate estos primeros síntomas.»

«El dolor y la contracción desaparecen pronto; un instante de calma sobreviene y un sueño irresistible se apodera de los sentidos que se entorpecen. El hombre se tiende en la nieve, jura y blasfema cuando se le quiere sacar de aquella terrible inacción. A veces, en medio de estos horribles síntomas, hay algunos hombres que conservan su conocimiento; en otros, las ideas se producen sin conexión ninguna y parecen beodos; su delirio es dulce y tranquilo. La congestión hácia los centros encefálicos aumenta; la movilidad y la sensibilidad desaparecen completamente; los músculos de la región posterior del tronco no pueden sostener el peso de la cabeza, que arrastra el cuerpo hacia adelante; los latidos del corazón cesan y el desgraciado cae para no levantarse más.»

La columna expedicionaria perdió 205 hombres que quedaron helados en el camino, y más de 1.100 sintieron los efectos de la congelación en sus extremidades.

Si recordamos los desastrosos efectos causados por el frío en el ejército francés cuando su retirada de Rusia en 1812; en los ejércitos alemanes, en 1568, cuando atravesaron los desfiladeros de los Alpes, y en las tropas

suecas en la Ukrania donde dos mil hombres murieron de frío á la vista de Cárlos XII, podríamos quizás pensar como el célebre médico inglés Thomas Sydenhan. «El frío ha causado más daños que la peste, la guerra y el hambre juntos.» Sin embargo, no creemos que sea esto exacto tan en absoluto como dicho sabio pretende, pues si bien el frío es el que ostensiblemente hace los estragos, es preciso considerar que los hace en hombres extenuados de fatiga, mal vestidos, mal alimentados y sujetos á todo genero de privaciones. Por esta razón volvemos á repetir que la higiene y la alimentación son asuntos muy importantes en todas las campañas y especialmente en las que obligan á las tropas á vivir constantemente á la intemperie, y en climas á que no están acostumbradas.

*
* *

En los paises cálidos, húmedos y pantanosos, las tropas estàn expuestas á un cúmulo inmenso de enfermedades que reconocen por base principal la fiebre con infinidad de síntomas y manifestaciones, cuyos resultados más ó menos graves y rápidos sólo pueden atenuarse por la observación extricta de las reglas higiénicas y por una buena alimentación. Dichas fiebres cuya variedad es inmensa, producen resultados rápidos y matan al poco tiempo al indivíduo de quien se apoderan, como las que se desarrollaron en el ejército holandés en Sumatra, conocidas en el archipiélago Indico con el nombre de *beri-beri*, fiebre que era una especie de pasmo que atacaba todos los orígenes de la vida y producía la paralisis sucesiva de todas las extremidades; otras veces sus resultados no son tan inmediatos, sino que, adquiriendo el carácter periódico, producen poco á poco el abatimiento y consunción general abriendo el camino á la anemia, que concluye de cortar el delgado hilo que queda de vida al paciente, sinó se acude en su socorro á tiempo con medios poderosos y radicales.

Las emanaciones pantanosas deben evitarse en cuanto sea posible, huyendo de los lugares que las producen; pero si esto no fuera posible por estar el país donde se opere infestado de ellas, se evitará situar las tropas muy cerca de los focos productores, se procurará dejar entre unos y otros algún bosque ó grupos de árboles, tratando de acostumbrar á los soldados poco á poco á la influencia de dichos miasmas; y tanto en los campamentos como en los fuertes y poblados, se economizará el servicio de noche prohibiéndose que durante ella se ejecuten operaciones.

El ejército que opere en un país pantanoso ha de estar perfectamente vestido y alimentado, y entre los preservativos que pueden recomendarse á las tropas para que la acción de los efluvios de los pantanos no sea tan grave, están: el uso de bebidas fermentadas, los alimentos fuertes, las especias, las berzas cocidas, los berros, el ajo y, en general, todo alimento capaz de fortificar y excitar la energía del sistema sanguíneo. La quinina, sobre todo, es el específico contra las fiebres; cuando un destacamento, columna ó fuerza cualquiera tenga que efectuar un movimiento que le obligue á marchar por largo tiempo con los piés dentro del agua, sobre terrenos blandos y pantanosos, tenga que atravesar muchos ríos y, en general, exponerse á ser atacados por la fiebre, es muy conveniente distribuir á los soldados vino con quina, que puede prepararse, en el campamento, de tal modo que cada hombre llegue á tomar de 60 á 100 gramos diarios de dicha sustancia. Para esto puede tenerse á prevención en los poblados, campamentos ó fuertes y hasta en los botiquines de campaña, cantidad suficiente de extracto de quina que mezclado con el vino, puede repartirse desde luego á los soldados; pero si el país estuviera contínuamente castigado por las fiebres, el vino quinado debe prepararse en grandes cantidades mezclando el vino puro con la maceración de la corteza de quina en alcohol y en último caso apelar á la quinina.

En todo caso, los oficiales de sanidad militar serán los que señalarán las dosis y los momentos en que deban tomarse; pondrán un especialísimo cuidado en explicar bien á los soldados la manera de usar el medicamento, el número de píldoras que han de tomar, si se propinaran en esta forma, y harán todas las prevenciones que sean necesarias. Del mismo modo dichos oficiales examinarán y denunciarán la quinina que resultare falsificada pues de esto se hace un gran abuso por el comercio y hemos presenciado los ineficaces efectos de dicha sustancia en la Isla de Cuba donde, á veces, faltaba en los depósitos de los hospitales y había que recurrir al comercio para encontrarla. Para evitar este inconveniente, lo mejor será hacer gran acopio de quinina al comenzar la campaña y de este modo no faltará nunca medicamento tan importante en los hospitales ni en los cuerpos.

*
* *

La elección de los campamentos transitorios y permanentes, debe ser muy estudiada con relación á los principios de la higiene, y así como en las inmediaciones de ellos no ha de existir ningún depósito de aguas estancadas, también ha de huirse de los sitios donde hubieren emanaciones animales, porque según está comprobado, las emanaciones de dicho género son mucho más malignas y peligrosas que las vegetales, cuyos efectos ya son funestos y acaso mortíferos.

Esta misma observación debe recordarse al designar el sitio que haya de servir de cementerio en un poblado ó en un campo ó campamento permanente, teniendo, presente la dirección constante de los vientos y procurando que esté todo lo más retirado que se pueda del punto habitado, ya que no nos declaráramos partidarios resueltos de la cremación de los cadáveres, procedimiento que nos reportaría beneficios positivos, tanto para la salud de los vivos, como para la garantía del reposo de los muertos.

Si la elección de los campamentos permanentes ha de ser hecha con arreglo á los más extrictos principios de higiene, no se deben sujetar menos á dichos principios las tropas que los guarnezcan y especialmente las que ocupen poblados ó fuertes, que, por su inacción, estarán más expuestas á enfermedades, que las que recorran al país.

Por esta razón los jefes de ellas las obligarán á hacer ejercicios saludables, como son la esgrima, la gimnasia, el juego de pelota, de barra etc., señalando según las estaciones las horas más á propósito para dedicarse á ellos.

A dichas tropas hay que facilitarles ración de paja para dormir, sinó tuvieran en los barracones donde se alojan, lechos construidos á propósito; esta paja será renovada y quemada cada ocho días, y cuando no la hubiere ó fuese difícil adquirirla se sustituirá con hojas y yerbas secas.

El jefe de un puesto semejante, redactará y hará observar, no sólo á la fuerza que quede en los campamentos ó poblados, sinó á la de las columnas cuando vuelvan á ellos, un reglamento de higiene en el cual expresará todos los preceptos que juzgue necesarios para mantener y conservar la salud del soldado, entre cuyos preceptos ó mandatos figurarán los siguientes: las tiendas ó barracas serán barridas cuidadosamente todas las mañanas; todas las basuras y resíduos de las cocinas serán recogidos y enterrados; los despojos de animales serán también enterrados mezclándolos con cal, si fuera posible; se prohibirán en absoluto hacer aguas y las necesidades comunes en la proximidad de de las tiendas, para lo que se construirán escusados al lado opuesto de los vientos reinantes y se desinfestarán con frecuencia; la misma prohibición existirá de ir á dichos lugares sin estar vestidos y calzados y la de tenderse en el campo después de puesto el sol; todos los soldados deberán lavarse la cara y las manos por las mañanas, y los piés una vez por semana en invierno y

varias en verano, y si hubiere agua corriente en las inmediaciones, se señalará la hora del baño diario en verano, de acuerdo con los facultativos, retrasándola en caso de tempestad.

*
* *

Cuando las marchas no sean las ordinarias que se efectúan en las operaciones y no tengan que sujetarse á un plan ó un movimiento combinado ó á cualquier otro asunto importante de la guerra, deben subordinarse á las reglas de la higiene, procurándose aprovechar las horas más á propósito para hacerlas, según las condiciones del país en que se opere.

Los jefes de columna, por su parte, deben cuidar de que el soldado encuentre las mayores comodidades posibles en medio de las muchas privaciones á que ha de estar sujeto, y en caso de no llevar oficial de sanidad entre las tropas que mande, atender por sí mismos, auxiliados por los sanitarios, á las afecciones que necesitaren auxilios imediatos, tales como la asfixia en los paises cálidos y la congelación en los fríos.

La influencia del calor en los primeros, suele ser fatal á los soldados no acostumbrados á él, así es, que ha de procurarse, para evitar el calor del medio día, cuando la marcha no sea por bosques espesos donde el sol no pueda penetrar, elegir para marchar, las horas más frescas; sin que esto quiera decir que se hagan las marchas de noche como sistema, porque dichas marchas fatigan extraordinariamente á las tropas que, aun durmiendo de día, nunca podrán descansar tan desahogadamente como efectuándolo según costumbre.

Deberá designarse á cada fracción de tropa la hora precisa que la corresponda emprender la marcha, para evitar á los soldados largos ratos de espera que los fatigarán antes de ponerse en movimiento, y se les prevendrá que siempre que se detenga la columna por cualquier causa que no fuere el encuentro con el enemigo,

se sienten en el suelo sin dejar los fusiles de la mano.

Hay que procurar también que los soldados lleven siempre algunas cantimploras constantemente llenas, renovándose el agua en cada arroyo que se encuentre durante la marcha, y será muy conveniente, para evitar el daño que puedan causar las distintas aguas que se beban, y aun siendo de una misma las contínuas libaciones, añadirle un poco de vinagre, de thé ó de café fríos, ó aguardiente.

Después de emprender una marcha, y al cabo de una media hora de camino, toda la columna debe hacer un pequeño alto para que los soldados satisfagan sus necesidades, y en el transcurso de toda la operación será también muy conveniente hacer pequeños altos con frecuencia, mandar sentar á la tropa en el suelo y procurar que se refresque un poco, eligiendo los puntos de descanso á la sombra y á la orilla de los arroyos.

Cuando haya mucho polvo ó arena y en los valles estrechos donde el aire se enrarece, es conveniente duplicar los intervalos y evitar el polvo, teniendo en cuenta la dirección del viento; y si la campaña se llevase á cabo en un país donde existan grandes desiertos de arena y bajo el sol abrasador de los trópicos, bueno será proveer á cada soldado de un par de gafas verdes y de todos modos recomendarles que nunca se laven los ojos inmediatamente después de una fatigosa marcha por el polvo.

Antes de marchar se hará siempre una rápida inspección del vestuario, equipo y condiciones en que se encuentran los soldados para emprender la marcha, y se les ordenará á éstos que se desabrochen el cuello de la guerrera, levita ó prenda de vestir que usen, advirtiéndoles también que se dejen algunos botones desabrochados y prohibiendo terminantemente en los descansos y una vez llegados al lugar donde hubieren de acampar, que se quiten ó desabrochen completamente dicha prenda, por el gran peligro que correrían de adquirir graves enfermedades al exponerse á una corrien-

te de aire con la gran transpiración que tendrán sus cuerpos.

Cuando se sepa que en el transcurso de la marcha no ha de encontrarse agua, habrá que llevar algunas cubas ó baldes en carros ó acémilas, si los hubiere en la columna, y en caso contrario llenar, como hemos dicho, las cantimploras y encargar moderación en beber al principio de la marcha, para que al llegar á sus últimos períodos, que es cuando la sed se hará más intensa por el cansancio y por el calor, las cantimploras no se encuentren completamente vacías.

Al concluir la marcha y llegar á establecer el campamento, será bueno hacer tomar un baño á los soldados, si en el sitio donde se acampe hubiere agua corriente que permitiese efectuarlo, lo que se llegará á conocer, no examinando exclusivamente el caudal de aguas que arrastre el arroyo, sinó reconociendo su curso de agua, arriba y abajo, en los alrededores del campamento, porque muchas veces, sobre todo cuando el lecho del arroyo es de piedra, se forman grandes hoyas ó cavidades donde, aunque el agua que corra sea muy escasa, existirá fondo suficiente para poderse bañar con comodidad y desahogo varios hombres á la vez. De todos modos, estos baños habrán de efectuarse con consejo del médico orden del jefe de la columna, que esperará á darla cuando comprenda que sus soldados están reposados y tranquilos, y de ningún modo inmediatamente después de llegar al campamento.

Si á pesar de todas las precauciones que se hayan tomado, alguno ó algunos de los soldados de la columna se asfixiaran por un excesivo calor ó enrarecimiento del aire, se ordenará inmediatamente que sean conducidos á un lugar fresco donde el médico de la columna los auxiliará; para esto se ordenará con anticipación á los oficiales, sargentos y cabos, que en cuanto vean ó sepan que algún soldado se encuentra enfermo lo avisen inmediatamente. Así se conseguirá que los auxilios que se presten puedan ser eficaces, pues muchas veces su-

cede que la tardanza en proporcionarlos produce la muerte.

Como regla general, podemos asegurar que las marchas de noche son inconvenientes para la salud de las tropas y que no debe abusarse nunca de su empleo, no tan sólo por las fatales consecuencias que acarrearán al soldado, sinó porque aun haciendo abstracción de ellas, existe otra razón poderosa de la que nos ocuparemos en el capítulo en que tratemos de las marchas.

En los paises cálidos han de evitarse las horas de sol fuerte y hacer de manera que al llegar á sentirse el calor, la tropa haya llegado al punto designado para comer el primer rancho. En dicho punto, si la operación lo permite, será muy conveniente sestear y dejar pasar las horas en que el sol calienta con más fuerza, para volver á emprender la marcha por la tarde á tiempo de que pueda llegarse de día al punto donde deba establecerse el campamento.

Los soldados han de procurar al acampar, hacer de manera que no tengan que pasar la noche sobre el suelo cuando está húmedo, porque esto origina muchas enfermedades. Desde luego, si fuera posible, siendo la columna poco numerosa, deberán llevarse hamacas, bien en las acémilas de los batallones, bien cruzadas en el cuerpo como las mantas, cada soldado la suya; pero cuando esto no se pueda practicar, podrán construirse en el campamento donde haya de pasarse la noche, unos lechos de varetas ó de hojas secas, que con tal que se eleven un poco del suelo serán suficientes para preservar de la humedad á los que en ellos duerman. Estos lechos de varetas los construían rápidamente los insurrectos de Cuba y hasta llegaban hacerlos de dos pisos donde podían cómodamente dormir ocho ó diez hombres; algunos batallones de nuestro ejército aprendieron á construirlos y como abundaban en el país las varas delgadas, sobre todo en los terrenos llamados *montes firmes*, empleaban muy poco tiempo en formarlos una vez adquirida la práctica de su construcción, evitando con esto

adquirir las enfermedades que produce dormir sobre un suelo tan húmedo como es el de dicha Isla.

Esta práctica es muy conveniente, por más que parezca que es exigir al soldado un trabajo excesivo cuando llega cansado al sitio donde ha de pasar la noche, pues como la mayor parte de las veces los lugares donde acampan las tropas en las distintas operaciones que efectúan, son los mismos, ya por estar junto las aguadas situados en puntos conocidos, ya donde concluyen las etapas, al cabo de algún tiempo de operaciones las columnas encontrarán construidos los lechos ó exigirán á lo más alguna pequeña reparación.

Los lechos de varetas se construyen de la manera que claramente indica la figura 4.ª

Figª 4ª



Se clavan cuatro horquillas pequeñas *A B C D* en el suelo á la distancia que se desee ó marquen las varetas, y se unen las más próximas por dos troncos *m* y *n* sobre los cuales se apoyan dichas varetas que pueden estar sueltas ó atadas á los troncos con bejucos delgados. Si las varetas no fuesen suficientemente gruesas para poder sostener el peso de un hombre, se clavarán á mitad de distancia de los extremos del lecho otras dos horquillas que con su correspondiente tronco sostendrán las varetas por su mitad. Estos lechos deben construirse también en los campos ó campamentos permanentes donde no hubiere otros ó donde no puedan colgarse las hamacas, medio preferible para que la tropa pueda dormir con comodidad.

Es conveniente advertir, que de las reses que se maten en los campamentos ó durantelas marchas, se guarden las pieles, porque curtidas al sol proporcionarán lechos cómodos, frescos y sanos, sinó para llevarlos siempre á operaciones, para tenerlos en los campamentos, poblados ó fuertes.

En los paises cálidos el exceso de fatiga produce en los soldados una especie de fiebre que detiene la transpiración, y será muy importante restablecerla al llegar al campamento, para impedir que se desarrollen las enfermedades á que dicho estado de desequilibrio puede conducir. Bastará para hacerlo, hacer beber á los pacientes una abundante infusión de thé, alguna tisana ó hacerla tomar una sopa bien caliente, con lo que, y rebajándolos de servicio aquella noche para que puedan descarsar bien, es probable que al siguiente día se encuentren restablecidos.

Cuando una tropa tuviera que dormir sobre la nieve sin tener tiendas, ni poderse formar lechos de varetas, se ordenará á los soldados que se agrupen por pelotones de varios y que limpien de nieve un cierto espacio sobre el que se tenderán apretándose estrechamente unos con otros formando círculo, de manera que los piés de todos concurran al centro, donde se encenderá fuego.

Efectuado ésto, se cubrirán con cuantos capotes, mantas ó abrigos tuvieren, y el calor natural que desarrollen sus cuerpos bastará para hacerles pasar la noche mucho más tranquila y agradable que de cualquier otra manera.

En las heladas montañas del Afghanistan ponían en práctica los soldados ingleses este sistema y resistieron perfectamente los grandes y excesivos fríos que se desarrollan por las noches en aquel inhospitalario país.

La hora de tocar diana y levantar el campo no puede precisarse con exactitud, porque dependerá del tiempo que tarde la columna en ponerse en estado de emprender la marcha, pero por regla general la primera

señal para levantar el campo se hará con anticipación suficiente para que al comenzar á despuntar el día, la columna pueda comenzar también á ponerse en movimiento.

Antes de verificar esto, ó mejor la noche antes, el jefe de la columna hará notar las condiciones en que se ha de efectuar la marcha, si se teme que no haya agua ó leña en el camino y todas las demás noticias que pueden interesar á los soldados para que tomen sus precauciones.

El horario que el general Wolseley, autoridad muy digna de tenerse en cuenta, señalaba á sus tropas en Africa para levantar el campo, era el siguiente.

Diana á la una de la mañana.

Llamada á la una y cuarto.

Distribución de una dosis de quinina á cada soldado.

Desayuno á la una y media

Marcha á las dos.

Las instrucciones dadas por dicho general á sus soldados son tan importantes, que merecen copiarse á continuación las que se refieren á la higiene de la marcha y de las tropas.

«Los oficiales, decía Sir Garnet Wolseley, se asegurarán de que los soldados han tomado thé ó chocolate con un poco de galleta por la mañana antes de partir y que una dosis de quinina ha sido distribuida por los médicos de los cuerpos.

Durante el calor del día ó en la marcha, los jefes de éstos podrán autorizar á sus soldados para quitarse las blusas y llevarlas suspendidas de los cinturones.

Concluida la marcha y en el caso de un alto un poco largo, deberán ponerse las blusas, porque lo que más hay que evitar son los enfriamientos.

Los soldados se penetrarán de los principios siguientes:

1.° No enfriarse nunca para evitar casi con seguridad las enfermedades.

2.° No tener la cabeza descubierta al sol y durante los altos ó la facción, procurar en lo posible estar á la sombra.

3.° En todo campamento, por la noche, construir un lecho sobre el suelo aunque sólo tenga de altura algunas pulgadas. Examinar los campamentos de los Ashantis é inspirarse en la manera de hacerlos. El aislamiento del suelo durante la noche es una de las precauciones más esenciales para la salud.

4.° En el caso de la más ligera incomodidad en los intestinos, dirigirse enseguida al médico.

5.° No beber agua que no esté filtrada.

Las operaciones más allá del Prah no durarán más que algunas semanas. El Mayor General cuenta con la energía de los soldados y marinos para que se resistan á entrar en los hospitales en tanto conserven fuerzas para marchar. El mejor batallón y el más bien mandado será aquél que deje menos gente detrás de él.»

*
* *

Hablemos algo, ahora, de los hospitales, tan necesarios en estas campañas en que el peor enemigo es el clima.

Antes de comenzar las operaciones, hay que elegir puntos seguros, retirados del teatro de la guerra y, por lo tanto, exentos de inmediato peligro, en donde encuentren los enfermos y heridos del ejército, y hasta los del enemigo, todos los elementos que la ciencia pueda proporcionarles para su curación y una tranquilidad grande que borre de sus ánimos las ideas tristes y lúgubres, que naturalmente se apoderan de los que se hallan en tal estado en un país extraño y lejos de su patria. Los hospitales pueden establecerse en el mismo terreno del teatro de la guerra, aunque lejos de ella, ó en puntos ocupados permanentemente, allí donde los asuntos y peripecias de la lucha no formen el pensamiento constante y el objetivo de las ideas de to-

dos los habitantes. En caso de no poder encontrar en el país un punto suficientemente seguro ó convenientemente sano para instalar los hospitales, éstos deben organizarse á bordo de ciertos buques que se destinan exclusivamente para tal misión; estos buques, surtos en el puerto donde hubiere desembarcado el ejército ó en otro del país si tuviera mejores condiciones, reunirán todas las circunstancias de ventilación y sanidad que son necesarias para el objeto á que se destinan, así es, que hay que empezar por preferir los de madera á los de hierrro.

Cuando la guerra fuere de alguna importancia y duración, estos hospitales han de elegirse en puntos situados algo retirados del país teatro de ella, con objeto de apartar á los enfermos del clima mortífero que les haya hecho adquirir la enfermedad, con cuya precaución, muchas veces, algunos, sin emplear medicamentos han vuelto á recobrar la salud. Durante la conquista de Argelia tenían establecido los franceses un hospital en nuestro puerto de Mahón; durante la guerra de los Ashantis los tenían los ingleses en Gibraltar y Southampton y en nuestra guerra de Cuba los deberíamos haber tenido en la isla de Puerto-Rico ó, por lo menos, en la de Pinos.

En dichos puntos, los soldados enfermos y heridos que transportan á ellos por medio de viajes periódicos los barcos de la escuadra, encuentran otro clima, otro cielo y una tranquilidad que les devuelve su habitual buen humor; porque el soldado, por lo general, es como un niño, que apenas recuerda más que lo que tiene delante; basta distraerlo de las fatigas y horrores de una campaña, presentándole otros horizontes, para que olvide los trabajos y sufrimientos pasados y vuelva á renacer su apagado espíritu; por lo demás, todos sabemos que las enfermedades morales son causa muchas veces de las materiales y que una vez devuelta la salud moral, la física no tarda en aparecer.

A estos hospitales se conducirán aquellos soldados

cuya curación sea larga y tenga que ser atendida con más esmero y tranquilidad, que en los hospitales provisionales donde se está casi siempre en contacto con el enemigo y donde el personal facultativo apenas será suficiente, para atender con detención al excesivo número de enfermos que allí se aglomeran.

En estos hospitales, que están próximos al teatro de la guerra, ingresan los heridos y enfermos de los departamentos ó zonas: en ellos se hará la clasificación de los que deben marchar á los anteriores y de los que pueden ser atendidos y curados en los mismos hospitales para devolverlos después á los puntos de donde proceden. La distinción entre unos y otros han de hacerla los oficiales de Sanidad con sumo cuidado, tanto para que ninguno que necesite marchar quede en el hospital por olvido ú otra cualquier causa, como para que los que no tengan necesidad de salir de él no lo efectúen, ahorrando de este modo pasajes al Estado y conservando hombres para el ejército en campaña. Desde luego, si alguno de los que debieran marchar estuviese en un estado de gravedad tal, que pudiera perjudicarle notablemente el movimiento, no se enviará, sino que se atenderá con especial cuidado hasta que pueda estar en estado de emprender la marcha. Los hospitales de que hablamos han de estar situados en los puntos más sanos del país y además donde exista la suficiente garantía de que el enemigo no pueda dar un golpe de mano, y con la condición precisa de que sus comunicaciones con la base de operaciones ó con los buques esten perfectamente seguras, para que los convoyes de heridos se practiquen sin exposición de ningún género.

En todos los centros de zona, así como en los poblados donde hubiera guarnición, existirán hospitales provisionales, á cargo de oficiales de sanidad militar diferentes de los de los cuerpos que guarnezcan el poblado ú ocupen las zonas, pues éstos siempre han de estar dispuestos para salir con las columnas.

En dichos hospitales, que rara vez podrán reunir

todas las mejores condiciones, hay que procurar que los enfermos estén el menor tiempo posible; así es que todos aquellos que necesiten mucho tiempo para reponerse y se encuetren en estado de poder marchar, lo efectuarán aprovechando los movimientos de las columnas y las épocas de racionamiento. Cuando éstas se retardaran mucho y la aglomeración de enfermos y heridos en dichos hospitales fuera grande, se organizarán expediciones que los escolten hasta los hospitales de segunda línea ó hasta los sitios desde los cuales puedan con entera seguridad llegar á ellos.

Con estas expediciones marcharán oficiales de Sanidad que procurarán, durante el trayecto, armonizar lo conveniente para los enfermos, con las exigencias de una marcha por terreno enemigo; sin embargo, como el objeto de la operación es exclusivamente la conducción de enfermos y heridos, el jefe militar del convoy obrará en un todo conforme con las indicaciones que el oficial de Sanidad le haga, tanto sobre la celeridad de la marcha, como sobre las horas de partida y de descanso.

Es muy conveniente en unos y en otros hospitales, establecer una separación todo lo absoluta que se pueda entre los enfermos y los convalecientes, pues éstos se encuentran predipuestos á adquirir más enfermedades que los sanos, por su estado de debilidad y decaimiento y no son, por desgracia, raros los casos de defunciones de soldados, causadas por enfermedades distintas de aquéllas que les hicieron ingresar en los hospitales.

Por esto han de tener un especialísimo cuidado los directores ó jefes de hospitales en exigir á sus subordinados una excesiva limpieza y ventilación, no solamente en los locales, sino en los enfermos, en cuidar que la alimentación que ordenen sea precisamente suministrada; que los cadáveres se separen cuanto antes de la vista de los enfermos procurando distraer la imaginación y la opinión de éstos, engañándoles si fuera posible hacerlo; que los enfermeros atiendan preferentemente á los indivíduos graves no perdiéndoles, por decirlo

así, de vista para ayudarles en cuantas necesidades se les ocurran y suministrarles á su debido tiempo lo prescripto por el médico; que todos los vasos que usan los enfermos tengan sus correspondientes tapaderas y que siempre estén perfectamente limpios y, en general, además de lo que prescriben los reglamentos, todo lo que su buen celo é interés les sugiera en beneficio de sus enfermos que allí aislados, olvidados de sus compatriotas, cuya atención se fija preferentemente en las operaciones y en los encuentros marciales, se ven sin familia que los asista con cariño, y cifran toda su esperanza en los directores de los hospitales, que pueden con sus órdenes y vigilancia hacerles más llevadera y menos desagradable la triste existencia que arrastran.

En el caso de una ocupación pacífica, los hospitales tendrán una organización más estable y apropiada á las circunstancias, entrando en las condiciones normales de los que existen en la metrópoli; siempre estarán en las poblaciones y cuando hubiere tropas en el interior del país y allí se careciera de ellos, el transporte se efectuará con las mismas precauciones y cuidados que dejamos dicho, aprovechando, como es natural, los ferro-carriles, vapores y demás medios de traslación que hubiere.

Es conveniente, en algunos países, elegir puntos sanos, que regularmente serán los más elevados, y establecer en ellos estaciones sanitarias como tienen los ingleses en la India, en las que se refugian los funcionarios públicos cuando las emanaciones de la delta del Ganges les hacen caer enfermos, y á los que se mandan las tropas durante la estación malsana. Dichos puntos pueden servir también de centros de aclimatación para las tropas recien llegadas de la metrópoli y así el clima no influirá de repente sobre ellas evitándose no pocas enfermedades.

Los ingleses emplean los lugares altos para preservarse en los países ecuatoriales de las endemias ó restablecer sus enfermos.

Las cualidades eminentemente tónicas y estimulantes de las altas regiones, las hacen abonadas para levantar las fuerzas, para facilitar la hematosis y por consiguiente para combatir la clorosis y anemia y para fortificar las constituciones nerviosas ó debilitadas.

Sin embargo, los ingleses han excusado ya escalonar sus tropas en el Himalaya, como procedimiento de aclimatación, por inútil, pues no teniendo influencia sobre el indivíduo, éste creyéndose inmune no toma luego ninguna precaución; en cambio han establecido estaciones sanitarias *(Sanatoria)* á donde acuden los enfermos, y las tropas se refugian, en tiempo de epidemia.

ÍNDICE.

Páginas.

BINDING SECT. MAR - 9 1967

U
165
C
t

Chacón, J I
Guerras irregulares

BOOK CARD BEING PREPARED

AUG 4 1971